

"LA CULTURA ARGENTINA"

MIGUEL CANÉ

Enrique IV

de Shakespeare

Traducción y prólogo de
MIGUEL CANÉ



ADMINISTRACIÓN GENERAL:
CASA VACCARO, Av. de Mayo 635 - Buenos Aires
1918

ENRIQUE IV



MIGUEL CANÉ

Nació en Montevideo, en 1851, durante la emigración. Estudió en el Colegio Nacional de Buenos Aires y se graduó en Derecho en la Universidad el año 1872. Perteneció al grupo de espíritus selectos que formó la "generación del ochenta", en momentos en que la cultura argentina se renovaba substancialmente en el orden científico y literario.

Su actividad fué solicitada alternativamente por la política, la diplomacia y la vida universitaria; pero siempre se mantuvo fiel cultor de las buenas letras, con aticismo exquisito. Nadie pudo ser más representativo para ocupar el primer decanato de nuestra Facultad de Filosofía y Letras, a cuya existencia quedó para siempre vinculado su nombre.

Inició su carrera de escritor en "La Tribuna" y "El Nacional". En 1875 fué diputado al Congreso; en 1880 director general de correos y telégrafos; después de 1881 ministro plenipotenciario en Colombia, Austria, Alemania, España y Francia. En 1892 fué Intendente de Buenos Aires y poco después Ministro del Interior y de Relaciones Exteriores.

Publicó los siguientes libros, que le asignan un puesto eminente en nuestra historia literaria: "Ensayos" (1877), "Juvenilia" (1882), "En viaje" (1884), "Charlas literarias" (1885), Traducción de "Enrique IV" (1900), "Notas e impresiones" (1901), "Prosa ligera" (1903). Ha dejado numerosos "Escritos y Discursos" que pueden ser reunidos en un volumen tan interesante como los anteriores.

Con excelente gusto crítico y ductilidad de estilo, cualidades que educó en todo tiempo, logró ser el más leído de nuestros "chroniqueurs", igualando los buenos modelos de este género esencialmente francés. Más se preocupó de la gracia sonriente que de la disciplina adusta, prefiriendo la línea esbelta a la pesada robustez, como que fué en sus afecciones un griego de París.

Falleció en Buenos Aires el 5 de Septiembre de 1905.

"LA CULTURA ARGENTINA"

MIGUEL CANÉ

Enrique IV

de Shakespeare

Traducción y prólogo de
MIGUEL CANÉ



ADMINISTRACIÓN GENERAL:
CASA VACCARO, Av. de Mayo 638 - Buenos Aires
1918

A LA MEMORIA DE ARISTOBULO DEL VALLE

dedico este trabajo, que en vida le ofrecí como homenaje de profundo afecto y alta estimación. El me lo aconsejó, en días amargos y sombríos, para disciplinar mi espíritu inquieto y angustiado. En esa labor mecánica, que el contacto con el alma del poeta soberano hacía deliciosa — y que llevé a cabo diez años ha, lejos de mi patria — el recuerdo del amigo no se apartó de mí. El ha entrado ya en el reposo eterno, sin haber dado, a los ojos de los hombres, la medida de su inteligencia noble y levantada. Pero ese recuerdo queda—y por la vida—en el alma de los que le amamos y parece iluminarla, orientándola hacia cuanto es leal, justo y elevado. Quizá la impresión profunda que dejan tras sí los grandes espíritus, sea el único y real patrimonio humano, legado incomparable, porque él determina todo lo que ennoblece a la especie, el culto del honor, la aspiración al ideal, el desinterés, la cultura del propio intelecto y el amor sin límites a la tierra natal. De esa arcilla divina estaba formada el alma de Del Valle y ante su memoria inclino reverente mi corazón de amigo.

M. C.

Nov. 1900.

INTRODUCCION

I

La mayor parte de las obras de Shakespeare (1) están traducidas en todos los idiomas occidentales (2). La cultura universal ha pronunciado su fallo definitivo sobre el mayor genio dramático que la humanidad ha producido y las viejas querellas de escuela, al repasar ante nuestros ojos, en el estudio de la historia crítica de esa obra colosal, nos parecen más absurdas aún que las controversias de los *médicos* del siglo XV sobre las causas determinantes del sexo en la fecundación. Cómo nace en el cerebro una concepción genial o cómo se forma en las entrañas maternas

(1) Escribo *Shakespeare* porque es la manera usada con mayor frecuencia por el poeta para escribir su nombre, según se desprende de las pocas firmas indisputablemente auténticas que de él se conservan. El nombre de Shakespeare, según se ha probado, es susceptible de 4000 variaciones de forma. (Wise, *Autograph of William Shakespeare... together with 4000 ways of spelling the name*, Philadelphia, 1869).

(2) Comprendo en éstos el frisón, el flamenco, el serbio, el rumano, el maltés, el ucraniano, el vácico, el croata, el griego moderno, el latín y el hebreo. Algunas de estas obras han sido también vertidas al japonés, al bengalí, al hindnastani, al marathi, al gujarati, al urdu, al kanarese y otros idiomas de la India y representadas en teatros indígenas.

un cuerpo de líneas puras, son cuestiones que por el momento la ciencia humana deja prudentemente de lado, para sólo estudiar el resultado prodigioso. En Shakespeare, el misterio no se limita al arcano inexplorado de la gestación; todo lo que al poeta se refiere está envuelto en una sombra impenetrable y que jamás despejará la humanidad. El progreso de la ciencia fisiológica puede llegar algún día a penetrar las leyes que rigen el pensamiento y hasta explicar las razones que determinan la intensidad de su manifestación; jamás se sabrá quién fué Shakespeare.

La ciencia histórica, ayudada por un método de asombrosa severidad, nos ha revelado el secreto de la vida de la mayor parte de los hombres famosos de la antigüedad. Sus actos, su corte intelectual, su vida privada misma, todo se rehace, a la luz de datos inconexos, pero que la exégesis aclara, y la vida de un hombre extraordinario, separada de la nuestra por sólo tres siglos, que ha dejado tras sí la obra intelectual más poderosa de que puede estar orgulloso el género humano, nos es más desconocida que la existencia de cualesquiera de los *mignons* de Enrique III.

Hasta tal punto llega nuestra ignorancia respecto a lo que a Shakespeare se refiere, que un paciente americano, después de una labor digna por cierto de una causa más racional, ha tratado, no hace mucho, de despojar al poeta de la corona de gloria que el mundo le ha discernido, para ceñir con ella la frente de un hombre de espíritu altísimo y de alma ruin, Bacon, a quien atribuye la paternidad de las obras dramáticas que Shakespeare firmara para ocultar al autor, cuya alta situación le impidiera dar su nombre (1). Escribir el "Rey Lear" en la sombra y emplear

(1) La absurda controversia continúa aún en el día, y en Inglaterra se han fundado sociedades y periódicos para sostenerla, aunque la mayor boga de la opinión fa-

un testafarro para lanzar "Hamlet"! El sentido común ha dado cuenta de esa estrafalaria concepción.

avorable a Bacon ha sido alcanzada en América. El que quiera estudiar la cuestión a fondo, puede encontrar todos los elementos necesarios en el libro de W. H. Wyman "The Bibliography of the Shakespeare-Bacon Controversy", Cincinnati, 1884, en el que da los títulos de 255 libros y panfletos, publicados por los combatientes de ambos lados. La lista, que a partir de 1886, ha sido continuada por un periódico semanal de Filadelfia, debe haberse ya duplicado.

Baste recordar que el único fundamento de la atribución a Bacon de las obras de Shakespeare era: las frases similares empleadas por ambos en sus escritos. El valor del argumento desaparece, si se considera que puede aplicarse a cualquier otro escritor de la época. El caballo de batalla de los baconianos es éste: Aristóteles ha escrito, en su *Ética*, que los jóvenes no eran aptos para el estudio de la filosofía *política*. Bacon, en su "Advancement of Learning" (1605), rebatiendo a Aristóteles, y al citar el pasaje de éste, dice filosofía *moral*, en vez de *política*. Shakespeare, allá por 1603, en "Troilus y Cressida" (act. II, esc. II), refiere la misma opinión de Aristóteles, pero dice también filosofía *moral*. Basta recordar que, en el concepto de la frase de Aristóteles, *política* y *moral* tienen igual valor (como lo prueban muchísimas traducciones en las que se emplean indistintamente ambas palabras), para hacer inocua la arremetida del citado corcel de guerra.

Sí, pero ¿cómo Shakespeare, con la educación elemental y rudimentaria recibida en Stratford, ha podido ostentar en sus dramas esa universalidad de conocimientos, de que sólo un hombre, Bacon, era capaz en su tiempo? (*). En primer lugar, Shakespeare abarca mucho, pero aprieta poco, pues cada vez que un técnico ha entrado a analizar la parte de su arte tratada por el poeta,

(*) Hay que citar el famoso verso de Ben Jonson, afirmando que el poeta poseía

poquísimo latín y menos griego

(And though thou hadst small Latin and less Greek)

Pero si Shakespeare no sabía latín, sabía *latines*, como nuestro Sarmiento, y los empleaba con frecuencia y propiedad.

Shakespeare sigue creciendo a medida que los tiempos corren y que la conciencia humana se persuade que ese parto maravilloso de la tierra es ya de casi imposible renovación.

¿Qué se sabe de positivo de Shakespeare? Nada más de lo que dice Steevens, uno de sus mejores biógrafos:

“Todo lo que se sabe con cierto grado de certidumbre acerca de Shakespeare, es que nació en Stratford-upon-Avon; que casó allí y tuvo hijos; que fué a Londres, donde empezó la carrera siendo actor y luego escribió poemas y comedias; que volvió a Stratford y que allí hizo testamento, murió y recibió sepultura”.

Nada más; sobre esos datos, la intensa curiosidad despertada por el autor de una obra tan extraordinaria, ha bordado, apoyándose en detalles, suposiciones, deducciones, etc., que la crítica severa no puede tomar en cuenta una vida completa con sus anécdotas características y hasta conatos de estudio psicológico sobre un carácter totalmente desconocido y que no ha dejado reflejos de su propia personalidad en todo el curso de sus inmensos trabajos.

Si por el fruto se conoce el árbol, según una expresión que el mismo Shakespeare pone en boca de Falstaff, no hay duda que el alma que concibió los tipos

ha patentizado lo que era natural y lógico suponer, esto es, que el genio extraordinario de Shakespeare le permitía asimilar, de una lectura, de una conversación o de una audiencia judicial, un caudal de conocimientos muy superior a la que cualquier cerebro común podría adquirir en doble o triple tiempo y aplicación, pero que esos conocimientos no tenían nada de extraordinario. Por lo demás, los versos que sobreviven de Bacon, pesados, difíciles y rampiones, prueban que si bien fué un gran escritor y un filósofo insigne, fué también completamente incapaz de dar a luz la obra poética de Shakespeare.

A mis ojos, la cuestión no tiene más importancia que la de su irritante ingratitud.

levantados del drama shakespeariano, tenía el temple puro y sin tacha de los grandes caracteres. La afeción profunda del pueblo inglés, atribuyendo a su autor favorito todos los elementos que ennoblecen el espíritu humano, está aquí justificada por la deducción más rigurosa y justiciera. Basta haber visto un cuadro de Rubens de la buena manera, una de aquellas telas irradiantes de luz esplendorosa arrojada a raudales, sin medida, como saliendo a borbotones de la inagotable fuente, para forjarse, en un instante, una idea lógica de la vida y los gustos del incomparable artista. El que así derrocha sus fuerzas, el que se da todo entero a la obra del momento, debe haber concebido la existencia con extraordinaria amplitud, haberse rodeado de todas las cosas que embellecen la vida, frecuentado los grandes de la tierra y mezclándose al movimiento activo de su tiempo. Y, en efecto, tal fué la vida de Rubens. En cambio, la manera exigua, parsimoniosa, paciente y concienzuda de un holandés, nos refleja, como en un diorama, la apacible existencia del artista, su trabajo tenaz, sus reposos del domingo en los suburbios, su hogar tranquilo y numeroso, su dulce y apagada existencia.

La conexión profunda de la obra de arte, cuando es de orden superior, con la naturaleza moral que la produce, da cierta legitimidad positiva a esa deducción. Aplicada a Shakespeare y a su obra, hace resaltar del primer golpe un organismo esencialmente intelectual, viviendo dentro de sí mismo con tal intensidad, que los fenómenos de la vida objetiva desaparecen por completo sin dejar rastros de su influencia. La rapidez con que Shakespeare producía, paseando su espíritu por los ámbitos todos que la inteligencia y la imaginación de los hombres han alcanzado, no basta para explicar que el poeta tuviera tiempo sobrado para entregarse a las preocupaciones vulgares

de la vida corriente. Me lo represento (1) silencioso, humilde, de aspecto débil y simpático, con unos gran-

(1) Aubrey (*) refiere que Shakespeare era "un hombre hermoso y bien formado" (*A handsome well-shap't man*), pero no existe ningún retrato que pueda afirmarse, con absoluta seguridad, haber sido hecho durante la vida del poeta, aunque uno ha sido últimamente descubierto con buenos títulos a esa distinción. Sólo de dos de los retratos existentes se sabe positivamente que fueron hechos poco tiempo después de su muerte. Son el busto de Stratford Church y el frontispicio del *in folio* de 1623. Ambos son tentativas poco artísticas a una semejanza póstuma. Hay considerables discrepancias entre ellos; los principales puntos de parecido son la calvicie de la parte superior del cráneo y la abundancia de pelo sobre las orejas. El busto era de Gerardo Johnson o Janssen, que fué un holandés albañil o constructor de sepulcros, establecido en Southwark. Fué erigido en la iglesia, antes de 1623 y es un *spécimen* rudamente tallado, de la escultura mortuoria. Hay señales cerca de la frente y las orejas, que sugieren que la cara fué tomada de una máscara hecha sobre el rostro del poeta muerto; pero la factura es completamente grosera. La cara redonda y los ojos tienen una expresión pesada y sin inteligencia. El busto era originalmente coloreado, pero en 1793 Malone le hizo dar una mano de blanco. En 1861 se retiró el blanqueo y los colores fueron restaurados, tanto como lo permitían los rastros que quedaban. Los ojos son castaño claro, el cabello y la barba oscuros. Se han hecho numerosas reproducciones de ese busto, tanto grabadas como fotografiadas. Primero se grabó, muy imperfectamente, para la edición de Rowe en 1709; después por Vertue, para la edición de Pope de 1725, y por Gravelot para la de Hanmer en 1744. Un buen grabado, por William Ward, apareció en 1816. Una fototipia y un cromo-fototipia, publicadas por la "New Shakspeare Society",

(*) Juan Aubrey, anticuario de cierta reputación en su época, 50 años después de la muerte de Shakespeare, se trasladó a Stratford-on-Avon para adquirir noticias sobre el poeta. Sus datos inspiran poca fe, porque su amigo y colaborador Wood, habla de él en estos términos: "Aubrey es un infeliz, con la cabeza hueca y con ribetes de loco; es muy crédulo y llena sus cartas con tonterías y sandeces..."

des ojos luminosos, transparentando el mundo de sueños que era su región normal, inclinado durante el

son las mejores reproducciones para los propósitos de estudio. La pretenciosa pintura conocida por de "Stratford" y presentada en 1867 por W. O. Hunt al "Birthplace Museum" (Museo Natal, en Stratford-on-Avon), donde se muestra con mucha ostentación, es probablemente una copia del busto citado, hecha en el siglo XVIII y desprovista de todo interés histórico y artístico.

El retrato grabado — de medio cuerpo próximamente — que se imprimió en la carátula del *in folio* de 1623, era por Martín Droeshout. En los versos que acompañan al grabado, Ben Jonson congratula "al grabador" por haber satisfactoriamente acertado con la cara del poeta. El testimonio de Jonson no acredita su discernimiento artístico. La expresión del semblante, muy crudamente rendida, no tiene ni distinción ni vida. La cara es larga y la frente alta; la parte superior del cráneo es calva, pero el cabello cae abundantemente sobre las orejas; como barba, un escaso bigote y una pequeña *mosca* bajo el labio inferior. Un ancho y rígido cuello, proyectado horizontalmente, oculta el pescuezo. La casaca está completamente abrochada y cuidadosamente ribeteada, especialmente en los hombros. Las dimensiones de la cabeza y de la cara son de una desproporción excesiva, comparadas con las del cuerpo. En el único ejemplar de prueba (*proof copy*), que perteneció a Halliwell-Phillipps, (ahora en América, con toda su colección), el tono es más claro que en los ejemplares ordinarios y las sombras menos oscurecidas por las rayas que las cruzan y el punteo grosero. El grabador, Martín Droeshout, pertenecía a una familia flamenca de pintores y grabadores, de largo tiempo atrás establecida en Londres, donde nació aquél en 1601. Tenía, pues, 15 años en el momento de la muerte de Shakespeare en 1616, y es por consiguiente improbable que tuviera ningún conocimiento personal del poeta. El grabado fué seguramente hecho por Droeshout muy poco tiempo antes de la publicación del primer *in folio* en 1623, cuando había cumplido los 22 años. Perteneció, pues, al principio de la carrera profesional del grabador, en la que nunca alcanzó mucha clientela ni reputación. Una copia del grabado de Droeshout se publicó al frente de los "Poemas" de Shakespeare en 1640 y

día sobre una mesa de trabajo, por la noche en su teatro, entregando por completo la gestión económica

William Faithorne hizo otra para el frontispicio de la edición de "The Rape of Lucrece", publicada en 1655.

Es casi indudable que el joven Droeshout, al ejecutar su grabado, tuvo por modelo un cuadro al óleo y hay una probabilidad de que esa pintura original se haya descubierto últimamente. Hace poco, en 1892, Mr. Edgar Flower, de Stratford-on-Avon, descubrió en poder de Mr. H. C. Clements, un caballero particular con gustos artísticos y residente en Peckham Rye, un retrato que pasaba por representar a Shakespeare. La pintura, que estaba borrada y bastante carcomida, databa, fuera de toda duda, de los primeros años del siglo XVII. Estaba pintada sobre una tabla formada de dos planchas de viejo olmo y en el rincón superior izquierdo se encontraba la inscripción "Willm. Shakespeare, 1609". Mr. Clements compró el retrato a un obscuro mercader, allá por 1840 y no sabe nada de su historia, fuera de lo que puso por escrito en una tira de papel cuando lo adquirió. La nota que entonces escribió y pegó en la caja dentro de la que guardó la pintura, dice así: "Retrato original de Shakespeare, del que el ahora famoso grabado de Droeshout fué copiado e insertado en la primera edición completa de sus obras, publicada en 1823, siete años después de su muerte. La pintura fué hecha nueve (*vere siete*) años antes de su muerte, y por consiguiente diez y seis (*vere catorce*) antes de su publicación... Este cuadro fué públicamente exhibido en Londres hace setenta años y varios miles de personas fueron a verlo".

En todos sus detalles y en sus dimensiones comparativas, especialmente en la desproporción entre el tamaño de la cabeza y el del cuerpo, esa pintura es idéntica al grabado de Droeshout. Aunque grosera y duramente dibujada, la cara está mucho más hábilmente presentada que en el grabado, y la expresión de la fisonomía revela un sentimiento artístico ausente de la copia. Personas competentes, entre las que se cuentan Sir Edward Poynter, Mr. Sidney Calvins y Mr. Lionel Cust, han afirmado, casi sin reserva, que la pintura era de fecha anterior al grabado y han llegado a la conclusión de que, según todas las probabilidades, Martín Droeshout hizo su grabado directamente de la pintura. Se nota en ésta, con

de la empresa a su socio de ocasión, querido y respetado por todos, arreglando las ásperas querellas de

toda claridad, la influencia de la escuela flamenca de principios del siglo XVII, y es muy posible que sea ésta obra de un tío del joven grabador Martín Droeshout, que llevaba el mismo nombre que su sobrino y se naturalizó inglés el 25 de Enero de 1608, siendo entonces designado como un "pintor de Brabante". Aunque la historia del retrato queda dentro de la crítica conjetural, es pisar terreno firme considerarlo como un retrato de Shakespeare, pintado durante su vida, a la edad de cuarenta y cinco años. Ninguna otra representación histórica del poeta tiene iguales títulos para ser tratada de contemporánea con él, y es por eso que presenta caracteres de interés sin igual. A la muerte de su propietario, Mr. Clements, en 1895, el cuadro fué comprado por Mr. Charles Flower y ofrecido a la "Memorial Picture Gallery" en Stratford, donde ahora se encuentra. Ninguna tentativa de restauración ha sido hecha. (*)

(*) Sidney Lee, en su "A life of William Shakespeare" (1898), trae una reproducción de ese retrato, que en este momento tengo ante mis ojos, tratando de contestarme a mi pregunta mental sobre la impresión que me haría un rostro semejante, encontrado por azar, sin la menor idea de las facultades morales o intelectuales de su dueño. Contexto decididamente: la impresión de fuerza y de serenidad. Mirando bien y con alguna fijeza esos ojos, parecen surgir lentamente los signos, sinó del cansancio, de las constantes fatigas. La frente es luminosa y el corte de la nariz revela nobleza; los labios, ligeramente sensuales, son llenos y bien delineados. La fisonomía general carece indudablemente de finura y distinción, casi diría de expresión, porque el pintor le ha dado una inmovilidad desesperante. Cuando se piensa que en el año en que esa pintura se hizo, Rubens, que vivía ahí en frente, en Bruselas, tenía ya treinta y dos años, se deplora que no haya tenido la ocurrencia de atravesar el canal en esa época y después de una representación triunfal a la que hubiera asistido, la de dejarnos un retrato del poeta, lleno de vida y verdad. Van Dick, que debía más tarde retratar tanto personaje en Londres, sólo tenía 17 años a la muerte de Shakespeare.

No me llena tampoco el "Chandos", que también tengo a la vista. Según este retrato, Lady Southampton no habría podido hablar de *müller's thumb*, porque en él, la cabeza parece muy pequeña para el cuerpo. Además, aunque los ojos son inteligentes, es otra expresión. Prefiero, con su basta factura y todos sus defectos, el "Droeshout".

En cuanto al Busto del Garrick Club, me parece teatral y petulante, lejos, muy lejos de lo que debió ser el poeta.

Recordaré, de paso, que el actor *Garrick*, promotor del famoso *Jubileo* Shakesperiano de 1769, fué, al par de incomparable intérprete de las obras del poeta, un verdadero asesino de sus dramas, que arregló de una manera desastrosa.

sus compañeros, buscado por los grandes señores, deferente y agradecido a sus favores, viendo los ridícu-

Del mismo tipo que el grabado de Droeshout, aunque de una semejanza menos completa que la pintura antes descrita, es el retrato llamado de *Ely House*, (actualmente propiedad de *The Birthplace Trustees*, en Stratford) que antes perteneció a Thomas Turton, obispo de Ely. Esta pintura tiene un alto valor artístico. Los rasgos son mucho más atractivos y de mayor expresión intelectual que en los dos Droeshout, pintura o grabado, y las numerosas diferencias de detalle sugieren la duda hasta de si la persona representada puede haber pasado por Shakespeare. Los expertos opinan que el cuadro fué pintado en los primeros años del siglo XVII.

Al principio del reinado de Carlos II, el Lord Canciller Clarendon agregó un retrato de Shakespeare a su galería de St. James. Se hace mención de él en una carta del diarista John Evelyn a su amigo Samuel Pepys, en 1689; pero la colección de Clarendon fué dispersada a fines del siglo XVII y no se han encontrado rastros de ese retrato.

De las numerosas pinturas existentes que han sido descritas como retratos de Shakespeare, sólo las "Droeshout" y "Ely House", ambas en Stratford, ofrecen alguna semejanza definible con el grabado de *in folio* o con el busto en la iglesia. A despecho de sus reconocidas imperfecciones, sólo éstas, por el momento, pueden ser honradamente designadas como que reflejan las facciones del poeta. Deben ser consideradas como modelo de autenticidad, a juzgar por la legitimidad de otros retratos que se pretende son de una fecha anterior.

De los otros pretendidos retratos existentes, el más famoso e interesante es el "Chandos", actualmente en la "Galería Nacional de Retratos". Por su *pedigree*, parece que se le hubiera considerado como representando al poeta; pero numerosas y muy marcadas divergencias con el parecido auténtico, hacen ver que fué pintado según descripciones de fantasía, algunos años después de la muerte de Shakespeare. La cara tiene barba entera y lleva aros en las orejas. Oldys refiere que era debido al pincel de Burbage, un actor compañero de Shakespeare, que tuvo alguna reputación como retratista y que perteneció a Joseph Tagler, otro actor compañero también de

los humanos con implacable intensidad, pero dando alas gigantes al germen de todo sentimiento noble,

Shakespeare. Esos rumores no están corroborados; pero no hay duda que al principio perteneció a D'Avenant y que más tarde pasó sucesivamente del actor Betterton a Mrs. Barry, la actriz. En 1693, Sir Godfrey Kneller hizo una copia para regalar a Dryden. Después de la muerte de Mrs. Barry, en 1713, fué adquirido en 40 guineas por Robert Keck, un abogado de Inner Temple. Al fin llegó a manos de un John Nichols, cuya hija casó con James Bridges, tercer duque de Chandos. A su tiempo, el duque adquirió la propiedad del retrato, el que pasó más tarde, por la hija de Chandos, a su marido, el primer duque de Buckingham, cuyo hijo, el segundo duque, lo vendió con el resto de sus bienes, en Stowe, en 1848, siendo entonces comprado por el conde de Ellesmere. Este lo regaló a la nación. Edward Capell, algunos años antes, presentó una copia por Ranelagh Barret al Trinity College, de Cambridge, y otras copias se atribuyen a Sir Joshua Reynolds y Ozias Humphrey (1783). Fué grabado por Jorge Vertue en 1719 para la edición de Pope de 1725 y muy a menudo más tarde, siendo una de las mejores reproducciones la de Vandergucht. Una buena litografía, de un dibujo hecho por Sir George Scharf, fué publicado por los conservadores de la "Galería Nacional de Retratos" en 1864. La baronesa Burdett-Coutts, compró en 1875 un retrato de tipo análogo, del que se decía, aunque con alguna duda, que había pertenecido a John, lord Lumley, quien murió en 1609, y que había formado parte de una colección de retratos de los grandes hombres de su tiempo, que tenía en su casa, Lumley Castle, Durham. La temprana historia de esta pintura no está positivamente autenticada; puede muy bien ser una de las primeras copias del "Chandos". El "Lumley" ha sido muy bien cromo-litografiado en 1863 por Vincent Brooks.

El retrato llamado "Jansen" o Janssens, que pertenece a Lady Guendolen Ramsden, hija del duque de Somerset, y que se encuentra actualmente en su residencia de Bulstrode, fué primero dudosamente identificado, allá por 1770, cuando estaba en poder de Charles Jennens. Janssens no vino a Inglaterra antes de la muerte de Shakespeare.

formando a Desdémona de una lágrima, a Miranda de un soplo, a Julieta de un beso, a Hamlet de una

Es un hermoso retrato, pero tiene tan poco parecido con el poeta, como cualquiera otro de los que se ha pretendido ser retratos de éste. Richard Earlom hizo de él una admirable media tonta en 1811. El "Felton", una pequeña cabeza pintada sobre tabla, con una frente alta y muy calva (perteneciente desde 1873 a la baronesa Burdett-Couts), fué comprado por S. Felton, de Drayton, Shropshire, en 1792, a J. Wilson, el propietario del "Shakespeare Museum" en Pall Mall; muestra una reciente inscripción: "Gul. Shakespeare, 1597, R. B.". (Richard Burbage). Fué grabado por Josiah Bogdell para Steevens en 1797 y por James Neagle para la edición de Isaac Reed en 1803. Fuseli declara que es la obra de un artista holandés, pero los pintores Romney y Lawrence lo consideraban como una obra inglesa del siglo XVI. Steevens sostiene que ésta fué la pintura original de la que tanto Droeshout como Marshall sacaron sus grabados; pero no hay ningún punto de semejanza entre ella y éstos.

El "Soest" o "Zoust", en poder de Sir John Lister Kaye, de la Grange, Wackfield, se encontraba en la colección de Thomas Wright, pintor de Covent-Garden en 1725, cuando John Simon lo grabó. Soest había nacido veintiún años después de la muerte de Shakespeare y el retrato, sólo en el terreno de la fantasía, puede identificarse con el poeta. Un dibujo al lápiz, por José Michael Wright, seguramente inspirado por el retrato de Soest, pertenece a Sir Arthur Hodgson, de Clepton House, y se encuentra en préstamo en la "Memorial Gallery" de Stratford.

Una buena miniatura, por Hilliard, en otro tiempo en posesión del poeta Somerville y ahora propiedad de Sir Stapford Northcote, fué grabada por Agar para el vol. II del "Variorum Shakespeare" (*) de 1821. Tiene pocos títulos a la atención, como retrato del dramaturgo. Otra miniatura, llamada el "Auriol", de dudosa autenticidad, perteneció antiguamente a Mr. Lumsden Propert. Una tercera se encuentra en Warwick Castle.

(*) Ver la nota sobre las ediciones de las obras completas de Shak.

idea, a Iago de una sombra, a Hotspur de un ímpetu, a Falstaff de una sonrisa.

Un busto, que se dice ser de Shakespeare, fué descubierto en 1845, enladrillado en un muro, en el almacén de artículos de la China de Spode & Copeland's, en Lincoln's Inn Fields. El almacén había sido edificado sobre el sitio que ocupó el "Duke's Theater", construido por D'Avenant en 1660. El busto, que es en *terra-cotta* negra y muestra rasgos de ser una obra italiana, pasa por haber adornado el proscenio de aquel teatro. Fué adquirido por el cirujano Williams Clift, del que pasó a su yerno, Richard (más tarde Sir Richard) Owen, el naturalista. El último adquirente fué el duque de Devonshire, quien lo regaló en 1851 al Garrick Club, después de haber hecho sacar dos copias en yeso. Una de esas copias está en la "Memorial Gallery" de Stratford.

La máscara mortuoria de Kesselstadt fué descubierta por el Dr. Ludwig Becker, bibliotecario del palacio ducal de Dalmstadt, en un boliche andrajoso de Mayence, en 1849. Las facciones se parecen a las de un pretendido retrato de Shakespeare (fechado: 1637), que el doctor Becker compró en 1847. Esta pintura estuvo largo tiempo en poder de la familia del conde Francis de Kesselsstadt, de Mayence, quien murió en 1843. El Dr. Becker trajo la máscara y la pintura a Inglaterra, en 1849, y Richard Owen sostuvo la teoría de que la máscara había sido tomada sobre la cara de Shakespeare después de muerto y que era la base del busto de la iglesia de Stratford. La máscara estuvo por mucho tiempo en los apartamentos privados del Dr. Becker en el palacio ducal de Darmstadt. Las facciones son singularmente atrayentes; pero el encadenamiento de las evidencias con el que se quiere identificarlas con las de Shakespeare, es incompleto". (S. Lee).

He transcripto esta minuciosa noticia sobre los retratos conocidos como de Shakespeare, la más reciente y la mejor informada de todas, porque he pensado que, aunque se aparta del campo restringido de este trabajo, será leída con el vivo interés que despierta todo lo que al inmortal poeta se refiere.

Los retratos citados por Lee son sólo los que presentan alguna pretensión plausible a la autenticidad; — sería cuestión de nunca acabar la simple mención de todos

¿Qué nos importa saber más sobre él, si cuidó caballos a la puerta de un teatro, si fué mal cómico, si reemplazó a un amigo en una cita de amor, si vivió como un burgués enriquecido sus últimos años en Stratford? (1) El contacto de su alma le tenemos en sus obras, contacto tan perenne e inmutable, que escapa al tiempo y al espacio, contacto que persistirá mientras el organismo humano no se modifique, mientras el hombre odie, ame, sueñe, delire, ambicione o niegue.

los que han surgido, sobre todo en nuestro siglo y especialmente en su segunda mitad, con aspiraciones shakesperianas.

(1) La primera alusión a la ocupación de Shakespeare, en la puerta de los teatros, en los primeros tiempos de su llegada a Londres, se encuentra en la compilación de Cibber "Vida de los Poetas" (1735). Según éste, esa historia fué contada por D'Avenant a Betterton; llama la atención que Rowe, a quien también Betterton la narró, no la consigne.

Es un hecho exacto de que la gente de calidad iba a caballo a los dos principales teatros de Londres y que Burbage, el propietario de uno de ellos, tenía cerca de éste una caballeriza de alquiler. "No hay improbabilidad inherente en esa tradición", dice Lee. La ampliación del Dr. Johnson, según la que Shakespeare aparece organizando una banda de muchachos para cuidar los caballos de los concurrentes, parece no tener base.

Respecto a la anécdota de que reemplazó a su camarada Burbage en una cita de amor, que había dado una dama al último, diciéndole que se presentara bajo el nombre de Ricardo III, papel que le había visto desempeñar, cuenta Manningham en su "Diary" (Marzo 13, 1601 — *Camdem Soc.* pág. 39), que Shakespeare se le anticipó y cuando Burbage llegó, le salió al encuentro diciéndole que "Guillermo el Conquistador estaba antes que Ricardo III".

II

Los dramas históricos de Shakespeare, especialmente los que se refieren a los anales de Inglaterra, tienen forzosamente un número más reducido de lectores, por la preparación indispensable que exigen, que sus tragedias de mera fantasía o las comedias de imaginación. La crítica, sin embargo, los coloca, por lo menos, a igual altura que las concepciones más generalmente celebradas del poeta. El encadenamiento cronológico de esos dramas que empiezan con el "Rey Juan" y acaban con "Enrique VIII", parece darles a primera vista, cierto carácter de crónica rimada, a la manera de los viejos cronistas feudales. Sin embargo, jamás una mirada más intensamente clara e inteligente ha escudriñado con mayor vigor los hombres y los sucesos del pasado. Como para otro gran artista incomparable, Velázquez, para Shakespeare los acontecimientos humanos en todos los tiempos llevan el sello de nuestra miserable condición, sin que baste el prisma del alejamiento para revestirlos de los rasgos sobrehumanos con que la imaginación se complace en adornar los hechos remotos. Si Velázquez hubiera hecho figurar al Cid en una de sus telas, habríamos tenido un soldadote un tanto brutal, fuerte de pecho y espaldas, cubierto de armadura recia y tosea, arqueadas las piernas por el hábito del caballo, con grandes ojos llenos de audacia y empuje. Shakespeare habría hecho de esa figura algo como su Hotspur, noble, pero semisalvaje, guerrero por instinto, tan lejos de la cultura como del fingimiento. Corneille le dió el corte de un tierno amador, con un alma a lo Hamlet, conturbada por un conflicto que el verdadero campeador habría zanjado llevándose a Ximena a la grupa, encerrándola en un castillo y volviendo a buscar mo-

ros mientras ella se entregaba a los cuidados de la maternidad.

Shakespeare se ha tomado indudablemente algunas y no leves licencias con la historia. Me es completamente indiferente; la historia moral es una posibilidad y suele haber más verdad en la lógica que en los hechos. Contemporáneo de Shakespeare era aquel Raleigh que quemaba su "Ensayo" sobre la historia universal al oír diez narraciones diversas de un suceso que había presenciado desde las ventanas de su prisión. La mirada genial del poeta penetra la atmósfera social del tiempo que estudia, plantea sus caracteres y sus héroes obran como hombres, en la implacable lógica de su organismo individual.

No creo que la historia literaria presente un museo de caracteres más curiosos que el "Enrique IV", especialmente la primera parte. En primer lugar, ese maravilloso futuro Enrique V, que desde las primeras escenas y aun en los sitios más vulgares o innobles, aparece con la cabeza circundada de la aureola de Azincourt. Tal así en las telas de los primitivos, el nimbo luminoso rodea las sienes de los predestinados a la vida eterna, aun en los pasos menos místicos de su existencia terrestre. Es que Enrique V personifica la patria, sus glorias, sus nobles virtudes, rescate supremo de sus vicios ligeros. Todo va a él, en una corriente insensible que acumula luz sobre su figura; el poeta agiganta aquellos contra quienes Enrique debe medirse, le da la sencillez, le da el buen humor que Michelet reconocía como el rasgo fundamental y característico del héroe verdadero, la extrema juventud, que es la adorable sonrisa del tiempo y el alma levantada y generosa del que marcha en la historia encarnando el ideal de un gran pueblo.

¿Enrique IV hizo morir de hambre a Ricardo II y usurpó su corona? Tal parece ser la verdad; pero

Shakespeare no olvida que engendró al hijo glorioso y mitiga su crimen, alejando de él la responsabilidad inmediata, alegando las causas externas que hicieron imprescindible la resolución que llevó a Bolingbroke (1) al trono y hospedando en el alma de éste la duda sombría y el constante y callado torcedor del recuerdo.

Nortumberland, Worcester, el arzobispo de York, son los grandes señores feudales, sin concepción de la patria, sin más ley que su propia voluntad, sin lealtad más que para su interés inmediato, irresolutos por la incertidumbre de saber dónde se encuentra aquél, traicionando por la inacción hasta su sangre misma y cayendo en el abismo por exceso de precauciones. Eso es lo que vive eternamente en Shakespeare: la inmutabilidad de sus caracteres. Tomad cualquier época de la historia humana, en cualquier región de la tierra, un momento de convulsión política y social, 1640 en Inglaterra, 1789 en Francia, 1848 en Hungría, más aún, si queréis usar el microscopio, 1890 en Buenos Aires y veréis, al lado de los Hotspurs y los Douglas, que marchan impetuosos a la muerte, enloquecidos por la idea del triunfo, los Northumberland y los Worcester, irresolutos, inquietos, egoístas, azuzando las pasiones, prometiendo concursos y fallando el objeto por la sinuosidad de la línea seguida.

Hotspur es el hombre de la naturaleza, el *struggler* primitivo; su alta cuna, su educación, la atmósfera ambiente, el amor de una mujer superior, apenas han modificado en la superficie su ruda y brusca organización. No tiene sentidos para todo lo que es ornato del espíritu humano, ni la cultura significa nada para él. Encuentra más placer en oír ladrar su perra fa-

(1) Apodo dado a Enrique IV, del nombre del castillo en que nació, Bolingbroke Castle.

vorita que en las más delicadas armonías. Un petimetre perfumado le excita hasta el punto de olvidarse de lo que debe al rey; se ríe del diablo y de los magos. No cree más que en el deleite supremo de los grandes golpes, la sangre a raudales, el recio golpear de las armaduras, el bélico relinchar de los caballos de guerra, el clarín que anuncia la batalla. La combatividad, ensanchándose hasta atrofiar, aniquilar todas las otras facultades, erigida en alma única que anima y dirige un cuerpo. Soberbia figura de guerrero como estatuario alguno concibió jamás.

También combate Douglas, también ama las empresas arriesgadas; lanza su caballo a la carrera por una pendiente abrupta, derriba en Shrewsbury cuanta imagen del rey encuentra a su paso; pero al fin de la batalla, todo perdido ya, tropieza con el brazo vigoroso de Enrique Monmouth y tan resueltamente como combatió, huye. Va a Escocia, en busca de su clan indomable, que le ayudará a proseguir la lucha. Para él la fuga es un ardid de guerra, no una deshonra. Hotspur toma su sitio delante de Enrique y cae.

Glendower, el brujo galense, encarna una tradición entera, leyenda sobrenatural en la que los hombres dominan a los elementos, reflejo fantástico de la Edad Media en sus albores, cuando millares de hombres morían en la hoguera convencidos de haber asistido al sabbat y de haberse entregado a amores bestiales y satánicos. Glendower cree que la tierra tembló a su nacimiento, está persuadido que puede evocar los espíritus del aire. "También puedo yo hacerlo, contesta Hotspur; ¿pero vendrán?" Ilustre guerrero, parecería que su gloria incómoda al ardoroso Percy y le sugiere la ironía de su persistente contradicción.

Dos mujeres cruzan esa acción que marcha implacable, lady Percy, dulce, enamorada de su héroe de ruda corteza, creciendo a su muerte como una leona y

apostrofando al viejo Northumberland con la voz vibrante de su alma destrozada. Luego, la hija de Glendower, que uno ve en su mutismo, con sus ojos clavados en el que ama y cantando a sus pies sus melodías galenses para hacerle comprender en el divino idioma lo que su lengua no puede explicarle.

III

Por fin, Falstaff. Es una creación única en la historia literaria. Como lo observa Campbell, la antigüedad no ofrece nada parecido; es el antepasado de todo lo que el teatro y la novela occidentales han producido de análogo Scapin, Leporello, Sganarelle. Pero ninguno tiene su amplitud, ninguno se mueve en el soberbio cuadro del que es, al par de contraste, punto culminante. Pero Falstaff es inglés, se dice. Su enorme bufonería, su absoluta aberración moral, sus vicios innobles, chocan y subleman el alma latina, que en toda concepción de arte exige medida, gusto y delicadeza. Los compatriotas mismos de Shakespeare han encontrado monstruosa la creación por momentos; pero al fin el buen humor del viejo calavera, su espíritu siempre alerta, su franco epicureísmo, han hallado gracia, aun ante los jueces más severos. (1)

(1) "Pero Falstaff, el jamás imitado e inimitable Falstaff, ¿cómo describirlo? Conjunto de buen sentido y de vicio, de vicio que puede ser despreciado, pero no aborrecido, sus errores despiertan tan sólo un movimiento de disgusto. Es ladrón y glotón, cobarde al mismo tiempo que fanfarrón, pronto siempre a engañar al que es más débil que él y a despojar al que es más pobre, a asustar al miedoso, a insultar al indefenso. A un tiempo es obsequioso y maligno, y con su sátira zahiere, por poco que se ausenteu, a aquellos mismos que, adulados por él, le pagan sus gastos. Se hace siervo del príncipe, pe-

Bien entendido que para no pocos ingleses también, nosotros, los que no hemos tenido el insigne honor de nacer en tierra británica, debemos renunciar a la pretensión de comprender a Shakespeare y especialmente a Falstaff. Esa división por estancos del espíritu humano, a la manera de los compartimientos de un barco, es una preocupación general. Los italianos sonríen cuando nos ven leer a Dante, los alemanes se encogen de hombros cuando echamos una mirada irreverente sobre el Fausto, los rusos mismos, que son de ayer, se guiñan el ojo al vernos entusiastas por Tolstoy, y hasta nosotros necesitamos un esfuerzo para no reírnos en la cara del extranjero al habla española que opina sobre el Quijote. Es un nuevo dato concurrente para establecer la envidiable fraternidad humana que reina sobre nuestro globo; cada campanario, no sólo lo pretende que lo que nace a su sombra es lo mejor

ro sin otro fin que el de servirle en sus hábitos viciosos; y de tal servidumbre se muestra tan vano que no sólo es con los demás arrogante y soberbio, pero parece creer que por él se aumenta la importancia del mismo duque Lancaster. Y, sin embargo, un hombre tan endurecido en el mal y tan despreciable, se hace como necesario al príncipe que lo desprecia, por su calidad que más aprecia, una alegría continua, una incesante facultad de excitar la risa, esa risa que a su derredor se suelta más libremente, porque su burla no es brillante ni ambiciosa, sino que consiste en ligeros puntillazos de buen humor, que divierten sin dejar reucon. Debe observarse también que no está manchado con graves delitos ni con actos de sangre; tanto que su licencia no ofende, y conviene soportarla, a causa de su festiva índole.

"La idea moral que puede desprenderse de esta representación, es que nadie es más peligroso que el que, con el mal designio de corromper, tiene la facultad de agradar; y que no hay, espíritu por más alto y honesto que sea, que pueda salir ileso de tal compañía, cuando se vé un Enrique seducido por un Falstaff". (Johnson).

sino que nadie más que los autóctonos pueden apreciarlo. El alemán es único para apreciar su Goethe, como el valenciano irreemplazable para gustar sus melones o el bordelés para catar sus vinos. ¡Pero si tengo un paladar y un entendimiento como ellos! Bueno está que no alcance a darme cuenta del simbolismo oculto de un libro primitivo de la India, ni pueda digerir un plato al asa fétida, hecho según la receta romana; pero es porque vivo en un momento intelectual absolutamente distinto al que dió vida al budismo y porque mi estómago, desde que nació y aun por atavismo, que lo hay fisiológico también, está habituado a otro género de alimentación. Pero en sus líneas generales, la Inglaterra de Shakespeare, en su barbarie medioeval, con sus horrores, sus traiciones, sus guerras, su desprecio por la vida y la libertad humanas, ¿no era acaso idéntica a la Francia, España e Italia de entonces? ¿El estado de espíritu que encarna Fausto no era general a la Europa? ¿Sólo en Alemania hay espíritus que niegan o muchachas que aman, paren y mueren? ¿Se necesita haber nacido en la Mancha o hablar el español como Solís para contemplar con orgullo humano el alma de Cervantes a través de la de su héroe?

“Un rey como Shakespeare necesitaba ese bufón colossal”, se ha dicho. Pero Shakespeare es la humanidad en acción intelectual, el cincel con que ésta traduce sus tipos latentes. Falstaff no es el bufón de un hombre, aunque éste se llame Shakespeare; es mío, es tuyo, nos pertenece, porque todos hemos contribuído a formarlo con la explosión constante y secular de nuestros apetitos y deseos, vicios y lacras. Baco, en la vieja Grecia, no es un hombre ebrio; más aún: no es un Dios ebrio, es la Embriaguez. La forma humana es un accidente necesario; pero el estado es la substancia y el modo permanente. Falstaff no es un hombre vicioso:

es el vicio amable, como todos lo hemos entrevisto secretamente en algún momento. "Es necesario haberse embriagado una vez en la vida", ha dicho Goethe. Reunid las alegrías del vino, la expansión sonora de la sobremesa, el ardor de la sangre y el estremecimiento lascivo de la carne, la atrofia de la ambición, la indiferencia del porvenir, la ausencia del resorte moral, el epicureísmo que acepta todo placer, o que en todo encuentra placer, agregad la astucia ingenua, el instinto de conservación, la conciencia de que los golpes duelen y que no hay convención ni grandes palabras que los hagan inocuos, poned, sobre dos piernas cortas y enjutas, un vientre enorme, un estómago de ídolo indio, un cuello rechoncho sosteniendo una cara rojiza, triple papada, ojos pequeños y vivaces, escasa cabellera color ceniza, un aliento cargado y jadeante, una apostura petulante al fresco, agobiada bajo el sol y ahí tenéis rodando en las tabernas, rendido a los pies de muchachas "más públicas que un camino real", al enorme Sir John, como le llamaba el hostelero de la Jarretiere (1).

IV

Tal es el Falstaff de *Enrique IV*, porque, a mis ojos, el de las *Alegres Comadres de Windsor* (2) no

(1) Falstaff, estudio del que escribe estas líneas (1884).

(2) Según toda probabilidad, "Las Alegres Comadres de Windsor", comedia vecina de la farsa y desprovista de todo interés poético, siguió de cerca a "Enrique IV". En el epílogo de la Segunda Parte de este drama, Shakespeare escribía: "Si no estáis ya hartos de carne gorda, nuestro humilde autor continuará la historia, con Sir John en ella..."

es el mismo tipo. Largo tiempo después de enterrarle, Shakespeare le resucitó. El público no se consolaba de ver en la tumba tanta alegría vibrante, tanto buen humor, y en su concepto, Hal necesitó Azincourt para hacerse perdonar su ingratitude para con Sir John. Los críticos han establecido, a favor de una que otra frase suelta de la comedia, que la acción de las "Merry wives", pasa en la época intermediaria de la segunda parte de *Enrique IV* a *Enrique V*. Convenido, pero Sir John ha muerto a mis ojos y aquel trozo informe de carne que arrojan al río en un canasto de ropa sucia, que es víctima de farsas imbéciles, no es el chispeante habitado de East-Cheap, el de la lengua lista, el recurso ágil, la parada instintiva. No me consuelo de verle perder su aureola. Tal así, el Athelstane de *Ivanhoe*, personaje típico, completo, es ridículo cuando Walter Scott, a ruegos de un editor absurdo, le arranca de la tumba para llamarle a la acción. Donde Shakespeare pone la garra, rastro que-

Rowe afirma que "la reina Isabel se mostró tan complacida con ese admirable carácter de Falstaff en las dos partes de "Enrique IV", que le ordenó continuarlo en una pieza más y mostrarlo metido en amos".

Dennis, en su dedicatoria del "Comical Gallant" (1702), observa que la comedia "Las Alegres Comadres", fué escrita por orden de la reina y por su indicación; y estaba tan ansiosa por verla representar, que ordenó fuese la pieza concluida en catorce días y se mostró más tarde, según una tradición que se nos ha transmitido, muy satisfecha con la representación". En sus cartas, Dennis, (1721, pág. 232) reduce el período de composición a diez días, "cosa prodigiosa" agrega Gildon (*Remarks*, página 291) "en la que todo es imaginado y desarrollado sin la menor confusión". La localización de la escena en Windsor y las lisonjeras referencias al Castillo de ese nombre, corroboran la tradición de que la comedia se preparó para satisfacer una real orden. (S. Lee, *A life of W. Shakespeare*, pág. 172).

da, sin duda. Pero Sir John merecía más respeto. Había concluído su carrera; sin la luz de Hal, volvía a la sombra; sin la noble compañía que hasta cierto punto ennoblecía sus vicios, se convierte en un viejo truhán común. A más, ¿lo diré?, Shakespeare necesita el contraste para hacer brillar su *humour* incomparable; los grandes golpes de Hotspur, la melancolía secreta de Bolingbroke, le sirven para destacar la figura *insouciant*e de Falstaff, repleta de la *non curanza* de la vida seria. En Windsor, el cuadro es pequeño y los personajes, si bien grotescos, insípidos. Sir John es caballero al fin y al cabo y necesita ape-garse por algún punto a su mundo normal. A más en Windsor está muy viejo ya. El cabello gris, cuyos reflejos se coloreaban al resplandor de su faz rojiza, están ya blancos. ¡Burlado por un par de viejas ridículas, él, que hizo frente al lord Gran Juez, él que se batió en Shrewsbury y que se midió con el cadáver de Percy!

Shakespeare necesita el contraste, porque la vida es contraste y él es el reflector supremo del mundo moral. Así destaca el alma-abismo de Ricardo III; así da relieve a Lear; así, en la noche de angustia que precede a Azincourt, arroja sobre la tela sombría el clarear ridículo del capitán galense. Falstaff está en su cuadro natural en *Enrique IV*. Es ese su campo de batalla y allí debió morir, uo de la muerte trágica de Hotspur, sino tras la tela, en la melancolía nostálgica de la ingratitud de Hal.

¡Sí, la ingratitud! Me he reconciliado con el viejo doctor Johnson, al verle criticar la dura solución de Shakespeare. Hazlitt sigue sus huellas. F. V. Hugo, el prolijo comentador, aplaude. “¡Falstaff primer ministro de Enrique V! ¡Apicio, consejero de Marco Aurelio!” No, ni ministro ni consejero, pero sí al alcance de la irradiación real. ¡La historia se opone! ¡Bah!

ya que el poeta da a Hal la fuerza y el valor necesarios para derribar a Hotspur, ¿por qué no darle la magnanimidad, la energía de conservar a Falstaff a su lado? ¿Una pensión a él! ¿Para que vaya a vegetar en una aldea, plantando coles, extasiándose ante el piar de la menuda plebe, solo y triste en medio de las ferias, como el viejo Wagner de Goethe? ¿No, por el cielo! Puesto que la grandeza de Enrique V tiene por origen la experiencia de Hal, ¿por qué abandonar al maestro?

A más, cuando brota en un espíritu humano, bajo una iluminación soberbia, una de esas figuras acabadas, cuando se crea un tipo inmortal, cuando con él se hace feliz por una hora a la humanidad entera, durante infinitas generaciones, una tumba callada, un fin obscuro, es la ingratitud suprema.

Shakespeare escribió *Enrique IV* en 1597; tres años más tarde nació *Hamlet*. Cuando el poeta trae a los labios del príncipe de Dinamarca, cuya mano sostiene el cráneo del "poor Yorick" aquellos versos impregnados de cariñoso recuerdo, ¿no flotaba tal vez en su espíritu la imagen del valiente Jack, "tanto más valiente cuanto que es el viejo Jack?"

Reposa, reposa en la paz sonora de tu gloria, enorme Sir John; sobre tu tumba no arroja su tristeza la sombra del árbol funeral, ni corren las brisas dolientes, música eterna de los sepulcros. Debes dormir mecido por el rumor vibrante de las expansiones juveniles, en el declive de una colina cubierta de viñas trepadoras, en tierra dorada por el sol. Hasta ti debe llegar el eco franco de la alegría que sembraste y que brota, crece y aumenta a medida que tu nombre conquista el mundo habitado. Cerca de ti duerme quizá Sanecho; a esta hora seréis amigos. Su bota de Valdepeñas vale tu jarro de "Old Sack", y cuando te describa los encantos de Dulcinea, sonreirás con

fatuidad pensando en que Mistress Quickly no era mal en su tiempo.

Duerme, que los hombres conservan tu memoria y repiten tu frase famosa con una ligera variante: "Si desde que el viejo Jack dejó de existir, no ha desaparecido la alegría, la verdadera alegría sobre la tierra, consiento en ser un arenque ahumado!" (1)

V

Una palabra de la traducción (2). No creo difícil, para el que tiene un poco de hábito de la pluma y sabe manejar su lengua medianamente, hacer variaciones sobre un texto, cuando éste, como el de Shakespeare, se presenta repleto de ideas, generalmente dura y sucintamente indicadas. Con diluirlas en una prosa

(1) Falstaff, *idem*.

(2) Conozco las siguientes traducciones de Shakespeare al español:

Obras de Shakespeare, versión al castellano, por Jaime Clark	5	volúmenes
Obras de William Shakespeare, traducidas fielmente del original inglés, por el Marqués de Dos Hermanas	3	"
Shakespeare, obras dramáticas, versión castellana, de D. Guillermo Macpherson	5	"
Dramas de Guillermo Shakespeare, traducción de D. Marcelino Meléndez Pelayo	1	volumen
Dramas de Shakespeare, traducción de don José Arnaldo Marqués	1	"

Luego algunas traducciones parciales, como la de *Macbeth*, de García Villalta, *Romeo y Julieta*, de Lucio Viñas y Deza, *Hamlet*, de Carlos Coello, etc. Ninguna de las versiones generales contiene el "Enrique IV". No conozco, en una palabra, traducción española de esa obra.

fácil, más o menos elegante, según los recursos del traductor, puede llegarse hasta la ilusión de una obra personal. Es eso lo que encuentro detestable en casi todas las traducciones de Shakespeare que conozco; se dice que una, la de Schlegel, es admirable, no sólo por la fidelidad, sino por el vigor de reproducción. No poseo bastante el alemán para apreciarla. Entre las españolas hay algunas buenas, y la de Cárcano, en italiano, es excelente. Pero las francesas que conozco (Letourneur, Michel, Hugo, Guizot, Montégut), con notable diferencia de valor entre ellas, tienen el defecto de ser blandas por decir así. Ninguna me da la sensación shakespeariana, ninguna en la frase equivalente, prosa o verso, se acerca al golpe seco del poeta inglés, al latigazo del verbo, empleado con una adivinación instintiva para levantar la imagen buscada. Se me dirá que es el defecto de todas las traducciones; convengo, pero nunca más sensible y chocante que en este caso. Y no es que falten siempre los elementos de reproducción, los equivalentes; es que a veces, muchas veces, su empleo tiene algo de duro, de antiliterario, de anticlásico. Traduciendo a Shakespeare bien cerrado, apretando el texto cuanto se pueda, cuanto la lengua que se emplea lo permita, la prosa, el estilo, la *escritura*, como se dice ahora, pierde, ¿quién lo duda? su armonía, su cadencia convencional. ¡Pero si no se trata de hacer gustar la prosa del traductor, sino de dar una idea de Shakespeare lo más exacta posible! No hay puente más elástico que la perífrasis y abismo por hondo que sea, que esa cábala no salve; hay traducciones (1) que se parecen a aquellos poemas didácticos de Delille, en los que se emplean catorce o veinte versos en describir un melón, sin nombrarlo, en vez de decir, lo que es tan cómodo, tan natural y más

(1) La de Letourneur, por ejemplo.

estético que lo otro: melón. Luego viene la cuestión del *buen gusto*. “¡Este Shakespeare tiene unas cosas! Comete faltas de buen tono, de civilidad, hasta de decencia, tan enormes, que por respeto mismo es bueno eliminarlas”. De ahí a castrar el toro Farnesio o el Apolo del Belvedere o poner calzones de baños a las flamencas de Rubens, no hay más que un paso. Sí, todos lo sabemos, desde Pope, Johnson, Dyce, Steevens, Rowe, etc., hasta Voltaire, hasta Villemain mismo, que es de ayer y que debía tener el criterio amplificado por el espíritu moderno, todos han criticado las faltas de gusto, señalado sus defectos. Pero, fuera de los inconscientes demolidores de la primera hora, los mutiladores de las primeras ediciones (1) acaso hoy,

(1) En vida de Shakespeare, sólo dos de sus obras, sus poemas “Venus y Adonis” y “Lucrecia”, fueron publicadas con su aprobación y cooperación. Para limitar esta breve nota bibliográfica a la obra que he traducido, diré que de los diez y seis o diez y ocho dramas (incluyendo la “Contention”, primer esbozo de Enrique VI y “La verdadera tragedia”, primer esbozo de la III parte de la misma pieza) de Shakespeare, únicamente publicados en vida del poeta (hasta 1816), la Primera Parte de nuestro Enrique IV había alcanzado cinco ediciones (todas en 4.º mayor) en 1598, 1599, 1604, 1608, 1615. La Segunda Parte de Enrique IV sólo se editó una vez (1600) mientras vivió su autor. En 1622 salió a luz la sexta edición de la Primera Parte de Enrique IV. De estas viejas ediciones, de las que se han publicado algunos facsímiles litografiados (por E. W. Ashbee, 1862-1871), existen algunos ejemplares originales en las bibliotecas del duque de Devonshire, del British Museum, de Trinity College (Cambridge) y en la Bodleriana. Todos los in 4.º publicados en vida de Shakespeare se vendieron a seis peniques cada uno. (*).

(*) Los buenos ejemplares alcanzan hoy, según su rareza, el precio de 200 a 300 libras esterlinas. En 1864 en la venta de la biblioteca de Jorge Daniel, ejemplares in 4.º (primera edición) de “Penas de amor perdidas” y de “Las alegres Comadres” alcanzaron a 346 libras. En Mayo 14, 1897, un ejemplar del in 4.º del “Mercader de Venecia” (impreso por James Roberts en 1600), se vendió en Sotheby por 315 libras.

que una concepción más amplia del arte, un espíritu más levantado predomina, un solo hombre de letras

En el primer conato de edición completa de las obras del poeta (el primer *infolio*), hecho por sus amigos y compañeros de escena, Jhon Herning y Henry Condell, figura nuestro Enrique IV. Ese *infolio*, que contiene 36 piezas de Shakespeare, es considerado en Inglaterra como el volumen más valioso, bajo todo concepto, de la literatura nacional. Una reimpresión de este primer *infolio*, se hizo en 1807-1808.

La segunda edición *infolio* se imprimió en 1632. La tercera, por Peter Shetwynde, en 1663 y reimpresa el año siguiente, con la adición de seis nuevas piezas, nunca comprendidas en los *infolios* anteriores y que en realidad no eran de Shakespeare, *The London Prodigall*, *The History of Thomas Ld. Cromwell*, *Sir Jhon Oldcastle*, *lord Cobham*, *The Puritan Widow*, *A Yorkshire Tragedy*, *The Tragedy of Loocrine*. El cuarto *infolio* se imprimió en 1865, sobre el anterior, sin más cambio que modernizar el lenguaje, pero conservando las piezas espúreas.

Desde 1685, algo como doscientas ediciones independientes de las obras completas de Shakespeare, han sido publicadas en la Gran Bretaña e Irlanda y varios miles de ediciones de sus dramas separados. La serie de errores introducidos en el texto primitivo ha hecho lenta, difícil y meritoria la tarea de los editores del siglo pasado y del presente, cuyos esfuerzos han conseguido hacer inteligible la lectura de Shakespeare a los que no están habituados a la crítica de los textos.

Aunque un poco fuera del cuadro de esta simple traducción, pensando que todo lo que a Shakespeare se refiere, es interesante para los que le aman, daré, con la ayuda del "Dictionary of National Biography" y del libro de Lee, algunos datos sobre los principales editores críticos del poeta.

El primero fué Nicolás Rowe, un dramaturgo popular del tiempo de la reina Ana y poeta laureado de Jorge I. Publicó en 1709 una edición en seis vol. en 8.º, a la que siguió otra en ocho vol. en 1714, con uno de suplemento conteniendo los poemas. Siguió el texto del 4.º *infolio*, escribió una interesante vida de Shakespeare, conservando algunas anécdotas tradicionales, que sin él se habrían perdido. Su práctica de la escena le sirvió para fijar la

se atrevería a aconsejar una espurgación de la obra del poeta? Y si el original queda intacto, ¿por qué destrozarlo en la traducción?

lista de personajes y dividir las piezas en actos y escenas; cuidó la puntuación y la gramática y modernizó el lenguaje.

El poeta Pope fué el segundo editor de Shakespeare (1725, 7 vol. el último de glosas). Sin gran preparación para la tarea, Pope hizo, sin embargo, numerosas innovaciones en el texto, "según su propio sentido y conjetura". A menudo son éstas plausibles e ingeniosas. Fué Pope el primero en indicar el sitio de cada escena y mejoró la subdivisión de las mismas hecha por Rowe. En 1728 apareció la 2.^a edición de Pope y siguieron varias otras en 1735 y 1768.

Pope encontró la horma de su zapato en Lewis Theobald (1688-1744), escritor y poeta mediocre, pero el más inspirado de todos los críticos de Shakespeare. Pope se vengó *salvajemente* de su censor, dice Lee, entregándole al ridículo como el héroe de la "Dunciad" (*). La primera versión de la hábil crítica de Theobald apareció en 1726 en un volumen cuyo título era nada menos que el siguiente: "Shakespeare restaurado, o un *specimen* de los numerosos errores tanto cometidos como no corregidos por Mr. Pope en su última edición de ese poeta, errores que se apuntan no sólo para corregir dicha edición, sino también para restaurar la verdadera lectura de Shakespeare en todas las ediciones hasta ahora publicadas. "El príncipe de los críticos de Shakespeare, como se le llama en Inglaterra, explica así su manera en una carta a Warburton: "Siempre me esfuerzo en hacer las menores desviaciones que me son posibles, del texto; en no alterar nada cuando por cualquier medio puedo explicar con sentido un pasaje; en no hacer ninguna enmienda que me-

(*) *Dunciad*, palabra inventada por Pope y con la que tituló un poema satírico. Viene de *dunce*, zote, sopenco, bolo (Dicc. de Velasq.).

Theobald contestó noblemente: "Yo siempre estimaré mejor carecer de ingenio que de humanidad; y la posteridad, imparcial, acaso sea de mi opinión. Al considerar de qué modo se me ataca, dudó como *Quinto Sereno*:

Sive homo, seu similis turpissima bestia, nobis
Vulnere donte dedit".

¡El gusto! Las piezas de teatro cada veinte años, se divorcian con el gusto del público. Los dramas de

jore el texto como probablemente salió de manos del autor" (*) Theobald publicó en 1733 su edición en 7 vol., una segunda en 1740, una tercera pareció en 1752, otras en 1772 y 1773. Está comprobado que se vendieron de estas últimas 12.860 ejemplares.

El cuarto editor fué un hidalgo de campaña, Sir Thomas Hanmer (1677-1746) que, retirado de la vida política (había presidido por corto tiempo la Cámara de los Comunes), dedicó sus ocios y su nativo ingenio a una edición de Shakespeare, en la que introdujo algunas enmiendas de buen sentido (pues no tenía gran preparación) que fueron aceptadas. Su edición, impresa en la imprenta de la Universidad de Oxford, en 1744, en seis vol. in 4.º, fué la primera con algunas pretensiones a la belleza tipográfica. Se reimprimió en 1770.

El obispo Warburton fué el quinto editor de nota de nuestro poeta. El buen obispo publicó en 1747 una versión revisada de la de Pope. Tomó mucho de Theobald y de Hanmer, de quienes abusó en regla, determinando por esto severas críticas por su pretenciosa incompetencia, especialmente de Thomas Edwards cuyo "Suplemento a la edición de Shakespeare por Warburton", que apareció en el mismo año, fué llamado "Los cánones del criticismo" y tuvo varias reimpressiones (no menos de 7) hasta 1765.

El famoso Dr. Johnson (1709-1783) publicó su primera edición en ocho vol. en 1765 y la segunda en 1778. Sus trabajos sobre el texto tuvieron poca importancia y en sus notas demostró un conocimiento poco extenso de la literatura de los siglos XVI y XVII. Pero fué quizá el

(*) Para dar una idea de las correcciones introducidas por Theobald, tomare un ejemplo que se refiere a nuestro Falstaff. En la narración de la muerte de Sir John, hecha por Mistress Quickly en el drama "El rey Enrique V" (acto II, esc. III), las ediciones anteriores a la de Theobald, decían: "His nose was as sharp as a pen and a table of green fields". *Table* no tenía sentido; Theobald propuso *babbled*, que ha quedado consagrado. "Su nariz estaba puntiaguda como una pluma y *charlaba* sobre prados verdes". Estos símfonas, según Mistress Quickly, eran mortales.

De la edición de Theobald de 1733, se vendieron 13.000 ejemplares.

Hugo, hoy, serían realmente insoportables sin el verso que los sostiene. Los del viejo Dumas con su prosa

primero que sintió la grandeza de Shakespeare y su triunfal pintura de caracteres.

El séptimo editor Edward Capell (1713-1781), un escritor basto, de quien Johnson decía que "charlaba monstruosamente", avanzó sin embargo mucho y en varios conceptos, sobre sus predecesores. Su colación de los primero y segundo *folios*, fué hecha con método más riguroso que todas las precedentes, sin exceptuar la de Theobald. Era incansable y se dice que copió más de diez veces todo Shakespeare. La edición de Capell apareció en 10 pequeños vol. en 8.º en 1768 y en otro vol. aparecido en 1774, de notas, mostró cuán versado estaba en la literatura del tiempo de Isabel.

Traduzco textualmente la excelente noticia de Sidney Lee sobre el octavo editor de Shakespeare. "Jorge Steevens (1736-1800), cuyo humor áspero le envolvió durante toda su vida en una serie de querellas literarias con los que se ocupaban de Shakespeare, hizo valiosísimas contribuciones al estudio del poeta. En 1766 reimprimió veinte de sus dramas, tomados de los in quarto. Poco después revisó la edición de Johnson, sin mucha ayuda del Doctor y su revisión, que comprendía numerosos progresos, apareció en diez vol. en 1773. Fué durante mucho tiempo considerada como la versión modelo. Los conocimientos de Steevens sobre la historia y la literatura del tiempo de Isabel, eran mayores que las de cualquiera de los editores anteriores; sus citas de pasajes paralelos de escritores contemporáneos de Shakespeare, dilucidando palabras y frases oscuras, no han sido excedidas en número ni superadas en calidad, por ninguno de sus sucesores. En esa materia, todos los comentadores de los tiempos recientes, son deudores en mayor grado a Steevens que a ningún otro crítico. Pero careció de gusto como de templanza y excluyó de su edición los sonetos y los poemas de Shakespeare porque, escribió, "el más poderoso Acto del Parlamento que pueda forjarse, tendría que fallar si compeliere a las gentes a leerlos". La segunda edición de la versión de Johnson y de Steevens apareció en 10 vol. en 1778. La tercera edición (10 vol. 1785) fué revisada por el amigo de Steevens, Isaac Reed (1742-1807), un erudito de su mismo tipo. La cuarta y

de penacho, hacen simplemente reír en las situaciones más solemnes. Dentro de un cuarto de siglo, ¿cómo re-

última edición, publicada en vida de Steevens, fué preparada por él mismo en 15 vol. en 1793. Al hacerse viejo, hizo algunos cambios poco cuidados en el texto, particularmente con el profano objeto de mistificar a los que trabajaban en el mismo terreno. Con una malicia no exenta de buen humor, puso, también, algunas notas obscuras a expresiones groseras y pretendió que era deudor de esas indecencias a uno u otro de los dos respetabilísimos *clergymen*, Richard Amner y John Collins, cuyos apellidos, en cada caso, eran citados. Con ambos se querelló. Tales pruebas de perversidad justifican el mote que Gifford le aplicó, "el Puck (*) de los Comentadores." (*S. Lec*).

Edmund Malone (1741-1812), sin las condiciones de estilo y espíritu de Steevens, fué un buen arqueólogo sin mucho gusto ni sentido práctico. Hizo profundas investigaciones sobre la vida de Shakespeare, la cronología y fuentes de sus obras y a él se debe el primer ensayo para establecer el orden en el cual fueron escritas las piezas atribuidas a Shakespeare. Sus primeros trabajos en ese sentido, se agregaron a la edición de Steevens en 1778. Su propia edición en 10 volúmenes apareció en 1790. Escribió también una disertación tendiente a probar que las tres partes del "Rey Enrique VI", no habían sido originariamente escritas por Shakespeare.

De las conocidas en el mundo de los libros por ediciones *Variorum* (**), la primera, basada en la obra de Steevens de 1793, fué, después de la muerte de éste, preparada por su amigo Isaac Reed (21 vol., 1803). La "Segunda *Variorum*", que fué principalmente una reimpresión de la primera, se publicó en 1813 (31 vol.). La "Tercera *Variorum*", basada sobre la edición de Malone de 1790. y que

(*) Puck, el delicioso personaje de la "Noche de Verbena", más travieso que perverso. Gifford, al darle ese apodo, hizo mucho honor a Steevens, que, sin exageración, fué un dechado de deslealtad.

(**) Llámense así las ediciones que presentan todas las opiniones y en todo sentido, que se han dado por todos los críticos y editores precedentes, sobre los pasajes controvertidos.

cibirá el público los finos análisis de Dumas (hijo) su psicología social quintesenciada? ¡Bonita tarea si

comprendía un gran acopio de notas dejadas por Malone a su muerte, fué preparada por James Boswell, el hijo del biógrafo del Dr. Jonhson (*) (21 vol., 1821). Es considerada como la más valiosa de las ediciones de las obras completas de Shakespeare, aunque sus tres volúmenes de notas y sus ensayos, biográficos y críticos, son confusos, sin método y sin índice. Una nueva "Variorum", en escala reducida, ha sido emprendida por M. Howard Furnes, de Filadelfia en 1871 (11 vol. publicados hasta hoy. En ellos no está "Enrique IV").

Los editores del siglo XIX, de las obras completas de Shakespeare, que más se han distinguido en la prosecución de los grandes trabajos del siglo pasado, han sido:

Alexander Dyce (1798-1869), tan versado como Steevens en la literatura y especialmente en el drama contemporáneo de Shakespeare, pero con frecuencia poco oportuno en sus notas, cuya brevedad aguza sin satisfacer la curiosidad del lector. Tiene algunas buenas enmiendas del texto y un glosario excelente (9 vol., 1857).

Howard Staunton (1810-1874), muy versado en la época de Shakespeare, excelente crítico, contribuyó mucho al estudio de la historia del teatro inglés. (3 vol., 1868-1870).

Nikolas Delius (1813-1888), sobre sanos y seguros principios de crítica literaria, publicó en Elberfeld su edición en 7 vol., en 1854-1861.

La edición de Cambridge (9 vol., 1863-1866), con copiosos comentarios y notas sobre las variaciones de texto en las precedentes ediciones, se distingue por su gran *Apparatus criticus*, como dice Lee. Hay otra edición en 9 volúmenes (1887), y lo último, en 40 vol., en 1893.

Otros editores, en el presente siglo, de las obras completas de Shakespeare, que, aunque de algún valor, presentan rasgos característicos propios, son:

William Harness (8 vol., 1825), Samuel Weller Singer (10 vol., 1826), Charles Knight (Pictural edition, 8 vol., 1838-1843), Bryan Waller Propter y Barry Cornwall (3 volúmenes, 1839-43), John Payne Collier (8 vol., 1841-44), Samuel Phelps, el actor (2 vol., 1852-54), J. H. Halliwell (15

(*) Véase, sobre ese curioso e ingenuo escritor, el ensayo de Macaulay sobre el doctor Jonhson.

cada cinco lustros hubiera que cambiar el estilo de las piezas de teatro, estirpar vocablos, extender encima perífrasis o poner a una idea, que el poeta vistió de recia armadura, un muelle traje de seda!...

Todo esto, a propósito de una simple traducción de una pieza de Shakespeare, es tal vez excesivo. Pero tenía deseos de decirlo, de tal manera las villanías que con el poeta se han cometido y que en el curso de mi trabajo he constatado, me han indignado. Por mi parte, la menor de mis preocupaciones ha sido mi prosa; se necesita ser un plumitivo digno de azotes para pensar en sí mismo, frente a Shakespeare! No; he seguido el texto lo más de cerca que mi conocimiento de mi lengua me permite. También a veces se me eriza un tanto la epidermis, cuando en medio de una de esas magníficas (y jamás la palabra fué mejor empleada) alocuciones de Shakespeare, me topo con una frase vulgar o una comparación baja. Habría deseado que el poeta no la empleara, en mi gusto convencional, greco-latino, hereditario; pero tal como la empleó, tal trato de reproducirla.

volúmenes, *in folio*, con una gran colección de anotaciones de los primeros editores 1853-61), Richard Grant White (Boston, Estados Unidos, 12 vol., 1857-65), el Rev. H. N. Hudson (la "edición de Harvard", Boston, 20 vol., 1881). Las últimas ediciones completas y anotadas en los Estados Unidos, son: "The Henry Irving Shakespeare", por F. A. Marshall y otros (8 vol. 1888-90) y "The Temple Shakespeare", por Israel Gollancz (38 vol. in 12°, 1894-96).

Las mejores ediciones en un volumen, de las obras completas, sin anotaciones, según la opinión de Sydney Lee (y no creo haya autoridad superior en la materia), son: la llamada "The Globe", hecha por W. G. Clark y el Dr. Aldis Wright (1864 y constantemente reimpressa hasta 1891, con un nuevo y excelente glosario). "The Leopold" (1876, sobre el texto de Delius, con un prefacio del Dr. Furnivall) y la de Oxford (1894, hecha por W. F. Craig).

Ahora una explicación indispensable: Falstaff es muy mal hablado, excesivamente mal hablado; es, sin reticencia, lo que los franceses llaman *mal embouché*. El príncipe, por momentos, no le va en zaga. En cuanto o Poins, Bardolfo, Peto, el mismo pajecillo, hay que convenir que no tienen un estilo de excesiva cultura. La honorable posadera y la no menos honesta Rompe-Sábanas, podrían competir con el carretero de lengua más ágil en una lid de denuestos. Ahora bien; ¿cómo traducir las escenas de la taberna de Eastcheap o de la Cabeza del Jabalí? ¿Cubrir la prosa de Falstaff y sus compañeros con un pudoroso velo y atenuando aquí, perifrasedando allá, llegar a un estilo compungido y mogigato? ¿O traducir brava y secamente vocablo por vocablo, tratar de conservar el carácter, el sabor propio del diálogo, la índole de cada personaje? He tomado el último partido, bajo la advocación de Cervantes, que escribía al mismo tiempo que Shakespeare; (1) Don Quijote está en todas

(1) Créese generalmente que Cervantes murió el mismo día que Shakespeare, el 23 de abril de 1616. Es exacto, en cuanto a la fecha, pues la misma se registra en el acta mortuoria de ambos; no lo es, en tiempo absoluto, porque el Calendario Gregoriano, que corría ya en España a la muerte de Cervantes, sólo se adoptó en Inglaterra en 1752; el mes de septiembre de ese año tuvo tan sólo diez y nueve días. Shakespeare murió, por consiguiente, once días antes que Cervantes.

Se ignora la fecha exacta del nacimiento de Shakespeare. Según la tradición, nació el 23 de abril de 1564 y murió el mismo día de 1616. Pero el monumento existente en la iglesia de Stratford, dice:

Obiit ano. Doi. 1616 Ætatis 53—Die 23 ap.

La imaginación popular se complace en las coincidencias curiosas; pero esa inscripción, que existía en vida de la mujer y las dos hijas de Shakespeare, prueba que no pudo nacer el día que se indica. El fundamento de esa versión es que fué bautizado el 23 de abril de 1564 y las costumbres de la época hacen inexplicable ese retardo de un año desde el día del nacimiento.

las manos y Sancho no es más pulcro que Falstaff.

No creo que las obras completas de Shakespeare se den a leer sin reparo a las miss inglesas, ni veo la necesidad de que esta traducción sea libro de solaz de niños y doncellas.

VI

He tenido un momento la intención de poner al frente de esta traducción de los dos "Enrique IV" de Shakespeare, el nombre de "Falstaff". El personaje secundario, destinado por el poeta a servir de contraste a la figura de su héroe, ha salido del plan inferior y ocupa hoy la parte más luminosa de la escena. Los grandes caracteres de esa concepción genial quedan y quedarán; pero la universal popularidad de Falstaff (1) no tiene hoy más rival que la

(1) Falstaff se hizo en poco tiempo popular en todas las clases sociales, especialmente en la aristocrática. Una curiosa muestra de cómo había impresionado el tipo admirable creado por Shakespeare, es la carta que en 1599 escribía Lady Southampton a su marido, el Mecenaz inglés de la época, a la sazón en Irlanda.

"Todas las noticias que puedo enviaros y que os pueden alegrar, son que he leído en una carta de Londres que Sir John Falstaff ha sido hecho, por su señora Dama Juana (*dame pint-pot*), padre de un espléndido coto (*), un muchacho que es todo cabeza y poquísimo cuerpo". Este rasgo prueba la familiaridad de los dos esposos con las aventuras del gordo caballero; la alusión se refiere a la escena IV, acto II, parte I, de "Enrique IV" (**). ¿A quiénes alude Lady S. en esa carta? No es posible saberlo; pero parece no estar fuera de los límites de la posibilidad, que tal vez fuera al mismo creador de Sir John Falstaff, por aquello de todo cabeza y poquísimo cuerpo", que no hay duda era muy aplicable a la persona de Shakespeare. (Ver la nota, en la "Introducción", sobre los retratos de Shakespeare).

(*) *Miller's thumb*, coto, pescado de agua dulce.

(**) Pág. 100 de esta traducción.

de Don Quijote, que se mueve en otra región absolutamente distinta del mundo moral. Falstaff encarna los vicios, el *humour*, el escepticismo de una raza sanguínea, en la que la materia fuertemente reconstituida por la vigorosa alimentación diaria, predomina sobre el espíritu y mantiene vivos los deseos, aun más allá de los límites dentro de los cuales *puede* satisfacerlos, como observa Harry de su insigne amigo. El hidalgo, por el contrario, es casi inmanterial y las satisfacciones de la carne son letra muerta para él, que vive el sueño de su raza, estrecho, enfático, pero caballeresco y abnegado. Falstaff, en la venta, hubiera reemplazado callandito al arriero; Don Quijote, en Eastcheap, habría rendido gentil homenaje, con su elocuencia grave y decorosa, a la ilustre Rompe-Sábanas, sin contar que en Shrewsbury se habría puesto decididamente del lado de Hotspur, combatiendo como un león...

Está probado que Shakespeare dió primeramente a su original creación el nombre de Sir John Oldcastle. (1) Las pasiones religiosas han sido siempre de una extrema violencia en el Reino Unido y el nombre famoso del sectario muerto en la hoguera en 1417, después de haber convulsionado la Inglaterra y haber sido uno de los más nobles y vehementes jefes de la Reforma, había quedado en el vulgo, como sin duda quedó en la plebe romana el de Giordano Bruno, rodeado de una atmósfera de animadversión y desprecio. Tal vez Shakespeare quiso especular sobre ese sentimiento dando a su creación una probabilidad más de éxito. Pero a tiempo reaccionó, cuando por alguna

(1) El nombre de Oldcastle es aún lisible en el texto de la edición original de "Enrique IV", parte II, escena II.

insinuación (1) estudió la vida de Oldcastle y vió en él un mártir de la libertad del pensamiento.

Así lo consiguió él mismo más tarde (2), borrando, con una palabra de respeto, la primera irreverencia. Lo mismo habría hecho seguramente con Juana de Arco, ese puro símbolo del patriotismo, si el odio engendrado en su corazón de inglés por tres siglos de lucha, no ofuscara su espíritu.

¿De dónde tomó el nombre de Sir John Falstaff? ¿Fué acaso, como lo pretenden algunos comentadores, para consagrar el rencor popular contra el famoso capitán Sir John Falstaff, (1387-1459) segundo de Talbot en la campaña de Francia de 1429, y a quien la Doncella de Orleans hizo retroceder tantas veces? No es creíble; el recuerdo del general que se distinguió en Azincourt, en Meaux, en Montereau, Saint-Ouen, Lestray y cien acciones de igual brillo, no podía haber quedado en la memoria del pueblo en tan

(1) En la primera representación de "Enrique IV", el personaje a quien estaba confiado el papel del bufón no se llamaba Falstaff, sino Sir John Oldcastle; los descendientes de este personaje, que llevaban su título, habiéndose ofendido justamente de semejante exhibición, el poeta se vió obligado a recurrir al torpe expediente de ultrajar a Sir John Fastolphe, hombre de no menor virtuosa memoria...

(Extracto de una crata del Doctor Richard James, escrita en tiempo de Shakespeare y descubierta hace algunos años en la Biblioteca Bolderiana).

Este Sir John Fastolphe, o Falstaff, a quien se refiere el doctor James, fué un caballero (1477-1559), veterano de Azincourt, que ganó en 1528 la batalla de *los Arenques*, contra los franceses, pero a quien el capitulo de la orden de la Jarretière degradó más tarde por haber huído en el combate de Patay.

(2) "Porque Sir John Oldcastle murió mártir y éste no es el mismo hombre". Epílogo de la II parte de "Enrique IV".

baja opinión, que justificara la burla de Shakespeare.

Lo probable es que un azar hizo recordar a Shakespeare, en momentos de desbautizar a su héroe, por respeto a Sir John Oldcastle, el nombre del Falstolphe a quien se refiere el doctor James. (Véase la última nota).

De todas maneras, *Falstaff* no es hoy más que el héroe de Shakespeare y todos sus homónimos, más o menos ilustres, han desaparecido de la memoria de los hombres (1).

Madrid, octubre 1891.

(1) Con mucha posteridad a la producción de este trabajo, Sidney Lee ha publicado una vida completa de Shakespeare, que es lo más notable que haya aparecido hasta ahora sobre la materia. Tiene poco nuevo; pero su método, su claridad, las empeñosas investigaciones que le sirven de base, hacen de esa obra el libro tal vez más definitivo sobre la vida del ilustre poeta. Lo recomiendo al que de ella quiera conocer todo lo que podemos saber. (*A Life of William Shakespeare, by Sidney Lee, with portrait and facsimiles, London, 1898, Smith, Elder and Co., 15, Waterloo Place*).

SHAKESPEARE

ENRIQUE IV

PRIMERA PARTE

PRIMERA PARTE

DEL

REY ENRIQUE IV

PERSONAJES

REY ENRIQUE IV.

ENRIQUE, *Príncipe de Gales.* } Hijos del Rey.
PRÍNCIPE JUAN DE LANCASTER. }

CONDE DE WESTMORELAND. } Amigos del Rey.
SIR WALTER BLUNT. }

TOMÁS PERCY, *Conde de Worcester.*

ENRIQUE PERCY, *Conde de Northumberland.*

ENRIQUE PERCY, llamado *Hotspur*, su hijo.

EDMUNDO MORTIMER, *Conde de March.*

SCROOP, *Arzobispo de York.*

SIR MICHAEL, *amigo del Arzobispo.*

ARCHIBALDO, *Conde de Douglas.*

OWEN GLENDOWER.

SIR RICARDO VERNON.

SIR JOHN FALSTAFF.

POINS.

GADSHILL.

BARDOLFO.

LADY PERCY, *Mujer de Hotspur y hermana de Mortimer.*

LADY MORTIMER, *hija de Glendower y mujer de Mortimer.*

MISTRESS QUICKLY, *posadera de una taberna en Eastcheap.*

(Lores y oficiales, un sheriff, un tabernero, un gentilhombre de cámara, mozos de posada, dos carreteros, viajeros y gente de servicio).

ESCENA—INGLATERRA

ACTO I

Escena I

LONDRES.—*Una sala en el Palacio Real.*

(*Entran el rey Enrique, Westmoreland, sir Walter Blunt y otros.*)

REY ENRIQUE. — Estremecidos, pálidos aun de inquietud, permitamos respirar un instante a la paz aterrada y en breves palabras dejad que os anuncie nuevas luchas que van a emprenderse en lejanas orillas. No más la sedienta Erynne de esta tierra empapará sus labios en la sangre de sus propios hijos; ni la dura guerra atravesará sus campos con fosas y trincheras, ni hollará sus flores bajo los féreos cascos de las cargas enemigas. Esas miradas hostiles que, semejantes a los meteoros de un cielo turbado, todos de una misma naturaleza, todos creados de idéntica substancia, se chocaban hace poco en la contienda intestina y en el enencuentro furioso de la hecatombe fratricida, en adelante armoniosamente unidas, se dirigirán a un mismo objetivo y cesarán de ser adversas al pariente, al amigo y al aliado. El acero de la guerra no herirá más, como

cuchillo mal envainado, la mano de su dueño. Ahora, amigos, lejos, hasta el sepulcro de Cristo (cuyo soldado somos ya, juramentados a luchar bajo su cruz bendita) queremos llevar los guerreros de Inglaterra, cuyos brazos se formaron en el seno maternal para arrojar a esos paganos de las llanuras sagradas que pisaron los pies divinos, clavados, hace catorce siglos; para nuestra redención, en la amarga Cruz. Esta resolución tomada fué hace un año y es inútil hablaros de ella; iremos. Pero no nos hemos reunido para discentirla; vos, gentil primo Westmoreland, decidnos lo que ha resuelto ayer noche nuestro consejo respecto a esa expedición querida.

WESTMORELAND. — Mi señor, la cuestión se había examinado con calor y varios estados de gastos se habían fijado anoche, cuando, inesperadamente, llegó un mensajero del país de Gales, trayendo graves noticias; la peor de todas es que el noble Mortimer, que conducía las tropas del Herefordshire contra el insurrecto, el salvaje Glendower, ha sido hecho prisionero por las rudas manos de ese galense y mil de sus hombres han perecido; sus cadáveres con tan vergonzoso y tan bestial furor han sido mutilados por las mujeres galenses, que no podría sin sonrojo repetirlo o hablar de ello.

REY ENRIQUE. — Esta noticia de guerra, según parece, ha suspendido nuestros preparativos sobre Tierra Santa.

WESTMORELAND. — Esa y otras, gracioso señor, porque otras nuevas adversas e infaustas llegan del Norte. He aquí lo que refieren: el día de la Santa Cruz, el valiente Hotspur, el joven Enrique Percy y el bravo Archibaldo, ese escocés de reconocido valor, han tenido un encuentro en Holmedon; el combate ha debido ser recio y sangriento, a juzgar por

el estruendo de la artillería; así lo cree el mensajero que montó a caballo en lo más ardiente de la pelea, incierta aún la victoria.

REY ENRIQUE. — He aquí un amigo querido y experto, Sir Walter Blunt, que recién baja del caballo, cubierto aún con el polvo recogido en el camino de Holmedon a aquí; nos ha traído agradables y bienvenidas noticias; el conde de Douglas ha sido derrotado; diez mil hombres escoceses y veintidós caballeros, bañados en su propia sangre, vió Sir Walter en los llanos de Holmedon. Como prisioneros, Hotspur ha tomado a Mordake, conde de Fife, primogénito del vencido Douglas y a los condes de Athol, de Murray, Angus y Mentheith. ¿No es éste un glorioso botín, una gallarda presa, primo?

WESTMORELAND. — En verdad, esa conquista es capaz de enorgullecer a un príncipe.

REY ENRIQUE. — Sí y me entristece y me siento lleno de envidia hacia Northumberland, padre de ese hijo bendecido; un hijo que es tema de honor de la alabanza, árbol selecto de la selva, favorito de la fortuna y de ella querido; mientras que yo, testigo de su gloria, veo el vicio y la deshonra empañar la frente de mi joven Enrique. ¡Oh si se pudiese probar que alguna hada vagarosa de la noche cambió nuestros hijos en la cuna y ha llamado al mío, Percy, y al suyo Plantagenet! Entonces tendría yo su Enrique y él el mío... Pero no quiero pensar en él. ¿Qué opináis, primo, de la altanería de ese joven Percy? Pretende reservar para sí los prisioneros que ha sorprendido en esta aventura y me comunica que sólo me enviará uno, Mordake, conde de Fife.

WESTMORELAND. — Esa es la lección de su tío, eso viene de Worcester, siempre contrario a vos en toda ocasión, que lo excita a ensoberbecerse, a levantar su cresta juvenil contra vuestra dignidad.

REY ENRIQUE. — Pero le he llamado para que me dé satisfacción; por esta causa nos vemos obligados a suspender nuestros santos propósitos sobre Jerusalén. Primo, el miércoles próximo nuestro consejo se reunirá en Windsor; avisad a los lores, porque hay que decir y hacer más que lo que la cólera me permite ahora explicar.

WESTMORELAND. — Lo haré, señor.

Escena II

LONDRES.—*Otra sala del Palacio Real.*

(Entran Enrique, Príncipe de Gales y Falstaff).

FALSTAFF. — A ver, Hal, (1) ¿qué hora es, chico?

ENRIQUE. — Te has embrutecido de tal manera, bebiendo vino añejo (2), desabrochándote después de cenar y durmiendo sobre los bancos desde mediodía, que te has olvidado hasta de preguntar lo que quieres realmente saber. ¿Qué diablos tienes tú que hacer con la hora del día? A menos que las horas fueran jarros de vino, los minutos pavos rellenos y los relojes lenguas de alcahuetas, los cuadrantes enseñan de burdeles y el mismo bendito sol una cálida ramera vestida de tafetán rojo, no veo la razón para que hagas preguntas tan superfluas como la de la hora que es.

(1) Diminutivo familiar de Enrique.

(2) *Old Sack*, especie de vino de España (probablemente Montilla o Jerez) al que se añadía azúcar.

FALSTAFF. — Bien. Hal, lo has acertado; porque nosotros, los tomadores de bolsas, vamos a favor de la luna, y los siete astros y no bajo *Febó, el espléndido caballero errante*; (1) por lo que te ruego, mi suave burlón, que cuando seas rey Dios salve tu gracia... no, majestad, quiero decir, porque lo que es gracia no tendrás ninguna.

ENRIQUE. — ¡Cómo! ¿Ninguna?

FALSTAFF. — No, por mi fe, ni aun aquella que basta como prólogo a un huevo con manteca (2).

ENRIQUE. — Bien, al hecho, al hecho.

FALSTAFF. — Allá voy, oh suave burlón; digo que cuando seas rey no permitas que nosotros, los guardias de corps de la noche, seamos llamados ladrones de la belleza del día; que se nos llame los guardabosques de Diana, caballeros de la sombra, favoritos de la luna; y que se diga que somos gente de buen gobierno, siendo gobernados como el mar, por nuestra noble y casta señora la Luna, bajo cuyos auspicios... adquirimos.

ENRIQUE. — Dices bien y hablas verdad; porque la fortuna de nosotros, los hombres de la luna, tiene, como el mar, flujo y reflujo, estando, como éste, gobernada por la luna. Y he aquí la prueba: una bolsa de oro muy resueltamente robada el lunes por la noche y muy disolutamente gastada el martes por la mañana. Se la gana vociferando: *la bolsa o la vida!* y se gasta gritando: *¡traer vino!* Hoy es marea baja, como el pie de la escala; mañana será alta, como la cumbre de la horea.

FALSTAFF. — Pardiez, dices la verdad, chico. Dime, ¿no es cierto que mi hostelera de la taberna es una hembra espléndida?

(1) Palabras tomadas de alguna antigua balada.

(2) Alude al *benedicite* usual antes de las comidas.

ENRIQUE. — Dulce como la miel del Híbla, ¡oh mi viejo castellano! (1) ¿y no es cierto también que un coledo de búfalo viste espléndidamente a un polizone?

FALSTAFF. — Pero, rematado burlón, ¿qué significan tus pullas y sarcasmos? ¿Qué diablo tengo yo que hacer con ese coledo de búfalo?

ENRIQUE. — ¿Y qué diablo tengo yo que hacer con la hostelera de la taberna?

FALSTAFF. — ¿No la has hecho venir a menudo para pagarle la cuenta?

ENRIQUE. — ¿Te he llamado acaso para reclamarte tu parte?

FALSTAFF. — No, te hago justicia; siempre pagaste todo.

ENRIQUE. — Sí, aquí y fuera de aquí, mientras mis fondos me lo permitían y luego usando del crédito.

FALSTAFF. — Sí y tanto has usado, que si no se *presumiese* que eres el heredero *presuntivo*... Pero dime, ¡oh suave burlador! ¿habrá horcas en pie en Inglaterra cuando tú seas rey? ¿Y la noble energía será aún defraudada por el mohoso freno de la ley, esa vieja antigualla? ¿Cuando seas rey, no hagas colgar al ladrón, te lo ruego!

ENRIQUE. — No, tú lo harás.

FALSTAFF. — ¿Yo? ¡Perfectamente! Pardiez, seré un juez de primer orden.

ENRIQUE. — ¿Ves? Ya tienes el juicio falso; quiero decir que te encargarás de ahorcar a los ladrones, y así, en breve, serás un verdugo excelente.

(1) *My old lad of the castle*. Ver, en la introducción lo que se refiere al primitivo nombre que Shakespeare diera a Falstaff, esto es, Oldcastle. Warburton cree ver en el pasaje a que se refiere esta nota una prueba de ello; Steevens ha probado que la pieza despreciable y obscena en que figura Oldcastle no era de Shakespeare.

FALSTAFF. — Bueno, Hal, bueno; hasta cierto punto, ese oficio me conviene tanto como el de cortesano, te lo aseguro.

ENRIQUE. — ¿Para obtener favores? (1)

FALSTAFF. — Sí, para obtener... vestidos, porque el verdugo, como sabes, no tiene desprovisto el guardarropa... ¡Ay de mí! Estoy melancólico como un gato escaldado o un oso con la hociguera.

ENRIQUE. — O como un león decrepito o un laúd de enamorado.

FALSTAFF. — Sí, o como el roncón de una gaita del Lincolnshire.

ENRIQUE. — O si quieres, como una liebre o como el lúgubre charco de Moorditch (2).

FALSTAFF. — Siempre me endilgas los símiles más ingratos y eres, a la verdad, el más comparativo, el más belitre dulce principillo. Pero, caro Hal, no me fastidies más con esas futilidades. Lo que yo quisiera sería rogar a Dios me indicara dónde se puede cómodamente hacer provisión de buena fama. Un viejo lord del consejo me ha sermoncado el otro día en la calle a vuestro respecto, señor mío, pero no le hice atención; y hablaba muy sensatamente, pero no le escuché. Y hablaba muy sensatamente, te lo aseguro y en medio de la calle!

ENRIQUE. — Hiciste bien; "porque la sabiduría grita por las calles y nadie la oye" (3)..

(1) Juego de palabras: *for obtaining of suits. Suits*, favores, *suits*, vestidos. Orlando, en *As you like it*, hace el mismo juego de palabras en su primer encuentro con Rosalinda.

(2) Moorditch, foso estagnado y palúdico en los alrededores de Londres.

(3) De la Biblia.

FALSTAFF. — ¡Mal haya tu cita condenada! ¡Eres capaz de hacer pecar un santo! Me has corrompido mucho, Enriquillo: ¡Dios te lo perdone! Antes de conocerte, todo lo ignoraba y ahora valgo, si el hombre debe decir verdad, poco más que cualquier pecador. Necesito cambiar de vida y cambiaré; por el Señor, si no lo hago, soy un bellaco. No quiero condenarme por todos los hijos de rey de la cristiandad.

ENRIQUE. — ¿Dónde robaremos una bolsa mañana, Jack?

FALSTAFF. — Donde quieras, chico; soy de la partida, y si no lo hago, llámame bellaco y confúndeme.

ENRIQUE. — Veo que te enmiendas; de penitente, te conviertes en salteador.

(Entra Poins y se detiene en el fondo de la escena).

FALSTAFF. — ¿Qué quieres, Hal? Esa es mi vocación. No hay pecado en el hombre que trabaja según su vocación. ¡Hola, Poins! Ahora sabremos si Gadshill tiene alguna red tendida. ¡Oh! si los hombres sólo se salvaran por sus méritos, ¿qué agujero del infierno será bastante caliente para él? Es el más omnipotente de los truhanes que haya gritado: ¡alto ahí! a un hombre de bien.

ENRIQUE. — Buen día, Ned (1).

POINS. — Buen día, caro Hal. ¿Qué está diciendo don Remordimiento? ¿Qué dice sir John Sangría? (2). ¿Cómo te has arreglado con el diablo Jack a propósito de tu alma que le vendiste el último viernes santo por un jarro de Madera y una pierna de carnero frío?

(1) Abreviación familiar de Eduardo.

(2) Vino azucarado.

ENRIQUE. — Sir John mantendrá su palabra y el diablo tendrá su ganga, porque Jack jamás hizo mentir un proverbio y dará al diablo lo que es suyo.

POINS. — Entonces te condenarás por mantener tu palabra con el diablo.

ENRIQUE. — De otro modo se condenaría por haberle defraudado.

POINS. — Bueno, bueno, muchachos: mañana temprano, a las cuatro, a Gadshill. Hay allí peregrinos que se dirigen a Canterbury con ricas ofrendas y comerciantes que van a Londres con las bolsas repletas. Tengo yo máscaras para todos vosotros; tenéis caballos; Gadshill duerme esta noche en Rochester y para mañana a la noche he encargado ya la cena en Eastcheap. Podemos dar el golpe tan seguros como en nuestras camas. Si queréis venir os llenaré la bolsa de escudos; si no, quedaos en casa y que os ahorquen.

FALSTAFF. — Oye, Eduardito; si me quedo en casa y no voy, os haré ahorcar porque vais.

POINS. — ¿Será capaz, chuleta?

FALSTAFF. — ¿Copas, Hal?

ENRIQUE. — ¿Yo ladrón? ¿Yo salteador? No, por mi fe.

FALSTAFF. — No hay en ti un átomo de honestidad, energía y compañerismo, ni tienes una gota de sangre real en las venas, si por diez chelines no emprendes campaña.

ENRIQUE. — En fin, por una vez en la vida, haré esa locura.

FALSTAFF. — ¡Eso es hablar!

ENRIQUE. — Sí, suceda lo que suceda, me quedo en casa.

FALSTAFF. — ¡Vive Dios que, cuando seas rey, me sublevo!

ENRIQUE. — ¡Para lo que me importa!

POINS. — Te ruego, Sir John, que nos dejes solos un momento al príncipe y a mí; voy a hacerle tales argumentos, que estoy seguro que irá.

FALSTAFF. — Bien; puedes tu tener el espíritu de persuasión y él el oído que aprovecha, que lo que le hables le convenza y lo que oiga lo crea, hasta convertir, por pasatiempo, a un príncipe en bandolero, ya que los pobres abusos de nuestra época necesitan protección! Hasta luego; nos veremos en Eastcheap.

ENRIQUE. — ¡Adiós, primavera desvanecida! ¡Adiós, veranillo de San Juan! (*Sale Falstaff*).

POINS. — Ahora, mi caro y dulce príncipe, veníos con nosotros mañana. Tengo preparada una broma que no puedo llevar a cabo solo. Falstaff, Bardolph, Peto y Gadshill desvalijarán a la gente que tenemos vigilada; ni vos ni yo estaremos allí, y si cuando ellos tengan la presa no se las robamos a nuestro turno, separadme la cabeza del tronco.

ENRIQUE. — ¡Pero cómo nos separamos de ellos en el camino?

POINS. — Muy sencillamente; nos ponemos en marcha antes o después que ellos y les damos un lugar de cita, a la que faltamos si nos place; querrán entonces dar el golpe solos y nosotros, apenas hayan concluido, les caemos encima.

ENRIQUE. — Sí, pero es muy probable que nos conozcan por nuestros caballos, nuestros trajes o cualquier otro indicio.

POINS. — ¡Bah! No verán nuestros caballos, porque los ocultaré en el bosque; cambiaremos de carretas así que nos separemos y luego, amigo, tengo unas capas de gonia para cubrir nuestros vestidos que conocen.

ENRIQUE. — Y yendo por lana, ¿no saldremos esquilados?

POINS. — En cuanto a dos de ellos, me consta son los dos mayores cobardes que hayan vuelto la cara; en cuanto al tercero, si combate más de lo que juzga razonable, abjuro el oficio de las armas. La sal de la broma estará en las inenarrables embrollas que nos contará este obeso bribón cuando nos reunamos para cenar; de cómo se habrá batido con treinta a lo menos; cuantas guardias, cuántas paradas hizo, en qué peligro se encontró. En el desmentido va a ser lo bueno.

ENRIQUE. — Bien, iré contigo; prepara todo lo necesario y vete a buscarme esta noche a Eastcheap; allí cenaré. Adiós.

POINS. — Adiós, señor.

ENRIQUE. — Os conozco bien a todos y quiero, por un tiempo aun, prestarme a vuestro humor desenfrenado. Quiero imitar al sol, que permite a las nubes ínfimas e impuras que oculten al mundo su belleza, hasta que le plazca volver a su brillo soberano, reapareciendo al disipar las brumas sombrías y los vapores que parecían ahogarle. Para ser más admirado. Si todo el año fuera fiesta, el placer sería tan fastidioso como el trabajo; pero viniendo aquéllas raras veces, son más deseadas y se esperan como un acontecimiento. Así, cuando abandone esta torpe vida y pague una deuda que no contraje y ultrapase lo que prometía, el asombro de los hombres será mayor. Y, semejante a un metal que brilla en la obscuridad, mi reforma, resplandeciendo sobre mis faltas, atraerá más las miradas, que una virtud que nada hace resaltar. Quiero acumular faltas, para hacer de ellas un mérito al surgir puro, cuando los hombres menos lo espere. (*Sale*).

Escena III

Otra Sala del Palacio Real.

(Entran el rey Enrique, Northumberland, Worcester, Hotspur, Sir Walter Blunt y otros).

REY ENRIQUE. — Hasta ahora, tantas iniquidades no han conseguido agitar mi fría y tranquila sangre; lo habéis notado, y es por eso sin duda que abusáis de mi paciencia. Pero estad seguro que en adelante recordaré quién soy y me mostraré poderoso y temible y no untuoso como aceite y suave como fina lana, lo que me ha hecho perder el respeto que las almas altivas sólo tienen por las altivas.

WORCESTER. — Nuestra casa, soberano señor, no ha merecido que el poder descargue sus golpes sobre ella; de ese mismo poder que sus propias manos contribuyeron a fortalecer.

NORTHUMBERLAND. — Mi señor...

EL REY. — Worcester, vete, porque adivino en tus ojos la amenaza y la desobediencia. Vuestra actitud es por demás atrevida y perentoria y la majestad real no debe soportar el enfadado entrecejo de un vasallo; tenéis permiso para retiraros; cuando nos sean necesarios vuestros servicios o vuestros consejos, os haremos venir. (*Sale Worcester*).

Estabais a punto de hablar... (*A Northumberland*).

NORTHUMBERLAND. — Sí, mi buen señor. Esos prisioneros pedidos en nombre de vuestra alteza, que tomó en Holmedon Enrique Percy, aquí presente, no se han rehusado a vuestra majestad tan formalmente como se dice. Debe atribuirse esa falta a la envidia o a algún error, no a mi hijo.

HOTSPUR. — Mi señor, yo no he rehusado entregar los prisioneros. Pero recuerdo que cuando terminó el combate y me encontraba sediento por el furor de la lucha y la extrema fatiga, fuera de aliento y desfalleciente, apoyado sobre mi espada, llegó allí cierto lord, muy limpio, muy primorosamente vestido, fresco como un novio, la barba muy afeitada y rasa como un campo después de la siega. Estaba perfumado como un mercader de modas y entre el índice y el pulgar tenía un bote de perfumes que ora aproximaba, ora alejaba de su nariz que al fin, irritada, rompió a estornudar. Y sonreía siempre y charlaba; como los soldados pasaban trayendo los muertos, les llamó groseros, mal educados, cochinos, por atreverse a llevar un sucio y feo cadáver entre el viento y su señoría. En términos galantes y afeminados me interrogó, pidiéndome, entre otras cosas, los prisioneros en nombre de vuestra majestad. Fué entonces que yo, sufriendo de mis heridas que se habían enfriado y ya harto del petimetre, fuera de mí de impaciencia, no sé qué le contesté, que se los daría o no... Porque me traía loco verle, tan pcripuestó y tan perfumado, hablando como una dama de guardia (¡Dios le perdone!) de cañones, de tambores y de heridas y diciéndome que no había nada en el mundo como el espermaceti para las lesiones internas y que era una gran lástima que ese pícaro de salitre hubiera sido arrancado de las entrañas de la tierra, para destruir tan cobardemente tantos hombres bellos y animosos; que, a no haber existido esos viles cañones, él mismo habría sido soldado. A esa charla insulsa y descosida contesté vagamente, como os he dicho, señor: os ruego que no permitáis que el relato de ese hombre, llegue hasta una acusación, entre mi afecto y vuestra majestad.

BLUNT. — Si se consideran las circunstancias, mi buen señor, lo que haya dicho Harry Percy a semejante persona, en semejante sitio y en tal ocasión, puede, junto con la relación que de ello se ha hecho, ser relegado a un justo olvido, del que no debe salir jamás, porque lo que entonces dijo lo desdice ahora.

EL REY. — El hecho es que nos rehusa los prisioneros sin la condición expresa de que rescatemos por nuestra cuenta a su cuñado, el imbécil Fortimer, quien, por mi alma, ha sacrificado voluntariamente las vidas de los que guiaba a combatir contra el gran mago, el condenado Glendower, con cuya hija, según hemos oído, acaba de casarse. Debemos vaciar nuestros cofres para redimir un traidor? ¿Debemos comprar la traición y transigir con vasallos que se han perdido y arruinado ellos mismos? No, que se muera de hambre en esas montañas estériles! ¡Jamás consideraré amigo al hombre que abra la boca para pedirme un penique para el rescate del rebelde Mortimer!

HOTSPUR. — ¡Rebelde, Mortimer! Si fué vencido, mi soberano, fué sólo por el azar de la guerra. Para probarlo, bastaría hacer hablar una de sus heridas, de esas heridas abiertas, valientemente recibidas, cuando en la verde orilla del gentil Saverna, en singular combate, frente a frente, luchó más de una hora contra el fuerte Glendower. Tres veces descansaron y tres veces, de común acuerdo, bajaron a aplacar la sed en las frescas aguas del Saverna, el que, espantado de su aspecto sangriento, corría azorado entre los trémulos juncos, ocultando su rizada cabeza en el fondo del lecho, ensangrentado por los valerosos combatientes. A más jamás una baja e inmundada superchería hubiera coloreado su obra con tales heridas de muerte, ni jamás el noble Mortimer

las habría recibido voluntariamente. ¡Que no se le trate, pues, de rebelde!

EL REY. — Mientes por él, Percy, mientes por él; jamás combatió contra Glendower. Te lo aseguro: tanto se habría atrevido a encontrarse frente a frente con el diablo que con Glendower. ¿No te avergüenzas?... Pero, pardiez, que en adelante no te oiga más hablar de Mortimer. Remíteme los prisioneros en el acto o tendrás noticias más poco agradables. Podéis partir con vuestro hijo, milord Northumberland. Enviadme los prisioneros u oiréis hablar de mí. *(Salen el rey, Blunt y la comitiva).*

HOTSPUR. — Aun cuando el diablo mismo viniera a pedírmelos rugiendo, no se los enviaré; voy a correr tras él y a decírselo. Quiero descargar mi alma, aun a riesgo de mi cabeza.

NORTHUMBERLAND. — ¡Así te embriaga la ira? Detente un momento; viene aquí tu tío. *(Worcester vuelve).*

HOTSPUR. — ¡Que no hable más de Mortimer! ¡Vive Dios! Quiero hablar de él; que mi alma se condene si no me reuno con él. Quiero, por su causa, agotar mis venas y derramar gota a gota mi sangre querida hasta levantarlo tan alto como a este rey desagradecido, a este ingrato y vil Bolingbroke!

NORTHUMBERLAND. — *(A Worcester).* Hermano, el rey ha enloquecido a vuestro sobrino.

WORCESTER. — ¡Qué es lo que tanto le ha irritado durante mi ausencia?

HOTSPUR. — Quiere, pardiez, que le dé todos mis prisioneros y cuando le insté una vez más por el rescate del hermano de mi mujer, sus mejillas palidecieron y me dirigió una mirada mortal, estremeciéndose al solo nombre de Mortimer.

WORCESTER. — No puedo censurarlo; ¿no fué Mortimer proclamado por el difunto rey Ricardo, el más próximo entre los príncipes de sangre real?

NORTHUMBERLAND. — Lo fué; yo mismo oí la proclamación, que tuvo lugar cuando el infortunado rey (Dios nos perdone el mal que le hicimos) partió para la expedición de Irlanda, de la que volvió bruscamente para ser depuesto y, en breve, asesinado.

WORCESTER. — Muerte por la que la opinión del mundo entero nos cubre de infamia.

HOTSPUR. — Pero vamos despacio, os lo ruego: ¿quiere decir que el rey Ricardo proclamó a mi hermano Edmundo Mortimer heredero de la corona?

NORTHUMBERLAND. — Lo hizo y yo mismo lo oí.

HOTSPUR. — A fe mía que no puedo entonces censurar que su primo el rey desee que se muera de hambre en las áridas montañas. Pero vosotros, que colocasteis la corona sobre la cabeza de este hombre sin memoria y que, por él estáis manchados con la odiosa complicidad de un asesino, vosotros queréis mostrar un mundo de maldiciones, ser sus agentes, sus secuaces secundarios, las cuerdas, la escala, el verdugo mismo que emplea? ¡Oh! perdonadme si tanto rebajo, para mostraros la situación, el rango a que descendéis sirviendo a ese rey desleal. ¡Oh vergüenza! ¿Se dirá en nuestros días, se escribirá en las crónicas futuras, que hombres de vuestra nobleza y poderío se comprometieron en una injusta causa, como ambos lo hicisteis (¡Dios os lo perdone!), para derribar a Ricardo, esa suave rosa gentil, para poner en su lugar a esta espina áspera y enconada de Bolingbroke? ¿Y se dirá, para mayor vergüenza aún, que fuisteis befiados, repelidos, apartados, por el mismo en cuyo obsequio arrostrasteis tanta infamia? No; aun es tiempo de recuperar vuestro honor perdido y de levantaros nuevamente

en la opinión del mundo. Vengaos de las burlas y desprecio de este altivo rey que sólo piensa noche y día en pagaros la deuda con vosotros contraída, con el precio sangriento de vuestra muerte. Digo, pues. . .

WORCESTER. — Basta, sobrino, no digáis más. Ahora voy a abriros un libro secreto y leer a vuestro descontento, rápido en comprender, un propósito profundo y arriesgado, lleno de peligros, para cumplir el cual se necesita tanta audacia como para atravesar un torrente que ruga, sobre el asta vacilante de una lanza.

HOTSPUR. — Si caemos en él, buenas noches; o ahogarse o nadar. Que se desencadene el Peligro de levante al ocaso, si el Honor marcha a su encuentro del Sur al Norte y dejadlos frente a frente. La sangre circula más vigorosa cuando se acecha un león que cuando se levanta una liebre.

NORTHUMBERLAND. — La idea de una gran hazaña le arroja fuera de los límites de la paciencia.

HOTSPUR. — ¡Por el cielo! Creo sería fácil dar un salto hasta la pálida faz de la luna para arrancar de allí el refulgente Honor o bajar hasta lo más hondo del abismo, a profundidades que no alcanzó la sonda, para retirar de los cabellos la Gloria allí enterrada, si sobre el que tal hace recayera, solo y sin rival, todo el brillo de su acción. No quiero medallas de doble cara!

WORCESTER. — Helo ahí vagando en un mundo de quimeras, sin prestar atención a aquello que la reclama. Buen sobrino, prestadme un momento de atención.

HOTSPUR. — Os ruego me excuséis.

WORCESTER. — Esos mismos nobles escoceses, que son vuestros prisioneros. . .

HOTSPUR. — Me quedaré con todos. ¡Vive el cielo! que no tendrá uno solo de esos escoceses. Si uno solo de ellos bastara para salvar su alma, no lo tendrá; me quedaré con todos, por mi brazo!

WORCESTER. — Os arrebatáis y no prestáis oídos a mis palabras. Guardaréis esos prisioneros.

HOTSPUR. — Ciertamente que lo haré, eso es claro. Dice que no quiere rescatar a Mortimer; me ha prohibido hablar de Mortimer; pero iré a buscarle mientras duerme y le gritaré al oído: ¡Mortimer! Sí, ¿eh? Voy a tener un loro que no sepa hablar más que una palabra: ¡Mortimer! y se lo voy a dar para que conserve su cólera en movimiento.

WORCESTER. — Oídme, sobrino, una palabra.

HOTSPUR. — Juro que mi única preocupación será vejar e irritar a ese Bolingbroke y a ese príncipe de capa y espada, el de Gales; si no supiera que su padre no le ama y se alegraría al saber que le ha ocurrido alguna desgracia, le haría envenenar con un jarro de cerveza.

WORCESTER. — Adiós, pariente. Os hablaré cuando estéis mejor dispuesto a escucharme.

NORTHUMBERLAND. — ¿Qué avispa te ha picado y qué locura impaciente te domina para que charles así como una comadre y sólo prestes oído a tus propias palabras?

HOTSPUR. — Es que me siento azotado, flagelado, sobre espinas, es que siento un hormigueo, cuando oigo hablar de ese vil politicastro! En tiempo de Ricardo... ¿Cómo llamáis el sitio? ¡La peste sea con él!... es en el Gloucestershire, allí donde residía ese reblandecido, el duque, tu tío York, allí donde por primera vez doblé la rodilla ante este rey de las sonrisas, cuando con él volvisteis de Ravenspurg...

NORTHUMBERLAND. — En el castillo de Berkley.

HOTSPUR. — Eso es; ¡cuántas caricias, cuántas zalamerías me tributó entonces ese perro rastrero! *Cuando crezca su infantil fortuna, decía y gentil Harry Percy y mi querido primo!*... ¡Que se lleve el diablo semejante canalla! ¡Dios me perdone! Querido tío, seguid vuestro cuento, que he concluído.

WORCESTER. — No, si no habéis concluído, podéis recomenzar, que esperaremos.

HOTSPUR. — Mi palabra que he concluído.

WORCESTER. — Volvamos de nuevo a vuestros prisioneros escoceses. Ponedlos inmediatamente en libertad, sin rescate y haced del hijo de Douglas vuestro único agente en Escocia para que levante tropas; por diversas razones que os enviaré por escrito, será cosa fácil, os lo aseguro. Vos, milord, (*A Northumberland*) en tanto que vuestro hijo se ocupa así en Escocia, tratad de insinuaros en el ánimo de ese noble y venerable prelado tan querido, el arzobispo...

HOTSPUR. — De York, ¿no es así?

WORCESTER. — El mismo; aun resiente el golpe de la muerte de su hermano lord Scroop, en Bristol. No hablo aquí por conjeturas, no digo lo que creo probable, sino lo que me consta ha sido complotado, concertado y resuelto, plan cuya realización sólo espera un momento oportuno.

HOTSPUR. — Lo olfateo ya y ¡vive Dios! que tendrá éxito.

NORTHUMBERLAND. — Suelta siempre la trahilla antes de empezar la caza!

WORCESTER. — No se puede encontrar un plan más noble. Entonces las tropas de York con las de Escocia, reuniéndose a las de Mortimer... ¿qué os parece?

NORTHUMBERLAND. — Así lo harán.

HOTSPUR. — Soberbia concepción, a fe mía!

WORCESTER. — Pero graves razones nos dan prisa; apresurémonos a salvar nuestras cabezas; alzándolas bien alto (1). Porque, por más humilde que sea nuestra actitud, el rey se considerará siempre como nuestro deudor y pensará que no estamos satisfechos, hasta tanto que no encuentre medio de arreglarnos la cuenta. Observad cómo ya empieza a alejarnos de sus buenas gracias.

HOTSPUR. — Lo hace, lo hace; pero ya nos vengaremos.

WORCESTER. — Adiós, sobrino; no hagáis nada en este sentido, hasta tanto que mis cartas os den una dirección. Cuando el momento sea propicio y lo será en breve, iré a buscar secretamente a Glendower y a Mortimer; entonces vos, Douglas y nosotros, reuniremos con éxito nuestras tropas, según el plan adoptado, para sostener vigorosamente nuestras fortunas, que por el instante parecen vacilar.

NORTHUMBERLAND. — Adiós, mi buen hermano; llevaremos la obra a buen fin, tengo confianza.

HOTSPUR. — Adiós, tío; quieran volar las horas, hasta que los combates, los golpes y los gemidos sean el eco de nuestro esfuerzo!

(1) *To save our heads by raising of a head*, esto es, poniéndonos a la cabeza de las tropas.

ACTO II

Escena I

ROCHESTER.—*El patio de una taberna.*

(Entra un carretero, con una linterna en la mano).

1.^o. CARRETERO. — ¡Hola! Que me ahorquen si no son ya las cuatro de la mañana; la gran Ossa está encima de la nueva chimenea y nuestro caballo no está aun con el arnés. ¡A ver, palafrenero!

EL PALAFRENERO. — (*Del interior*). Allá voy, allá voy!

1.^o. CARRETERO. — Te ruego, Tom, que golpees un poco la silla de Cut y relenes algo el arzón; la pobre bestia se lastima constantemente en el lomo.

(Entra otro carretero).

2.^o CARRETERO. — Los guisantes y las habas son aquí húmedas como el diablo, y es ese el camino más corto para que esas pobres bestias revienten; esta casa se la ha llevado el diablo desde que murió el palafrenero Bertoldo.

- 1.^{er}. CARRETERO. — ¡Pobrecito! ¡No tuvo un momento de alegría desde que el precio de la avena subió; eso fué lo que le mató!
- 2.^o CARRETERO. — Creo que en todo el camino de Londres esta es la casa más infame por las pulgas; estoy picoteado como una tenca.
- 1.^{er}. CARRETERO. — ¡Como una tenca! ¡Vive Dios! que ningún rey de la cristiandad fué nunca mejor chupado que lo que yo lo he sido desde que cantó el gallo.
- 2.^o CARRETERO. — Y nunca le dan a uno un vaso de noche y hay que mear en la chimenea, lo que convierte el cuarto en un hormiguero de pulgas.
- 1.^{er}. CARRETERO. — ¡Hola, palafrenero, racimo de horca, venir aquí!
- 2.^o CARRETERO. — Tengo un jamón y dos raíces de jengibre que llevar hasta Charing-Cross.
- 1.^{er}. CARRETERO. — ¡Por el diablo! los gansos se están muriendo de hambre en el canasto. ¡Hola, palafrenero! ¡Un rayo te parta! ¿Nunca has tenido ojos en la cara? ¿Estás sordo? Si no hay tanta razón de romperte el alma como de beber un trago, soy un pilla de marca. Ven acá y que te ahorquen: ¿no tienes conciencia?

(Entra Gadshill).

GADSHILL. — Buen día, muchachos. ¿Qué hora es?

1.^{er}. CARRETERO. — Las dos, creo.

GADSHILL. — Te ruego me prestes tu linterna para ver mi caballo en la cuadra.

1.^{er}. CARRETERO. — Anda, que conozco una broma que vale por dos como esa.

GADSHILL. (Al 2.^o). Por favor, préstame la tuya.

2.^o CARRETERO. — ¿Hola, a mí con esas? Préstame la linterna, dice? Primero te veré ahorcado.

GADSHILL. — A ver, pillos, ¿a qué hora pensais llegar a Londres?

2.º CARRETERO. — A tiempo para ir a la cama con un candil, te lo aseguro. Vamos, vecino Mugs, a despertar a esos señores; quieren viajar en compañía, porque llevan mucha carga. (*Salen los carreteros*).

GADSHILL. — ¡Hola, aquí, camarero!

CAMARERO. — (*Del interior*). Pronto, a la mano, como dicen los ladrones.

GADSHILL. — Lo mismo dicen los camareros; porque, entre tú y un ladrón, no hay más diferencia que entre dirigir y hacer; tú eres quién arma el lazo.

(*Entra el camarero*).

CAMARERO. — Buen día, maese Gadshill. Las cosas están como os dije ayer; tenemos aquí un propietario de las selvas de Kent, que trae sobre él trescientos marcos en oro; se lo he oído decir a él mismo, anoche en la cena, a uno de sus compañeros, una especie de auditor, que va también provisto de una gruesa valija, sabe Dios con qué dentro. Están ya los dos en pie y han pedido huevos y manteca; van a partir en breve.

GADSHILL. — Compadre, si éstos no se encuentran con los hermanos de San Nicolás (1), te doy mi cabeza.

CAMARERO. — No, no sabría que hacer de ella; te ruego la conserves para el verdugo, porque te sé tan devoto de San Nicolás, como puede serlo un hombre sin fe.

GADSHILL. — ¿Qué me hablas del verdugo? Si me ahorcan, haremos un hermoso par de racimos de horca, porque, si me cuelgan, colgarán conmigo al

(1) En caló inglés, San Nicolás (Old Nick) representa el diablo. *Saint Nicholas Clerk's*, ladrones.

viejo Sir John, y bien sabes que no está tísico. ¡Bah! hay otros Troyanos (1) en los que no sueñas, quienes, por placer, se dignan hacer honor a la profesión y que, si los jueces curiosearan de cerca, se encargarían, por propia conveniencia, de hacer arreglar las cosas. Yo no hago liga con descamisados, ni con villanos armados de garrotes, que apalean por seis sueldos; ni con matasietes bigotudos, de rostro inflamado por la cerveza; sino con gente noble y tranquila, con burgomaestres y tesoreros (2), gente de peso, más pronto a pegar que a hablar, hablar que a beber y a beber que rezar. Y ¡pardiez! que me engañó; porque rezan continuamente a su santo el erario público. ¿Le rezan, digo? No, lo rozan; porque lo suben y lo bajan, para calzarse las botas (3).

CAMARERO. — ¿Cómo calzarse las botas? Cuidado no se les humedezcan en un mal camino.

GADSHILL. — No hay cuidado; la justicia misma les da un lustre impermeable. Robaremos tan seguros como en un castillo fuerte; tenemos la receta de la semilla de helecho (4); caminamos invisibles.

CAMARERO. — Creo, voto a bríos, que debéis más a la noche que a esa semilla el andar invisibles.

GADSHILL. — Dame la mano; tendrás una parte en nuestra presa, tan cierto como que soy un hombre de bien.

(1) Ladrones.

(2) *Oneyers*. Esta palabra ha dado mucho que hacer a los comentadores. Théobald lee *Moneyers* y Warburton le sigue. Johnson cree que no hay nada que cambiar y traduce *oneyers* por su componente *ones* (individuos). Malone propone *Onyers*.

(3) Juego de palabras entre *boots*, botín, provecho y *boots*, botas.

(4) Alusión a una creencia vulgar del tiempo.

CAMARERO. — Di más bien: tan cierto como que soy un pillo redomado y te creeré.

GADSHILL. — Qué quieres. *Homo* es un nombre común a todos los hombres. Dile al palafrenero que me traiga mi caballo de la cuadra. Adiós, cenagoso bellaco. (*Sale*).

Escena II

El camino cerca de Gadshill.

(Entran el príncipe Enrique y Poins; Bardolfo y Peto a cierta distancia).

POINS. — Pronto, pronto, esconderse; he alejado el caballo de Falstaff y está rechinando como pana engomada (1).

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Disimúlate aquí. (*Entra Falstaff*).

FALSTAFF. — ¡Poins! ¡Poins! ¡No verte ahorcado! ¡Poins!

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Silencio, enjundia de riñonda! ¿Por qué metes ese alboroto?

FALSTAFF. — ¿Dónde está Poins, Hal?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Se ha subido a la colina; voy a buscarle. (*Finge salir en su busca*).

FALSTAFF. — Es una maldición robar en compañía de ese pillo; el bellaco ha alejado mi caballo y lo ha

(1) *To fret*, refiriéndose a telas, significa plegarse, ajarse. En general, *impacientarse*, *despecharse*. Eso explica la comparación de Poins.

atado no sé dónde. Con cuatro pies cuadrados más que ande se me corta el resuello. Si escapo a la horca por quitarle el gusto del pan a ese canalla, seguro que tendré una muerte hermosa. Hace veintidós años que estoy jurando a toda hora renunciar a la compañía de ese rufián; pero debe ser cosa de maleficio el atractivo que tiene sobre mí. Si el pillo no me ha dado algún filtro a beber para hacerse querer, que me cuelguen; no puede ser de otro modo, he bebido un filtro. ¡Poius! ¡Hal! ¡La peste sea con vosotros! ¡Bardolfo! ¡Peto! ¡Que me muera de hambre si doy un paso más por robar! Si no es cierto que tanto me convendría hacerme hombre honrado y abandonar esta canalla, como beber un buen trago, soy el más genuino belitre que jamás mascó con un diente! Ocho yardas, a pie, en un terreno desparejo, equivalen para mí a diez millas; bien lo saben esos villanos de corazón de piedra. ¡Que la peste se lleve a todos los ladrones que no se guardan fe unos a otros! (*Se oye un silbido*). ¡Ouf! ¡La peste sea con vosotros todos! Devolvedme mi caballo, marranos, el caballo, fruta de horca!

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Silencio, salchichón! Echate ahí. Pega el oído a tierra y dime si no oyes el paso de algún viajero.

FALSTAFF. — ¿Tenéis algunas palancas para levantarme una vez que esté echado? ¡Voto al diablo! No recomenzaré a pasear a pie mi pobre carne por todo el oro que haya en la caja de tu padre! ¿Qué rabia tenéis de enflaquecerme así?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — No se te enflaquece, se te desengrasa (1).

(1) Hay en el texto un juego de palabras intraducible.

FALSTAFF. — Te ruego, mi buen príncipe Hal, encuéntrame mi caballo, buen hijo de rey!

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Hola, bribón! ¿Soy acaso tu mozo de cuadra?

FALSTAFF. — Vete a ahorcar con tus propias ligas de heredero presuntivo! Si me cogen, ya me las pagaréis. Sino os hago unas letrillas que se cantarán con las tonadas más sucias del mercado, que me sepa a veueno una copa de Jerez. Cuando una broma va tan lejos, sobre todo a pic, la detesto.

GADSHILL. — ¡Alto!

FALSTAFF. — Así lo hago, contra mi voluntad.

POINS. — Ahí viene nuestro olfatero; conozco su voz.

BARDOLOFO. — ¿Qué hay de nuevo?

GADSHILL. — Pronto, pronto, tapaos; poneos la máscara; ya viene el oro del rey. Baja de la colina y va a la real caja.

FALSTAFF. — Mientes, pillito: va a la real taberna.

GADSHILL. — Hay bastante para hacernos a todos...

FALSTAFF. — Ahorcar.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Vosotros cuatro les detendréis en el desfiladero; Ned, Poins y yo nos colocaremos más abajo; si se os escapan, nos caerán a las manos.

PETO. — ¿Cuántos son?

GADSHILL. — Unos ocho o diez.

FALSTAFF. — ¡Cáspita! ¿Y no nos robarán a nosotros?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Qué pedazo de cobarde este don Juan Panza!

FALSTAFF. — Yo no digo que sea un don Juan de Gante (1) vuestro abuelo, pero un cobarde! No, no lo soy, Hal.

(1) *Jhon of Gaunt*, el abuelo del príncipe, famoso por sus hazañas. *Gaunt* significa *flaco*, de manera que la afirmación de Falstaff es también exacta por ese lado.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Bien; eso lo veremos ahora.
POINS. — Amigo Jack, tu caballo está detrás del cerco; allí le encontrarás cuando lo necesites. Adiós y mano firme.

FALSTAFF. — ¡Ay si pudiese aplastarle, aunque me ahorcaran después!

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Ned, ¿dónde están nuestros disfraces?

POINS. — Aquí al lado; seguidme.

(Salen el Príncipe Enrique y Poins).

FALSTAFF. — ¡Vamos, señores, buena suerte! Cada uno a su tarea.

(Entran los viajeros).

1.^{er}. VIAJERO. — *Venid, vecino; el muchacho llevará nuestros caballos hasta abajo de la cuesta; andemos un poco a pie para estirar las piernas.*

LOS LADRONES. — ¡Alto ahí!

VIAJEROS. — ¡Cristo nos ampare!

FALSTAFF. — ¡Duro en ellos! ¡Echarlos al suelo! ¡Degolladlos! ¡Miserables gusanos! ¡Hijos de p...! ¡Hartos de tocino! ¡Nos odian, jóvenes amigos! ¡A tierra con ellos! ¡Despojadles!

1.^{er}. VIAJERO. — ¡Ay! ¡Estamos perdidos, con todo lo que poseemos, para siempre!

FALSTAFF. — ¡A la horca, panzudos miserables! ¿Perdidos vosotros? No, gruesos patanes. ¡Quisiera que todo vuestro haber estuviera aquí! ¡Adelante, cerdos, adelante! ¿Cómo, miserables? ¿No es acaso necesario que la juventud viva? Sois grandes jurados, ¿no es verdad? Pues ahora os vamos a hacer jurar nosotros.

(Despojan a los viajeros y echándoles fuera, salen Falstaff y los otros).

Vuelve el príncipe Enrique y Poins

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Los bandidos han maniatado a la gente de bien. Ahora si pudiéramos tú y yo robar a los bandidos y volvernos alegremente a Londres, tendríamos tema para charlar una semana, reirnos un mes y burlarnos siempre.

POINS. — No hagamos ruido, les sienta venir. *Vuelven los ladrones.*

FALSTAFF. — Vamos, compañeros, a repartirnos, y antes que venga el día, a caballo todos. Si el príncipe y Poins no son unos cobardes de marca, no ha habido nunca justicia en el mundo. No hay más bravura en ese Poins que en un pato salvaje.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — (*Cayendo sobre ellos*). ¡La bolsa o la vida!

POINS. — ¡Villanos!

(Mientras están repartiendo el botín, el príncipe y Poins se les van encima. Falstaff, después de uno o dos quites, huye con los otros, dejando tras ellos todo el botín).

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Fácil victoria! ¡Ahora, alegremente, a caballo! Los ladrones se han dispersado y llevan tal miedo, que no se atreven a acercarse uno al otro. Cada uno toma al compañero por un gendarme. Adelante, buen Ned. Falstaff va suando a chorros y engrasando la flaca tierra al caminar. Si no me riera tanto, le tendría lástima.

POINS. — ¡Cómo chillaba el bellaco!

Escena III

WARLWORTH.—*Una sala en el Castillo.*

(*Entra Hotspur, leyendo una carta.*)

HOTSPUR. — *Pero, por mi parte, milord, estaría muy contento de encontrarme allí, a causa del afecto que tengo a vuestra casa. ¿Que estaría muy contento? ¿Por qué no está aquí, entonces? A causa del afecto que tiene a nuestra casa: muestra en esto que tiene más afecto a su granja que a nuestra casa. Sigamos: la empresa que tentáis es peligrosa. ¡Vaya si lo es! También es peligroso resfriarse, dormir, beber; pero también os digo, milord estúpido, que sobre esa espina del peligro se recoge la flor de la seguridad. La empresa que tentáis es peligrosa; los amigos que me nombráis, inseguros; el momento mismo, inoportuno; todo el conjunto de vuestro proyecto, muy frágil frente a tan formidables obstáculos. ¿Cómo decís, cómo decís? En cambio os digo que sois un necio, un cobarde patán y que mentís. Pero, ¿qué especie de idiota es éste? ¡Pardiez, nuestro plan es uno de los mejores que jamás se concibieron; nuestros amigos leales y constantes; un buen plan, buenos amigos y un mundo de esperanzas! Un plan excelente, amigos de primer orden. ¡Qué alma de témpano tiene ese mentecato! ¿Cómo? Milord de York aprueba el plan y la marcha general de la acción... Voto al chápuro, si estuviese en este momento cerca de ese villano, le rompería el cráneo con el abanico de su mujer. ¿No están en ello mi padre, mi tío y yo mismo? ¿Lord Edmundo Mortimer, milord de York, Owen Glendower? ¿No*

están además los Douglas? ¿No tengo acaso cartas de todos ellos, en las que me anuncian vendrán con su gente a reunirse conmigo el 9 del próximo mes? ¿Acaso algunos de ellos no están ya en camino? ¡Y este vil renegado!... ¡Ah! le vais a ver, con toda la sinceridad del miedo y de la pusilanimidad, irse al rey y revelarle todos nuestros proyectos. ¡Quisiera despedazarme, abofetearme yo mismo por haber invitado a tan alta empresa a semejante plato de natillas! ¡Racimo de horca! Que vaya a contárselo al rey: estamos prontos; esta misma noche parto.

(Entra Lady Percy).

HOTSPUR. — ¿Y bien, Kate? Es necesario que os deje dentro de dos horas.

LADY. — ¡Oh, mi buen señor! ¿Por qué estáis así tan solo? ¿Y por qué ofensa me encuentro desterrada, hace dos semanas, del lecho de mi Enrique? Dime, mi dulce dueño, que te quita así el apetito, la alegría y el sueño de oro: ¿por qué miras fijamente al suelo y te estremeces a menudo cuando estás solo? ¿Por qué ha desaparecido de tus mejillas el vivo ardor de la sangre? ¿Por qué han abandonado mis tesoros y mis derechos sobre ti a la meditación, sombria y a la melancolía maldita? He velado durante tus sueños inquietos y te he oído murmurar historias de férreos combates, dar gritos de aliento a tu ardiente corcel: “¡valor, al campo!” Has hablado de salidas, de retiradas, de trincheras, de carpas, palizadas, fortines, parapetos, de bombas; cañones, culebrinas, de prisioneros rescatados, de soldados muertos, de toda la brega de un combate implacable. Tu espíritu había guerrreado tanto y te había agitado de tal manera en tu sueño, que las gotas de sudor corrían por tu frente como burbujas sobre

un curso de agua recién agitado. Y sobre tu cara aparecían extrañas contracciones, semejantes a las que vemos cuando se retiene el aliento en un brusco ímpetu. ¿Qué presagios son éstos? Algún grave designio tiene mi señor; debo conocerlo, o él no me ama.

HOTSPUR. — ¡Hola! (*Entra un criado*). Partió Williams con el paquete?

CRIADO. — Sí, milord, hace una hora.

HOTSPUR. — ¿Ha traído Butler los caballos de casa del sheriff?

CRIADO. — Acaba de llegar con uno de los caballos.

HOTSPUR. — ¿Qué caballo? ¿No es un ruano, desorejado?

CRIADO. — Ese es, milord.

HOTSPUR. — Ese ruano será mi trono. Le montaré en breve: ¡O esperanza! (1) Dí a Butler que lo traiga al parque. (*Sale el criado*).

LADY. — Pero oidme, milord.

HOTSPUR. — ¿Qué dices, milady?

LADY. — ¿Qué es lo que te arrastra lejos de mí?

HOTSPUR. — Mi caballo, amor mío, mi caballo.

LADY. — ¡Vamos, mono antojadizo! ¡Una comadreja tiene menos caprichos que vos! Por mi fe, quiero conocer lo que es ocupa, Harry, lo quiero. Temo que mi hermano Mortimer empiece a moverse por sus derechos al trono y os haya enviado a buscar. Pero si vais...

HOTSPUR. — Tan lejos, a pie, me fatigaré mucho, amor mío.

LADY. — Vamos, vamos, papagayo (2), contestad directamente a la pregunta que os hago. Harry, te voy a romper el dedo meñique si no me dices toda la verdad.

(1) Divisa de los Percy.

(2) *Paraquito*, en el texto.

HOTSPUR. — ¡Basta, locuela! ¿Ámarte? No, no te amo, ni me importa nada de ti, Kate. No es el momento de jugar a las muñecas ni de chocar los labios. Necesitamos narices ensangrentadas; las coronas (1) rotas son la moneda del día. ¡Mi caballo, vive Dios! ¿Qué dices, Catalina? ¿Qué es lo que quieres de mí?

LADY. — ¿No me quieres? ¿No, en verdad? Está bien; pero si no me amas, no amaré yo tampoco. No, dime si hablas en broma o no.

HOTSPUR. — ¿Quieres verme montar a caballo? Una vez que esté sobre la silla, te juraré un amor infinito. Pero, óyeme bien, Kate: en adelante, necesito que no me preguntes dónde voy, ni cosa semejante. Voy donde debo ir y, para concluir, tengo que dejarte esta noche, mi linda Kate. Sé que eres prudente; pero nada más que prudente, tanto como puede serlo la mujer de Harry Percy. Eres constante, pero mujer. Para los secretos, ninguna más discreta, porque estoy seguro que no revelarás lo que no sabes. ¡Ve hasta dónde confío en ti, mi linda Kate!

LADY. — ¿Cómo? ¿Hasta ahí?

HOTSPUR. — Ni una pulgada más. ¿Pero me oyes bien, Kate? Donde yo vaya, irás tú. Yo parto hoy y tú mañana. ¿Estás contenta, Kate?

LADY. — Tengo que contentarme, a la fuerza. (*Salen*).

Escena IV

EASTCHEAP.—*Un cuarto en la taberna de la "Cabeza del Cerdo".*

(*Entran el Príncipe Enrique y Poins*).

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Ned, hazme el favor de salir de

(1) *Crown*, moneda y corona.

ese cuarto inmundo y préstame tu ayuda para reirme un poco.

POINS. — ¿Dónde has estado, Hal?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Con tres o cuatro tontos entre sesenta u ochenta barriles (1). He tocado el más bajo fondo de la canallería. Soy hermano juramentado de una trahilla de mozos de taberna y puedo llamarles á todos por sus nombres cristianos de Tom, Dick y Francis. Juran ya, por su vida eterna, que aunque yo no sea aún más que príncipe de Gales, soy ya el rey de la cortesía, y afirman netamente que no soy un altanero Jack, como Falstaff, sino un Corintio, un muchacho de corazón, un buen compañero; ¡pardiez! es así como me llaman. Cuando sea rey de Inglaterra, mandaré a todos los buenos rapaces de Eastcheap. Al beber firme, llaman *teñir de escarlata*, y cuando, al vaciar una botella, respiráis, gritan: ¡hum!, y te imponen ver el fondo. En suma, he hecho tantos progresos en un cuarto de hora, que puedo, toda mi vida, invitar a beber, en su propia jerga, a cualquier calderero remendón. Ned, te aseguro que perdiste un gran honor no estando conmigo en esa acción. Pero, dulce Ned, te doy este cucurucho de azúcar, que hace poco me metió en la mano un subtabernero, uno que jamás habló más inglés en su vida que: *ocho chelines y seis penique* o ¡*Bienvenido!*, con este estribillo chillón: ¡*al instante, al instante, señor, medir una pinta de BASTARDO* (2) *en la Media Luna!*, o algo por el estilo. Ahora, Ned, para pasar el tiempo hasta que venga Falstaff, vete a la pieza contigua, en tanto que interrogo a ese ingenno fámulo con qué objeto me

(1) Juego de palabras intraducible entre *loggerheads* y *hogheads*.

(2) *Bastard*, vino adulterado.

ha dado el azúcar; no dejes de llamar ¡Paco!, de manera que la historia que me cuentes se reduzca a: ¡al instante! Sepárate, voy a enseñarte el modo.

POINS. — ¡Paco!

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Perfectamente.

(Sale Poins. Entra Paco).

PACO. — Al instante, al instante, señor. Ve en el salón granate, Ralph.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Ven aquí, Paco.

PACO. — ¿Milord?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Cuánto tiempo tienes que servir aún, Paco?

PACO. — A fe mía, cinco años y tanto como...

POINS. — (*Dentro*). ¡Paco!

PACO. — ¡Al instante, al instante, señor!

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Cinco años! ¡Por Nuestra Señora, es una contrata muy larga para fregar el estañó! Pero, dime, Paco, ¿serás bastante valiente para hacerte el cobarde ante ese compromiso y mostrarle un bello par de talones huyendo de él?

PACO. — ¡Oh, señor! Podría jurar sobre todas las biblias de Inglaterra que tendría bastante corazón para...

POINS. — (*Dentro*). ¡Paco!

PACO. — ¡Al instante, al instante, señor!

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Qué edad tienes, Paco?

PACO. — Dejádme contar... Para el próximo San Miguel tendré...

POINS. — (*Dentro*). ¡Paco!

PACO. — ¡Al instante, señor! Milord, esperad un momento, os ruego.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — No, ocúpate de mí, Paco. El azúcar que me diste, sólo te costó un penique, ¿verdad?

PACO. — ¡Oh, milord! Hubiera querido que me costara dos.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Quiero darte en cambio mil libras; pídemelas cuando quieras y las tendrás.

POINS. — (*Dentro*). ¡Paco!

PACO. — ¡Al instante, al instante!

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Al instante, Paco! No, Paco; mañana, Paco, o el jueves, Paco, o, por mi fe, Paco, cuando quieras. Pero, Paco...

PACO. — ¿Milord?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Te animarías a robar a un quidam que lleva un colete de ante, botones de cristal, pelado al ras, anillo de ágata, medias color pulga, ligas de lana, voz melosa y panza española?

PACO. — ¡Oh, milord! ¿De quién queréis hablar?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Vamos, veo que tu única bebida es ese brebaje bastardo; porque, mira, Paco, tu justillo de blanca lona se ensuciará. En Berbería eso no puede costar tan caro (1).

PACO. — ¿Cómo, señor?

POINS. — (*Dentro*). ¡Paco!

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Anda, granuja! ¡No oyes que te están llamando!

(Ambos le llaman a la vez; el mozo se queda perplejo, no sabiendo a quién acudir).
(Entra el tabernero).

TABERNERO. — ¿Cómo, estáis ahí parado oyendo como te llaman? ¡Corre a servir los parroquianos! (*Paco sale*). Milord, el viejo Sir John, con una media docena más están ahí fuera: ¿debo dejarles entrar?

(1) Parece que el príncipe quiere atolondrar al criado con ese flujo de palabras y conceptos incoherentes.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Que esperen un momento y luego ábreles la puerta. (*Sale el Tabernero*). ¡Poins!

(Vuelve Poins).

POINS. — ¡Al instante, al instante, señor!

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Amigo, Falstaff y el resto de los ladrones están ahí fuera. ¡Lo que vamos a reirnos!

POINS. — A reirnos como grillos, chico. Pero, dime, ¿qué maligno placer has tenido en esa broma con el mozo? ¿Qué te proponías?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Daría en este momento todas las bromas que se han inventado desde los viejos tiempos del buen hombre Adam hasta la hora juvenil de medianoche, que suena ahora. (*Vuelve Paco, con vino*). ¿Qué hora es, Paco?

PACO. — ¡Al instante, al instante, señor!

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Es posible que este asno sepa menos palabras que un loro y sea, sin embargo, hijo de mujer! Su industria se reduce a subir y bajar escaleras; su ciencia, a cuánto debe el parroquiano. No tengo todavía el humor de Percy, la Espuela Ardiente (1) del norte, ese que mata seis o siete docenas de escoceses en un almuerzo, se lava las manos y dice a su mujer: *¡Qué vida ociosa! ¡Tengo necesidad de hacer algo!*—*Oh, mi dulce Enrique*, contesta ella, *¿cuántos has muerto hoy?...*—*¡Que den de beber a mi caballo ruano!* exclama él; luego, una hora después, contesta: *Unos catorce, ¡una bagatela, una bagatela!*... Haz entrar a Falstaff, te ruego; yo haré el papel de Percy, y ese condenado jabalí hará el de Lady Mortimer, su es-

(1) Hotspur.

posa. ¡*Rivo!* (1) suelen decir los borrachos. Introduce esas osamentas y esa vejiga de sebo.

(Entran Falstaff, Gadshill, Bardolfo y Peto).

POINS. — ¡Bienvenido, Jack! ¿Dónde has estado?

FALSTAFF. — ¡La peste se lleve a todos los cobardes, digo! ¡Ojalá les apretaran el gañote! ¡*Amén*, par diez! Dame una copa de Canarias, muchacho. Antes que continuar esta vida, prefiero hacer calceta, zurcir medias y hasta pisotearlas. ¡La peste se lleve a todos los cobardes! No hay ya virtud sobre la tierra. Dame una copa de Canarias, pillito. (*Bebe*).

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Has visto alguna vez a Febo besar un pan de mantequilla y éste derretirse, enternecido, bajo la dulce caricia del sol? Si lo viste, contempla esa mole.

FALSTAFF. — Bribón, hay cal en este vino; no se encuentra sino infamia en el hombre villano; sin embargo, un cobarde es peor que un jarro de vino con yeso dentro: ¡innoble cobarde! Sigue tu camino, viejo Jack, mucre cuando quieras; si el heroísmo, el verdadero heroísmo, no desaparece del haz de la tierra, soy un arenque seco. La Inglaterra no cuenta más de tres hombres de bien no ahorcados aún; uno de ellos está algo grueso y comienza a envejecer. ¡Dios le tenga en su guarda! ¡Oh mundo infame! Quisiera ser un artesano; cantarían salmos o cualquier cosa. ¡Una vez más, que la peste se lleve a todos los cobardes!

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Eh, saco de lana, ¿qué estás re-funfuñando ahí?

(1) *Rivo*, grito de placer al beber, como el "Evohé!" antiguo.

FALSTAFF. — ¡Un hijo de rey! Si no te expulso de tu reino con una espada de palo y delante de tí a toda la turba de tus súbditos como a una bandada de gansos, no llevaré más un pelo en la cara. ¿Tú, príncipe de Gales?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Pero, hijo de p..., ¿de qué se trata?

FALSTAFF. — ¿No eres un cobarde? ¡Contéstame a eso! ¿Y Poins también?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Por Cristo, panzón inmundo, si me llamas cobarde, te coso a puñaladas!

FALSTAFF. — ¡Llamarte a tí cobarde! ¡Te vería condenado antes de llamarte cobarde! Pero daría mil libras por poder correr tan ligero como tú. Sois bien formado de espaldas, compadres y no os importa que os miren por detrás. ¿Y a eso llamas sostener a los amigos? ¡La peste sea con semejante sostén! ¡Dadme gente que me haga cara! Que me den de beber; soy un bellaco si he bebido un trago hoy.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Canalla! ¡Tienes los labios aun húmedos del último jarro que te has tragado!

FALSTAFF. — ¡Nada, lo repito una vez más: la peste se lleve a todos los cobardes! (Bebe).

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Pero de qué se trata?

FALSTAFF. — ¿De qué se trata? Hemos aquí cuatro que esta mañana habíamos cogido mil libras.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Dónde están, Jack, dónde están?

FALSTAFF. — ¿Dónde están? Nos las han quitado. ¡Pobres de nosotros! ¡Eramos cuatro contra cien!

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Cómo, hombre! ¿Contra cien?

FALSTAFF. — Soy un badulaque si no crucé el hierrc durante dos horas contra una docena de ellos. He escapado por milagro. Me han atravesado ocho veces el peto y cuatro las bragas; mi escudo está perforado de parte a parte y mi espada mellada como

una sierra: *ecce signum*. ¡Jamás me conduje mejor desde que soy hombre! Todo fué inútil. ¡La peste se lleve a todos los cobardes! Que hablen éstos ahora; si exageran o amenguan la verdad, son unos malvados, hijos de las tinieblas.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Hablad, amigos; ¿qué ha ocurrido?

GADSHILL. — Nosotros cuatro caímos sobre unos doce...

FALSTAFF. — ¡Diez y seis, al menos, milord!

GADSHILL. — Y los amarramos.

PETO. — No es cierto, no los amarramos.

FALSTAFF. — Bribón, los ligamos a todos, sin excepción, o no soy más que un judío, un judío hebreo.

GADSHILL. — Mientras nos estábamos repartiendo, un grupo de seis o siete se nos vino encima...

FALSTAFF. — Y éstos desataron a los primeros; luego llegaron otros.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Cómo? ¿Os habéis batido contra todos ellos?

FALSTAFF. — ¿Todos? No sé lo que llamas *todos*; pero si yo no me he batido con cincuenta de ellos, soy un manojo de rábanos. Y si cincuenta y dos o cincuenta y tres asaltantes no atacaron al pobre viejo Jack, no soy una criatura bípeda.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Quiera Dios que no hayas matado a varios de ellos!

FALSTAFF. — Me parece el voto algo tardío; empimenté dos; dos, estoy seguro, quedaron liquidados, dos pillos con trajes de bocaí (1). Oye, Hal: ¡si te miento, escúpeme en la cara, llámame caballo! Tú bien conoces mi vieja guardia. He aquí mi actitud: con la espada en esta posición, cuatro pillos vestidos de bocaí me acometen...

(1) Tela basta de lino, engomada.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Cómo cuatro? Dijiste dos hace un momento.

FALSTAFF. — Cuatro, Hal, te dije cuatro.

POINS. — Sí, sí, dijo cuatro.

FALSTAFF. — Esos cuatro se me vinieron de frente y me atacaron al mismo tiempo. Yo, con toda sangre fría, recibí las siete puntas en mi escudo, así.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Siete? ¡Hace un momento no eran más que cuatro!

FALSTAFF. — Con trajes de bocací.

POINS. — Sí, cuatro en trajes de bocací.

FALSTAFF. — ¡Siete, por la empuñadura de mi espada, o no soy más que un follón!

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Déjalo continuar; el número va a crecer en breve.

FALSTAFF. — ¿Me atiendes, Hal?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Sí, y te observo también, Jack.

FALSTAFF. — Presta atención, porque la cosa vale la pena. Los nueve en traje de lino, de que te hablé...

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Ya aparecieron dos más!

FALSTAFF. — Habiéndoseles roto las puntas... (1).

POINS. — Se les cayeron los calzones.

FALSTAFF. — Empezaron a recular; pero les aprietó de cerca, trabajo con pies y manos y en un relámpago, me liquidó a siete de los once.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Oh, prodigio! ¡De dos hombres vestidos de bocací han salido once!

FALSTAFF. — Pero, como si el diablo se mezclara, tres de esos bandidos, tres canallas vestidos de paño verde de Kendal, me acometen por la espalda; estaba tan obscuro, Hal, que no habrías podido ver tu mano.

(1) *Points, puntas y agujetas, broches.* De ahí el juego de palabras de Poins.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Esas mentiras son como el padre que las engendra, gordas como montañas, impudentes, palpables. Especie de tripa con relleno de barro, imbécil de nudoso cráneo, hijo de p..., obsceno, indecente, montón de sebo!

FALSTAFF. — ¿Pero estás loco? ¿Estás loco? ¿No es verdad, la pura verdad?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Pero cómo has podido distinguir que esos hombres estaban vestidos de paño verde de Kendal, cuando estaba tan obscuro que no podías ver tus manos? A ver, danos una razón; ¿qué contestas a eso?

POINS. — ¡Vamos, una razón, Jack, una razón!

FALSTAFF. — ¿Cómo, así, por apremio? No, aunque me desenartizaran, aunque me dieran todos los suplicios del mundo, no diría una palabra por apremio. ¡Obligarme a dar una razón! Aunque las razones fueran más abundantes que las moras en los cercos, no le daría a nadie una sola. ¡Con apremios a mí!

PRÍNCIPE ENRIQUE. — No quiero ser más tiempo cómplice de este mentir descarado; este sanguíneo poltrón, este demolidor de camas, este deslomador de caballos, esta sucia mole de carne...

FALSTAFF.—¡Fuera de aquí, hambriento, piel de duende, lengua seca de bucy, bacalao!... ¡Oh, si tuviese aliento para decirte a todo lo que te pareces! ¡Vara de sastre, vaina, mascarón de proa, vil espadín!...

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Bien, respira un poco y recomienza; cuando te hayas agotado en innobles comparaciones, óyeme un poco.

POINS. — Escucha, Jack.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Este y yo os hemos visto, a vosotros cuatro, caer sobre cuatro hombres; los habéis atado y despojado de cuanto tenían encima. Oye ahora cómo, con una palabra, echo al suelo toda

tu historia... Entonces nosotros dos caímos sobre vosotros cuatro y en un suspiro os aligeramos de vuestra presa, trayéndonosla; os la podemos mostrar aquí, en esta casa. En cuanto a ti, Falstaff, te echaste la panza al hombro con extraordinaria habilidad y metiste a correr como un gamo, bramando, pidiendo gracia, mugiendo como nunca oí a un becerro. ¡Es necesario que seas muy canalla para haber mellado así tu espada y asegurar que fué ba-tiéndote! ¿Qué fábula, qué estratagema, qué escapatoria podrás encontrar para salvarte de esta manifiesta y patente vergüenza?

POINS. — Vamos a ver, Jack: ¿qué subterfugio encuentras?

FALSTAFF. — ¡Pardiez! Os reconocí en el acto como el que os hizo. Oídme ahora, señores: ¿debía yo matar al heredero presuntivo? ¿Atentar contra el príncipe legítimo? Bien sabes que soy valiente como Hércules; pero observa el instinto: el león respeta siempre la sangre real (1). El instinto es una gran cosa; he sido cobarde por instinto. Así, mientras viva, tendré más alta opinión de mí mismo y de ti; de mí, por león valiente; de ti, por verdadero príncipe. Al fin y al cabo, ¡vive el cielo! muchachos, que me alegro que tengáis el dinero. ¡Posadera, en facción a la puerta! Velarás esta noche, rezarás mañana, ¡Valientes amigos! ¡Compañeros! ¡Bravos chicos! ¡Corazones de oro! Dejadme daros todos los títulos que me inspira mi fraternal cariño. Armaremos una juerga, ¿verdad? ¡Si improvisáramos una comedia!

PRÍNCIPE ENRIQUE.—Perfectamente; tu escapada servirá de trama.

(1) Alude a una superstición de la época, según la cual el león no ataca a los príncipes de regia estirpe.

FALSTAFF. — No hablar más de eso, Hal, si me quieres.

(Entra la posadera).

POSADERA. — Milord... mi príncipe...

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Y bien, milady... posadera, ¿qué tienes que decirme?

POSADERA. — Pues, nada, milord; hay en la puerta un noble de la corte que quiere hablaros; dice que viene de parte de vuestro padre.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Pues dale lo suficiente para hacer de él un hombre real (1) y que se vuelva adonde está mi padre.

FALSTAFF. — ¿Qué clase de hombre es?

POSADERA. — Un hombre viejo.

FALSTAFF. — ¿Cómo su gravedad ha abandonado el lecho a media noche? ¿Debo contestarle?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Hazlo, Jack, te lo ruego.

FALSTAFF. — Déjame hacer, pronto le despacharé.
(Sale).

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Ahora a nosotros, señores. Por mi fe, os habéis batido bien; tú también, Peto, y tú, Bardolfo. También sois unos leones, también huáis... por instinto y no queríais tocar al príncipe legítimo.
¡Pouah!

BARDOLFO. — A fe mía, corrí cuando vi a los otros correr.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Dime ahora seriamente, ¿cómo es que está tan mellada la espada de Falstaff?

PETO. — ¡Eh! la melló con su propia daga; dijo que juraría por todo el honor que hay en Inglaterra, pa-

(1) Alusión a una curiosa anécdota del tiempo. Jhon Blower, en un sermón que predicó delante de la reina Elisabeth, dijo primero *my royale queen* y luego la llamó *my noble queen*. "¿Cómo? dijo la reina, ¿ahora valgo menos que hace un instante?" La *royale* valía diez chelines y el *noble* seis chelines y ocho peniques.

ra hacerlos creer que el desperfecto había ocurrido en la lucha y nos persuadió que hiciéramos lo mismo.

BARDOLFO. — Y que nos frotáramos las narices con grama ruda para hacerlas sangrar; luego salpicar con esa sangre nuestros trajes y jurar que era la de los buenos viandantes. Hice lo que hacía siete años no me ocurría, me sonrojé al oír esas monstruosas imposturas.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Bellaco! Hace diez y ocho años que te robaste un frasco de Canarias y desde ese día, sorprendido *infraganti*, cubre tu cara color de púrpura. Teniendo ese fuego a tu disposición y a más la espada, has disparado como un gamo; ¿qué instinto te impelia?

BARDOLFO. — Milord, ¿veis estos meteoros? ¿Apercibís estas erupciones? (*Mostrando su nariz roja*).

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Las veo.

BARDOLFO. — ¿Qué pensáis que anuncian?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Hígado caliente y bolsa fría.

BARDOLFO. — Bilis, milord, bilis, al que es entendido.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — No, al que es entendido, eso anuncia cuerda.

(Vuelve Falstaff).

He aquí al enclenque Jack, he aquí al esqueleto. Y bien, dulce criatura inflada, ¿cuánto tiempo hace, Jack, que te viste la rodilla?

FALSTAFF. — ¿Mi rodilla? Cuando tenía tu edad, Hal, tenía el talle más delgado que la garra de un águila; habría pasado a través del anillo de un regidor. ¡La peste se lleve a las penas y suspiros! ¡Hinchán un hombre como una vejiga!... De ahí fuera traigo malas noticias; era sir John Bracy que venía de parte de vuestro padre. Necesitáis ir a la corte por la mañana. Ese loco rematado del Norte, Percy y el otro de Gales, que le dió una paliza a

Amaimón (1), hizo cornudo a Lucifer y obligó al diablo a jurarle homenaje sobre la cruz de una alabarda galense... ¿Cómo diablos le llamáis?

POINS. — ¡Ah! sí, Glendower.

FALSTAFF. — Owen, Owen, el mismo; y su yerno Mortimer y el viejo Northumberland y el más despierto escocés de todos los escoceses, Douglas, que trepa a galope una falda de cerro perpendicular...

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Ese que a toda carrera derriba con su pistola un pájaro volando.

FALSTAFF. — Diste en el clavo.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Mejor de lo que él dió en el pájaro.

FALSTAFF. — Bien, pero ese pillo tiene energía; no sabe huir.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Y por qué, entonces, bellaco, le alabas tanto su agilidad?

FALSTAFF. — A caballo, pichón mío; porque a pie, no daría un paso.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Por instinto, Jack.

FALSTAFF. — De acuerdo, por instinto. Bien, pues; él está en la cosa, con un tal Mordake y un millar de gorras azules. Worcester ha huído esta noche; la barba de tu padre ha blanqueado con estas noticias; podréis comprar tierras ahora tan a vil precio como pescado podrido.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Entonces es probable que si el mes de junio es caluroso y si esta gresca civil dura, podamos comprar vírgenes a centenares, como se compran los clavos.

FALSTAFF. — ¡Por la misa, chico, que tenéis razón! Seguro que vamos a hacer buen negocio en ese ramo. Pero, dime, Hal, ¿no tienes un miedo horrible?

(1) Uno de los cuatro reyes del infierno, según la leyenda.

¿Siendo tú heredero presuntivo, podía el universo oponerte tres enemigos semejantes a esa furia de Douglas, a ese furibundo Percy o a ese endemoniado Glendower? ¿No tienes un miedo horrible? ¿No se te hiela la sangre?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Absolutamente; necesitaría un poco de tu instinto.

FALSTAFF. — Bueno, pero mañana vas a ser horriblemente regañado cuando vayas a ver a tu padre; si me quieres, prepara al menos una respuesta.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Bien, haz el papel de mi padre y examina mi conducta en detalle.

FALSTAFF. — ¿Yo? Con mucho gusto: esta silla será mi trono, esta daga mi cetro y este cojín mi corona.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Tu trono parece una silla agujereada, tu cetro de oro una daga de plomo y tu preciosa y rica corona una lastimera calva tonsurada.

FALSTAFF. — No importa; si el fuego de la gracia no está en ti completamente extinguido, ahora vas a conmoverte. Dadme una copa de vino, para tener los ojos enrojecidos, como si hubiera llorado; porque tengo que hablar con pasión, en el tono del rey Cambises. (1)

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Bien; he aquí mi reverencia.

FALSTAFF. — Y allá va mi discurso. ¡Rodeadme, nobleza!

POSADERA. — ¡Jesús mío! ¡Qué espectáculo tan divertido!

FALSTAFF. — No llores, dulce reina, porque ese chorro de lágrimas es inútil.

POSADERA. — ¡Mirar al viejo! ¡Qué bien sostiene su dignidad!

(1) Alusión satírica a un personaje de una tragedia de Tomás Preston (1570).

FALSTAFF. — ¡En nombre del cielo, señores, llevaos mi triste reina, porque las lágrimas obstruyen las exclusas de sus ojos!

POSADERA. — ¡Parece mentira! Recita su papel como uno de esos cómicos indecentes que he visto muchas veces.

FALSTAFF. — ¡Silencio, dama Juana! ¡A callar, Ras-cabuche! Harry, no sólo me causan asombro los sitios donde pasas tu tiempo, sino también la compañía de que te rodeas. Porque, si bien la camomila brota más vivaz cuanto más se la pisotea, la juventud, cuanto más se derrocha, más se consume. Que eres mi hijo, lo sé, primero, por la palabra de tu madre, y luego por mi propia opinión; pero mi principal garantía es esa horrible mueca constante de tu ojo y la estúpida depresión de tu labio inferior. Siendo, pues, tú mi hijo, llego al punto: ¿porqué siendo hijo mío, te haces así señalar con el dedo? ¿Anda acaso el bendecido hijo de los cielos vagabundeando por los campos, comiendo moras? Es una pregunta sin respuesta. ¿Debe acaso el hijo de Inglaterra andar como un ladrón, robando bolsas? Una pregunta con respuesta. Hay una cosa, Harry, de la que habrás oído hablar a menudo y que es conocida de mucha gente en nuestro país bajo el nombre de pez; esa pez, según lo afirman antiguos escritores, ensucia; lo mismo hace la sociedad que frecuentas; porque, Harry, no te hablo ahora en la embriaguez, sino en las lágrimas, no en el placer, sino en la desesperación, no con vanas palabras, sino con el corazón herido... Sin embargo, hay en tu compañía un hombre de bien, que he observado a menudo, pero no sé cómo se llama.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Qué clase de hombre es, señor, si os place?

FALSTAFF. — Por mi fe, un hombre de hermosa presencia, corpulento, aspecto alegre, mirada graciosa, noble actitud; parece tener cincuenta años o ¡por Nuestra Señora! tal vez raye en los sesenta. Y ahora recuerdo, su nombre es Falstaff. Si ese hombre fuera un libertino, sería para mí una decepción, porque leo, Enrique, la virtud en su mirar. Sí, pues el árbol puede conocerse por el fruto y el fruto por el árbol, declaro perentoriamente que hay virtud en ese Falstaff; consérvalo, destierra el resto. Dime ahora, inicuo bribón, dime, ¿dónde has estado todo este mes?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿A eso llamas hablar como un rey? Toma ahora mi parte, que yo haré la de mi padre.

FALSTAFF. — Cómo, ¿me depones? Si tienes en la palabra y en el gesto sólo la mitad de esta mi gravedad majestuosa, que me cuelguen por los talones como una piel de conejo en un escaparate de tienda.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Bien, tomo asiento.

FALSTAFF. — Y aquí estoy de pie; sed jueces, compañeros.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Y bien, Harry, ¿de dónde venís?

FALSTAFF. — De Eastcheap, mi noble señor.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Las quejas que oigo contra ti son graves.

FALSTAFF. — ¡Pardiez, milord, son falsas!... ¡Ahora vais a ver cómo hago zalamero al joven príncipe!

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Cómo, echas votos, joven impío? En adelante no me mires más a la cara. Te has apartado violentamente del camino de la salvación. Un espíritu infernal te posee, bajo la forma de un viejo gordo; tienes por compañero un tonel humano. ¿Por qué frecuentas ese baúl de humores, esa tina de bestialidad, ese hinchado paque-



te de hidropesía, ese enorme barril de vino, esa maleta henchida de intestinos, ese buey gordo asado con el relleno en el vientre, ese vicio reverendo, esa iniquidad gris, ese padre rufián, esa vanidad vetusta? ¿Para qué sirve? Para catar un vino y beberse. ¿Para qué es útil y apto? Para trinchar un capón y devorárselo. ¿En qué es experto? En tretas y astucias. ¿En qué es astuto? En picardías. ¿En qué es pícaro? En todo. ¿En qué estimable? En nada.

FALSTAFF. — Rogaría a vuestra gracia que me permitiera seguirla. ¿A quién se refiere vuestra gracia?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — A ese canalla abominable, corruptor de la juventud, Falstaff, ese viejo Satán de barba blanca.

FALSTAFF. — Señor, conozco al hombre.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Le conoces demasiado.

FALSTAFF. — Pero decir que le conozco más defectos que a mí mismo, sería decir más de lo que sé. Que sea viejo (y es por ello más digno de lástima), lo prueba su cabello blanco; pero que sea (salvo vuestro respeto) dado a p. . ., lo niego redondamente. Si el vino y los dulces son pecados, Dios perdone a los pecadores. Si es un pecado ser viejo y alegre, conozco muchos viejos compañeros que están condenados; si ser gordo es ser odioso, entonces deben amarse las vacas flacas de Faraón. No, mi buen señor: destierra a Peto, destierra a Bardolfo, destierra a Poins; pero en cuanto al dulce Jack Falstaff, al gentil Jack Falstaff, al leal Jack Falstaff, al valiente Jack Falstaff, tanto más valiente cuanto que es el viejo Jack Falstaff, no le destierres, no, de la compañía de tu Enrique. ¡Desterrar al gordiflón Jack valdría desterrar al mundo entero!

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Le destierro, así lo quiero.

(Se oye golpear a la puerta; salen la Posadera, Francis y Bardolfo).

(Vuelve Bardolfo, corriendo).

BARDOLFO. — ¡Oh, milord, milord! El sheriff está ahí fuera con una patrulla monstruo.

FALSTAFF. — ¡Fuera de aquí, pilleto! Concluyamos la pieza; tengo mucho que decir en defensa de ese Falstaff.

(Vuelve la Posadera muy aprisa).

POSADERA. — ¡Misericordia! ¡Milord, milord!

FALSTAFF. — ¡He, he! ¡El diablo cabalga sobre un arco de violín! ¿Qué es lo que hay?

POSADERA. — Ahí están fuera el sheriff y los guardias; vienen a registrar la casa. ¿Debo dejarles entrar?

FALSTAFF. — ¿Has oído, Hal? No debemos tomar nunca una pieza falsa por una de oro verdadera; eres esencialmente loco, sin parecerlo.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Y tú, naturalmente, cobarde, sin instinto.

FALSTAFF. — *Nego majorem*. Si no quieres recibir al sheriff, perfectamente; si quieres, que entre; si no figuro en la última carreta tan bien como cualquiera, la peste se lleve al que me educó. Espero que una soga pueda estrangularme tan pronto como a otro.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Anda, ocúltate detrás de la cortina; vosotros idos arriba. Ahora, señores míos, buena cara y buena conciencia.

FALSTAFF. — Ambas cosas poseía; pero la época pasó y, por consiguiente, me escondo.

(Salen todos menos el Príncipe y Poins).

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Haz entrar al sheriff.

(Entran el Sheriff y un Carretero).

Y bien, sheriff, ¿qué me queréis?

SHERIFF. — Desde luego, que me perdonéis, milord.

La grito pública ha seguido ciertos hombres hasta esta casa.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Qué hombres?

SHERIFF. — Uno de ellos es muy conocido, mi gracioso señor. Un hombre grueso y gordo.

CARRETERO. — Como un pan de manteca.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Ese hombre, os lo aseguro, no está aquí; yo mismo acabo de darle una comisión: pero te doy mi palabra, sheriff, que le enviaré mañana, antes de comer, a responder ante ti o cualquier otro, de cualquier cargo que se le haga. Ahora, permitidme os pida salgáis de esta casa.

SHERIFF. — Lo haré, milord. Hay aquí dos señores que en este robo han perdido trescientos marcos.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Puede que así sca. Si ha robado a esos hombres, él responderá. Ahora, adiós.

SHERIFF. — Buenas noches, mi noble señor.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — O más bien buenos días, ¿no es así?

SHERIFF. — Es verdad, milord, porque creo que son ya las dos de la mañana.

(Salen el Sheriff y el Carretero).

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Este oleaginoso pillo es tan conocido como la Catedral de San Pablo. Llámale.

POINS. — (*Levanta la cortina que oculta a Falstaff*).
¡Falstaff! Está profundamente dormido detrás de la tapicería y ronca como un caballo.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Oye cómo respira laboriosamente. Regístrale los bolsillos (*Poins registra*).
¿Qué encuentras?

POINS. — Sólo algunos papeles, milord.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Veamos qué contienen; léelos.

POINS. — (*Leyendo*). *Item*, un capón 2 chelines, 2 peniques. *Item*, salsa 4 p. *Item*, vino, 5 ch. 8 p. *Item*, anchoas y vino después de cenar, 2 ch. 6 p. *Item*, pan, medio penique.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Oh monstruosidad! ¡Sólo medio penique de pan para esa intolerable cantidad de vino! Guarda el resto; lo leeremos más despacio; déjale dormir hasta el día. Iré a la corte por la mañana. Iremos todos a la guerra y tendrás un puesto honorable. Procuraré a ese obeso bribón un empleo en la infantería. Estoy seguro que una marcha de trecientas yardas será su muerte. Haré restituir el dinero con usura. Ven a buscarme mañana temprano. Buen día, Poins.

POINS. — Buen día, mi buen señor.

ACTO III

Escena I

BANGOR.—*Una sala en el Palacio del Archidiacono.*
(*Entran Hotspur, Worcester, Mortimer y Glendower.*)

MORTIMER. — Esas promesas son brillantes, las personas seguras y empezamos bajo felices auspicios.

HOTSPUR. — ¿Lord Mortimer y vos, primo Glendower, queréis sentaros? Y vos, tío Worcester... ¡Por mil diablos! ¡Me he olvidado del plano!

GLENDOWER. — No, aquí está. Sentaos, primo Percy, sentaos, buen primo Hotspur; porque cada vez que Lancaster oye esos nombres, sus mejillas palidecen y, lanzando un suspiro, os desearía en el cielo.

HOTSPUR. — Y a vos en el infierno, cada vez que oye hablar de Owen Glendower.

GLENDOWER. — No puedo censurarle por eso; cuando nació, la frente del cielo se llenó de figuras fulgurantes y de ardientes antorchas; el globo terrá-

queo, hasta su base profunda, tembló como un co-
barde. (1)

HOTSPUR. — ¡Bah! Habría hecho lo mismo, en ese momento, si la gata de vuestra madre hubiera parido, aunque vos no hubiérais nacido.

GLENDOWER. — Digo que la tierra tembló cuando nací.

HOTSPUR. — Y yo digo que la tierra estaba en otra situación de ánimo que la mía, si, como suponéis, tembló de miedo de vos.

GLENDOWER. — Los cielos estaban en llamas, y la tierra tembló.

HOTSPUR. — Entonces la tierra tembló al ver los cielos en llamas y no por temor de vuestro nacimiento. La naturaleza enferma estalla a menudo en extrañas erupciones. A menudo la tierra, en dolor de parto, sufre atormentada por una especie de cólico por los vientos impetuosos, encerrados en sus entrañas, los que, buscando una salida, sacuden esta vieja comadre, la tierra, y derriban campanarios y torres cubiertas de musgo. A vuestro nacimiento, nuestra abuela la tierra sintiendo esa indisposición, entró en convulsiones.

GLENDOWER. — Primo, de muy pocos hombres sopor-
taría esas contradicciones. Permitidme repetiros que, cuando nací, la frente del cielo se llenó de figuras fulgurantes; las cabras huían de las montañas y los rebaños llenaban de extraños clamores las espantadas llanuras. Esos signos me han hecho un hombre extraordinario; todo el curso de mi vida muestra que no estoy en la lista de los hombres co-

(1) *Holinshed* refiere los prodigios que acompañaron el nacimiento de *Glendower*; se cree leer las prolijas listas de prodigios que trae *Suetonio* al nacer o morir un personaje romano.

munes. ¿Dónde está, en el recinto trazado por el mar que murmura sobre las costas de Inglaterra, de Escocia y de Gales, el viviente que pueda llamarme su discípulo o me haya enseñado algo? Y sin embargo, encontradme un hijo de mujer que pueda seguirme en las fastidiosas vías de la ciencia y marchar a mi lado en las más profundas experiencias.

HOTSPUR. — Creo que nadie habla mejor el caló galense... Me voy a comer.

MORTIMER. — Vamos, primo Percy, le vais a volver loco.

GLENDOWER. — Yo puedo evocar los espíritus del fondo del abismo.

HOTSPUR. — También lo puedo yo y cualquier hombre puede hacerlo; falta saber si vienen, cuando los llamáis.

GLENDOWER. — Y puedo enseñaros, primo, a ordenar al diablo.

HOTSPUR. — Y yo puedo enseñarte, primito, a humillar al diablo, diciendo la verdad: "Dí la verdad y humillarás al diablo". Si tienes el poder de evocar, tráelo aquí; juro que verás cómo le humillo. Así, en tanto que vivas, dí la verdad y humillarás al diablo.

MORTIMER. — Vamos, vamos; basta de esa charla inútil.

GLENDOWER. — Tres veces Enrique Bolingbroke afrontó mi poder; tres veces, desde las orillas del Wye y del arenoso Saverna, le puse en fuga, descalzo y batida las espaldas por lluvia tormentosa.

HOTSPUR. — ¡Descalzo y bajo un tiempo semejante! ¿Cómo diablos pudo evitar las fiebres?

GLENDOWER. — Vamos, he aquí el plano; ¿debemos dividir nuestros dominios, de acuerdo con nuestra triple convención?

MORTIMER. — El arzobispo los ha dividido en tres partes exactamente iguales. La Inglaterra, desde el Trent y el Saverna hasta aquí, al sud y al este, se me asigna por parte; todo el oeste, el país de Gales más allá del Saverna y todo el fértil territorio comprendido en ese límite, a Owen Glendower; y a vos, querido primo, todo lo que queda al norte, a partir del Trent. Ya nuestros contratos tripartitos están prontos; sólo nos resta sellarlos respectivamente (operación que puede hacerse esta noche); y mañana, primo Percy, vos y yo, como mi buen señor de Worcester, marcharemos a reunirnos con vuestro padre y el ejército escocés, como hemos convenido, en Shrewsburg. Mi padre Glendower no está aún pronto y su ayuda no nos será necesaria hasta dentro de catorce días. En ese tiempo (*a Glendower*) habréis podido reunir vuestros arrendatarios, amigos e hidalgos de la vecindad.

GLENDOWER. — En más breve tiempo me uniré a vosotros, señores, y vuestras damas irán bajo mi escolta. Es necesario que tratéis de partir pronto sin ser vistos y sin despediros de ellas, porque va a haber un diluvio de lágrimas en el momento de la separación.

HOTSPUR. — (*Con un dedo sobre el plano*). Me parece que mi parte, al norte del Burton, hasta aquí, no iguala en cantidad ninguna de las vuestras. Observad cómo este río se me viene tortuosamente y me corta, de lo mejor de toda mi tierra, una enorme media luna, un pedazo monstruoso; haré detener la corriente en este sitio y el caprichoso y argentino Trent correrá por aquí, en un nuevo canal, suave y directo. No serpenteará más, con esas entradas profundas, para arrebatarme un pedazo de suelo tan rico.

GLENDOWER. — ¿Que no serpenteará más? Lo hará, es necesario; ¿no lo veis?

MORTIMER. — Sí, pero observad cómo prosigue su curso y corre hacia mí en sentido inverso, para indemnizaros; me toma de mi lado tanto como tomó del vuestro.

WORCESTER. — Sí, pero con poco gasto se podría desviarla aquí y ganar todo ese cabo del lado del Norte, haciéndola correr directa e igual.

HOTSPUR. — Así lo quiero; lo haré con poco gasto.

GLENDOWER. — No quiero alteraciones.

HOTSPUR. — ¿No queréis?

GLENDOWER. — No y no lo haréis.

HOTSPUR. — ¿Y quién me lo impedirá?

GLENDOWER. — Ésc seré yo.

HOTSPUR. — Permitidme que no os comprenda, decidlo en galense.

GLENDOWER. — Puedo hablar inglés, milord, tan bien como vos, porque fuí educado en la Corte de Inglaterra, donde, siendo muy joven aun, compuse para el arpa, y de una manera deliciosa, numerosas canciones inglesas, y agregué a la lengua útiles adornos, virtud que nunca se ha visto en vos.

HOTSPUR. — ¡Pardiez! Me felicito de todo corazón. Preferiría ser un gato y aullar como tal, a ser uno de esos autores de insulsas baladas. Preferiría oír el estridente girar de un candelero de cobre o el rechinar de una rueda seca sobre el eje; todo eso me destemplantaría menos los dientes que esa poesía llena de afectación que parece la forzada marcha a tropezones de una jaca.

GLENDOWER. — Vamos, basta; se os cambiará el curso del Trent.

HOTSPUR. — Eso no me importa; daría tres veces más de tierra a cualquier amigo que sirviera bien; pero cuando se trata de arreglos, oídllo bien, haría

cuestión de la novena parte de un cabello. ¿Están los convenios prontos? ¿Podemos irnos?

GLENDOWER. — La luna brilla en toda su claridad; podéis partir de noche. Voy a apurar al escribiente y al mismo tiempo revelar a vuestras damas la partida. Temo que mi hija se vuelva loca, de tal modo está chocha con su Mortimer. (*Sale*).

MORTIMER. — ¡Por Dios, primo Percy! ¿Cómo contradecís a mi padre!

HOTSPUR. — No puedo impedírmelo; a veces me exaspera hablándome del topo y de la hormiga, del encantador Merlín y de sus profecías y de un dragón y de un pescado sin aletas, de un grifo con alas recortadas, de un cuervo que muda, de un león acostado y de un gato rampante y de otras tantas bellaqueñas que me ponen fuera de mí (1). Os diré más; la última noche me ha tenido no menos de nueve horas enumerándome los nombres de los diversos diablos que eran sus lacayos. Yo le contestaba: *¡hum!, ¡está bien!, ¡continúa!*, pero sin prestar atención a una palabra. ¡Oh! Es tan fastidioso como un caballo cansado, una mujer maldiciente, peor que una casa ahumada. Me gustaría más vivir de queso y ajo, en un molino de viento, bien lejos, que de manjares suculentos, en la más espléndida casa de la cristiandad, si tuviera que aguantar su charla.

MORTIMER. — Por mi fe, es un dignísimo gentil hombre, perfectamente instruido e iniciado en extraños misterios; valiente como un león y maravillosamente afable; generoso como las minas de la India. ¿Debo decíroslo, primo? Tiene vuestro carác-

(1) Alusión a una antigua profecía, citada por Holinshed, sobre el reparto de Inglaterra entre un topo, un dragón y un león.

ter en una alta estimación y domina su propia naturaleza cuando le contrariáis; a la verdad se domina. Os garantizo que no hay un hombre vivo que hubiera podido provocarle como lo habéis hecho, sin correr el peligro de una respuesta violenta. No lo hagáis tan a menudo, os lo ruego.

WORCESTER. — En verdad, milord, os obstináis demasiado en vuestra censura; desde que habéis llegado aquí, harto habéis hecho para hacerle perder la paciencia. Es necesario que aprendáis, milord, a corregiros de ese defecto. Aunque a veces atestigüe grandeza, valor, nobleza (y esa es la gracia más preciosa que os recuerda), a menudo también revela ímpetus coléricos, ausencia de buenas maneras, falta de dominio, orgullo, altivez, presunción y desdén; el menor de esos defectos, cuando acompaña a un gentil hombre, le enajena los corazones y mancha la belleza de todas sus virtudes, privándolas de su encanto.

HOTSPUR. — Bueno, ya estoy sermoneado. ¡Que los buenos modales os ayuden! He aquí nuestras esposas; despidámonos de ellas.

(Vuelve Glendower con ladies Mortimer y Percy).

MORTIMER. — Esta es una mortal contrariedad que me angustia; mi mujer no habla inglés ni yo galense.

GLENDOWER. — Mi hija llora; no quiere separarse de vos; quiere también ser soldado e ir a la guerra.

MORTIMER. — Mi buen padre, decidle que ella y mi tía Percy seguirán en breve, conducidas por vos.

(Glendower habla a su hija en galense y ésta le contesta en la misma lengua).

GLENDOWER. — Está desesperada; es una imperti-

nente, terca, desvergonzada, sobre la que el razonamiento no tiene acción.

(Lady Mortimer habla a Mortimer en galense).

MORTIMER. — Comprendo tus miradas; el lindo galense que derramas de esos cielos henchidos, lo entiendo perfectamente; y, si no fuera por rubor, quisiera contestarte en el mismo idioma.

(Lady Mortimer habla besándole).

Comprendo tus besos y tú los míos, y es esta una discusión bien sentida. Pero no faltaré a la dulce escuela, amor mío, hasta tanto haya aprendido tu idioma, porque tu lengua hace al galense tan suave como los bellos cantares, de tiernas modulaciones, cantadas en el laud, por una hermosa reina, bajo un bosque de estío.

GLENDOWER. — Si os enternecéis así, la vais a volver loca.

(Lady Mortimer habla otra vez).

MORTIMER. — En esta lengua soy la ignorancia misma.

GLENDOWER. — Os pide que os tendáis sobre la estera indolente y que reposéis vuestra gentil cabeza en su regazo y ella os cantará las canciones que amais para coronar sobre vuestros párpados el dios del sueño y sumir vuestros sentidos en deliciosa languidez, intermediaria entre la vigilia y el sueño, como el alba entre el día y la noche, a la hora en que el divino tronco comienza su ruta dorada en Oriente.

MORTIMER. — De todo corazón; me siento para oír su canción. Entretanto, el acta estará redactada, presumo.

GLENDOWER. — Sentaos; los músicos que van a tocar para vos, se ciernen en los aires a mil leguas de aquí y, no obstante, estarán aquí en el acto. Sentaos y oid.

HOTSPUR. — Ven aquí, Kate; acostada eres perfecta. Ven, pronto, pronto, que pueda reposar mi cabeza en tus faldas.

LADY PERCY. — Ven acá, cabeza de chorlo (1).

(Glendower dice algunas palabras galenses y en el momento empieza la música).

HOTSPUR. — Ahora veo que el diablo comprende el galense, lo que no me asombra, siendo tan fantástico. ¡Por Nuestra Señora! Es buen músico.

LADY PERCY. — Entonces tú debías ser un músico de primer orden, porque siempre te gobierna la fantasía. Estate quieto, bandido, y oye el canto galense de esta lady.

HOTSPUR. — Prefiero oír a *Lady*, mi perra, aullar en irlandés.

LADY PERCY. — ¿Quieres que te rompa la cabeza?

HOTSPUR. — No.

LADY PERCY. — Entonces está quieto.

HOTSPUR. — Tampoco. Esta es manía de mujer (2).

LADY PERCY. — ¡Que Dios te guíe!

HOTSPUR. — A la cama de la dama galense.

LADY PERCY. — ¿Cómo es eso?

HOTSPUR. — Silencio; canta.

(Canción galense de lady Mortimer).

HOTSPUR. — Kate, también quiero una canción tuya.

LADY PERCY. — ¿Mía? No la tendrás, por mi fe.

(1) En el texto *giddy goose*, ganso aturdido.

(2) *'Tis a woman's fault*, esto es, la contradicción.

HOTSPUR. — ¡No, por mi fe! Amor mío, juras como la mujer de un confitero. ¡No, por mi fe! ¡Tan cierto como que vivo! ¡Dios me perdone! ¡Tan cierto como es de día! Envuelves tus juramentos en una tela tan sedosa, que se diría que nunca te has paseado más allá de Frinsbury (1). Jura, Kate, como una buena lady que eres, con un juramento que te llene la boca y deja los ¡a fe mía! y otros votos de agua tibia, a los guardias con traje de terciopelo y a las burguesas domingueras. Vamos, canta.

LADY PERCY. — No quiero cantar.

HOTSPUR. — Es el mejor medio de hacerte tomar por un sastre o por un educador de pajarillos. Si los contratos están prontos, partiré antes de dos horas; ahora, ven cuando quieras. (*Sale*).

GLENDOWER. — Venid, venid, lord Mortimer; sois tan lento para partir, como ardiente el fogoso lord Percy. Ya está nuestra convención redactada; no tenemos más que sellarla y luego a caballo inmediatamente.

MORTIMER. — Con toda mi alma. (*Salen*).

Escena II

LONDRES—Una sala en el Palacio Real

(*Entran el Rey Enrique, el Príncipe de Gales y Señores*).

REY ENRIQUE. — Dejadnos, señores; el príncipe de Gales y yo tenemos que hablar en particular; pero

(1) *Finsbury*, paseo en Londres, frecuentado entonces por la burguesía.

no os alejéis, porque pronto tendremos necesidad de vosotros. (*Salen los señores*).

No sé si es por alguna falta cometida por mí, que Dios ha querido, en sus secretos designios, hacer nacer de mi sangre, el azote que debe castigarme; pero tú me haces creer, por las circunstancias de tu vida, que has sido designado para ser el instrumento de la ardiente venganza, el látigo celeste que debe caer sobre mis faltas. Dime sino ¿cómo tan desordenados y bajos deseos, tan pobres, tan miserables, tan ínfimas, tan impuras ocupaciones, tan estériles placeres, tan soez sociedad, como aquella a que te unes y asocias, cómo pueden acompañar la grandeza de tu raza y llegar al nivel de tu corazón de príncipe?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Si es del agrado de Vuestra Majestad, querría y podría justificarme de todas mis faltas, como estoy seguro de poder lavarme de todas las acusaciones que se lanzan contra mí. Pero permitidme que implore vuestro ánimo indulgente, y cuando haya desvanecido todas las fábulas que al oído del poder necesariamente llegan, de risueños entremetidos y de viles calumniadores, pueda, por algunas faltas reales, en las que se ha extraviado mi juventud irregular, encontrar perdón en mi sumisión verdadera.

REY ENRIQUE. — ¡Dios te perdone! Pero déjame asombrarme, Harry, de tus afecciones, que toman una dirección contraria al vuelo de las de tus antepasados. Has perdido violentamente tu sitio en el Consejo, ocupado hoy por tu hermano menor, y te has enajenado todos los corazones de la Corte y de los príncipes de mi sangre. Arruinadas están las esperanzas fundadas en tu porvenir, y no hay alma de hombre que no profetice tu caída. Si yo hubiera sido tan pródigo de mi presencia, si me hu-

biera prostituído ante las miradas de los hombres, mostrándome en vil compañía, la opinión, que me levantó hasta el trono, habría permanecido fiel a mi antecesor, abandonándome a un destierro deshonroso, como un hombre sin valor y sin importancia. Haciéndome ver rara vez, no podía dar un paso, sin provocar, como los cometas, el asombro. Unos decían a sus hijos: *¡Ese es!* Otros exclamaban: *¡Dónde!* *¿Cuál es Bolingbroke?* Entonces arrebatava al cielo todos los homenajes y me envolvía en tal humildad, que arrancaba la simpatía a todos los corazones, las aclamaciones y los vivas de todas las bocas, aun en presencia del rey coronado. De esa manera conservé mi prestigio siempre fresco y nuevo; mi presencia, como un traje pontifical, era siempre observada con asombro; mis apariciones, siempre brillantes, parecían fiestas y ganaban tal solemnidad por su rareza. En cuanto al andariego rey, iba de aquí a allá con insípidos bufones, espíritus extravagantes, fuegos fátuos, pronto encendidos y pronto apagados; se despojaba de su dignidad, comprometía su majestad con insensatos saltimbanquis, dejaba profanar su gran nombre con sus sarcasmos; alentaba, a despecho de su nombre, las bromas de los pajes con su risa, y era el blanco de las ridículas comparaciones de cualquier lampiño. Se familiarizaba con la calle pública y se hacía feudo del populacho, y como diariamente hartaba a los hombres con su presencia, estaban ahitos de miel y empezaban a perder el gusto de la dulzura, que, por poco que empalague, empalaga demasiado. Así cuando tenía ocasión de mostrarse, era como el cuclillo en Junio, que se oye sin prestarle atención. Si era visto, era con tales ojos que cansados y entorpecidos por el hábito, no le prestaban la atención extraordinaria que se

acuerda al sol de la majestad real, cuando se muestra rara vez a las miradas llenas de admiración; con ojos adormecidos, que bajaban sus párpados somnolientos ante él y le ofrecían ese aspecto sombrío que los hombres tétricos presentan a sus adversarios, tan saturados, hartos y cansados estaban de su presencia. Por ese mismo camino vas tú, Harry, porque has perdido tu prerrogativa de príncipe, en compañías que envilceen. Todos los ojos están fatigados de tu presencia banal, excepto los míos, que habrían deseado verte más, y que ahora mismo, a despecho de todo, están enceguecidos por una loca ternura.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — En el porvenir, tres veces gracioso señor, seré más digno de mí mismo.

REY ENRIQUE. — Para todo el mundo, como eres en este momento, era Ricardo, cuando vine de Francia a desembarcar en Ravenspurgy. Yo era entonces, como es Percy ahora. ¡Ah! por mi cetro y por mi alma, tiene más títulos al poder que tú, fantasma de heredero; porque, sin derecho, sin color aun de derecho, cubre de arneses los campos del reino, afronta las armadas fauces del león y sin deber a los años más que tú, guía antiguos lores y reverendos obispos a sangrientas batallas y recias luchas. ¡Qué gloria impercedera no ha adquirido contra el famoso Douglas, cuyos altos hechos, cuyas ardientes excursiones y gran renombre en las armas, conquistaron el rango supremo entre los soldados y el título de primer capitán en todos los reinos que confiesan a Cristo! Tres veces ese Hotspur, ese Marte en pañales, ese niño guerrero, ha desbaratado las empresas del gran Douglas; le ha hecho prisionero, le ha puesto en libertad y le ha convertido en amigo, para alzar un cartel con voz profunda, que comueve la paz y la seguridad de

nuestro trono. ¿Qué dices tú de esto? Percy, Northumberland, su Gracia el Arzobispo de York, Douglas, Mortimer, se coaligan contra nosotros y están levantados! ¿Pero a qué comunicarte estas noticias, a tí! ¿A qué hablarte de mis adversarios, a tí, Harry, que eres el más próximo y querido de mis enemigos? ¿Tú, que tal vez cediendo al miedo servil, a una baja pasión o a un acceso de humor, combatas contra mí, a sueldo de Percy, hecho un perro a sus pies, adulando sus caprichos para mostrar hasta qué punto has degenerado!

PRÍNCIPE ENRIQUE. — No lo creáis, tal no veréis. ¿Que Dios perdone aquellos que hasta ese punto han desviado de mí la buena opinión de Vuestra Majestad! Quiero redimir todo esto sobre la cabeza de Percy y, al fin de alguna gloriosa jornada, atreverme a decirlos que soy vuestro hijo; entonces vestiré un traje todo de sangre y ocultará mi cara una sangrienta máscara que, una vez lavada, se llevará mi vergüenza con ella. Y ese será el día, no importa cuando brille, en que ese mismo hijo del honor y de la fama, ese valiente Hotspur, ese caballero alabado por todos, y vuestro olvidado y despreciado Harry, lleguen a encontrarse. ¿Que crezcan y se agiganten los honores sobre su casco y sobre mi cabeza redoblen las vergüenzas! Porque el tiempo vendrá en que obligaré a ese joven del norte a cambiar toda su gloria por mis indignidades. Percy, mi buen señor, no es más que el encargado de recolectar altos hechos en mi beneficio. Y le reclamaré una cuenta tan estricta, que tendrá que devolverme toda su gloria, hasta la más pequeña alabanza recibida, aunque tenga que arrancarle con la cuenta el corazón. Eso, en el nombre de Dios, prometo aquí: si a Vuestra Majestad place que lo cumpla, ruégole suavice con su indulgencia gene-

rosa las viejas heridas de mi desenfreno. Sinó, el fin de nuestra vida rompe todos los vínculos y quiero morir cien mil veces antes que romper en un ápice este voto.

REY ENRIQUE. — En él veo la muerte de cien mil rebeldes. Tendrás un alto puesto en la guerra y nuestra soberana confianza.

(Entra Blunt).

¿Qué hay de nuevo, buen Blunt? Tus miradas revelan impaciente prisa.

BLUNT. — Como el asunto de que vengo a hablaros. Lord Mortimer de Escocia envía la nueva de que Douglas y los rebeldes ingleses se han reunido el 11 de este mes en Shrewsbury. Jamás más terribles y formidables fuerzas, si mantienen sus promesas en todo sentido, pusieron al Estado en más peligroso fuego.

REY ENRIQUE. — El conde Westmoreland partió hoy con mi hijo Juan de Lancaster, porque ese aviso tiene ya cinco días de fecha. El miércoles próximo tú partirás, Harry; el jueves nos pondremos nosotros mismos en camino. Nuestro punto de reunión es Bridgenorth. Vos, Harry, os dirigiréis por el Gloucestershire. Según el cálculo de lo que nos resta hacer, dentro de doce días estarán nuestras fuerzas reunidas en Bridgenorth. Tenemos en mano muchos y graves asuntos. Adelante, que el enemigo engrosa su esperanza con nuestra demora.

Escena III

EASTCHEAP—*Un cuarto en la taberna de la Cabeza del Cerdo.*

(*Entran Falstaff y Bardolfo.*)

FALSTAFF. — Bardolfo, ¿no encuentras que he aflojado indignamente después de esta última empresa? ¿No estoy disminuído? ¿No he mermado? Mira, mi piel cuelga sobre mí como el pellejo suelto de una vieja lady; estoy marchito como una mauzana de invierno. Bieu; quiero arrepentirme, y eso súbitamente, mientras estoy aún en estado: pronto va a faltarme el corazón y entonces no tendré ya la fuerza para hacerlo. Si no he olvidado cómo está hecho el interior de una iglesia, soy una piltrafa, un rocín de cervecero. ¡El interior de una iglesia! ¡La compañía, la mala compañía ha sido mi perdición!

BARDOLFO. — Sir John, estáis tan mohino, que no viréis mucho tiempo.

FALSTAFF. — Eso, eso es; ven, cántame una canción de burdel, alégrame. ¡Estaba yo tan virtuosamente dotado, cuanto es necesario a un caballero; suficientemente virtuoso; juraba poco; a los dados, jugaba no más de siete veces por semana; a p..., no iba más que una vez cada cuarto... de hora; devolver el dinero prestado, lo hice tres o cuatro veces; vivía bien y en la justa medida... y ahora llevo una vida fuera de todo orden, fuera de toda medida!

BARDOLFO. — Es porque sois tan gordo, Sir John, que necesitáis estar fuera de toda medida; fuera de toda medida razonable, Sir John.

FALSTAFF. — Reforma tu cara, yo reformaré mi vida. ¡Tú eres nuestro almirante, tú llevas la linterna en la popa... tu nariz! Eres el caballero de la lámpara ardiente.

BARDOLFO. — Vamos, Sir John, mi cara no os hace daño.

FALSTAFF. — No, te lo juro; hago tan buen uso de ella como muchos hombres hacen de una calavera, como un *memento mori*. Nunca miro tu cara sin pensar en el fuego del infierno y en el rico que vivía en la púrpura, y está allí en su túnica, arde que arde. Si hubieras dado un paso en el sendero de la virtud, juraría por tu cara; mi juramento sería: ¡por ese fuego! Pero como estás absolutamente perdido, si no tuvieses la cara inflamada, serías el hijo de la más densa tiniebla. Cuando corrías en la noche, por lo alto de Gadshill para coger mi caballo, si no pensé que era un *ignis fatuus* o una bola de fuego griego, ya no hay dinero que corra. ¡Oh! ¡Eres un triunfo perpetuo, un fuego de arteificio perenne! Me has ahorrado no menos de mil marcos en antorchas y faroles, andando contigo por la noche, de taberna en taberna; pero la cantidad de vino que me has bebido, me habría bastado para comprarme luces, en la velería más cara de Europa. ¡He mantenido con fuego a esa salamandra durante treinta y dos años consecutivos; el cielo me recompense!

BARDOLFO. — ¡Voto al diablo! ¡Quisiera que mi cara estuviese en tu vientre!

FALSTAFF. — ¡Misericordia! Tendría un incendio en el corazón.

(Entra la posadera).

Y bien, señá Partlet, la gallina (1) ¿Habéis averiguado quién me robó los bolsillos?

POSADERA. — ¿Cómo, Sir John? ¿Qué es lo que pensáis, Sir John? ¿Creéis que tengo ladrones en mi casa? He buscado, he averiguado, he registrado con mi marido hombre por hombre, mozo por mozo, los criados uno por uno; jamás se ha perdido ni el décimo de un cabello en esta casa.

FALSTAFF. — Mientes, posadera; Bardolfo se ha hecho afeitar y ha perdido más de un cabello. Te juro que me han desvalijado el bolsillo. Vete, eres una mujer vulgar, vete.

POSADERA. — ¿Quién, yo? Te desafío; nadie me ha hablado así hasta ahora en mi casa.

FALSTAFF. — Ve no más, te conozco bastante.

POSADERA. — No, Sir John; no me conocéis, Sir John; yo sí que os conozco, Sir John; me debéis dinero, Sir John, y ahora me buscáis camorra para entretenerme y no pagar. Os he comprado una docena de camisas a vuestro cuerpo.

FALSTAFF. — Lona, grosera lona; se las he dado a unas panaderas para que hagan cedazos con ellas.

POSADERA. — Tan cierto como que soy una verdadera mujer, eran de tela de Holanda, a ocho chelines el ana. Debéis aquí, además, Sir John, por la mesa, por las bebidas extra y por dinero prestado, veinticuatro libras.

FALSTAFF. — Ese (*por Bardolfo*) tuvo su parte; que os la pague.

POSADERA. — ¿Qué ha de pagar ese, si es un pobrete? No tiene nada.

(1) En la traducción inglesa del antiguo romance francés del *Renard*, se da el nombre de *Dame Partlet* a la gallina.

FALSTAFF. — ¿Cómo, pobre? Mírale la cara; ¿qué llamas rico entonces? Haz acuñar su nariz, haz acuñar sus cachetes. No pagaré un medio. ¿Cómo, me tomáis por un mozalbete? ¿No puedo estar tranquilo en mi posada, sin que me desvalijen el bolsillo? He perdido un anillo de mi abuelo que valía cuarenta marcos.

POSADERA. — ¡Oh, Jesús! ¡He oído al príncipe decirle, no sé cuántas veces, que el anillo era de cobre!

FALSTAFF. — ¡Bah! El príncipe es un imbécil, un rastroero; si estuviese aquí le azotaría como a un perro, si llegase a repetirlo.

(Entran el Príncipe Enrique y Poins, a paso de marcha; Falstaff va a su encuentro haciendo el gesto de tocar la flauta en su bastón).

FALSTAFF. — ¿Qué tal, chico? ¿Soplan los vientos de ese lado? ¿Debemos marchar todos?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Sí, dos a dos, a la moda de Newgate (1).

POSADERA. — Milord, por favor, oidme.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Qué dices, mistress Quickly? ¿Cómo va tu marido? Le quiero bien, es un hombre honrado.

POSADERA. — Mi buen señor, oidme.

FALSTAFF. — Déjala, te lo ruego y escúchame.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Qué dices, Jack?

FALSTAFF. — La otra noche me dormí aquí, detrás de la cortina y me robaron los bolsillos; esta casa se ha convertido en un burdel y se roba a mansalva.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Qué has perdido, Jack?

(1) Prisión de Londres.

FALSTAFF. — ¿Me lo creerás, Hal? Tres o cuatro billetes de cuarenta libras y un anillo de mi abuelo.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Una baratija, un objeto de ocho peniques a lo sumo.

POSADERA. — Se lo he dicho, milord, y le he dicho que así lo había oído decir a vuestra gracia y él habló de vos de una manera villana, como un indecente mal hablado que es; agregó que os habría azotado.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Cómo, dijo eso?

POSADERA. — No hay en mí fe, ni verdad, ni sexo, si no lo dijo.

FALSTAFF. — No hay más fe en ti que en una ciruela cocida, ni más verdad que en un zorro forzado, y, en cuanto al sexo, la doncella Mariana (1) haría mejor que tú la mujer de un gendarme. ¡Vete de aquí, especie de cosa!

POSADERA. — ¿Cómo cosa? ¿Qué cosa?

FALSTAFF. — ¿Qué cosa? Pues algo así como un reclinatorio.

POSADERA. — Yo no soy algo así como un reclinatorio; bueno es que lo sepas, soy la mujer de un hombre de bien; y, puesta aparte tu calidad de hidalgo, eres un bellaco en darme ese nombre.

FALSTAFF. — Puesta aparte tu calidad de mujer, eres una bestia en sostener lo contrario.

POSADERA. — Dime, ¿qué bestia, grandísimo bribón?

FALSTAFF. — ¿Qué bestia? Pues una nutria.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Una nutria, sir John? ¿Y por qué una nutria?

FALSTAFF. — ¿Por qué? Porque no es ni carne ni pescado; un hombre no sabe por dónde tomarla.

(1) Personaje de la antigua comedia de Robin Hood, representado siempre por un hombre, como todos los papeles femeninos.

POSADERA. — Eres un hombre sin conciencia al decir eso; sabes, como todo hombre sabe, por dónde tomarme, canalla.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Dices la verdad, posadera; te difama muy groseramente.

POSADERA. — Lo mismo hace con vos, milord; el otro día decía que le debíais mil libras.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Pillo! ¿Te debo yo mil libras?

FALSTAFF. — ¡Mil libras, Hal? ¡Un millón! Tu amor vale más de un millón y tú me debes tu amor.

POSADERA. — Además, milord, os ha llamado imbécil y ha dicho que os iba a dar de palos.

FALSTAFF. — ¡He dicho eso, Bardolfo?

BARDOLFO. — Cierto, sir John, que lo habéis dicho.

FALSTAFF. — Sí, pero si él decía que mi anillo era de cobre.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Y lo digo, es de cobre. ¿Te atreves ahora a mantener tu palabra?

FALSTAFF. — Bien sabes, Hal, que como hombre, te me atrevo; pero como príncipe, te temo, como al rugido del leoncillo.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Y por qué no como al del león?

FALSTAFF. — Es el rey mismo quien debe ser temido como el león. ¿Piensas acaso que voy a temerte como temo a tu padre? No, y si lo hago, pido a Dios que se me reviente el cinturón.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Oh, si eso sucediera, cómo se te caerían las tripas sobre las rodillas! Pero, bribón, no hay sitio en tu panza para la fe, la verdad y la honestidad; está repleta con las tripas y el diafragma. ¡Acusar a una mujer honrada de haberte robado los bolsillos! Hijo de p..., imprudente, tuante, hinchado, si había otra cosa en tu bolsillo que cuentas de taberna, direcciones de burdeles y

por valor de un sueldo miserable de azúcar candi para facilitarte la pedorrera; si tus bolsillos contenían otras riquezas que esas inmundicias, soy un villano. ¡Y aún te obstinas y no quieres embolsar un desmentido! ¿No tienes vergüenza?

FALSTAFF. — ¿Puedes oirme, Hal? Tú sabes que en estado de inocencia, Adán pecó; ¿qué puede hacer el pobrecito Jack Falstaff, en estos días de corrupción? Bien ves que tengo más carne que cualquier otro hombre; por consiguiente, más fragilidad. ¿Confesáis pues, que habéis desvalijado mis bolsillos?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Así parece, según cuenta la historia.

FALSTAFF. — Posadera, te perdono; ve, prepara pronto el almuerzo; ama a tu marido, vigila la servidumbre, mima a tus huéspedes. Me encontrarás tratable para todo lo puesto en razón; ya lo ves, hago las paces contigo. ¿Todavía? Vamos, te lo ruego, vete. (*Sale la posadera*). Y ahora, Hal, ¿qué noticias de la Corte? ¿El asunto del robo, qué cariz ha tomado?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Oh, mi querido roastsbeef, siempre seré tu buen ángel! Se ha devuelto el dinero.

FALSTAFF. — No me gustan esas restituciones; es una doble tarea.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Nos hemos hecho amigos con mi padre y puedo lo que quiera.

FALSTAFF. — Comienza por robarte la caja real; hazlo sin lavarte las manos.

BARDOLFO. — Hacedlo, milord.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Te he procurado, Jack, un puesto en la infantería.

FALSTAFF. — Lo habría preferido en la caballería. ¿Dónde podré encontrar un hombre que sepa robar

como es debido? Lo que es de un ladrón fino, de veintidós años, poco más o menos, me encuentro atrozmente desprovisto. Bueno, Dios sea loado por enviarnos esos rebeldes que sólo atacan a la gente virtuosa; los aplaudo y les estoy reconocido.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Bardolfo!

BARDOLFO. — ¡Milord?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Lleva esta carta a lord Juan de Lancaster, a mi hermano Juan; ésta a milord Westmoreland. ¡Vamos, Poins, a caballo, a caballo! Porque tú y yo tenemos que galopar treinta millas antes de comer. Jack, ven a encontrarme mañana en Temple-Hall, a las dos de la tarde; allí sabrás cuál es tu empleo y recibirás dinero y órdenes para la provisión de tus hombres. La tierra arde y Percy está en la cumbre. O ellos o nosotros rodarán por el suelo.

(Salen el Príncipe, Poins y Bardolfo).

FALSTAFF. — ¡Grandes palabras! ¡Magno mundo! Posadera, mi almuerzo. Vamos. Quisiera que esta taberna fuera mi tambor. (*Sale*).

ACTO IV

Escena I

El campamento de los rebeldes cerca de Shrewsbury

(*Entran Hotspur, Worcester y Douglas.*)

HOTSPUR. — Bien dicho, mi noble escocés; si hablar verdad, en estos tiempos refinados, no se tomara por lisonja, tales alabanzas daría a Douglas, que el más aguerrido soldado de esta época, no tendría fama más vasta en el mundo. ¡Por los cielos, no sé lisonjear! Desprecio las lenguas de adulones; pero mejor sitio, en el amor de mi alma, nadie lo tiene como vos. Ahora cogedme la palabra y ponedme a prueba, milord.

DOUGLAS. — Eres el rey del honor. Ningún hombre tan poderoso respira sobre la tierra, que no le afronte.

HOTSPUR. — Hacedlo así y todo irá bien.

(*Entra un mensajero con cartas.*)

¡Qué cartas traes ahí? No puedo menos que agradecerlo.

MENSAJERO. — Estas cartas son de vuestro padre.

HOTSPUR. — ¿Cartas tuyas? ¿Por qué no viene él mismo?

MENSAJERO. — No puede venir, milord; está gravemente enfermo.

HOTSPUR. — ¡Pardiez! ¿Cómo tiene la holganza de enfermarse en la hora del choque? ¿Quién conduce sus tropas? ¿Bajo qué mando vienen?

MENSAJERO. — Esas cartas os informarán de sus intenciones, no yo, milord.

HOTSPUR. — Dime, te lo ruego, ¿guarda cama?

MENSAJERO. — Hacía cuatro días que la guardaba, milord, cuando me puse en camino. Y hasta el momento de mi partida los médicos estaban muy inquietos por él.

WORCESTER. — A la verdad, habría deseado ver nuestras cosas en buen estado antes que la enfermedad le visitase. Nunca como ahora fué su salud tan preciosa.

HOTSPUR. — ¡Enfermo ahora! ¡Desfallecer en este momento! Esa enfermedad infecciona la sangre vital misma de nuestra empresa, llega hasta nosotros, hasta nuestro campamento. Me escribe aquí que su enfermedad es interna, que sus amigos no podrían ser reunidos por otro con la rapidez necesaria y que no ha juzgado conveniente confiar una misión tan delicada y ardua a otra autoridad que la suya. Sin embargo, nos envía el atrevido consejo de ensayar, con nuestras pocas fuerzas reunidas, de ver cómo está la Fortuna dispuesta hacia nosotros. Porque, escribe, ya no es tiempo de retroceder, estando el rey en el secreto de todos nuestros planes. ¿Qué decís de esto?

WORCESTER. — La enfermedad de vuestro padre es una mutilación para nosotros.

HOTSPUR. — Una cuchillada peligrosa, un verdadero miembro amputado. Y, sin embargo, no, por mi fe. La necesidad de su presencia parece menor que lo que la creemos. Será bueno arriesgar la fortuna de todos nuestros estados en un solo golpe. ¿Jugar tan rica presa al vidrioso azar de una hora incierta? No creo convenga; porque pondríamos en evidencia el fondo mismo y el alma de nuestras esperanzas, el límite, el más lejano término de todas nuestras fortunas.

DOUGLAS. — En verdad, así sería; mientras que aún tenemos una buena reserva, podemos gastar audazmente en la esperanza de lo que nos reserva el porvenir. Tenemos aquí la viva certidumbre de una buena retirada.

HOTSPUR. — Un lugar de cita, un sitio de retiro, si el diablo y la mala suerte amenazan la virginidad de nuestra empresa.

WORCESTER. — Habría deseado, sin embargo, que vuestro padre estuviese aquí. La calidad y el carácter delicado de nuestra empresa no admite ni apariencias de desunión; se pensará, por algunos, que no conocen la causa de su ausencia, que la prudencia, la lealtad o simple antipatía a nuestra conducta, tienen al conde alejado. Pensad hasta qué punto esa aprehensión puede contener el ímpetu de una fracción temerosa y poner en peligro nuestra causa. Bien sabéis que nosotros, la parte ofensiva, debemos alejar todo examen minucioso y tapar todos los claros, todas las aberturas a través de los que la mirada de la razón pueda acecharnos. Esta ausencia de vuestro padre es una cortina impenetrable, que suministra al ignorante un nuevo motivo de temor, en el que antes no soñó.

HOTSPUR. — Vais demasiado lejos. Más bien creo que esa ausencia producirá este efecto: dará a nues-

tra empresa mayor brillo, mayor autoridad, más prestigio heroico, que si el conde estuviera aquí. Porque la gente pensará que si nosotros, sin su ayuda, podemos hacer frente a toda la monarquía, con su concurso estamos seguros de darla vuelta de arriba a abajo. Así, todo va bien, nuestros miembros aún están intactos.

DOUGLAS. — Sí, como lo anhela el corazón; en la lengua que se habla en Escocia, la palabra temor no existe.

(Entra Sir Ricardo Vernon).

HOTSPUR. — ¡Mi primo Vernon! ¡Bienvenido, por mi alma!

VERNON. — ¡Ojalá que mis noticias merecieran esa bienvenida, milord! El conde de Westmoreland, con siete mil hombres, marcha contra nosotros; el príncipe Juan viene con él.

HOTSPUR. — No veo daño en ello; ¿qué más?

VERNON. — He sabido, además, que el rey en persona se ha puesto en movimiento o se dispone a venir aquí rápidamente, con fuerzas poderosas.

HOTSPUR. — También será el bienvenido. ¿Dónde está su hijo, ese príncipe de Gales de pies ligeros y cabeza loca, y sus camaradas, que se burlan del mundo entero y le ordenan girar a su alrededor?

VERNON. — Todos equipados, todos en armas, todos emplumados como avestruces, a los que el viento da alas, agitándose como las águilas que acaban de bañarse, relampagueando como imágenes, en sus doradas cotas de malla, llenos de vigor como el mes de mayo, esplendorosos como el sol en pleno verano, retozones como cabrillas, salvajes como toros. He visto al joven Harry, calada la visera, armado de todas armas, alzarse del suelo como un Mercurio alado y saltar a caballo con tal soltura,

que parecía un ángel bajado de las nubes, para dominar y guiar un fiero Pegaso y maravillar al mundo con su noble destreza.

HOTSPUR. — ¡Basta, basta! Peor que el sol de marzo, ese elogio engendra la fiebre. ¡Dejadlos venir! Llegarán ataviados como víctimas que ofrecemos sangrientas y calientes, a la ardorosa virgen de la guerra humeante. ¡Marte, cubierto de hierro, sentado sobre su trono, nadará en sangre hasta las orejas! Estoy en ascuas, cuando oigo hablar de esa presa tan próxima y que aún no nos pertenece. Vamos, dejadme tomar mi caballo, que me lanzará, como el rayo, contra el pecho del príncipe de Gales. Harry contra Harry, corcel contra corcel, vamos a encontrarnos y no nos separaremos hasta que uno de ellos deje caer un cadáver. ¡Oh! ¡que Glendower no haya llegado aún!

VERNON. — Hay más noticias; he sabido en Worcester al pasar a caballo, que no podrá reunir sus fuerzas antes de dos semanas.

DOUGLAS. — Es esa la peor de las noticias que he oído.

WORCESTER. — A fe mía, tiene un sonido glacial.

HOTSPUR. — ¿A cuánto asciende el total de las fuerzas del rey?

VERNON. — A treinta mil hombres.

HOTSPUR. — Pongamos cuarenta mil; estando ausentes mi padre y Glendower, nuestras fuerzas propias pueden bastar para la gran jornada. Vamos a revistarlas rápidamente. El día del juicio está próximo; si hay que morir, muramos alegremente.

DOUGLAS. — No hables de muerte; por seis meses aún, no temo a la muerte ni sus golpes.

Escena II

Un campo real cerca de Coventry

(*Entran Falstaff y Bardolfo.*)

FALSTAFF. — Bardolfo, adelántate hasta Coventry; lléname un buen frasco de Canarias; nuestros soldados atravesarán la ciudad; iremos esta noche a Sutton-Colfield.

BARDOLFO. — ¿Queréis darme dinero, capitán?

FALSTAFF. — Gasta, gasta.

BARDOLFO. — El frasco lleno costará un ángel (1).

FALSTAFF. — Si es así, tómalo por tu trabajo; si cuesta veinte, tómalos todos, que yo respondo de las finanzas. Di a mi teniente Peto que se me reuna al extremo de la ciudad.

BARDOLFO. — Bien, capitán; adiós. (*Vase.*)

FALSTAFF. — Si no estoy avergonzado de mis soldados, soy un arenque en escabeche. He hecho un uso abominable de la leva del rey. He recibido unas trescientas y tantas libras para personeros de ciento cincuenta soldados. No me dirigía sino a los sólidos propietarios, a los hijos de labradores acomodados; busco bachilleres novios, cuyas amonestaciones se han publicado dos veces, especie de pillos sibaritas que preferirían oír al diablo que a un tambor, que se espantan más de la detonación de un arcabuz que una ave asustada o un pato silvestre herido. No recluto sino buenos comedores de tostadas con manteca, con un corazón no mayor que una cabeza de alfiler; todos se han rescatado del

(1) *Angel*, moneda de oro antigua.

servicio. Ahora toda mi tropa se compone de porta-estandartes, caporales, tenientes, oficiales de compañía, pordioseros tan harapientos como aquel Lázaro en tapicería, cuyas llagas lamen los perros del glotón; gentes que, a la verdad, jamás fueron soldados, sino criados pillos despedidos, hijos segundos de segundos hijos, mozos de taberna escapados, posaderos fallidos; los chancros de una sociedad tranquila y una paz prolongada, diez veces más andrajosos que una vieja insignia remendada. Tal es la gente que tengo para reemplazar a los que se roscataron del servicio; al verlos, pensaréis que son ciento cincuenta hijos pródigos en harapos, que acaban de llegar de cuidar cerdos y de compartir con éstos las bellotas y las escorias. Un sarcástico que me encontró en el camino, me dijo que había descargado todas las horecas y reclutado cadáveres. Jamás se vieron tales espantajos. Claro está que yo no atraveso Coventry con ellos. Luego, todos estos malandrines caminan con las piernas apartadas, como si aun tuvieran los grillos en los pies; porque la verdad es que, a la mayor parte de ellos, les he sacado de la cárcel. No hay más que una camisa y media en toda mi compañía; la media camisa está hecha de dos servilletas, cosidas juntas y echadas sobre los hombros como la túnica sin mangas de un heraldo. La camisa, para ser verídico, fué robada al hostelero de Saint-Alban o al hombre de roja nariz que dirige la posada de Daintry, pero eso no importa; encontrarán ropa blanca de sobra sobre los cercos.

(Entran el príncipe Enrique y Westmoreland).

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Qué tal, hinchado Jack?
¿Qué tal, colchón?

FALSTAFF. — ¡Hola, Hal! ¿Qué tal, loquillo? ¿Qué diablos haces en el condado de Warwick? Mi buen lord Westmoreland, imploro vuestra gracia; creía que vuestro honor se encontrara ya en Shrewsbury.

WESTMORELAND. — A fe mía, sir John, ya es más que tiempo de encontrarme allí y vos también; pero ya están allí mis tropas. El rey, puedo asegurarlo, cuenta con todos nosotros; debemos marchar toda la noche.

FALSTAFF. — No os inquietéis por mí; soy vigilante como el gato que acecha la crema.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Que acecha la crema? Lo creo en verdad, porque a fuerza de robar crema, te has convertido en manteca. Pero dime, Jack, ¿a quién pertenecen esos hombres que vienen detrás?

FALSTAFF. — ¡Míos, Hal, míos!

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Nunca vi chusma más miserable.

FALSTAFF. — ¡Bah, bah! ¡Excelentes para ser ensartados, carne de cañón, carne de cañón! Llenarán un foso tan bien como los mejores. ¡Eh, caro mío, hombres mortales, hombres mortales!

WESTMORELAND. — Sí, pero me parece que éstos, sir John, están excesivamente tísicos y consumidos, demasiado mezquinos.

FALSTAFF. — En cuanto a la consunción, no sé dónde la han tomado, y, en cuanto a la tisis, estoy seguro que no se les ha pegado de mí.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Oh, no! ¡Lo juraría! A menos que llames tisis a tres dedos de grasa sobre las costillas. Pero apresúrate, compadre; Percy está ya en campaña.

FALSTAFF. — ¿Cómo, ya ha acampado el rey?

WESTMORELAND. — Ciertamente, sir John; temo que estemos retardados.

FALSTAFF. — Bien; el final de un combate y el principio de un banquete, convienen a un flojo soldado y a un voraz comensal.

Escena III

El campamento de los rebeldes, cerca de Shrewsbury

(Entran Hotspur, Worcester, Douglas y Vernon).

HOTSPUR. — Esta noche daremos la batalla.

WORCESTER. — No puede ser.

DOUGLAS. — Entonces les daréis ventaja.

VERNON. — Absolutamente.

HOTSPUR. — ¿Cómo podéis afirmarlo? ¿No espera acaso refuerzos?

VERNON. — También nosotros.

HOTSPUR. — Los suyos son seguros; los nuestros dudosos.

WORCESTER. — Mi buen primo, sed prudente; no comprometáis la acción esta noche.

VERNON. — No lo hagáis, milord.

DOUGLAS. — No es bueno vuestro consejo; la frialdad del corazón y el miedo lo dictan.

VERNON. — No me calumnies, Douglas; por mi vida (y con mi vida mantendré lo que digo), cuando el honor bien entendido me lo ordena, no presto más oído al consejo del miedo y la debilidad, que vos, milord, o que cualquier escocés viviente. Mañana veremos en la batalla quién de nosotros tiene miedo.

DOUGLAS. — Sí, o esta noche.

VERNON. — Sea.

HOTSPUR. — Esta noche, digo.

VERNON. — Vamos, vamos, eso no puede ser. Me asombra en extremo que vosotros, hombres de alta dirección, no veáis los obstáculos que se oponen a nuestra empresa. Los jinetes de mi primo Vernon no han llegado aún y los de vuestro tío Worcester sólo han llegado hoy y por el momento el brío y el vigor de los caballos están adormecidos, su energía abatida y amortiguada por la fatiga, y no hay ninguno de ellos que no haya perdido las tres cuartas partes de su valor.

HOTSPUR. — Lo mismo están los caballos del enemigo, agotados, agobiados por la fatiga; la mejor parte de los nuestros están completamente reposados.

WORCESTER. — Las tropas del rey exceden a las nuestras. ¡En nombre del cielo! aguardad que lleguen todas las que esperamos.

(Suena una trompeta anunciando parlamentario). (*Entra Sir Walter Blunt*).

BLUNT. — Vengo con generosos ofrecimientos de parte del rey; dignaos oirme y prestarme atención.

HOTSPUR. — ¡Bienvenido, sir Walter Blunt! ¡Quisiera Dios que estuvierais de nuestro lado! Muchos de entre nosotros os quieren bien y esos mismos envidian vuestros grandes merecimientos y buen nombre, porque no estáis en nuestras filas y os volvéis contra nosotros como enemigo.

BLUNT.—¡Dios impida que cambie de actitud, en tanto que vosotros, fuera de los límites del verdadero deber, os mantengáis en contra de la Sagrada Majestad! Pero, a mi objeto. El rey me envía a conocer la naturaleza de vuestras quejas y la causa que os hace conjurar, del seno de la paz pública, estas osadas hostilidades, enseñando a su leal pueblo, tan

cruel audacia. Si el rey ha desconocido en alguna manera vuestros servicios, que reconoce considerables, os pide que formuléis vuestras reclamaciones y en el acto obtendréis plena satisfacción con usura y el perdón absoluto para vosotros y para aquellos que vuestras sugerencias extraviaron.

HOTSPUR. — Es mucha bondad la del rey; el rey, todos lo sabemos, sabe cuándo debe prometer y cuándo pagar. Mi padre, mi tío y yo mismo, le hemos dado la diadema que lleva. Cuando no tenía más de veintiséis años, comprometido en el concepto del mundo, mísero y caído, pobre proscripción ignorado volviendo a hurtadillas a su país, mi padre le dió la bienvenida en la costa; y cuando le oyó jurar ante Dios que venía solo por el ducado de Lancaster a reclamar su herencia y pedir la paz, con lágrimas de inocencia y protestas de abnegación, mi padre, movido por la piedad y conmovido en el alma, juró prestarle ayuda y mantuvo su palabra. Desde que los lores y los varones del reino se apercibieron de que Northumberland inclinaba en su favor, grandes y pequeños vinieron a él, sombrero en mano y rodilla en tierra, salieron a su encuentro en las ciudades, villas y aldeas, le escoltaron en los puentes, le esperaron en las callejuelas, depusieron sus presentes a su pies, le prestaron juramento, le dieron sus herederos para pajes, siguieron todos sus pasos en dorada multitud. El, ahora, tan pronto como pudo reconocer su propia fuerza, se sobrepone a la promesa que hizo a mi padre, cuando era un pobre aventurero, en la desierta playa de Ravenspurg. Pretende, pardiez, reformar ciertos edictos, ciertos decretos rígidos, que pesan gravemente sobre la comunidad, grita contra los abusos, finge llorar sobre los males de la

patria y, bajo esa máscara, bajo ese aparente aspecto de justicia, quiere ganar los corazones de todos los que quiere pescar. Ha ido más lejos, ha cortado la cabeza a todos los favoritos que el rey ausente había dejado como tenientes tras él, cuando en persona hacía la guerra en Irlanda.

BLUNT. — ¡Ta, ta! No he venido a oír eso.

HOTSPUR. — Voy, pues, al grano. Poco tiempo después depuso al rey y, sin mucho tarlar, le quitó la vida. Al mismo tiempo gravó con impuestos a todo el Estado. Para ir de peor en peor, permitió que su primo March (quien sería, si cada uno ocupara su sitio, su verdadero rey), fuera puesto en prisión en el país de Gales y fuera allí abandonado sin rescate. Me humilló en mis felices victorias, trató de enredarme en sus astutos manejos, arrojó a mi tío de la Cámara del Consejo, desterró rabioso a mi padre de la Corte, rompió juramento tras juramento, cometió error sobre error y, por fin, nos obligó a buscar esta puerta de salvación y discutir además la justicia de su título, que encontramos demasiado doloso para ser durable.

BLUNT. — ¿Debo llegar esta respuesta al rey?

HOTSPUR. — No así, sir Walter, vamos primero a conferenciar entre nosotros. Volved al lado del rey; que nos empeñe alguna garantía por la seguridad de nuestro mensajero y mañana temprano mi tío le llevará nuestras intenciones. Ahora, adiós.

BLUNT. — Deseo que aceptéis un ofrecimiento de gracia y afección.

HOTSPUR. — Y tal vez lo aceptemos.

BLUNT. — ¡Quiéralo el cielo!

Escena IV

YORK—*Un cuarto en el palacio Arzobispal.*

(Entra el Arzobispo de York y un caballero).

ARZOBISPO. — Daos prisa, mi buen sir Michael, llevad esta carta sellada, con alada premura, al lord Mariscal; esta a mi primo Scroop y las demás a su dirección; si supierais la importancia que tienen, os apresuraríais.

CABALLERO. — Adivino su contenido, mi buen lord.

ARZOBISPO. — Es muy probable. Mañana, buen sir Michael, es el día en que la fortuna de diez mil hombres va a jugar la suerte suprema. Porque mañana, en Shrewsbury, según los datos exactos que he recibido, el rey, al frente de un poderoso ejército formado a toda prisa, se encontrará con lord Harry; y temo, sir Michael, que, con la enfermedad de lord Northumberland (cuyas fuerzas eran el contingente más considerable) y con la ausencia de Owen Glendower, que habría prestado poderoso auxilio y que no ha acudido, dominado por ciertas profecías, temo, repito, que el ejército de Percy sea demasiado débil para sostener una lucha inmediata con el del rey.

CABALLERO. — Y bien, mi buen lord, nada debéis temer. Ahí están Douglas y Mortimer.

ARZOBISPO. — No, Mortimer no está.

CABALLERO. — Pero ahí están Mordake, Vernon, lord Harry Percy, ahí está milord Worcester y un grupo selecto de nobles caballeros, de valientes guerreros.

ARZOBISPO. — Es así; pero por su parte el rey ha reunido la flor de los gentiles hombres de todo el reino, el príncipe de Gales, lord Juan de Lancaster, el noble Westmoreland, el belicoso Blunt y muchos otros combatientes, sus émulos, hombres muy estimados por su experiencia y autoridad militar.

CABALLERO. — No dudéis, milord, que encontrarán dignos adversarios.

ARZOBISPO. — No espero menos, pero es útil desconfiar; así, para prever lo peor, sir Michael, apresuraos. Porque si lord Percy no triunfa, el rey, antes de licenciar sus fuerzas, piensa visitarnos, informado como está de nuestra confederación, y nada más prudente que fortificarnos contra él. Por lo tanto, daos prisa; aún debo ir a escribir a otros amigos. Ahora, Dios os guarde, sir Michael.

(Parten de opuesto lado).

ACTO V

Escena I

El campamento del Rey cerca de Shrewsbury.

(Entran el rey Enrique, príncipe Enrique, príncipe Juan de Lancaster, Sir Walter Blunt y Sir John Falstaff.)

REY ENRIQUE. — ¡Cuán sangriento aparece el sol, allá tras la boscosa colina! El día empalidece ante esa perturbadora aparición.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — El viento del sur sirve de trompeta a sus propósitos y en su ronco silbar entre las hojas, anuncia una tormenta y un día borrascoso.

REY ENRIQUE. — Que simpatice, pues, con los vencidos, porque nada aparece sombrío a los que triunfan.

(Trompeta. Entran Worcester y Vernon).

¿Sois vos, milord de Worcester? Es bien triste que nos encontremos, vos y yo, en semejantes cir-

cunstancias. Habéis engañado nuestra confianza y nos habéis obligado a despojarnos de nuestros cómodos trajes de paz y comprimir nuestros viejos miembros entre ásperas mallas de acero. Eso es bien triste milord, bien triste. ¿Qué respondéis? ¿Queréis de nuevo desatar el nudo brutal de una guerra odiosa? ¿Queréis de nuevo moveros en aquella órbita de obediencia, donde resplandecíais con tan puro y legítimo brillo? ¿No ser ya un extraviado meteoro, prodigio de espanto, presagio de siniestras calamidades para los tiempos aún no nacidos?

WORCESTER. — Oídme, mi señor; por mi parte habría sido muy feliz en poder transcurrir en horas tranquilas la última parte de mi vida, porque protesto que no he buscado este día de discordia.

REY ENRIQUE. — ¿Que no lo habéis buscado? ¿Cómo ha venido, pues?

FALSTAFF. — La rebelión estaba en su camino y él la encontró.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Silencio, lechuza, (1) silencio!

WORCESTER. — Plugo a vuestra majestad desviar de mí y de toda nuestra casa sus miradas benevolentes y, sin embargo, debo recordároslo, milord, fuimos los primeros y más abnegados de vuestros amigos. Por vos, rompí mi vara de mando en tiempo de Ricardo; corrí día y noche para ir a vuestro encuentro y besaros la mano, cuando, por la posición y el crédito erais menos poderoso y afortunado que yo. Fuimos yo mismo, mi hermano y su hijo, que os volvimos a vuestro hogar, afrontando ardientemente los peligros del momento. Nos

(1) *Chewet*, lechuza; según Steevens, budín mantecoso.

jurasteis entonces — e hicisteis ese juramento en Doncaster — que no meditabais nada contra el Estado, que no reclamabais más que vuestros derechos, recién trasmitidos, a la herencia de Gante, el ducado de Lancaster; para eso os juramos nuestra ayuda. Pero en poco tiempo la fortuna hizo llover liberalmente sus favores sobre vuestra cabeza y tal ola de prosperidad cayó sobre vos, que, con nuestro auxilio, con la ausencia del rey, con los abusos de una época corrompida, los sufrimientos que en apariencia habíais padecido y los vientos contrarios que retuvieron al rey tanto tiempo en su desgraciada guerra de Irlanda, que todos en Inglaterra le creyeron muerto, con todo ese enjambre de ventajas brillantes, tomasteis ocasión para haceros rogar a toda prisa, de asir el poder con vuestras manos. Olvidasteis el juramento que nos habíais hecho en Doncaster; elevado por nosotros, nos destruisteis el nido, como suele hacer el cuclillo ingrato con el gorrion. A tanta altura rayó vuestra altivez, nutrida por nosotros mismos, que hasta nuestro mismo afecto no osaba presentarse ante vos, por temor de ser devorado; nos vimos forzados, en busca de seguridad, de recurrir a la alada fnga, lejos de vuestra vista y organizar esta resistencia. En adelante, nos dan fuerzas las armas que vos mismos forjasteis contra vos, por vuestros inicuos proceder, vuestra actitud temible y la violación de toda la fe, de todos los juramentos que nos hicisteis en el albor de vuestra empresa.

REY ENRIQUE. — Todas esas cosas las habéis ya pro-palado, proclamado en las enercujadas de los mercados, leído en las iglesias, para dar brillo al traje de la rebelión con algunos hermosos colores que encanten los ojos de los hombres volubles, de esos pobres descontentos que se quedan boquiabiertas y

se frotan las manos, a la noticia de cualquiera innovación tumultuosa. Nunca faltaron a la insurrección esos mentidos colores para decorar su causa, ni de canalla turbulenta, hambrienta de épocas de revueltas, confusión y estrago.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — En ambos ejércitos hay más de un alma que bien caro pagará el encuentro si una vez vienen a las manos. Decid a vuestro sobrino que el príncipe de Gales une su voz a la del mundo entero para alabar a Harry Percy. Por mi esperanza — y puesta a un lado la actual empresa — no creo exista hoy un caballero más bravo, de más activo valor o de valor más juvenil, más audaz, más arrojado, más capaz de engalanar esta época con nobles acciones. Por mi parte y puedo decirlo para mi vergüenza, he sido infiel a la caballería; así, según he oído, piensa él de mí. No obstante, declaro ante la majestad de mi padre, que consiento en que tome la ventaja de su gran nombre y reputación y quiero, para ahorrar la sangre de ambos lados, probar fortuna con él en un combate singular.

REY ENRIQUE. — Y nosotros, príncipe de Gales, no titubeamos en arriesgarte en esa lucha, aunque infinitas consideraciones se opongan... No, buen Worcester, no; amamos nuestro pueblo, amamos hasta los que se han desvariado en el partido de vuestro sobrino y si aceptan el ofrecimiento de nuestra gracia, él, ellos, vos, todos serán mis amigos nuevamente y yo el vuestro; decidlo así a vuestro sobrino y traedme respuesta de lo que piensa hacer; pero si no cede, la represión y el temible castigo están a nuestro mandato y harán su oficio. Con esto, partid; no queremos ser más fastidiosos con réplicas; el ofrecimiento que hacemos es generoso, aceptadlo euerdamente.

(Parten Worcester y Vernon).

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Por mi vida! no será aceptado. Douglas y Hotspur juntos harían frente confiados a todo el universo en armas.

REY ENRIQUE. — ¡Ahora a la acción! Cada jefe a su puesto, porque, así que contesten, caeremos sobre ellos. Que Dios nos proteja, como nuestra causa es justa.

(Salen el Rey, Blunt y el príncipe Juan).

FALSTAFF. — Hal, si me ves caer en la batalla, cúbreme con tu cuerpo; es un servicio de amigo.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Sólo un coloso podría prestarte ese servicio. Di tus oraciones y adiós.

FALSTAFF. — Quisiera que fuera hora de acostarse, Hal, y todo anduviera bien.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Bah! Debes a Dios una muerte. (*Sale*).

FALSTAFF. — La letra no ha vencido aún; me repugnaría pagarla antes del término. ¿Qué necesidad tengo de salirle al paso a quien no me llama? Vamos, eso no importa; el honor me agujonea. ¿Sí, pero si el honor, empujándome hacia adelante, me empuja al otro mundo? ¿Y luego? ¿Puede el honor reponerme una pierna? No. ¿O un brazo? No. ¿O suprimir el dolor de una herida? No. ¿El honor no es diestro en cirugía? No. ¿Qué es el honor? Un soplo. ¡Hermosa compensación! ¿Quién lo obtiene? El que se murió el miércoles pasado. ¿Lo siente? No. ¿Lo oye? Tampoco. ¿Es entonces cosa insensible? Sí, para los muertos. ¿Pero puede vivir con los vivos? No. ¿Por qué? La maledicencia no lo permite. Por consiguiente, no quiero saber nada

con él; el honor es un mero escudo funerario (1) y así concluye mi catecismo. (*Sale*).

Escena II

El campamento de los rebeldes.

(*Entran Worcester y Vernon.*)

WORCESTER. — No, sir Ricardo, mi sobrino no debe conocer el liberal y generoso ofrecimiento del rey.

VERNON. — Sería mejor que lo conociese.

WORCESTER. — Entonces todos estamos perdidos. No es posible, no puede ser que el rey mantenga su palabra de amarnos. Tendrá siempre sospecha de nosotros y encontrará la ocasión de castigar esta ofensa en otras faltas. La suspición tendrá abiertos siempre sobre nosotros sus innumerables ojos, porque la traición no es más creída que el zorro, que, por más domesticado, encerrado y cuidado que sea, tendrá siempre la salvaje astucia de raza. Tengamos triste o alegre el aspecto, la cavilosidad lo interpretará mal y nos encontraremos en la situación de los bueyes en el establo, que cuanto mejor cuidados están, tanto más próxima es su muerte. La trasgresión de mi sobrino podrá ser fácilmente olvidada, teniendo por excusa la juventud y el calor de la sangre y el apodo privilegiado de Hotspur el aturdido, gobernado por sus ímpetus. Todas sus ofensas caerán sobre mi cabeza y sobre la de su pa-

(1) *Scutcheon*, escudo de armas generalmente usado en los funerales.

dre; nosotros le hemos educado y, puesto que de nosotros ha adquirido su corrupción, nosotros, fuente de todo, pagaremos por todos. Así, pues, buen primo, no hagáis conocer a Harry, en ningún caso, el ofrecimiento del rey.

VERNON. — Decidle lo que queráis; repetiré lo mismo. Aquí viene vuestro primo.

(Entran Hotspur y Douglas, seguidos de oficiales y soldados).

HOTSPUR. — Mi tío está de vuelta; que se ponga en libertad a milord Westmoreland. Tío, ¿qué noticias?

WORCESTER. — El rey va a daros batalla inmediatamente.

DOUGLAS. — Que lord Westmoreland le lleve nuestro cartel.

HOTSPUR. — Lord Douglas, id vos mismo a encargarle de esa comisión.

DOUGLAS. — Con gran placer y en el acto. (*Sale*).

WORCESTER. — No hay en el rey ni sombra de clemencia.

HOTSPUR. — ¿Acaso la habéis pedido? ¡No lo quiera Dios!

WORCESTER. — Le hablé respetuosamente de nuestras quejas, de su juramento quebrantado. Para corregir sus yerros, de nuevo perjura lo que juró. Nos llama rebeldes, traidores y quiere castigar con su altiva espada, ese nombre odioso en nosotros.

(Vuelve Douglas).

DOUGLAS. — ¡A las armas, caballeros, a las armas! Porque he arrojado un soberbio reto a la cara del rey Enrique. Westmoreland, que era nuestro rehén, se lo ha llevado; eso sólo puede acelerar su ataque.

WORCESTER. — El príncipe de Gales se ha avanzado ante el rey, sobrino, y os desafía a combate singular.

HOTSPUR. — ¡Oh, si cayese sólo sobre nuestras cabezas la querrela y que ningún otro hombre, fuera de Harry Monmouth o yo, estuviese expuesto a exhalar el último suspiro! Decidme, decidme, ¿cómo estaba concebido su cartel? ¿Lo hace en tono de desprecio?

VERNON. — ¡No, por mi alma! Jamás oí en mi vida un reto lanzado más modestamente. Habríais creído que era un hermano desafiando a un hermano a un paso de armas corteses; os ha discernido todos los elogios que merecer puede un hombre, eusalzando vuestra gloria con elocuencia real, hablando de vuestros servicios como un panegírico, poniéndoos arriba mismo del elogio y declarando todos los elogios inferiores a vuestro valor. Luego, con verdadera nobleza, digna de un príncipe, hizo la ruborosa crítica de sí mismo y reprendió su turbulenta juventud con tal gracia, que parecía animado por dos espíritus simultáneamente, el de maestro y el de discípulo. Luego calló; pero permitidme declarar ante el mundo entero que, si sobrevive al odio de esa jornada, jamás la Inglaterra habrá tenido tan bella esperanza, tan mal interpretada en sus desvaríos.

HOTSPUR. — Pienso, primo, que te has enamorado de sus locuras; jamás oí hablar de un príncipe tan desenfrenadamente libertino. Pero, sea lo que sea, quiero antes de esta noche estrecharlo en mis brazos de soldado, hasta ahogarlo bajo mi caricia. ¡A las armas, a las armas con prisa! Compañeros, soldados, amigos, mejor que yo, que no sé hablar, exalte el sentimiento del deber vuestro ardor y entusiasmo.

(Entra un mensajero).

MENSAJERO. — Milord, una carta para vos.

HOTSPUR. — No puedo leerla ahora. Caballeros, el tiempo de la vida es muy corto, pero gastado ese breve plazo cobardemente, sería demasiado largo, aunque, cabalgando sobre la aguja de un reloj, la vida se detuviera al cabo de una hora. ¡Si vivimos, vivimos para hollar cabezas de reyes; si morimos, hermosa muerte, cuando príncipes mueren con nosotros! Ahora para nuestra conciencia, bellas son las armas, cuando se levantan por una causa justa.

(Entra otro mensajero).

MENSAJERO. — Preparaos, milord; el rey avanza rápidamente.

HOTSPUR. — Gracias le sean dadas porque me corta mi cuento; no hago profesión de elocuencia. Una palabra sola: que cada uno haga cuanto pueda. Y saco aquí mi espada, cuyo temple juro enrojecer con la mejor sangre que encuentre en los azares de este día peligroso. Ahora ¡*Esperanza!* ¡*Percy!* y adelante. Que resuenen todos los instrumentos soberbios de la guerra y abracémonos bajo ese acorde, porque, apostarí a el cielo contra la tierra, que muchos de nosotros no podremos renovar esa cortesía.

(Suenan las trompetas; se abrazan y salen).

Escena III

Llanura cerca de Shrewsbury.

(Movimientos de tropas.—Escaramuzas.—Toques de carga.—Luego entran, de diferentes lados, Douglas y Blunt).

BLUNT. — ¿Cuál es tu nombre, tú que me cierras el paso en la batalla?

DOUGLAS. — Sábelo, pues; mi nombre es Douglas. Y si te persigo así en el combate, es porque alguien me ha dicho que eres el rey.

BLUNT. — Te han dicho la verdad.

DOUGLAS. — Lord Stafford ha pagado cara hoy su semejanza contigo; porque en vez de ti, rey Enrique, esta espada le ha quitado la vida; así haré contigo, a menos que no te entregues prisionero.

BLUNT. — No nací hombre de rendirme, soberbio escocés; encontrarás en mí un rey vengador de la muerte de Stafford.

(Combaten. Blunt es muerto).

(Entra Hotspur).

HOTSPUR. — ¡Oh, Douglas, si así hubieras combatido en Holmedon, jamás habría triunfado de un escocés!

DOUGLAS. — ¡Todo ha concluído! ¡Victoria! He ahí el rey tendido sin vida.

HOTSPUR. — ¿Dónde?

DOUGLAS. — Aquí.

HOTSPUR. — ¿Este, Douglas? No, conozco muy bien su cara; un bravo caballero era, su nombre Blunt; estaba vestido como el rey.

DOUGLAS. — (*Mirando el cadáver*). ¡Que un loco acompañe tu alma, do quiera que vaya! ¡Caro pagaste un título prestado! ¿Por qué me dijiste que eras el rey?

HOTSPUR. — Muchos marchan con el rey, vestido como él.

DOUGLAS. — Por mi espada, voy a atravesar todas esas cotas parecidas, haré pedazos todo su guardarropa, pieza a pieza, hasta que encuentre al rey.

HOTSPUR. — ¡Arriba y adelante! Nuestros soldados sostienen gallardamente la jornada. (*Salen*).

(Nuevos toques de alarma).

FALSTAFF. — Si en Londres podía librarme de pagar mi escote (1) tengo miedo que aquí no haya escape; aquí no hay moratoria, hay que pagar con el cuero... ¡Despacio! ¿Quién eres tú? ¡Sir Walter Blunt! ¡Vaya un honor! Fuera la vanidad: ardo como plomo derretido y no peso menos. Dios me preserve del plomo. No necesito más peso que mis propias tripas. He conducido a mis perdularios a un punto donde los han sazonado en regla; de mis ciento cincuenta sólo quedan tres con vida; pero no servirán mientras vivan sino para mendigar a las puertas de la ciudad. Mas ¿quién llega?

(Entra el príncipe Enrique).

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Cómo? ¿Te estás aquí, ocioso? Préstame tu espada. Muchos caballeros yacen muertos y pisoteados bajo los cascos de los arrogantes jinetes enemigos y cuyas muertes no han sido vengadas. Te ruego, préstame tu espada.

(1) *Shot*, escote y también pistoletazo.

FALSTAFF. — Te suplico, Hal, déjame respirar un momento. Jamás el turco Gregorio (1) llevó a cabo tantas hazañas como las a que he dado acabado fin en este día. He arreglado las cuentas a Percy y está a buen recaudo.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Lo está, a la verdad; vive para matarme. Préstame tu espada.

FALSTAFF. — ¡No, por Cristo! Si Percy aún vive, no te doy mi espada; pero si quieres toma mi pistola.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Dámela. ¿Cómo está aún en la pistolera?

FALSTAFF. — ¡Ay, Hal! ¡Está caliente, caliente como para saquear una ciudad entera! (2)

PRÍNCIPE ENRIQUE. — (Sacando una botella de la pistolera de Falstaff). ¿Te parece este el momento de bromas y burlas? (*Le tira la botella y sale*).

FALSTAFF. — Bien, si Percy está vivo, le atravieso de parte a parte... si se me cruza en mi camino, bien entendido, porque, si soy yo quien voy a su encuentro, acepto que me convierta en carbonada. No me gusta esa gloria con mucca que tiene sir Walter Blunt. Dadme la vida; si puedo conservarla, tanto mejor; si no, ya vendrá la gloria sin que la busque y todo habrá concluido. (*Sale*).

(1) Alusión al Papa Gregorio VII, sobre quien los historiadores Fox y Warburton concentraban el odio de los protestantes, uniendo su nombre al del turco execrado.

(2) *There's that will sack a city*, juego de palabras sobre *sack*, vino de España, y *to sack*, saquear.

Escena IV

Otra parte del campo de batalla

Clarines, escaramuzas. Entran el Rey, Príncipe Enrique, Príncipe Juan, Westmoreland.

REY ENRIQUE. — Te ruego, Harry, retírate, estás perdiendo mucha sangre. Id con él, lord Juan de Lancaster.

PRÍNCIPE JUAN. — No, milord, no antes de perder mi sangre como él.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Ruego a vuestra majestad que vuelva al frente de las tropas; temo que vuestra retirada alarme a nuestros enemigos.

REY ENRIQUE. — Voy a hacerlo... Lord Westmoreland, conducidlo a su tienda.

WESTMORELAND. — Vamos, milord, voy a conducirlos.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Conducirme, milord? No necesito vuestra ayuda. ¡No permita el cielo que un simple rasguño arroje al príncipe de Gales fuera de un campo de batalla como éste, donde la nobleza, bañada en sangre, es pisoteada, donde las armas rebeldes triunfan en el degüello!

PRÍNCIPE JUAN. — Nos reposamos demasiado; venid, primo Westmoreland, por aquí nos llama el deber. ¡Venid, en nombre del cielo!

(Salen Príncipe Juan y Westmoreland).

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Vive Dios, que me has engañado, Lancaster! No te creía hombre de tal temple. Antes, te amé como un hermano, Juan; ahora, me eres tan sagrado como mi alma!

REY ENRIQUE. — Le he visto resistir a Percy con tan firme actitud como no encontraría en otro guerrero tan inexperto.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Oh, sí! Ese niño nos inflama a todos. (*Sale*).

(Toques de alarma. Entra Douglas).

DOUGLAS. — ¿Otro rey? ¡Retoñan como las cabezas de la hidra! Soy el Douglas fatal a todos los que llevan esas insignias. ¿Quién eres tú, que simulas la persona del rey?

REY ENRIQUE. — El rey en persona, quien Douglas lamenta en el alma que tantas veces hayas encontrado su sombra y nunca al rey verdadero. Tengo dos hijos que os buscan, a ti y a Percy, en el campo de batalla; pero puesto que mi buena estrella te trae a mi camino, quiero probarte; así, defiéndete.

DOUGLAS. — Temo que seas otro falso rey, aunque, a la verdad, tienes el aspecto soberano. Pero, seas quien fueres, eres mío y así te venzo.

(Combaten; en el momento en que el rey se encuentra en peligro, entra el príncipe Enrique).

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Levanta la cabeza, vil escocés o no la levantarás ya más. Animan mi espada los espíritus de Shirley, de Stafford y de Blunt; es el príncipe de Gales que te amenaza, que nunca prometió sin cumplir.

(Combaten; Douglas huye).

¡Animo, milord! ¿Cómo se encuentra vuestra majestad? Sir Nicolás Gansey ha mandado pedir refuerzo, así como Clifton; voy ahora mismo a unirme con Clifton.

REY ENRIQUE. — Detente y respira un momento. Has redimido tu perdida reputación y demostrado que aprecias mi vida, en el brillante rescate que de mí has hecho.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Oh cielos! ¡Grave injuria me hicieron los que han dicho que yo anhelaba vuestra muerte! Si así hubiera sido, me habría bastado dejar caer sobre vos el brazo insultante de Douglas, que habría apresurado vuestro fin tanto como todas las pociones venenosas del mundo y ahorrada la tarea traidora a vuestro hijo.

REY ENRIQUE. — Corre adonde está Clifton; yo voy en socorro de Gansey.

(Sale el rey Enrique; entra Hotspur).

HOTSPUR. — Si no me engaño, eres Harry Monmouth.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Hablas como si yo quisiera negar mi nombre.

HOTSPUR. — Mi nombre es Harry Percy.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Entonces, veo a un valiente rebelde de ese nombre. Soy el príncipe de Gales y no pienses, Percy, disputarme más la gloria; dos astros no pueden moverse en la misma esfera, ni puede la Inglaterra aceptar el doble cetro de Harry Percy y del príncipe de Gales.

HOTSPUR. — No será así, Harry, porque ha llegado la última hora para uno de nosotros. ¡Quisiera el cielo que tu fama guerrera fuera tan grande como la mía!

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Voy a hacerla mayor, antes de separarnos. Quiero segar todos los honores brotados sobre tu casco y hacer con ellos una guirnalda para mi frente.

HOTSPUR. — No puedo soportar más tiempo tus fanfarronadas.

(Combaten; entra Falstaff).

FALSTAFF. — ¡Bien contestado, Hal! ¡Duro en él, Hal! Ahora verás, te lo aseguro, que eso no es juguete de niño.

(Entra Douglas, que combate con Falstaff, quien cae como muerto; sale Douglas. Hotspur es herido y cae).

HOTSPUR. — ¡Oh, Harry, me has arrebatado mi juventud! Siento menos la pérdida de esta vida frágil, que los lauros que sobre mí has ganado. Hieren mi pensamiento más de lo que tu espada hirió mi carne. Pero el pensamiento es el esclavo de la vida y la vida la mofa del tiempo; el Tiempo, señor de todo lo creado, debe también detenerse. ¡Si pudiera decir mi profecía! Pero la terrosa y helada mano de la muerte sella mi labio. No, Percy, no eres más que polvo y pasto para los...

(Muere).

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Para los gusanos, bravo Percy! ¡Adiós, gran corazón! ¡Ambición mal tejida, cómo se encoge tu trama! Cuando ese cuerpo contenía un alma, un reino le parecía estrecho espacio; pero ahora dos pasos de la más vil tierra le son morada suficiente. Pero esta tierra que ahora te alberga muerto, no sostiene sobre ella un caballero más fuerte.

(Se inclina sobre el cadáver).

Si aún fueras sensible a la cortesía, no te daría una prueba tan profunda de mi admiración; deja que mis cuidados velen tu mutilada faz. Aún en tu obsequio, me hago una gloria en cumplir contigo los nobles ritos del afecto. ¡Lleva al cielo sólo las

alabanzas que merecistes; quede sepultada tu ignominia en la tumba y que tu epitafio no la recuerde!

(Vé a Falstaff en el suelo).

¡Cómo! ¡Una vieja relación! ¿Toda esa carne no ha podido conservar un poco de vida? ¡Adiós, pobre Jack! ¡No habría perdido con mayor dolor un hombre mejor que tú! Si realmente hubiera amado la frivolidad, me habrías hecho una gran falta. La muerte no ha cogido un venado más gordo que tú, aunque haya tronchado muchas existencias más queridas en esta sangrienta refriega (1). Quiero verte embalsamado dentro de poco; hasta entonces, reposa en la sangre, al lado del noble Percy.

(Sale).

FALSTAFF. — (*Levantándose lentamente*). ¡Embalsamado! Si me embalsamas hoy, te permito salarme mañana y comerme en seguida. ¡Canario! Era tiempo de simular el muerto; si no ese fogoso y turbulento escocés me habría pagado el escote. ¿Simular? Me engaño, no tengo nada de simulado. Morir es simular, porque un cadáver que no tiene la vida de un hombre, es un simulacro de un hombre. Pero simular los muertos, cuando se está en plena vida, eso no es simulacro, sino la real y perfecta imagen de la vida. La mejor parte del valor es la prudencia; en virtud de esa mejor parte, he salvado la vida. ¡Cáspita! Me da miedo esa pólvora de cañón de Percy, aunque esté muerto. ¡Diablo, ¡si él también simulara y fuera a levantarse! ¡Hum! me parece que de los dos muertos fingidos

(1) *Deer*, venado y *dear*, querido.

el más sólido sería él. Sin embargo, voy a asegurarle y podré jurar que le maté yo. ¿Por qué no se levantaría también como yo? Nadie puede desmentirme sino quien me vea y nadie me ve. (*Hiere el cadáver*). Con que, amigo, esta herida más en el muslo y vámonos.

(Se echa el cadáver a la espalda. Vuelven el Príncipe Enrique y el Príncipe Juan).

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Bien, hermano Juan! Has estrenado heroicamente tu virgen espada.

PRÍNCIPE JUAN. — ¡Pero, mira! ¿Quién tenemos aquí? ¿No me habíais dicho que ese hombre gordo había muerto?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Sí; yo mismo le vi en el suelo inanimado y sangriento. ¿Estás vivo? ¿O eres una fantasía que engaña nuestras miradas? Habla, te lo ruego; no queremos creer a nuestros ojos sin el testimonio de nuestros oídos. Tú no eres lo que parece ser.

FALSTAFF. — No, a la verdad. No soy un hombre doble; pero si no soy Juan Falstaff, entonces soy un Juan Lanás. Ahí está Percy (*echando al suelo el cadáver*); si vuestro padre quiere recompensarme con algún honor, bien está; si no que mate él mismo al próximo Percy. Espero ser conde o duque, os lo aseguro.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Pero si yo fuí quien maté a Percy y a ti te vi muerto.

FALSTAFF. — ¿Tú?... ¡Señor, señor, cómo impera la mentira en este mundo! Concedo que yo estaba en el suelo y sin aliento y ese lo mismo, pero ambos nos levantamos al momento y combatimos una hora larga por el reloj de Shrewsbury. Si se quiere creerme, perfectamente; si no, que recaiga sobre los que deben premiar a los hombres de valor

tal pecado de ingratitud. Sostendré con mi cabeza que le he hecho esta herida en el muslo; si el hombre estuviera vivo y lo negara, le haría comer un pedazo de mi espada.

PRÍNCIPE JUAN. — ¡Jamás he visto un caso más extraño!

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Es que no hay tipo más extraño, hermano mío. Vamos, échate con soberbia tu carga al hombro. Por mi parte, si una mentira puede traerte beneficio, la doraré con los más felices términos que pueda.

(Suena la retirada).

Las trompetas suenan la retirada, el día es nuestro. Venid, hermano, vamos hasta el extremo del campo, para ver qué amigos viven aún y cuáles han muerto.

(Salen el Príncipe Enrique y el Príncipe Juan).

FALSTAFF. — Voy a seguirles donde dicen para tener mi recompensa. A aquel que me recompense, Dios le recompense. Si crezco en grandeza, creceré en tristeza, porque me purgaré, dejaré el vino y viviré limpiamente, como conviene a un caballero.

(Sale, llevándose el cuerpo).

Escena V

Otra parte del campo de batalla.

(Suenan las trompetas. Entran el Rey Enrique, Príncipe Enrique, Príncipe Juan, Westmoreland y otros, con Worcester y Vernon, prisioneros).

REY ENRIQUE. — Así la rebelión encontró siempre su castigo. Malvado Worcester, ¿no te enviamos con nuestra gracia, nuestro perdón y palabras de afecto para todos? Cambiaste el sentido de nuestras ofertas y abusaste de la conciencia de tu pariente. Tres caballeros de nuestras filas, muertos hoy, un noble conde y muchas otras criaturas, vivirían aún, si, como un cristiano, hubieras lealmente trasmitido mi real mensaje de un ejército a otro.

WORCESTER. — Lo que he hecho, mi seguridad me urgía hacerlo. Abrazaré paciente la fortuna que me agobia y que inevitable cae sobre mí.

REY ENRIQUE. — Conducid a Worcester a la muerte y a Vernon también. Los otros rebeldes serán juzgados más tarde.

(Salen Worcester y Vernon, custodiados).

¿Cómo está el campo de batalla?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — El noble escocés, lord Douglas, cuando vió la fortuna de la jornada volverse contra él, al noble Percy muerto y todos sus hombres en aterrada fuga, huyó con el resto; cayendo de una colina quedó tan maltrecho, que los que le perseguían le tomaron. En mi tienda se encuentra Douglas y ruego a vuestra gracia me permita disponer de él.

REY ENRIQUE. — De todo corazón.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — A vos, pues, hermano Juan de Lancaster, debe corresponder esa honrosa liberalidad; id a Douglas y, sin rescate, dadle la libertad plena y entera. Su valor, que tanto muestran hoy nuestros cascos, nos ha enseñado a honrar esos altos hechos, aun en la persona de nuestros adversarios.

REY ENRIQUE. — Sólo nos resta ahora dividir nuestras fuerzas. Vos, mi hijo Juan, con mi primo Westmoreland, marcharéis sobre York a toda prisa, al encuentro de Northumberland y del prelado Scroop, que, a lo que sé, han tomado apresuradamente las armas. Yo mismo y vos, hijo Enrique, nos dirigiremos hacia el país de Gales, a combatir a Glendower y al conde de la March. La rebelión en esta tierra perderá su pujanza con otra jornada como ésta. Y puesto que nuestra empresa comenzó tan bien, no la abandonemos hasta reconquistar todo nuestro bien. (*Salen*).

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SHAKESPEARE

ENRIQUE IV

SEGUNDA PARTE

SEGUNDA PARTE
DEL
REY ENRIQUE IV

PERSONAJES

- REY ENRIQUE IV.
ENRIQUE, *Principe de Gales, más tarde Enrique V.*
TOMÁS, *Duque de Clarence.*
de Bedford.
- JUAN DE LANCASTER, *más tarde Du-* } Hijos de Enri-
que de Bedford. } que IV y her-
HUMPHREY DE GLOCESTER, *más tarde* } manos de 'Enri-
Duque de Gloucester. } que V.
- CONDE DE WARWICK. }
CONDE DE WESTMORELAND. } Partidarios del rey.
GOWER. }
HARCOURT. }
- EL LORD GRAN JUEZ.
UN CABALLERO, *del séquito del Gran Juez.*
CONDE DE NORTHUMBERLAND.
SCROOP, *Arzobispo de York.*
- LORD MOWBRAY. }
LORD HASTINGS. } Enemigos del rey.
LORD BARDOLPH. }
- SIR JHON COLEVILLE.
TRAVERS. } Criados de Nothumberland.
MORTON. }
FALSTAFF. }

BARDOLFO.
 PISTOLA.
 UN PAJE.
 POINS. } Familiares del Príncipe de Gales.
 PETO. }
 SHALLOW, (*Trivial*). } Jueces rurales.
 SILENCIO. }
 DAVY, *criado de Shallow*.
 MOULDY, (*Mohoso*). }
 SHADOW, (*Sombra*). } Reclutas.
 WART, (*Verruga*). }
 FEEBLE, (*Encienque*). }
 BULCALE, (*Becerro*). }
 SNARE, (*Trampa*). } Corchetes.
 FANG, (*Garra*). }
 EL RUMOR, (*Prólogo*).
 UN DANZANTE, (*Epilogo*).
 LADY NORTHUMBERLAND.
 LADY PERCY.
 LA POSADERA QUICKLY.
 DOROTEA TEAR-SHEET, (*Rompe-Sábana*).

(Señores, oficiales, soldados, mensajeros, mozos de taberna, alguaciles, lacayos, etc.).

ESCENA—INGLATERRA

PRÓLOGO

WARKEWORTH.—*Delante del Castillo de Northumberland.*

(Entra El Rumor, con un traje sembrado de lenguas pintadas).

EL RUMOR. — Tened los oídos; porque ¿cuál de vosotros querría cerrar el paso al sonido, cuando habla el ruidoso Rumor? Yo, desde el Oriente hasta el Ocaso entristecido, haciendo del viento mi caballo de posta, divulgo sin cesar los actos comenzados en este globo de tierra. De mis lenguas brotan constantemente imposturas, que traduzco en todos los idiomas y que llenan de falsas relaciones los oídos de los hombres. Hablo de paz, mientras la enuebierta hostilidad, bajo la sonrisa de la seguridad, desgarrar al mundo. ¿Y quién sino el Rumor, quién sino yo, reúne las gentes azoradas y prepara la defensa, mientras el año, preñado de alguna nueva catástrofe, parece llevar en su seno una guerra cruel y tiránica? ¡Y no hay tal cosa! El Rumor es una flauta que soplan las sospechas, los celos, las conjeturas, instrumento tan sencillo y tan fácil, que el rudo monstruo de innumerables cabezas, la discordante y ondeante multitud, puede tocarlo. ¿Pero qué necesidad tengo de anatomizar así mi

cuerpo bien conocido entre mis familiares? ¿Por qué está aquí el Rumor? Corro delante de la victoria del rey Enrique, quien, en un sangriento campo cerca de Shrewsbury, ha deshecho al joven Hotspur y sus tropas, apagando la llama de la audaz rebelión, en la sangre misma de los rebeldes. Pero ¿qué hago, al principiar diciendo la verdad? Mi oficio es divulgar a lo lejos que Harry Monmouth cayó bajo el furor de la espada del noble Hotspur y que el rey, ante la cólera de Douglas, inclinó la sagrada cabeza hasta la muerte. Esto he esparcido a través de las aldeas entre el real campo de Shrewsbury, hasta esta yerma fortaleza carcomida, donde el padre de Hotspur, el viejo Northumberland, se finge enfermo; los correos llegan jadeantes y ninguno entre ellos trae otras noticias que las que de mí han sabido. De las lenguas del Rumor, traen los halagüeños consuelos de la mentira, peores que el verdadero mal. (*Sale*).

ACTO I

Escena I

La misma.

(El portero está a la puerta, entra lord Bardolph).

BARDOLPH. — ¿Quién guarda aquí la puerta? ¿Dónde está el conde?

PORTERO. — ¿A quién debo anunciar, señor?

BARDOLPH. — Decid al conde que lord Bardolph le espera aquí.

PORTERO. — Su señoría se pasea en este momento en la huerta; dígnese, vuestro honor, golpear a la puerta y él mismo contestará.

(Entra Northumberland).

BARDOLPH. — Aquí viene el conde.

NORTHUMBERLAND. — ¿Qué noticias, lord Bardolph? Hoy, cada minuto debe ser padre de un suceso grave; los tiempos son rudos; la discordia, como un caballo, como un caballo nutrido de ardiente alimento, se ha desbocado frenética y todo derriba ante ella.

BARDOLPH. — Noble conde, os traigo noticias ciertas de Shrewsbury.

NORTHUMBERLAND. — ¡Buenas, lo quiera el cielo!

BARDOLPH. — Tan buenas como el corazón puede desearlas: el rey ha sido herido casi mortalmente y en el triunfo de milord vuestro hijo, el príncipe Harry quedó muerto; los dos Blunt muertos por la mano de Douglas; el joven príncipe Juan, Westmoreland y Sttafford, huyeron del campo de batalla y el pulpo de Harry Monmouth, el armatoste sir John, está prisionero de vuestro hijo. ¡Jamás una jornada tan empeñosa, tan brillantemente ganada, vino a ennoblecer los tiempos, desde los triunfos de César!

NORTHUMBERLAND. — ¿Qué origen tienen esas noticias? ¿Habéis visto el campo de batalla? ¿Venís de Shrewsbury?

BARDOLPH. — He hablado, milord, con una persona que venía de allí, un hidalgo bien nacido y de buen nombre, quien espontáneamente me comunicó esas noticias como exactas.

NORTHUMBERLAND. — Ahí viene mi criado, Travers, a quien envié el martes último en busca de noticias.

BARDOLPH. — Milord, le he pasado en el camino y nada sabe de positivo, sino lo que ha podido saber de mis labios.

(Entra Travers).

NORTHUMBERLAND. — Y bien, Travers, ¿qué buenas nuevas llegan con vos?

TRAVERS. — Milord, sir John Umfreville me ha hecho volver con alegres noticias y, yendo mejor montado que yo, me ha precedido. Después de él llegó, espoleando recio, un caballero casi inerte de fatiga, que se detuvo junto a mí para dar respiro a

su ensangrentado caballo; me preguntó por el camino de Chester y yo le pedí noticias de Shrewsbury. Me dijo que la rebelión había tenido mala suerte y que la espuela del joven Harry Percy se había enfriado. Dicho esto, soltó riendas a su ágil caballo e inclinándose hacia adelante, hundió sus talones armados en los flancos palpitantes de la pobre bestia hasta la rodaja. Y partiendo así, sin esperar más preguntas, parecía devorar el camino en su carrera.

NORTHUMBERLAND. — ¿Cómo? Dilo otra vez. ¿Dijo que la espuela del joven Harry Percy se había enfriado? ¿La ardiente espuela, espuela helada? ¿Que la rebelión había tenido mala suerte?

BARDOLPH. — Milord, oidme; si milord vuestro hijo no ha triunfado, consiento, por mi honor, en dar mi baronía por una madeja de seda. Que no se hable más de eso.

NORTHUMBERLAND. — ¿Y por qué el caballero que se detuvo junto a Travers, dió esas nuevas de desastre?

BARDOLPH. — ¿Quién, él? Sería algún pillo pusilánime, que habría robado el caballo que montaba y que, por mi vida, hablaría al azar. ¡Milord!, ahí nos llegan más noticias.

(Entra Morton).

NORTHUMBERLAND. — Sí, la frente de ese hombre, como ciertas portadas, presagia un libro de naturaleza trágica. Tal aparece la orilla sobre la que la ola imperiosa ha dejado el testimonio de su usurpación. Habla, Morton, ¿vienes de Shrewsbury?

MORTON. — Vengo huyendo de Shrewsbury, mi noble señor, donde la muerte odiosa se cubrió con su máscara más horrenda para espanto de nuestro partido.

NORTHUMBERLAND. — ¡Cómo están mi hijo y mi hermano? ¡Tiemblos! y la blancura de tu rostro es más apta que tu lenguaje para dar tu mensaje. Semejante a ti fué el hombre que desfalleciente, rendido, siniestro, la muerte en los ojos, loco de dolor, tiró la cortina de Priamo en el horror de la noche y quiso decirle que la mitad de su Troya ardía; pero Priamo vió el incendio antes de oír las palabras. Y yo sé la muerte de mi Percy antes que tú me la anuncies. He aquí lo que quieres decirme “Vuestro hijo hizo esto y esto; esto vuestro hermano; así combatió el noble Douglas”. Quieres llenar mi ávido oído con sus altos hechos, pero al fin, llenándolo en verdad, tendrás un suspiro que desvanecerá tu alabanza y concluirás diciendo: hermano, hijo, y todos murieron!

MORTON. — Douglas vive aún y vuestro hermano; pero en cuanto a milord vuestro hijo...

NORTHUMBERLAND. — ¡Ah! ¡Ha muerto! ¡Ved cuán rápida es la palabra de la sospecha! Aquel que teme algo que tiembla de conocer, ve por instinto en ojos extraños que lo que temía ha sucedido. Pero habla, Morton, di a tu señor que su profecía ha mentido y tu injuria me será dulce al oído y te haré rico en cambio de esa afrenta.

MORTON. — Sois demasiado grande para que yo os contradiga. Por demás exacto es vuestro presentimiento, por demás reales vuestros temores.

NORTHUMBERLAND. — Sí, pero todo eso no me asegura que Percy haya muerto. Veo una extraña confesión en tus ojos; inclinas la cabeza y juzgas peligroso o culpable hablar la verdad. Si ha muerto, dílo; no ofende la palabra que anuncia su muerte; hay culpa en calumniar un muerto, no la hay en anunciar que la vida ha cesado para él. Sin embargo, ingrato oficio es el del primero que trae una

aflicente noticia; su voz tiene el fúnebre sonido de la campana que nos trae el recuerdo del amigo perdido.

BARDOLPH. — No puedo creer, milord, que vuestro hijo haya muerto.

MORTON. — Lamento verme obligado a forzar vuestra fe en lo que, Dios lo sabe, habría querido no haber visto. Pero estos mis ojos le vieron ensangrentado, contestado ya sin fuerzas, extenuado, sin aliento, los golpes de Harry Monmouth, cuyo ímpetu furioso derribó a tierra al nunca vencido Percy, quien ya no se levantó con vida. Breve, la muerte de Hotspur (cuyo espíritu inflamaba hasta al más tosco paisano de su ejército), habiéndose esparcido, heló el valor mejor templado de sus tropas. Porque era su temple el que aceraba su partido; caído él, el resto se abatió como macizo y pesado plomo. Y así como una masa lanzada por fuerza vigorosa vuela con mayor rapidez cuán más pesada es, así nuestros hombres, agobiados por la pérdida de Hotspur, dieron a su peso tal ligereza con el pánico, que, más rápidos que la flecha que busca la cibra, buscaron la salvación en la fuga. Fué entonces que bien pronto cayó prisionero el noble Worcester; y el furioso escocés, el sangriento Douglas, cuya espada laboriosa por tres veces había muerto al espectro del rey, sintió flaquear el corazón y honró a los que volvieron la espalda, mezclándose en sus filas. En su huída, el temor le hizo tropezar y fué tomado. El resumen de todo es que el rey ha triunfado y ha enviado una columna ligera contra vos, milord, bajo el mando del joven Lancaster y de Westmoreland. Estas son todas las noticias.

NORTHUMBERLAND. — Sobrado tiempo tendré para lamentarme; el veneno entraña su remedio. Si hu-

biera estado bueno, esas noticias me habrían enfermado; enfermo, en cierta manera me han restablecido. Y así como el miserable cuyas coyunturas febricientes, semejantes a frágiles bisagras, se doblan bajo la vida, de pronto, en el ímpetu de un acceso, se escapa como el rayo de los brazos de sus guardianes, tal así mis miembros, agobiados por el dolor, pero por el dolor sobreexcitados, tienen triple energía. ¡Lejos de mí, pues, débil muleta! Ahora un guantelete escamoso, de junturas de acero, debe cubrir mi mano. ¡Lejos de mí, gorro de enfermo! ¡Eres muy débil defensa para una cabeza que aspira a herir príncipes hartos de triunfos! Ahora ceñid de hierro mi frente y que la hora más funesta que puedan traer el tiempo y la venganza, se avance amenazante contra Northumberland enfurecido. ¡Que el cielo se estrelle contra la tierra! ¡Que la mano de la naturaleza cese de contener la ola salvaje! ¡Que el orden perezca! ¡Que el mundo no sea ya una escena donde las luchas se suceden con lánguidos intermedios! ¡Que el espíritu solo del primer nacido Caín reine en todos los corazones, que los haga ávidos de actos sangrientos y el duro drama concluya y las tinieblas sean el sepulchro de los muertos!

TRAVERS. — Esa emoción violenta os hace mal, milord.

BARDOLPH. — Buen conde, no divorciéis vuestra dignidad de la prudencia.

MORTON. — La vida de todos vuestros fieles partidarios pende de vuestra salud, que, si os entregáis a ese desordenado dolor, no podrá menos que decaer. Medisteis las consecuencias de la guerra, milord, y contasteis las probabilidades de éxito antes de decir: alcémonos en armas. Habéis previsto que, en la repartición de golpes, vuestro hijo podía caer.

Sabéis que, marchando sobre los peligros, en el estrecho borde de un precipicio, era más probable que cayera en él en vez de atravesarlo. Sabíais que su carne no era invulnerable a las heridas y que su impetuoso valor le empujaba allí donde el peligro era más recio. Y, sin embargo, le habéis dicho: ¡anda! y ninguno de estos graves temores ha podido deteneros en esta empresa obstinadamente resuelta. ¿Qué ha sucedido de extraordinario? ¿Qué ha producido esta atrevida campaña sino aquello que, siendo probable, se ha realizado?

BARDOLPH. — Todos nosotros, que estamos comprometidos en esa catástrofe, sabíamos que nos aventurábamos en mares tan peligrosos, que teníamos diez probabilidades contra una de perecer. Y, sin embargo, nos lanzamos a ellos, porque el objetivo perseguido, compensaba la expectativa del peligro temido. Estamos sobre el abismo, tenemos de nuevo la aventura, comprometiendo en ella cuanto tenemos, cuerpos y bienes.

MORTON. — ¡Sí, que el tiempo apura! Además, mi noble lord, sé de buena fuente y garantizo la verdad del hecho, que el buen arzobispo de York se ha levantado a la cabeza de tropas bien organizadas. Es un hombre que liga a sus partidarios con una doble seguridad; milord, vuestro hijo sólo tenía los cuerpos, las sombras, las apariencias de los hombres para combatir, porque esa palabra “rebelión” separaba sus almas de la acción de sus cuerpos y combatían con desgano, por apremio, como se traga una poción. Sus armas sólo estaban por nosotros, pero en cuanto a sus espíritus, a sus almas, estaban heladas por esa palabra “rebelión”, como los pescados en un estanque. Pero ahora el arzobispo hace de la insurrección una religión; con la reputación de sincero y piadoso en sus pensa-

mientos, se le sigue a la vez con el alma y con el cuerpo. Fortalece su rebelión con la sangre del buen rey Ricardo, raspada sobre las lozas de Pomfret y hace derivar del cielo su causa y su querrela. Dice a todos que quiere libertar una tierra ensangrentada que agoniza bajo el poder de Bolingbroke, y grandes y pequeños se agrupan y le siguen.

NORTHUMBERLAND. — Lo sabía ya; pero, a decir verdad, el lord presente me lo había hecho olvidar. Entrad todos conmigo y que cada uno aconseje el mejor camino a sus ojos para la salvación y la venganza. Expedamos mensajeros y cartas y apresurémonos a procurarnos amigos. Nunca fueron tan pocos y nunca tan necesarios.

Escena II

LONDRES.—*Una calle.*

(Entran Sir John Falstaff, seguido de un pequeño paje que lleva su espada y su escudo).

FALSTAFF. — ¡Hola, gigante! ¿Qué dice el doctor de mis aguas?

PAJE. — Dice, señor, que las aguas en sí mismas, son aguas buenas y sanas; pero que la persona a quien pertenecen puede tener más enfermedades que las que supone.

FALSTAFF. — Gentes de toda especie hacen ostenta-

ción de mofarse de mí. El cerebro de ese estúpido compuesto de barro, el hombre, no es capaz de concebir nada que sea gracioso, sino lo que yo invento o lo que se inventa sobre mí. No sólo soy espiritual por mí mismo, sino también la causa de que los otros hombres tengan espíritu... Andando así delante de ti, parezco una marrana que ha aplastado todos sus hijuelos menos uno. Si el príncipe te ha puesto a mi servicio con otro objeto que de servirme de contraste, confieso que no tengo criterio. Especie de bastardo de mandrágora (1), estarías mejor en mi sombrero como penacho que a mis talones como lacayo. Hasta ahora nunca me vi en posesión de una ágata (2); pero no te engastaré ni en oro, ni en plata, sino en vil metal y te devolveré a tu patrón, como una joya; sí, a tu patrón, el príncipe, ese jovenzuelo cuya barba no ha pelechado aún. Antes tendré barba en la palma de la mano que él un pelo en la mejilla. Y, sin embargo, no tiene escrúpulo en decir que su cara es una cara-real. Dios la acabará cuando quiera, que lo que es un pelo de más no lo tiene. Puede conservarla como una cara-real; pero un barbero no daría seis peniques por ella. ¡Y, sin embargo, pretende gallear, como si hubiera sido ya hombre hecho, cuando su padre era aun un jovenzuelo! Puede conservar cuanto quiera su propia gracia, que lo que es yo no le encuentro ninguna, se lo aseguro... ¿Qué ha dicho Master Dumbleton respecto al raso para mi capa corta y mis calzones?

(1) Se suponía que la raíz de mandrágora (planta que tiene mucho papel en la alquimia de la brujería) afectaba la forma de un hombre.

(2) Alusión a esas figurinas diminutas, talladas en ágata, que sirven para los sellos.

PAGE. — Dice, señor, que es necesario le deis una garantía mejor que la de Bardolfo; no quiere tomar su billete ni el vuestro; no le gusta esa canción.

FALSTAFF. — ¡Que sea condenado como el glotón! (1). ¡Que arda su lengua más que la de aquél! ¡Achi potel, hijo de p..., indecente marrano! ¡Tener un caballero en el aire y salir pidiendo garantías! ¡Esos cochinos de cabeza pelada no usan ahora más que tacones altos y un manajo de llaves en la cintura y cuando un hombre espera de ellos una honesta entrega, entonces se plantan pidiendo garantías! De tan buena gana les permitiría que me llenaran la boca de arsénico a que me la taparan con esa palabra: ¡garantía! Como soy un verdadero hidalgo que esperaba me enviara veintidós yardas de raso y lo que manda es un pedido de garantía. Bueno, puede dormir con toda garantía, porque posee el cuerno de la abundancia y la ligereza de su mujer brilla a través. Y él no ve ni jota, aunque tiene su propia linterna para alumbrarse. ¿Dónde está Bardolfo?

PAGE. — Ha ido a Smithfield, a comprar un caballo para vuestra señoría.

FALSTAFF. — ¡Le he comprado en San Pablo (2), a él y me va a comprar un caballo a Smithfield! Si pudiera procurarme una mujer tan sólo en un burdel, tendría criado, caballo y hembra.

(1) El mal rico, del Evangelio.

(2) Era el sitio de reunión de los holgazanes y rateros de Londres. Los comentadores recuerdan a este propósito el viejo proverbio: "quien busca mujer en Westminster, hombre honrado en San Pablo y caballo en Smithfield, encuentra p..., pillo y penco".

(Entran el Lord Justicia Mayor (1) y un ujier).

PAJE. — Señor, aquí viene el noble personaje que puso preso al príncipe por haberle pegado a causa de Bardolfo.

FALSTAFF. — No te me separes; no quiero verle.

LORD JUSTICIA. — ¿Quién es ese que va allí?

UJIER. — Si vuestra señoría me permite, es Falstaff.

LORD JUSTICIA. — ¿El que estaba complicado en el robo?

UJIER. — El mismo, milord; pero después ha prestado buenos servicios en Shrewsbury y, según tengo entendido, va con una misión cerca de lord Juan de Lancaster.

LORD JUSTICIA. — ¿Cómo, a York? Llamadle.

UJIER. — Sir John Falstaff.

FALSTAFF. — Muchacho, dile que soy sordo.

PAJE. — Hablad más fuerte; mi señor es sordo.

LORD JUSTICIA. — Estoy seguro que lo es, para oír buenas palabras; vamos, tiradle del codo, necesito hablarle.

UJIER. — ¡Sir John!...

FALSTAFF. — ¡Cómo, pilluelo! ¿Mendigar a tu edad?

(1) El lord *Chief-Justice* de la época, era Sir William Gascoygne y a él se refiere la anécdota legendaria en Inglaterra, base del ejemplar respecto a la autoridad en aquel país. El príncipe de Gales, irritado contra el Justicia Mayor por la negativa de éste de poner en libertad a un ladrón de sus protegidos, le habría dado un bofetón. El Justicia Mayor, después de haber probado, con nobles palabras, al heredero presuntivo que a quien había injuriado era a la augusta persona de su padre, por él representada, le habría mandado a la cárcel como a un simple particular.

Sobre esa anécdota está basado uno de los incidentes capitales de la pieza anónima, anterior a Shakespeare, "Las famosas victorias del Rey Enrique V".

¿No hay acaso guerras? ¿No hay ocupación? ¿Acaso el rey no necesita súbditos y la rebelión soldados? Aunque es una vergüenza estar en otro partido que el del rey, mayor vergüenza aún es mendigar que servir en el peor partido, por más deshonrado que esté por el nombre de rebelión.

UJIER. — Os equivocáis, señor.

FALSTAFF. — ¿Acaso he dicho que érais un hombre honorable? Poniendo de lado mi hidalguía y mi calidad de soldado, habría mentido como un bellaco si tal hubiera dicho.

UJIER. — Y bien, señor; poned, os ruego, de lado vuestra hidalguía y vuestro título de soldado y permitidme deciros que habéis mentido como un bellaco, si decís que no soy un hombre honorable.

FALSTAFF. — ¿Yo, darte permiso para decirme tal cosa? ¿Poner de lado lo que es parte constituyente de mí mismo? Si obtienes de mí ese permiso, ahórcame; si te lo tomas, más te valiera ir a ahorcarte. ¡Vamos, fuera de aquí, sabueso!

UJIER. — Milord, mi amo querría hablaros.

LORD JUSTICIA. — Sir John Falstaff, una palabra.

FALSTAFF. — ¡Mi buen lord! Dios conceda un buen día a vuestra señoría. Me alegro infinito de ver a vuestra señoría en la calle; había oído decir que vuestra señoría estaba enfermo. Espero que vuestra señoría ha salido por consejo del médico. Aunque vuestra señoría no ha pasado aún la juventud, ya tiene sus añitos encima y empieza a resentirse de la acción del tiempo; ruego humildemente a vuestra señoría que tome un reverente cuidado por su salud.

LORD JUSTICIA. — Sir John, os mandé buscar antes de vuestra expedición a Shrewsbury.

FALSTAFF. — Así he oído que su majestad había vuelto del país de Gales muy disgustado.

LORD JUSTICIA. — No hablo de su majestad. No quisisteis venir cuando os mandé buscar.

FALSTAFF. — Y además he oído que su alteza ha sido nuevamente atacada por esa p... de apoplejía.

LORD JUSTICIA. — Bien, que el cielo le restablezca. Os ruego que me dejéis hablaros.

FALSTAFF. — Esa apoplejía es, según yo colijo, una especie de letargo, si vuestra señoría permite; una especie de adormecimiento en la sangre, una j... puntada.

LORD JUSTICIA. — ¿Qué diablos estáis diciendo? Será lo que sea.

FALSTAFF. — Proviene de un sufrimiento agudo, de exceso de estudio y perturbación del cerebro. He leído en Galeno la causa de sus efectos; es algo como una sordera.

LORD JUSTICIA. — Me parece entonces que estáis atacado de esa enfermedad, porque no oís lo que os digo.

FALSTAFF. — Muy bien, milord, muy bien; pero, si permitís, es más bien la enfermedad de no escuchar, de no prestar atención, la que me aflige.

LORD JUSTICIA. — Castigándoos por los talones se corregiría la falta de atención de vuestros oídos. No tendría reparo en ser vuestro médico.

FALSTAFF. — Soy tan pobre como Job, milord, pero no tan paciente. Vuestra señoría puede, a causa de mi pobreza, suministrarme la prisión como droga; pero, respecto a si tendría la paciencia de seguir vuestras prescripciones, es un punto sobre el que los sabios pueden tener un drama de escrúpulo, casi diría un escrúpulo entero.

LORD JUSTICIA. — Os mandé venir a hablarme cuando había una grave acusación contra vos, a causa de vuestro género de vida.

FALSTAFF. — Y yo, siguiendo la opinión de mi consejero legal, un sabio legista de este país, no me presenté.

LORD JUSTICIA. — Bien, pero el hecho es, sir John, que lleváis una vida grandemente infame.

FALSTAFF. — El que ciñe un cinturón como el mío, tiene que vivir en grande.

LORD JUSTICIA. — Vuestros recursos son escasos y vuestros gastos enormes.

FALSTAFF. — Quisiera que fuera al contrario: mis recursos enormes y mis gastos escasos (1).

LORD JUSTICIA. — Habéis corrompido al joven príncipe.

FALSTAFF. — El es quien me ha corrompido a mí; yo soy el compañero de la gran panza y él mi perro (2).

LORD JUSTICIA. — Bien; sentiría reabrir una herida recién cerrada. Vuestros servicios diurnos en Shrewsbury han dorado un tanto vuestra hazaña nocturna de Gadshill; debéis agradecer a la inquietud de los tiempos la quietud que gozáis después de esa acción.

FALSTAFF. — ¿Milord?

LORD JUSTICIA. — Pero ya que eso es así, estaos quieto; no despertéis al lobo que duerme.

(1) Juego de palabras entre *waste* (gastos, despilfarros) y *waist* (talle, cintura).

(2) *I am the fellow with the great belly, and he my dog*. La mayoría de los traductores traducen *fellow* por ciego. El doctor Johnson declara que no comprende la broma del texto. "Los perros, dice, conducen a los ciegos; pero ¿qué servicio pueden prestar a un hombre gordo?" A lo que el doctor Farmer contesta que si el enorme vientre del hombre le impedía ver su camino, necesitaba, como el ciego, un perro que le guiase. Eso es bien alambicado; a mis ojos debe haber ahí una alusión que no alcanzamos.

FALSTAFF. — Despertar un lobo es tan desagradable como olfatear un zorro.

LORD JUSTICIA. — Pensad que estáis como una bujía cuya mejor parte se ha consumido ya.

FALSTAFF. — Una antorcha de alegría, milord, toda de sebo; y si hubiera dicho de cera (1), mi vegetación probaría la verdad de mi aserto.

LORD JUSTICIA. — No hay en vuestra cara un solo pelo blanco que no debiera inculcaros la gravedad.

FALSTAFF. — La gra... sa, la grasa (2).

LORD JUSTICIA. — Seguíis a todas partes al príncipe, como su ángel malo.

FALSTAFF. — No así, milord; vuestro ángel (3) malo no tiene peso; pero espero que aquel que me sirve, me tomará sin pesarme. Y, sin embargo, confieso que no soy de curso corriente. La virtud es tau poco considerada en estos tiempos de verduleros, que el verdadero valor se ha hecho guarda-osos. El ingenio se ha convertido en tabernero y se gasta en preparar y llevar las cuentas; todos los otros dones inherentes al hombre, tales como los ridiculiza la maldad de este siglo, no valen un racimo de grosella. Vos, que sois viejo, no os dais cuenta de las facultades de nosotros los jóvenes; juzgáis del calor de nuestros hígados con la amargura de vuestra bilis. Nosotros, los que estamos en todo el vigor de la juventud somos, a veces, lo confieso, un poco calaveras.

(1) Equívoco entre *wax*, que significa *cera y crecer*. Traduzco textualmente para dar una idea de la cantidad de juegos de palabra, retruécanos, etc., que hay siempre en boca de Falstaff.

(2) *Gravity*, gravedad, *gravy*, grasa.

(3) *Angel*, hemos dicho ya, era una moneda de la época. He ahí el equívoco.

LORD JUSTICIA. — ¿Cómo? ¿Inscribir vuestro nombre en la lista de la juventud, vos, que todos los caracteres de la edad designan como un viejo? ¿No tenéis acaso los ojos llorosos? ¿La mano seca? ¿La mejilla amarillenta? ¿El vientre que aumenta? ¿No tenéis la voz rota, el aliento corto, la papada doble, el espíritu simple, todas vuestras facultades, en fin, arruinadas por la edad? ¿Y todavía os llamáis joven? ¡Ta, ta, ta! ¡Sir John!

FALSTAFF. — Milord, nací a eso de las tres de la tarde, con la cabeza blanca y el vientre asaz redondo. En cuanto a la voz, la he perdido a fuerza de gritar y cantar antífonas. No quiero daros otras pruebas de mi juventud; la verdad es que soy viejo sólo por la razón y el entendimiento. Y aquel que quiera brincar conmigo por mil marcos, que me avance el dinero y ¡ay de él! En cuanto al bofetón que os dió el príncipe, os lo dió como un príncipe brutal y lo recibisteis como un lord sensible. Le he regañado por ello y el leoncillo hace penitencia, no a la verdad entre cenizas y ceñido el cilicio, sino vestido de seda y trincando vino añejo.

LORD JUSTICIA. — ¡Quiera el cielo dar al príncipe un compañero mejor!

FALSTAFF. — ¡Quiera el cielo dar al compañero un príncipe mejor! ¡No puedo zafarme de él!

LORD JUSTICIA. — Bien; el rey os ha separado ya del príncipe Enrique; me dicen que debéis marchar, con lord Juan de Lancaster, contra el arzobispo y el conde de Northumberland.

FALSTAFF. — Sí, gracias sean dadas a vuestro amable y delicioso espíritu. Pero a vosotros todos que os quedáis en vuestras casas besando a milady la Paz, os pido invoquéis al cielo en vuestras paces, a fin de que nuestros ejércitos no se encuentren en un día caluroso. Porque ¡vive Dios! que no llevo sino

un par de camisas conmigo y no pretendo sudar extraordinariamente. Si hace calor y se me ve blandir otra cosa que la botella, que no vuelva a escupir blanco (1) en mi vida. Apenas asoma la cabeza un caso de peligro, que ya me meten dentro. Sin embargo, ¡yo no puedo durar eternamente! Pero esa ha sido siempre la manía de nuestra nación inglesa; apenas tiene algo bueno, lo emplea para todo. Si os obstináis en llamarme viejo, debéis dejarme reposar. ¡Quisiera el cielo que mi nombre no fuera tan terrible para los enemigos, como lo es! Preferiría que el moho me carcomiera hasta la muerte, que ser reducido a nada por el movimiento perpetuo.

LORD JUSTICIA. — Vamos, sed hombre de bien, sedlo y Dios bendiga vuestra expedición.

FALSTAFF. — ¿Vuestra señoría querría prestarme mil libras para mi equipo?

LORD JUSTICIA. — Ni un penique, ni un penique; sois demasiado impaciente para llevar cruces (2); pasadlo bien y recomendadme a mi primo Westmoreland.

(Salen el Justicia Mayor y el ujier).

FALSTAFF. — Si lo hago, que me aplasten con un mazo. El hombre no puede separar la avaricia de la vejez ni la lujuria de la juventud; pero la gota martiriza al uno y el gálico pincha al otro, lo que hace superfluas mis maldiciones... ¡Hola, muchacho!

PAJE. — ¿Señor?

(1) Es decir, a no beber más vino o licores.

(2) Juego de palabras; algunas monedas inglesas tomaban su nombre de la cruz que llevaban grabada en el anverso.

FALSTAFF. — ¿Cuánto hay en mi bolsa?

PAJE. — Siete groats y dos peniques.

FALSTAFF. — No puedo encontrar remedio contra esta consunción de la bolsa. Tomar prestado sólo es hacerla languidecer, pero el mal es incurable... Lleva esta carta a milord de Lancaster; ésta al príncipe; ésta al conde de Westmoreland, y esta a la vieja mistress Ursula, a quien juro semanalmente desposarla, desde que apercibí el primer pelo blanco en mi barba. ¡Ya estás andando! Sabes dónde encontrarme.

(Sale el Paje).

¡Que el gálico se lleve a esta gota, o que la gota se lleve a este gálico! Porque una u otro danzan infernalmente en el dedo gordo de mi pie. No importa si cojeo, porque tengo la guerra para dar color a la cosa y así mi pensión parecerá más justa. Un hombre de espíritu debe sacar partido de todo; voy a hacer contribuir mis lacras a mi comodidad.
(Sale).

Escena III

YORK.—Una sala en el palacio del Arzobispo.

(Entra el Arzobispo de York, los lords Hastings, Mowbray y Bardolph).

ARZOBISPO. — Así, ya conocéis nuestros motivos y podéis apreciar nuestros recursos. Mis nobilísimos amigos, os ruego a todos que digáis francamente vuestras opiniones sobre nuestras esperanzas. Y vos el primero, milord mariscal, ¿qué pensáis?

MOWBRAY. — Apruebo las razones de nuestro levantamiento; pero quisiera que se me explicara más claramente, cómo, con nuestros medios, podemos oponer un ejército aguerrido y sólido, a las tropas y al poder del rey.

HASTINGS. — Por el momento, nuestras fuerzas, puestas en línea, alcanzan a veinticinco mil hombres escogidos y se esperan refuerzos considerables del gran Northumberland, cuyo pecho arde en el inextinguible fuego de las injurias recibidas.

BARDOLPH. — La cuestión, lord Hastings, se reduce, pues, a esto: ¿pueden los veinticinco mil hombres con que contamos, hacer frente sin Northumberland?

HASTINGS. — Con él, lo pueden.

BARDOLPH. — ¡Pardiez! esa es la verdad. Pero si nos consideramos demasiado débiles sin él, mi opinión es que no debemos avanzarnos más sin tener su ayuda a la mano; porque en una cuestión que se presenta tan sangrienta, las conjeturas, expectativas y suposiciones de auxilios inseguros, no deben admitirse.

ARZOBISPO. — Esa es la verdad neta, lord Bardolph; en efecto, tal fué el caso del joven Hotspur en Shrewsbury.

BARDOLPH. — Precisamente, milord; se ilusionó con la esperanza, aspiró el aire de una promesa de ayuda, animándose él mismo con la expectativa de un refuerzo que fué menor que la menor de sus ilusiones. Fué así que, con una imaginación desmedida, propia de la locura, llevó a los suyos a la muerte y, enceguedo, se precipitó él mismo en la tumba.

HASTINGS. — Pero permitidme decirlos que no veo el mal en hacer el cálculo de probabilidades y analizar los motivos de esperanza.

BARDOLPH. — Sí, lo hay, en una guerra de esta clase, cuando las fuerzas necesarias existen sólo en la esperanza, como esos botones que vemos aparecer al principio de la primavera y que ofrecen menos esperanzas de dar frutos que de ser consumidos por la helada. Cuando pensamos en edificar, estudiamos en primer término el terreno y luego levantamos el plano; cuando vemos la configuración de la casa, entonces calculamos los gastos de su construcción. Y si encontramos que sobrepasan nuestros recursos, ¿qué otra cosa hacemos sino volver a trazar nuestro plan en proporciones menores o, por fin, renunciar a edificar? Con mayor razón en esta grande obra (en la que se trata casi de derribar una monarquía y levantar otra) debemos estudiar el terreno de la situación y el plano, establecer cimientos sólidos, consultar los hombres idóneos, examinar nuestros recursos, saber cuáles son nuestras fuerzas para tal empresa y compararlas con las del enemigo. De otra manera, nos hacemos fuertes en el papel y alineamos nombres de hombres, en vez de hombres, como aquel que trazara un plan de edificio superior a sus medios para edificarlo y que, después de haber construído la mitad, renunciara a continuarlo, dejando sus costosos trabajos abandonados al llanto de las nubes y a la ruda tiranía del invierno.

HASTINGS. — Admitamos que nuestras esperanzas, a pesar de su hermosa concepción, mueran al nacer y que poseamos en este momento hasta el último soldado de los que podemos esperar, pienso que, tal como estamos, somos un cuerpo bastante fuerte para igualar al del rey.

BARDOLPH. — ¿Cómo? ¿El rey no tiene más que veinticinco mil hombres?

HASTINGS. — Contra nosotros no más; ni aun tantos, lord Bardolph; porque su ejército, en estos tiempos de tumulto, está dividido en tres cuerpos: uno contra los franceses y el otro contra Glendower. Por fuerza tiene que oponernos el tercero. Así el débil monarca se ve obligado a dividirse en tres y sus cofres resucenan con el hueco sonido de la pobreza y el vacío.

ARZOBISPO. — No es de temer que reuna en un solo ejército sus fuerzas divididas y que caiga sobre nosotros con todo el peso de su poder.

HASTINGS. — Si así lo hace, deja sus espaldas sin defensa, con los franceses y los galenses ladrando a sus talones. No lo temáis.

BARDOLPH. — ¿Quién, según parece, debe dirigir las fuerzas contra nosotros?

HASTINGS. — El duque de Lancaster y Westmoreland; contra el Galense, él mismo y Harry Monmouth; pero no tengo noticias ciertas sobre el jefe que opone a los franceses.

ARZOBISPO. — Adelante, pues, y hagamos públicos los motivos de nuestro levantamiento. El pueblo está enfermo de su propia elección; su amor, demasiado ávido, se ha hartado. Vertiginosa e insegura habitación tiene aquel que edifica sobre el corazón de la plebe. ¡Oh estúpida multitud, qué aturdidoras aclamaciones lanzabas al cielo bendiciendo a Bolingbroke, antes que fuera lo que tú querías que fuese! Y ahora que estás satisfecho en tus propios deseos, tú, bestial glotón, estás tan harto de él, que te esfuerzas por vomitarlo. Así, así, bestia asquerosa, vomitaste de tu insaciable estómago al real Ricardo. ¿Y ahora querías comer a aquel que arrojaste y le llamas con tus alaridos? ¿Qué hay de seguro en estos tiempos? Aquellos que, cuando Ricardo vivía, querían su muerte, están ahora ena-

morados de su tumba. Tú, que arrojabas polvo sobre su sagrada cabeza, cuando a través del soberbio Londres se avanzaba suspirando tras los admirados pasos de Bolingbroke, gritas ahora: ¡Oh, tierra, devuélvenos aquel rey y toma éste! ¡Oh maldécidos pensamientos humanos! ¡El pasado y el porvenir parecen siempre mejores, el presente siempre peor! (1).

MOWBRAY. — ¿Reuniremos nuestras tropas y entraremos en campaña?

HASTINGS. — Somos súbditos del tiempo y el tiempo ordena partir. (*Salen*).

(1) Este soberbio apóstrofe del Arzobispo de York, fué agregado por Shakespeare, según Pope, después de la primera edición del drama.

ACTO II

Escena I

LONDRES.—*Una calle.*

(Entra la Posadera; Garra y su criado, con ella; luego Trampa).

POSADERA. — ¿Maese Garra, habéis ya inscripto la ejecución?

GARRA. — Sí, está ya inscripta.

POSADERA. — ¿Dónde está vuestro corchete? ¿Es hombre vigoroso? ¿Irá adelante sin flaquear?

GARRA. — (*Al criado*). A ver, pelafustán, ¿dónde está Trampa?

POSADERA. — Eso, eso, señor: ese buen maese Trampa.

TRAMPA. — (*Avanzando*). Aquí estoy, aquí estoy.

GARRA. — Trampa, debemos arrestar a Sir John Falstaff.

POSADERA. — Sí, mi buen maese Trampa; ya le hemos hecho ejecutar legalmente.

TRAMPA. — Puede que cueste la vida a alguno de nosotros, porque se va a defender a puñalada limpia.

POSADERA. — ¡Día maldito! Tened mucho cuidado con él; me ha apuñaleado en mi propia casa, y eso de la manera más brutal. A la verdad, cuando echa el arma fuera, no se preocupa del mal que hace; juega de punta como un diablo, no perdona hombre, ni mujer, ni niño.

GARRA. — Si puedo agarrarlo bien, no me importa su arma.

POSADERA. — Ni a mí tampoco; yo os echaré una mano.

GARRA. — ¡Si puedo echarle la zarpa una sola vez y tenerlo entre estas tenazas!

POSADERA. — Su partida me arruina; os aseguro que tiene en casa una cuenta de nunca acabar. Mi buen maese Garra, agarradlo bien; no le dejéis escapar, mi buen maese Trampa. Va continuamente a la bocacalle, salvo vuestro respeto, a comprar una silla (1); está complicado (2) a comer en la Cabeza del Leopardo, en casa de maese Pulido, el mercader de sedas, en Lombard-Street. Os ruego, pues, ya que mi ejecución está registrada y mi caso tan notoriamente conocido del mundo entero, obligadle a arreglar cuentas. Cien marcos es una carga muy pesada para una pobre mujer sola. Y me he aguantado, aguantado y me la ha pegado, pegado, que es una vergüenza recordarlo. Un proceder semejante es indecente, a menos que no se haga de una mujer un asno, una bestia, para soportar todo al primer pillo que llegue.

(Entra sir John Falstaff, el Paje y Bardolfo)

Helo aquí que viene, y con él ese pícaro redoma-

(1) A evacuar.

(2) *Indited*, por *invited*, invitado, lapsus de la posadera.

do de nariz de malvasia, Bardolfo. Haced vuestro oficio, maese Garra, haced vuestro oficio, maese Trampa, hacedme, hacedme vuestro oficio.

FALSTAFF. — ¿Qué es esto? ¿Quién ha perdido aquí la mula? ¿De qué se trata?

GARRA. — Sir John, os arresto a requisición de Mistress Quickly.

FALSTAFF. — ¡Atrás, canalla! Desenvaina, Bardolfo, córtame la cabeza de ese villano y échame esa zorra al canal.

POSADERA. — ¿Echarme al canal? ¡Soy yo quien voy a echarte al canal! ¡Ensayá, ensaya, inmundo bastardo! ¡Homicidio! ¡Homicidio! ¡Malvado asesino! ¿Quieres matar a los oficiales de Dios y del rey? Eres un asesino, un bandido, matador de hombres y mujeres.

FALSTAFF. — Haz despejar esa canalla, Bardolfo.

GARRA. — ¡Ayuda, ayuda!

POSADERA. — Buenas gentes, dadnos un golpe de mano, o dos. ¡Ah! no quieres, ¿eh? ¿Con que no quieres? ¡Ahora verás, asesino, canalla!

FALSTAFF. — ¡Atrás, fregona hedionda, atrás, vibora, o te acaricio la catástrofe!

(Entra el Lord Justicia Mayor y su séquito).

LORD JUSTICIA. — ¿Qué es esto? ¿Queréis cesar de alborotar!

POSADERA. — ¡Mi buen lord, sedme favorable, sostenedme, os conjuro!

LORD JUSTICIA. — ¿Cómo es esto, Sir John? ¿Qué escándalo estáis produciendo? ¿Es este vuestro sitio, en estos momentos, y así cumplís vuestra misión? Deberíais estar ya muy adelante en el camino de York. — (*Al corchete*). Soltadle, muchacho; ¿por qué te aferras a él?

POSADERA. — ¡Oh! mi muy venerable lord, permítame Vuestra Gracia decirle que soy una pobre viuda de Eastcheap y que le prenden a mi requisición.

LORD JUSTICIA. — ¿Por qué suma?

POSADERA. — Es más que por algo (1), milord, es por todo, por todo lo que poseo; me ha comido la casa y el hogar entero; ha trasladado toda mi substancia dentro de esa gruesa panza; pero quiero que me devuelva algo o he de cabalgar sobre tí todas las noches como una pesadilla.

FALSTAFF. — Me parece más probable que sería yo quien cabalgara la yegua (2), por poco que me favoreciera el terreno.

LORD JUSTICIA. — ¿Qué significa eso, Sir John? ¿Qué hombre decente podría sufrir esta tempestad de denuestos? ¿No tenéis vergüenza de obligar a una pobre viuda a recurrir a esa violencia para recuperar lo que es suyo?

FALSTAFF. — (*A la posadera*). ¿A qué suma asciende el total de lo que te debo?

POSADERA. — ¡Caramba! Tu persona y tu dinero, si fueras un hombre honrado. ¿No me juraste, sobre un jarro con figuras doradas, sentado en mi cuarto del Delfín, en la mesa redonda, cerca de un buen fuego, el miércoles de Pentecostés, el día en que el príncipe te rajó la cabeza porque comparaste a su padre con un cantor de Windsor, no me juraste, cuando estaba lavándote la herida, casarte conmigo y hacer de mí milady Falstaff? ¿Puedes negarlo? ¿Acaso en ese momento no entró Doña Sólida, la mujer del carnicero, y me llamó comadre Quie-

(1) Juego de palabras intraducible entre *sum*, suma y *some*, algo.

(2) *Mare*, pesadilla y también yegua, de donde el retruécano de Falstaff.

kly? Venía a pedirme prestado un poco de vinagre, diciendo que tenía un buen plato de langostinos; por lo que deseaste comer algunos, a lo que contesté que eran malos para una herida abierta. ¿Y no me dijiste, cuando doña Sólida había ya bajado la escalera, que deseabas que no me familiarizara tanto con esa especie de gentes, añadiendo que antes de poco tendrían que llamarme Milady? ¿Y no me besaste entonces, pidiéndome te fuera a buscar treinta chelines? Ahora te exijo jures sobre la Sagrada Escritura si es o no cierto. Niégalo, si puedes.

FALSTAFF. — Milord, es una pobre loca; anda diciendo por todos los rincones de la ciudad que su hijo mayor se os parece. Ha estado en buena situación y la verdad es que la pobreza le ha perturbado el cerebro. Pero en cuanto a estos groseros corchetes, me permitiréis presente una reclamación contra ellos.

LORD JUSTICIA. — Sir John, Sir John, conozco perfectamente vuestra manera de torcer la buena causa por el mal camino. No es un aspecto confiado, ni ese flujo de palabras que dejáis escapar con un descaro más que imprudente, que pueden desviarme de mi estricto deber; me parece que habéis abusado de la complaciente simplicidad de espíritu de esta mujer y la habéis convertido en sierva de vuestra persona tanto en cuerpo como en bienes.

POSADERA. — ¡Esa, esa es la verdad, milord!

LORD JUSTICIA. — ¡Vamos, silencio!... Pagadle lo que le debéis y reparad el daño que le habéis hecho. Lo primero podéis hacerlo en moneda esterlina; lo segundo con la penitencia de costumbre.

FALSTAFF. — Milord, no sufriré esa reprensión sin replicar. Llamáis imprudente descaro a la honorable franqueza. Si un hombre hace muchas corte-

sías, sin decir palabra, es virtuoso. No, milord, sin olvidar mis humildes deberes para con vos, no os hablaré en tono de súplica: os digo que deseo que se me desembarace de estos corchetes, porque el servicio del rey me reclama con premura.

LORD JUSTICIA. — Habláis en un tono como si tuvié-
seis derecho a hacer el mal; contestad como corres-
ponde a vuestro carácter y satisfaced esta pobre
mujer.

FALSTAFF. — Oyeme, posadera.

(Toma aparte a la posadera).

(Entra Gower).

LORD JUSTICIA. — Y bien, maese Gower, ¿qué noti-
cias?

GOWER. — El rey, milord, y el príncipe Enrique de
Gales, están al llegar. Este papel os dirá el resto.

FALSTAFF. — (*A la posadera*). ¡Palabra de caba-
llero!

POSADERA. — No, lo mismo decíais antes.

FALSTAFF.—¡Palabra de caballero!.. Vamos, no ha-
blemos más de eso.

POSADERA. — Por esta tierra cubierta de cielo que pi-
so, me voy a ver obligada a empeñar toda mi plata
labrada y los tapices de mis comedores.

FALSTAFF. — Vasos, vasos es todo lo que se necesita
para beber; en cuanto a las paredes, cualquier his-
torieta graciosa, como la del hijo pródigo o la ca-
cería alemana, pintada al fresco, valen mil veces
más que esas cortinas de cama o esas tapicerías apo-
lilladas. Si puedes, que sean diez libras. Vamos,
si no fueran tus humores, no habría mujer que te
valiera en Inglaterra. Vé, lávate la cara y retira
tu queja. No te vuelvas a poner de mal humor con-
migo. ¿No me conoces acaso? Vamos, ya sé que te
han impulsado a obrar así.

POSADERA.—¡Te ruego, sir John, que no sean más que veinte nobles! (1) Voy a tener que empeñar toda la vajilla, toda entera, te lo juro.

FALSTAFF. — No hablemos más de eso; buscaré otro arbitrio; serás una tonta toda tu vida.

POSADERA.—Bien, tendrás la suma, aunque tenga que empeñar hasta el vestido. Espero que vendréis a cenar a casa. ¿Me pagaréis todo junto?

FALSTAFF. — ¿Viviré? Ve con ella, ve con ella (*a Bardolfo*), engatúsala, engatúsala.

POSADERA. — ¿Queréis que Dorotea Rompe-Sábana cene con vos?

FALSTAFF. — Que venga y basta de charla.

(Salen la Posadera, Bardolfo, los corchetes y el paje).

LORD JUSTICIA. — He oído mejores noticias.

FALSTAFF. — ¿Qué noticias son, mi buen lord?

LORD JUSTICIA. — ¿Dónde durmió el rey la última noche?

GOWER. — En Basingstoke, señor.

FALSTAFF. — Espero, milord, que todo va bien. ¿Qué noticias hay, milord?

LORD JUSTICIA. — (*A Gower*). ¿Todas sus fuerzas han regresado?

GOWER. — No; mil quinientos infantes y quinientos jinetes van a unirse a milord de Lancaster, para marchar contra Northumberland y el Arzobispo.

FALSTAFF. — ¿El rey vuelve del país de Gales, milord?

LORD JUSTICIA. — Os daré en breve algunas cartas; venid, venid conmigo, buen maese Gower.

FALSTAFF. — ¿Milord?

LORD JUSTICIA. — ¿Qué hay?

(1) Moneda.

FALSTAFF. — (*A Gower*). Maese Gower, ¿comeréis conmigo?

GOWER. — Tengo que esperar aquí las órdenes de milord; os agradezco, buen Sir John.

LORD JUSTICIA. — Sir John, haraganeáis aquí demasiado, teniendo que reclutar soldados en los condados por donde paséis.

FALSTAFF. — ¿Queréis cenar conmigo, maese Gower?

LORD JUSTICIA. — ¿Quién es el imbécil profesor que os ha enseñado esas maneras, Sir John?

FALSTAFF. — (*A Gower siempre*). Maese Gower, si esas maneras no me van bien, es un imbécil quien me las enseñó. Es la gracia perfecta de la esgrima, milord; golpe por golpe y a mano.

LORD JUSTICIA. — ¡Que el Señor te ilumine! ¡Eres un gran mentecato! (*Salen*).

Escena II

LONDRES.—*Otra calle.*

(Entran el Príncipe Enrique y Poins).

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Créeme que estoy excesivamente fatigado.

POINS. — ¿Cómo es posible? Nunca hubiera creído que el cansancio se atreviera con una persona tan altamente colocada.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Y sin embargo, es cierto, aunque esa confesión empañe el esplendor de mi grandeza. ¿No es una indignidad de mi parte tener ganas de beber cerveza ordinaria?

POINS. — La verdad es que un príncipe no debería tener el gusto tan depravado para recordar ni la existencia de esa insulsa droga.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Hay que convenir entonces en que mi apetito no es de naturaleza real, porque te doy mi palabra que en este momento recuerdo la existencia de esa humilde bebida. Pero el hecho es que tan triviales reflexiones me harían perder el cariño a mi grandeza. ¿Qué mayor desgracia para mí que recordar tu nombre? ¿O reconocer mañana tu cara? ¿O tomar nota de cuántos pares de medias de seda tienes: a saber, éstas y aquéllas que en otro tiempo fueron color durazno? ¿O llevar el inventario de tus camisas, así: una para el diario, la otra de gala? Pero, en ese punto, el guardián del juego de pelota es más fuerte que yo, porque debes estar muy en baja marea de ropa, cuando no empuñas una raqueta allí. Si hace tiempo que no te entregas a ese ejercicio, ha de ser porque tus Países Bajos han encontrado el medio de consumir tu Holanda. Y sabe Dios si los chicuelos que hereden las ruinas de tu ropa blanca, heredarán el reino de los cielos; pero las comadronas dicen que los niños no tienen la culpa. De esa manera el mundo se aumenta y las parentelas se fortalecen poderosamente.

POINS. — ¡Qué mal suena, después de vuestras duras proezas, ese lenguaje fútil en vuestros labios! Decídmelo, ¿cuántos buenos jóvenes príncipes harían lo que hacéis, estando sus padres enfermos como está el vuestro en este momento?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Debo decirte una cosa, Poins.

POINS. — Sí, con tal que sea algo de primera.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — De todas maneras, siempre será muy buena para un espíritu de tu calibre.

POINS. — Adelante; espero a pie firme el choque de la cosa que queréis decirme.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Bien; te diré que no me conviene mostrarme triste, ahora que mi padre está enfermo; sin embargo, puedo decirte (como a alguien que se antoja, a falta de otro mejor, llamar amigo) que podría estar triste y bien triste a la verdad.

POINS. — No es cosa fácil, si es por esa causa.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Por mi fe que me juzgas ya tan en las buenas gracias del demonio, como tú o Falstaff, por lo empedernido de mi perversidad. Tiempo al tiempo y verás el hombre. Pero te lo digo: mi corazón sangra por dentro, de que mi padre esté enfermo. En una compañía tan vil como la tuya, he debido, naturalmente, evitar toda ostentación de dolor.

POINS. — ¿Y por qué razón?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Qué pensarías de mí, si me vieras llorar?

POINS. — Pensaría que eres el príncipe de los hipócritas.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Así pensaría todo el mundo. ¡Hombre feliz, que piensas como todo el mundo! ¡Jamás el pensamiento de un hombre siguió mejor la senda trillada que el tuyo! En efecto, en la idea del vulgo, debo ser un hipócrita. ¿Y qué es lo que determina a vuestro venerable pensamiento a pensar así?

POINS. — Habéis sido tan disoluto, tan estrecha vuestra vinculación con Falstaff...

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Y contigo.

POINS. — Por la luz que nos alumbra, tengo buena reputación y puedo oír con las dos orejas lo que se dice de mí. Lo peor que puede decirse es que soy un segundón de familia y un joven con cier-

ta habilidad de manos, y contra esos cargos, lo confieso, no tengo réplica. ¡Por la Misa! ahí viene Bardolfo.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Y el muchacho que di a Falstaff. Era un cristiano cuando se lo entregué; mira cómo ese obeso pillo le ha transformado en mono.

(Entran Bardolfo y el paje).

BARDOLFO. — ¡Salud a vuestra gracia!

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Y a la tuya, nobilísimo Bardolfo.

BARDOLFO. — Ven aquí (*al paje*) virtuoso burro, bobo encogido, siempre ruborizándote! ¿Por qué te ruborizas ahora? ¡Vaya un hombre de armas virginal! ¿Es tan grave asunto quitarle la virginidad a un jarro de cerveza?

PAJE. — Hace un momento, milord, me llamó a través de una celosía roja y no pude distinguir parte alguna de su cara del enrejado de la ventana. Por fin, apercibí sus ojos y me pareció que había hecho dos agujeros en el delantal nuevo de la tabernera y que atisbaba a través.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Pues no ha aprovechado el muchacho!

BARDOLFO. — ¡Fuera de aquí, hijo de p..., conejo tieso, fuera de aquí!

PAJE. — ¡Fuera tú mismo, indecente, sueño de Altea!

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Instrúyenos, muchacho; ¿qué sueño es ese?

PAJE. — Pardiez, milord, Altea soñó que había parido un tizón ardiente; por eso le llamo sueño de Altea (1).

(1) Los comentadores observan la confusión que hace el paje entre el tizón de Melcagro, hijo de Altea, con la antorcha que Hécuba creyó, en sueño, dar a luz.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Esa interpretación vale una corona; toma. (*Le da dinero*).

POINS. — ¡Oh pueda esta hermosa flor preservarse de los gusanos! Toma, aquí tienes seis peniques para preservarte.

BARDOLFO. — Si vuestra compañía no le conduce a la horca, defraudará al verdugo.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Y cómo va tu amo, Bardolfo?

BARDOLFO. — Bien, milord; supo el regreso de vuestra gracia a la ciudad; aquí traigo una carta para vos.

POINS. — ¡Entregada muy respetuosamente! ¿Y cómo va esa remota primavera de tu patrón?

BARDOLFO. — Como salud del cuerpo: bien.

POINS. — ¡Pardiez! la parte inmortal necesita médico; pero eso no le preocupa; por más enferma que esté, esa parte no muere.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Permito a ese lobanillo ser tan familiar conmigo como a mi perro; así abusa del privilegio. Ved cómo me escribe.

POINS. — (*Lee*) *John Falstaff, hidalgo...* Todo el mundo tiene que saberlo, cada vez que encuentra ocasión de nombrarse. Exactamente como esos que tienen parentesco con el rey y que no se pinchan un dedo sin decir: *¡he ahí sangre real que corre!* ¿Cómo así? dice alguno que afecta no comprender. La respuesta es tan pronta como el saludo de un petardista: *Soy el pobre primo del rey, señor.*

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Sí, quieren ser nuestros parientes, aunque tengan que remontarse hasta Jact. Pero, a la carta.

POINS. — *Sir John Falstaff, hidalgo, al hijo del rey, el primero después de su padre, Harry, príncipe de Gales, ¡salud!* ¡Parece un testimonio!

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Vamos!

POINS. — *Quiero imitar al honorable Romano en su brevedad... querrá decir en la brevedad de aliento, respiración entrecortada. Me encomiendo a ti, te encomiendo al cielo y te saludo. No seas muy familiar con Poins, porque abusa de tus favores hasta el punto de jurar que vas a casarte con su hermana Nelly. Arrepíentete como puedas del tiempo mal empleado, y con esto, adiós.*

Tuyo, sí o no (según tú me trates) Jack Falstaff, para mis íntimos; John, para mis hermanos y hermanas, y sir John para toda la Europa.

Milord, voy a empapar esta carta en vino y se la voy a hacer tragar.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Le harás tragar veinte de sus palabras. ¿Conque es así que me tratas, Ned? ¿Conque debo casarme con tu hermana?

POINS. — ¡Pueda la infeliz no tener peor fortuna! Pero nunca dije eso.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Vamos, estamos jugando con el tiempo como locos y los espíritus de la cordura se ciernen en las nubes y se burlan de nosotros. ¿Está tu amo aquí en Londres?

BARDOLFO. — Sí, milord.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Dónde cena? ¿El viejo jabalí se apacienta siempre en la vieja pocilga?

BARDOLFO. — En el viejo sitio, milord, en Eastcheap.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿En qué compañía?

BARDOLFO. — Borrachones, milord, de la vieja escuela.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Cenan algunas mujeres con él?

BARDOLFO. — Ninguna, milord, fuera de la vieja mistress Quickly y de doña Dorotea Rompe-Sábana.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Qué especie de pagana es esa?

BARDOLFO. — Una señora de pro, milord, una parienta de mi señor.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Sí, parienta a la manera que las vacas de la parroquia lo son del toro de la aldea... ¿Si les sorprendiéramos cenando, Ned?

POINS. — Soy vuestra sombra, milord; os seguiré.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Pardiez, muchacho! y tú, Bardolfo, ni una palabra a vuestro amo de que ya he llegado a la ciudad. Esto por vuestro silencio. *(Les da dinero)*.

BARDOLFO. — No tengo lengua, señor.

PAJE. — Y en cuanto a la mía, señor, la dominaré.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Adiós, pues; podéis iros.

(Salen Bardolfo y el paje).

Esta Dorotea Rompe-Sábana debe ser una vía pública.

POINS. — Os lo garantizo, tan pública como el camino de Saint Albans a Londres.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Cómo podríamos ver a Falstaff esta noche mostrarse bajo sus verdaderos colores, sin ser vistos nosotros?

POINS. — Pongámonos chaquetas y delantales de cuero y sirvámosle a la mesa como si fuéramos mozos de taberna.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡De Dios a toro! ¡Grave caída! Fué el caso de Júpiter. ¡De príncipe a aprendiz! ¡Baja transformación! Esa será la mía, porque en todas las cosas, el objetivo compensa la locura. Sígueme, Ned. *(Salen)*.

Escena III

WARKWORTH.—*Delante del Castillo.*

(*Entran Northumberland, lady Northumberland
& lady Percy.*)

NORTHUMBERLAND. — Te ruego, amada esposa, y a ti, gentil hija, dejadme dar libre curso a mis severos designios, no toméis la expresión de las circunstancias y no seais, como ellas, importunas a Percy.

LADY NORTHUMBERLAND. — No, ya he cesado, no hablaré más; haced lo que queráis. Que vuestra prudencia sea vuestro guía.

NORTHUMBERLAND. — ¡Ay! querida mía, mi honor está empeñado y sólo mi partida puede redimirlo.

LADY PERCY. — ¡No, os conjuro por la salud divina, no vais a esa guerra! Hubo un tiempo, padre, en que faltasteis a vuestra palabra, cuando os ligaban vínculos más queridos que ahora; cuando vuestro propio Percy, el Harry querido a mi alma, arrojó más de una mirada al Norte, para ver si su padre le traía sus refuerzos; pero en vano suspiró. ¿Quién os persuadió entonces a quedaros en vuestra casa? Hubo dos honores perdidos: el vuestro y el de vuestro hijo. El vuestro... ¡quiera el cielo reavivarlo gloriosamente! El suyo... estaba adherido a él como el sol a la bóveda gris del cielo y con su luz guiaba a todos los caballeros de la Inglaterra a los hechos brillantes. Era, a la verdad, el espejo al que la noble juventud se ajustaba; todos imitaban su modo de andar, y el brusco lenguaje, que era su defecto natural, se había convertido en el idioma de los bravos; porque aquellos mismos que hablaban bajo y reposadamente, se corrigieron de

esa calidad como de una imperfección, a fin de parecersele. Tanto que, en palabras, en continente, en gustos, inclinaciones, placeres, en disciplina militar, en humoradas, era el parangón y el espejo, la copia y el libro, sobre el que los demás se modelaban. ¡Y a él, a ese prodigio, a ese milagro de los hombres, habéis abandonado! No habéis secundado a aquel que nunca tuvo segundo (1). Le dejasteis afrontar el horrible Dios de la guerra desventajado y sostener un campo de batalla donde sólo el eco del nombre de Hotspur era elemento de lucha. Así le abandonasteis. Nunca, ¡oh! nunca hagáis a su sombra la afrenta de mantener vuestra palabra con más religión a los otros que a él! Dejadlos solos. El mariscal y el arzobispo son fuertes. ¡Si mi dulce Harry hubiera tenido la mitad de sus tropas, podría hoy, colgada del cuello de mi Hotspur, hablar de la tumba de Monmouth!

NORTHUMBERLAND. — ¡Amargo y duro tienes el corazón, mi gentil hija! Abates mi espíritu, haciéndole de nuevo lamentar pasados errores. Pero debo ir y hacer frente al peligro; si no me buscará en otra parte y me encontrará menos preparado.

LADY NORTHUMBERLAND. — ¡Oh! huye a Escocia, hasta que los nobles y las comunas armadas hayan hecho un primer ensayo de sus fuerzas.

LADY PERCY. — Si ganan terreno y obtienen ventajas sobre el rey, entonces uníos a ellos, como un puntal de acero, para fortalecer su pujanza; pero, por todo lo que amamos, dejadles que primero se

(1) Me permito observar que aun en las tiradas de más alta elocuencia Shakespeare no puede defenderse contra su manía de jugar sobre las palabras. *Second to none un-secunded by you* es un preciosismo deplorable en medio de la soberbia explosión del altivo dolor de lady Percy.

ensayen ellos mismos. Así hizo vuestro hijo, así permitisteis que hiciera, así quedé yo viuda. Y jamás tendré bastante vida para regar mi recuerdo con mis lágrimas, de manera que crezca y se eleve tan alto como los cielos, en memoria de mi noble esposo.

NORTHUMBERLAND. — Vamos, vamos, entrad conmigo. Sucede a mi espíritu lo que a la marea cuando, llegada a su mayor altura, queda inmóvil entre dos direcciones. De buena gana iría a reunirme con el arzobispo, pero mil razones me detienen. Resuelvo ir a Escocia; allí permaneceré hasta que el momento y la ocasión exijan mi regreso. (*Salen*).

Escena IV

LONDRES. — *Un cuarto de la Taberna del Jabalí en Eastcheap.*

(*Entran dos mozos de taberna*).

1.^{er}. Mozo. — ¿Qué diablos traes ahí? ¿Peras de San Juan? (1) Bien sabes que sir John no puede sufrir sus tocayas.

2.^o Mozo. — ¡Por la Misa, que dices la verdad! Una vez, el príncipe colocó un plato de esas peras delante de él y le dijo que ahí había cinco sir Johns más; luego, sacándose el sombrero, añadió: *ahora voy a despedirme de esos seis secos, redondos, viejos y arrugados caballeros*. Eso le irritó hasta el alma; pero ya lo ha olvidado.

(1) Según los anotadores, las *apple-Johns* se conservan dos años.

- 1.^{er}. Mozo. — Bien, entonces tápalas, y sírvelas. Ve si puedes encontrar la charanga de Mosca Muerta en alguna parte; doña Rompe-Sábana oiría con gusto un poco de música. Despáchate; el cuarto en que van a cenar está demasiado caliente, van a venir ahora mismo.
- 2.^o Mozo. — El príncipe y Poins van a estar aquí dentro de un momento; van a ponerse dos de nuestras chaquetas y delantales de cuero. Sir John no debe saberlo; Bardolfo vino a decirlo.
- 1.^{er}. Mozo. — Por la Misa que va a ser una farsa de primera, una estratagema excelente.
- 2.^o Mozo. — Me voy a ver si puedo encontrar a Mosca Muerta. (*Sale*).

(Entran la Posadera y Dorotea Rompe-Sábana).

POSADERA. — A fe mía, corazoncito de mi alma, me parece que estáis ahora en un buen y excelente temple; vuestra pulsación bate tan extraordinariamente (1) como el corazón puede desearlo y os garantizo que vuestro color está tan rojo como el de una rosa. Pero, a la verdad, habéis bebido demasiado Canarias, y es ese un vino maravilloso y penetrante, que os perfuma la sangre antes de poder decir: *¿qué es esto? ¿Cómo os encontráis?*

DOROTEA. — Mejor que hace un momento... ¡Hem!

POSADERA. — Vamos, tanto mejor; un buen corazón vale oro. Mirad, ahí viene sir John.

(Entra Falstaff, tarareando).

FALSTAFF. — *Cuando Arturo vino a la Corte...* Vaciad el orinal.

(1) La posadera trabuca a menudo el significado de las palabras.

Y era un buen rey...

(Sale el mozo).

¿Qué tal, mistress Doll?

POSADERA. — No se encuentra bien... Unas náuseas...

FALSTAFF. — Así son todas; si no os les vais encima, se ponen malas.

DOROTEA. — ¡Canalla fangoso! ¿Es ese el consuelo que me das?

FALSTAFF. — Vos hacéis engordar a los canallas, mistress Doll.

DOROTEA. — ¡Que yo los hago engordar! Lo hincha la glotonería y la enfermedad, no yo.

FALSTAFF. — Si el cocinero ayuda a la glotonería, vos ayudáis a la enfermedad, Doll, las pescamos de vosotras, Doll, las pescamos de vosotras; conviene en ello, mi pobre virtud, conviene en ello.

DOROTEA. — Sí, pardiez, lo que nos pescáis son nuestras cadenas y nuestras alhajas.

FALSTAFF. — (*Tarareando*).

Vuestros broches, perlas y botones (1).

Para servir como un valiente, es necesario, sabéis, avanzar con firmeza, avanzar valientemente sobre la brecha con la pica tendida, entregarse valientemente al cirujano, aventurarse valientemente sobre las piezas cargadas...

DOROTEA. — Vete a los demonios, cenagoso congrio, ahórcate con tus manos.

POSADERA. — ¡Siempre la misma historia! No podéis estar juntos sin ponerlos a discutir en el acto. A la verdad, sois ambos tan caprichosos como dos tostadas secas que no pueden ajustarse una a otra.

(A Dorotea).

(1) Verso de una antigua canción.

¡Mal año! Uno debe soportar al otro y ese debe ser vos; sois el navío más débil, como dicen, el más vacío.

DOROTEA. — ¿Puede acaso un débil navío vacío soportar semejante tonel repleto? Tiene dentro todo un cargamento de Burdeos. Nunca habéis visto un barco con la bodega tan cargada. Vamos, seamos amigos, Jack; vas a partir a la guerra y si te volveré a ver o no, es cuestión que a nadie interesa.

(Vuelve el mozo).

MOZO. — Señor, el portainsignia Pistola está ahí abajo y desea hablaros.

DOROTEA. — ¡Que el diablo se lleve a ese camorrista! No le dejéis entrar aquí; es el pillo de boca más sucia que hay en Inglaterra.

POSADERA. — Si arma camorras, que no entre aquí; no, a fe mía, que tengo que vivir entre mis vecinos; no quiero pendencieros. Tengo buen nombre y buena fama entre la gente más honorable... Cerrad la puerta: aquí no me entran camorristas. No he vivido hasta hoy para tener camorras ahora; cerrad la puerta, por favor.

FALSTAFF. — ¿Puedes oirme, posadera?

POSADERA. — Os lo ruego, pacificaos, sir John; no entran pendencieros aquí.

FALSTAFF. — Pero óyeme, es mi portainsignia.

POSADERA. — ¡Ta, ta ta! no me habléis de eso, sir John. Vuestro insigne fanfarrón no entrará por mis puertas. Me encontraba el otro día en presencia de maese Tísico, el diputado, y como me dijera (no más tarde que el miércoles último)... *Vecina Quickly* — me dijo — Maese Mudo, el predicador, estaba también allí... *Vecina Quickly*, me dijo, *recibid a la gente culta, porque, añadió, tenéis mala reputación...* Bien sé yo por qué me decía eso...

Porque, dijo, sois una mujer honrada y estimada; en consecuencia, tened mucho cuidado con los huéspedes que recibís. No recibais, dijo, gente camorrista. No entran aquí... Os habríais maravillado de oír a maese Tísico. ¡No, nada de camorristas!

FALSTAFF. — No es un camorrista, posadera, es un petardista inofensivo; podéis acariciarlo con tanta seguridad como a un perrillo faldero, no haría frente a una gallina de Berbería, apenas erizara ésta las plumas y se pusiera en defensa. Hazle subir, tú, mozo.

POSADERA. — ¿Un petardista, decís? Mi casa no está cerrada a ningún hombre honrado ni a ningún petardista; (1) pero no quiero camorras. Mi palabra, me siento mal cuando alguien habla de pendencias. Ved, señores, cómo tiemblo, mirad, os lo aseguro.

DOROTEA. — En efecto, posadera.

POSADERA. — ¿No es verdad? Sí, a fe mía, tiemblo como una hoja; no puedo sufrir los camorristas.

(Entran Pistola, Bardolfo y el Paje).

PISTOLA. — Dios os guarde, sir John.

FALSTAFF. — Bienvenido, portainsignia Pistola. Vamos, Pistola, os cargo con una copa de Canarias; descargad sobre nuestra posadera.

PISTOLA. — Voy a descargarle dos tiros, sir John.

FALSTAFF. — Es a prueba de bala, señor mío; difícilmente podréis entrarle.

POSADERA. — No tragaré ni pruebas ni balas; no beberé sino lo que me dé la gana, por el placer de ningún hombre, ¿estamos?

(1) La gracia de esta respuesta está en que la posadera confunde *cheater* (tramposo, petardista) con *escheater*, empleado de la hacienda, bien conocido del pueblo, que le llamaba *cheater*, sea por ironía o por corrupción del vocablo.

PISTOLA. — A vos, pues, mistress Dorotea; preparaos, que os cargo.

DOROTEA. — ¿Cargarme a mí? Te desprecio, asqueroso bribón. ¿Cómo? ¡Vos, mendigo, vil pillete, canalla, tramposo, harapiento! ¡Atrás, villano mohoso, atrás! Este bocado es para tu amo.

PISTOLA. — ¡Nos conocemos, Dorotea!

DOROTEA. — ¡Fuera de aquí, vil ratero, inmundo tarugo, fuera de aquí! Por este vino, que os encajo el cuchillo en ese cachete enmohecido si os atrevéis conmigo. ¡Fuera, botellón de cerveza! ¡Truhán repleto de imposturas! ¿Desde cuándo, señor mío? ¿Y todo por esas charreteras en los hombros? ¡Gran cosa!

PISTOLA. — Eso merece que te estruje la gorguera.

FALSTAFF. — Basta, Pistola; no quiero que estalléis aquí. Descargaos fuera de nuestra compañía, Pistola.

POSADERA. — No, mi buen capitán Pistola; aquí no, mi querido capitán.

DOROTEA. — ¡Capitán! Abominable y maldecido estafador, ¿no tienes vergüenza de oírte llamar capitán? Si los capitanes fueran de mi opinión, te apalearían por engalanarte con ese título antes de ganarlo. ¡Tú capitán, villano! ¿Y por qué? ¿Por haber maltratado una pobre p... en un burdel? ¡Capitán, él! ¡Que te ahorquen, canalla! Un hombre que vive de ciruelas podridas y de galleta seca. ¡Un capitán! Estos bellacos concluirán por hacer la palabra capitán tan odiosa como la palabra *poseer*, que era una excelente y buena palabra antes de ser mal empleada. Los capitanes deberían prestar atención a esto.

BARDOLFO. — Vamos, descende, te lo ruego, buen porta.

FALSTAFF. — Escucha, Dorotea.

PISTOLA. — ¡Que no me voy! Te lo declaro, caporal Bardolfo; la voy a hacer pedazos, me voy a vengar sobre ella!

PAJE. — Te lo ruego, vete.

PISTOLA. — Primero quiero verla condenada, en el maldito lago de Plutón, en el abismo infernal, en brazos del Erebo y en las más viles torturas. ¡Retirad líneas y anzuelos, digo! ¡Fuera! ¡Fuera, perros! ¡Fuera, traidores! ¿No tenemos a Irene aquí? (1)

POSADERA. — Buen capitán Pistola, tranquilizaos; es ya muy tarde; os lo ruego, agravad vuestra cólera.

PISTOLA. — ¡Vaya una broma! ¿Acaso las bestias de carga, rocines de Asia hartos y huecos, incapaces de andar treinta millas al día, pueden compararse con los Césares y los Caníbales (2) y los Griegos Troyanos? No, antes sean condenados con el rey Cerbero y que ruja el cielo. (3) ¿Vamos a rompernos el alma por tales nimierías?

POSADERA. — ¡Por mi alma, capitán, son esas palabras muy anargas!

BARDOLFO. — Vamos, partid, buen porta; aquí va a haber barullo.

PISTOLA. — ¡Que los hombres mueran como perros! ¡Que las coronas se den como alfileres! ¿No tenemos a Irene aquí?

(1) El comentador Donce supone que Pistola daba a su espada el nombre de Irene. Otros recuerdan que *Hiren* (Irene) era una palabra de caló para designar una prostituta. Casi todo lo que dice Pistola ha sido tomado por Shakespeare, en burla, de algunas piezas absurdas, llenas de contrasentidos en las que tal vez él mismo tenía un papel.

(2) Por Antbales.

(3) Estos versos son una parodia de una antigua pieza ridícula, *Tamberlain's Conquest*.

POSADERA. — Mi palabra, capitán, que no tenemos aquí nada semejante. ¡Mal año! ¿Creéis que lo negaría? ¡En nombre del cielo, calmaos!

PISTOLA. — Entonces come y engorda, bella Calípolis. Vamos, dame un poco de vino.

Si fortuna me tormenta, sperato me contenta. (1)

¿Tener las andanadas, nosotros? ¡No, que el diablo haga fuego! Dadme de beber; y tú, mi dulce bien, reposa aquí a mi lado. (*Coloca su espada en el suelo*). ¿Pondremos punto final aquí? ¿Los etcétera no valen nada?

FALSTAFF. — ¡Pistola, quiero estar tranquilo!

PISTOLA. — Suave hidalgo, beso tu puño... ¡Bah! hemos visto los siete astros.

DOROTEA. — Echadlo escaleras abajo; no puedo aguantar este enfático bribón.

PISTOLA. — ¡Echadlo escaleras abajo! ¿Cómo? ¿No conocemos acaso las jacas galenses? (2)

FALSTAFF. — Hazlo rodar, Bardolfo, como un tejo. Si no hace nada aquí sino decir sandeces, está aquí demás.

BARDOLFO. — Vamos, baja.

PISTOLA. — ¿Cómo? ¿Vamos a proceder a las incisiones? ¿Empiezan las sangrías? (*Desnudando la espada*). ¡Que la muerte me arrebatte dormido y abrevie mis tristes días! ¡Que crueles, profundas y anchas heridas desenmarañen el copo de las tres hermanas! (3) ¡A mí, Atropos, a mí!

POSADERA. — ¡Qué gresea colossal!

FALSTAFF. — Muchacho, dame mi espada.

(1) Este verso está en italiano en el texto. Cárcano, en su traducción, reemplaza *sperato* por *esperanza*.

(2) Eran las más vulgares y las que se alquilaban por menos precio.

(3) Las Parcas.

DOROTEA. — Te ruego, Jack, te ruego, no desenvaines!

FALSTAFF. — (*Desenvainando y empujando a Pistola*). ¡A ver si me bajas la escalera!

POSADERA. — ¡Esto se llama un tumulto de verdad! Voy a renunciar a tener casa antes de volver a pasar por estos trances y terrores. Eso es un homicidio, estoy segura! ¡Por favor, por favor, envainad esas espadas desnudas!

(Salen Pistola y Bardolfo).

DOROTEA. — Te suplico, Jack, tranquilízate; ese pillo se ha ido. ¡Qué valiente p... (1) querido eres, Jack!

POSADERA. — ¿No estáis herido en la ingle? Me pareció que te tiraba un puntazo traidor a la barriga.

(Vuelve Bardolfo).

FALSTAFF. — ¿Le habéis echado fuera?

BARDOLFO. — Sí, señor. El bribón está borracho. Le habéis herido en el hombro, señor.

FALSTAFF. — ¡Semejante pillote, atrevérseme!

DOROTEA. — ¡Briboncillo querido! ¡Pobre monino, cómo sudas! ¡Deja que te enjугue la cara... ¡Ven ahora, canalla! ¡Ah bandido, te amo en verdad! Eres tan valeroso como Héctor de Troya, más que cinco Agamenones y diez veces más que los nueve héroes. ¡Ah villano!

FALSTAFF. — ¡Miserable esclavo! ¡Voy a darle un manteo!

(1) *Whoreson cheps*.

DOROTEA. — ¡Hazlo, si tienes corazón; si lo haces, te recompensaré entre dos sábanas!

(Entra la música).

PAJE. — Ha llegado la música, señor.

FALSTAFF. — Pues que toque; tocad, maestros. Siéntate en mis rodillas, Doll. ¡Inmundo fanfarrón! Se me escapó de entre las manos como azogue.

DOROTEA. — Es cierto, por mi fe y tú le seguías como una iglesia! ¡Ah mi gentil p..., lechoncillo de San Bartolo (1), cuándo cesarás de pelear durante el día y estoquear por la noche y empezará a empaquetar tu vetusta persona para el otro mundo?

(Entran por el fondo de la escena el príncipe Enrique y Poins disfrazados de mozos de taberna).

FALSTAFF. — Calla, *mi* buena Doll. No me hables como una calavera; (2) no me hagas recordar mi última hora...

DOROTEA. — Dime, ¿qué carácter tiene el príncipe?

FALSTAFF. — Un buen muchacho insignificante; habría sido un buen panetero, un buen peón de molino.

DOROTEA. — Dicen que Poins es muy espiritual.

FALSTAFF. — ¡El, espiritual! ¡El diablo se lleve ese macaco! Tiene el espíritu más espeso que la mostaza de Tewksbury; no hay en él más imaginación que en un mazo.

(1) Pequeños cerdos en pasta, que se vendían en la feria de San Barthélemy y se daban a los niños. (Comentadores).

(2) En tiempo de Shakespeare, las prostitutas tenían costumbre de usar, en el dedo del medio, un anillo con la imagen de una calavera. (Steevens).

DOROTEA. — ¡Y por qué le quiere tanto el príncipe?

FALSTAFF. — Porque ambos tienen las piernas del mismo tamaño; y juega bien al tejo; y come congrio con hinojo; (1) y traga cabos de vela como fruta con aguardiente; (2) y cabalga en un palo como los chiquillos; salta a pie junto por encima de los bancos; y blasfema con gracia; y se calza muy justo, como pierna de muestra; y no promueve riñas contando historias secretas; y, en fin, porque tiene otras facultades de mono, que atestiguan un espíritu mezquino y un cuerpo flexible. Por eso el príncipe le admite a su lado; porque el príncipe mismo es otro que le vale. Si se pesaran, el peso de un cabello haría inclinar la balanza.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Y no cortaremos las orejas a esa maza de rueda?

POINS. — Vamos a darle de palos delante de su p...

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Mira si el marchito viejo no tiene la cabeza pelada como un loro!

POINS. — ¿No es extraño que el deseo sobreviva tanto tiempo a la facultad de satisfacerlo?

FALSTAFF. — Bésame, Doll.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Saturno y Venus en conjunción este año! ¿Qué dice de eso el almanaque?

POINS. — (*Señalando a Bardolfo y a la posadera*).
¡Mirad ese triángulo de fuego, su escudero, lamien-
do los archivos de su amo, su libro de notas, su con-
sejera!

(1) Condimento reputado muy excitante. (Com.).

(2) *Flapdragón* (texto) significa propiamente un esca-moteo por el cual se aparenta comer fuego. Además un *flapdragón* era un cuerpo combustible, encendido en un extremo y flotando en una copa de licor. La habilidad consistía en beber el líquido sin quemarse. Lo que Shakespeare quiere decir, es que el príncipe amaba a Poins porque siempre estaba dispuesto a divertirlo.

FALSTAFF. — Me besoteas con adulonería.

DOROTEA. — No, en verdad; te beso de todo corazón.

FALSTAFF. — ¡Soy viejo, soy viejo!

DOROTEA. — Te quiero más que a cualesquiera de esos mocosuelos.

FALSTAFF. — ¿De qué tela quieres tener un vestido? Recibiré dinero el jueves; mañana tendrás una gorra. ¡Vamos, una alegre canción! Se hace tarde; vamos a acostarnos... ¿Cuando no esté aquí, me vas a olvidar?

DOROTEA. — Por mi vida que me vas a hacer llorar si me repites eso. Verás si me pueden probar que me haya acicalado una sola vez antes de tu vuelta. Vamos, oye el final de la canción.

FALSTAFF. — Vino, Paco.

PRÍNCIPE ENRIQUE Y POINS. — (*Avanzando*). Al instante, al instante, señor!

FALSTAFF. — (*Observándoles*). ¡Ah ah! ¡Un bastardo del rey! ¿Y tú no eres un hermano de Poins?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Oh! globo de continentes impuros, ¿no tienes vergüenza de la vida que haces?

FALSTAFF. — Mejor que la tuya; yo soy caballero; tú un arrancado mozo de taberna.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Exactísimo; he venido a arrancarte de aquí por las orejas.

POSADERA. — ¡Que el Señor preserve tu gracia! ¡Por mi alma bienvenido a Londres! ¡Que el Señor bendiga tu dulce cara! ¡Jesús mío! ¿Habéis vuelto, pues, del país de Gales?

FALSTAFF. — ¡Oh, h... de p..., compuesto de locura y majestad, por esta flaca carne y corrompida sangre (*poniendo la mano sobre Dorotea*), bienvenido seas!

DOROTEA. — ¿Cómo, gordo indecente? ¡Te desprecio!

POINS. — Quiere alejar vuestra venganza y echarlo todo a chacota; no os descuidéis.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Inmunda mina de sebo, ¿qué viles palabras sobre mí has pronunciado hace un momento delante de esta honesta, virtuosa y culta damisela?

POSADERA. — ¡Bendito sea vuestro buen corazón! Todo eso es, en verdad.

FALSTAFF. — ¿Me has oído tú?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Sí; me habrás reconocido, sin duda, como el día que echaste a correr en Gadshill; sabrías que estaba detrás de ti y has hablado de esa manera para probar mi paciencia.

FALSTAFF. — No, no, no, no es así; no creía que pudieras oírme.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Entonces voy a obligarte a confesar la premeditación del insulto y entonces sabré cómo tratarte.

FALSTAFF. — No ha habido insulto, Harry, palabra de honor, que no ha habido insulto.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Que no? ¿Y no me has denigrado? ¿No me has llamado panetero, peón de molino y no sé qué más?

FALSTAFF. — No ha habido insulto, Hal.

POINS. — ¡Que no ha habido insulto!

FALSTAFF. — Ningún insulto, Ned; ninguno, honesto Ned. Le he despreciado ante los malvados, a fin de que los malvados no le cobren afición; en lo que me he conducido como un amigo cariñoso y un súbdito fiel, por lo que tu padre me debe dar las gracias. Ningún insulto, Hal; ninguno, Ned; Ni sombra de insulto, muchachos.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Y ahora, por miedo puro, por simple cobardía, injurias a esta virtuosa damisela, para reconciliarte con nosotros! ¿Es ella uno de los malvados? ¿Lo es tu posadera, aquí presente? ¿Lo es este muchacho? ¿El honesto Bardolfo, cuyo

celo arde en su nariz, es también de los malvados?

POINS. — ¡Contesta, viejo olmo muerto, contesta!

FALSTAFF. — El diablo ha echado ya la garra sobre Bardolfo de una manera irrevocable; su cara es la cocina privada de Lucifer, en la que asa sin cesar borrachones. En cuanto al muchacho, si bien tiene un ángel bueno cerca de él, también el demonio le domina.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — En cuanto a las mujeres...

FALSTAFF. — Una de ellas está en el infierno hace rato y allí arde, la pobre alma! En cuanto a la otra, le debo dinero; si por eso debe ser condenada, lo ignoro.

POSADERA. — No, te lo garantizo.

FALSTAFF. — No, no creo que lo seas. Creo que por ese lado puedes estar tranquila; pero hay otro motivo grave contra ti y es permitir comer carne en tu casa, contra lo que manda la ley; por lo que me parece que vas a aullar.

POSADERA. — Todos los fondistas hacen lo mismo. ¿Qué son uno o dos cuartos de carnero en toda una cuaresma?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Vos, gentil dama...

DOROTEA. — ¿Qué dice vuestra gracia?

FALSTAFF. — Su gracia dice algo contra lo que su carne se rebela.

POSADERA. — ¿Quién golpea tan fuerte la puerta? Ve a ver, Pacó.

(Entra Peto).

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Peto! ¿Qué hay? ¿Qué noticias?

PETO. — El rey vuestro padre está en Westminster y hay allí veinte mensajeros llegados del Norte casi exhaustos; al venir aquí, he encontrado y dejado

atrás una docena de capitanes, sin sombrero, sudorosos, que golpeaban a las puertas de las tabernas, preguntando a todo el mundo por sir John Falstaff.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Por el cielo, Poins, que me encuentro culpable en profanar tan locamente el tiempo precioso, cuando la tormenta del desorden, como el viento del Sud que negros vapores arrastra, empieza a caer sobre nuestras cabezas desnudas y desarmadas! Dame mi espada y mi capa. Buenas noches, Falstaff.

(Salen el Príncipe Enrique, Poins, Peto y Bardolfo).

FALSTAFF. — ¡Y ahora que llegaba el trozo más apetecible de la noche, tener que partir sin comerlo! (*Llaman a la puerta*). ¿Otra vez golpean?

(Vuelve Bardolfo).

Y bien, ¿qué es lo que hay?

BARDOLFO. — Debéis ir a la corte inmediatamente, señor; una docena de capitanes os esperan ahí abajo.

FALSTAFF. — (*Al paje*). Paga a los músicos, pillete. Adiós, posadera. Adiós, Doll. Ya véis, muchachos, cómo los hombres de mérito son rebuscados; los inservibles pueden dormir, cuando el hombre de acción es solicitado. Adios, mis buenas criaturas. Si no me expiden de prisa, os volveré a ver aquí antes de partir.

DOROTEA. — ¡No puedo hablar!... ¡Si mi corazón no está por estallar!... ¡Adiós, mi Jack adorado, cuídate mucho!

FALSTAFF. — ¡Adiós, adiós!

(Salen Falstaff y Bardolfo).

POSADERA. — ¡Adiós! Hará, para los guisantes verdes, veintinueve años que te conocí. Un hombre más honorable y de corazón más sincero!... ¡Vamos, adiós!

BARDOLFO. — (*De dentro*). ¡Doña Rompe-Sábana!

POSADERA. — ¿Qué hay?

BARDOLFO. — (*De dentro*). Decid a doña Rompe-Sábana que venga adonde está mi amo.

POSADERA. — ¡Corre, Doll, corre; corre, buena Doll!
(*Salen*).

ACTO III

Escena I

EN EL PALACIO REAL.

(Entra el Rey Enrique, en traje de interior y un paje).

REY ENRIQUE. — Ve a llamar a los condes de Surrey y de Warwick; pero, antes de venir, diles que lean estas cartas y que presten mucha atención a su contenido. Ve a prisa.

(Sale el paje).

¡Cuántos millares de mis humildes súbditos duermen a esta hora! Sueño, dulce sueño, suave nodriza de la naturaleza, ¿qué espanto te he causado, que no quieres ya cerrar mis párpados y empapar mis sentidos en el olvido? ¿Por qué, ¡oh sueño! prefieres y te complaces en las chozas ahumadas, tendido sobre incómodos jergones, adormecido por el zumbido de los insectos nocturnos, en vez de las perfumadas moradas de los grandes, bajo doseles

de lujosa pompa, arrullado por los sonidos de la más dulce melodía? ¡Oh torpe dios! ¿Por qué reposas con el miserable, sobre lechos infectos y abandonas la cama real, como la garita del centinela o la atalaya de la campana de alarma? Vas hasta lo alto de los mástiles vertiginosos a cerrar los ojos del grumete y a mecer su cabeza en la ruda cuna de la mar imperiosa, bajo el empuje de los vientos que toman las olas brutales por la cima, rizan sus cabezas monstruosas y las suspenden a las nubes fugitivas entre clamores que atruenan, estruendo que despierta a la muerte misma. ¿Puedes, ¡oh parcial sueño!, dar tu reposo en hora tan ruda al grumete aterido y, en la noche más serena y más tranquila, en medio de las comodidades y regalos del lujo, lo rehusas a un rey? ¡Reposad en paz, humildes felices! ¡Inquieta vive la cabeza que lleva una corona! (1).

(Entran Warwick y Surrey).

WARWICK. — ¡Mil días felices a vuestra majestad!

REY ENRIQUE. — ¿Cómo? ¿Ya el buen día, milord?

WARWICK. — Es más de la una de la mañana.

REY ENRIQUE. — Entonces, felices a vosotros todos, milords. ¿Habéis leído las cartas que os he enviado?

WARWICK. — Sí, mi señor.

REY ENR.QUE. — Veis, pues, en qué estado deplorable está el cuerpo de nuestro reino y qué mal acerbo y peligroso le ataca cerca del corazón.

(1) No hay traducción que refleje la belleza de esta invocación al sueño, a la altura de las más hermosas de Próspero o Lear.

WARWICK. — No es aún más que un cuerpo perturbado, que puede recuperar su fuerza primitiva con buenas resoluciones y remedios ligeros; milord Northumberland se enfriará pronto.

REY ENRIQUE. — ¡Oh cielos! ¡Si pudiera leer el libro del destino y ver las revoluciones de los tiempos allanar las montañas, y el continente, cansado de su sólida firmeza, fundirse en el mar! ¡O, en otras épocas, la húmeda cintura del océano ensancharse hasta aislar el cuerpo de Neptuno! ¡No poder ver todas las ironías de la suerte y de cuantos licores variados la fortuna llena la copa del azar! Si todo esto pudiera verse, el joven más feliz, viendo el camino a recorrer, querría cerrar el libro, tenderse y morir. No han transcurrido diez años que Ricardo y Northumberland, grandes amigos, se regalaban juntos; dos años después, estaban en guerra. Sólo hace ocho años, ese Percy era el hombre más cerca de mí alma; como un hermano me ayudaba en mis trabajos, ponía a mis pies su amor y su vida y hasta iba, por mi causa, ante los ojos mismos de Ricardo a arrojarle un cartel. ¿Pero cuál de vosotros estaba allí? (*A Warwick*). Vos, primo Nevil, lo recuerdo; cuando Ricardo, con los ojos llenos de lágrimas, vilipendiado e injuriado por Northumberland, dijo estas palabras, que el tiempo ha hecho proféticas: *Northumberland, tú la escala por la que mi primo Bolingbroke sube a mi trono* (el cielo sabe que no tenía entonces tal intenció;n; pero la necesidad inclinó tanto el Estado, que la grandeza y yo nos vimos compelidos a besarnos); *el tiempo vendrá, continuó, el tiempo vendrá en que este crimen odioso, formando abceso, reventará en corrupción!* Y siguió hablando, profetizando los sucesos de esta época, y la ruptura de nuestra amistad.

WARWICK. — Se encuentra siempre en la vida de los hombres algún acontecimiento que representa el estado de los tiempos extinguidos; observándolo, un hombre puede predecir, casi sin errar, los principales azares de las cosas que aun no han venido a la vida y que, en su germen y débil comienzo, yacen atesorados. Esas cosas son el huevo y la progeñie del porvenir. Así por la formación necesaria de éstas, el rey Ricardo ha podido crear un perfecto vaticinio de que el gran Northumberland, falso entonces para con él, llegaría, por esa semilla, a una traición mayor, que no encontraría terreno para arraigarse sino en vuestro daño.

REY ENRIQUE. — ¿Esas cosas, entonces, son necesidades? ¡Vengan, pues, como tales! Y es la misma palabra que nos apura, en este momento; se dice que el obispo y Northumberland disponen de cincuenta mil hombres.

WARWICK. — No puede ser, milord. El rumor, semejante a la voz y al eco, dobla el número de los que se temen. Quiera vuestra gracia acostarse. Por mi vida, milord, las fuerzas que ya habéis enviado conseguirán esa victoria bien fácilmente. Para tranquilizaros más aún, he recibido un informe fidedigno de que Glendower ha muerto. Vuestra Majestad ha estado indispuerto desde hace dos semanas y esta vigilia inusitada agravará forzosamente vuestro mal.

REY ENRIQUE. — Seguiré vuestro consejo. Cuando no tengamos entre manos estas querellas intestinas, amigos queridos, partiremos a Tierra Santa. (*Salen*).

Escena II

Un patio delante de la casa del Juez Trivial, en el Gloucestershire.

(Entran Trivial y Silencio por diferentes lados; luego Mohoso, Sombra, Verruga, Enclenque, Becerro y criados que se mantienen en el fondo de la escena.) (1)

TRIVIAL. — ¡Adelante, adelante, adelante; dadme la mano; un buen madrugador, por la Santa Cruz! ¿Y cómo va mi buen primo Silencio?

SILENCIO. — Buen día, buen primo Trivial.

(1) En 1597, Shakespeare volvió de nuevo a la historia de Inglaterra. De la "Crónica" de Holinshed y de una pieza de poco valor, pero muy popular, "Las famosas victorias de Enrique V", (*) que había sido representada en varias ocasiones entre 1538 y 1595, hizo surgir con espléndida energía, dos dramas sobre el reinado de Enrique IV. Estas forman un todo continuo, pero son conocidas por "Parte I" y "Parte II" de "Enrique IV". La "Segunda parte de Enrique IV" es casi tan rica como "The Taming of the Schrew" (**) en referencias directas a personas y

(*) Se dió la licencia para publicarla en 1594 y se publicó en 1598.

(**) ¿Cómo traducir ese título de una de las más curiosas piezas de Shakespeare? *Taming*, del verbo *to tame*, domar, amansar, domesticar, dominar, puede vestirse por *la doma*. Pero *Schrew*, que significa una mujer de genio insupportable, una "sierpe", una "víbora", como dice el diccionario, no tiene vocablo equivalente en castellano, aunque sean tan frecuentes los tipos de la especie, de habla española, como de habla inglesa. Los franceses traducen: "*La Mégère apprivoisée*". No me satisface, porque *Mégère*, por el espíritu de la lengua, implica hasta cierto punto no sólo la idea de vieja, sino también la de crimen. Los italianos dicen: "*La Bisbetica domata*". *Bisbetica*, significando en general *caprichosa*, pareceme flojo. En español, lo que más se acerca a *Schrew*, es *harpía*. *Tarasca*, como han traducido algunos, implica, a más de mal natural, fealdad. La heroína de Shakespeare es una hermosa mujer.

TRIVIAL. — ¿Y cómo va mi prima, vuestra compañera de cama? ¿Y vuestra brillante hija y mía, mi ahijada Elena?

SILENCIO. — ¡Ay! un mirlo, primo Trivial.

TRIVIAL. — Por sí o por no, señor, me atrevo a decir que mi primo Guillermo está hecho un buen estudiante. Está siempre en Oxford, ¿no es así?

SILENCIO. — Cierto, señor, a mi costa.

TRIVIAL. — Pronto irá, pues, a la escuela de derecho. Yo estuve en la de San Clement, donde pienso que todavía se ha de hablar de este loco de Trivial.

SILENCIO. — Os llamaban entonces el fornido Trivial, primo.

TRIVIAL. — ¡Por la misa, me daban mil nombres! Porque, en efecto, habría hecho cualquier cosa y sin el menor reparo. Eramos yo, el pequeño Juan Sueldo de Staffordshire, el negro Jorge Raido,

sitios familiares a Shakespeare. Dos escenas muy entretenidas pasan en la casa del juez Shallow en el Gloucestershire, condado que toca los límites de Stratford. (III, 2, y V. 1). Cuando, en la segunda de esas escenas, el factótum del juez Davy pide a su amo que "sostenga a William Visor de Wonco contra Clement Perkes of the Hill" las referencias locales son inenarrables. Woodmancote, donde la familia de Visor o Visard ha florecido desde el siglo XVI, se pronuncia aún Woncot. El inmediato Stinchcombe Hill (aun familiarmente conocido por los nativos por "The Hill"), era en el siglo XVI la casa solariega de la familia Perkes. Muy precisas son también las alusiones a la región de Cotswold Hills, que era fácilmente accesible desde Stratford. Guillermo Squele, un hombre de Costwold", es designado como uno de los amigos de Shallow en su juventud (Parte II, acto III, esc. 23); y cuando Davy, el sirviente de Shallow, recibe de éste instrucciones para sembrar "trigo rojo" en el temprano otoño, hay ahí una obvia referencia a la costumbre casi peculiar a la gente de Costwold de sembrar lo que llaman "red lammas" o sea trigo rojo prematuro, en un momento generalmente inusitado en el año agrícola. (Lee).

Paco Roedor y Will Squele, un muchacho de Costwold; (1) no habríais encontrado en todo el colegio cuatro matasietes como nosotros; y puedo decir que bien sabíamos dónde estaban las buenas faldas; teníamos lo mejor de entre ellas a nuestra disposición. Entonces Jack Falstaff, hoy sir John, era un niño y paje de Tomás Mowbray, duque de Norfolk. (2)

SILENCIO. — ¿Ese sir John, primo, que va a venir en busca de reclutas?

TRIVIAL. — El mismo, sir John, el mismísimo. Le vi rajar la cabeza a Skogan (3) en la puerta del colegio, cuando era un mocoso de este tamaño; y el mismo día me batí con un Sansón Stockfish, un frutero, detrás de la posada de Gray. ¡Oh los locos días pasados! ¡Y ver cuántas de mis viejas relaciones han muerto!

SILENCIO. — Todos hemos de seguir, primo.

TRIVIAL. — Sin duda, sin duda; seguramente, seguramente. La muerte, como dice el Salmista, es segura para todos. Todos morirán. ¿Cuánto una buena yunta de bueyes en la feria de Stamford?

SILENCIO. — A la verdad, primo, no he estado allí.

TRIVIAL. — La muerte es segura... ¿Vive aún el viejo Double de vuestra ciudad?

SILENCIO. — Ha muerto, señor.

TRIVIAL. — ¡Muerto! ¡Toma! ¡Toma! ¡Tiraba tan bien el arco! ¡Y muerto! Hacía unos golpes excelentes; Juan de Gante le quería bien y apostaba

(1) Steevens observa Costwold era un sitio famoso por sus juegos atléticos.

(2) Detalle de la biografía de John Oldeastle, que Shakespeare conserva a Falstaff.

(3) John Skogan, bufón de Eduardo IV de Inglaterra.

mucho dinero por él. ¡Muerto! Habría dado en el blanco a doscientos cuarenta pasos; (1) lanzaba una flecha a doscientos ochenta, hasta doscientos noventa mismo, de tal manera que alegraba el corazón verle... ¿Cuánto la veintena de ovejas?

SILENCIO. — Depende de cómo son; una veintena de buenas ovejas puede valer diez libras.

TRIVIAL. — ¡Y el viejo Double ha muerto!

(Entran Bardolfo y otro con G).

SILENCIO. — Ahí vienen dos de los hombres de sir John Falstaff, según creo.

BARDOLFO. — Buenos días, honorables caballeros. ¿Cuál de vosotros es, os ruego, el Juez Trivial?

TRIVIAL. — Yo soy Roberto Trivial, señor, un pobre hidalgo de este condado y uno de los jueces de paz del rey. ¿Qué se os ofrece de mí?

BARDOLFO. — Mi capitán, señor, os presenta sus cumplimientos; mi capitán, sir John Falstaff, un apuesto caballero, ¡por el cielo! y un muy bravo oficial.

TRIVIAL. — Me congratulo en extremo, señor; le he conocido como un hombre de armas excelente. ¿Cómo va el buen caballero? ¿Puedo preguntar cómo va milady su esposa?

BARDOLFO. — Perdón, señor; pero un soldado se acomoda mejor sin mujer.

TRIVIAL. — Bien dicho, a fe mía, señor; perfectamente dicho. ¡Se acomoda mejor! ¡Excelente! Es la pura verdad: una buena frase es seguramente y siempre fué recomendable. ¡Acomoda! ¡Eso viene de *accommodo*; muy bien; buena frase!

BARDOLFO. — Perdón, señor; he oído esa palabra.

(1) Twilve Score—Un Score, veinte pasos.

¿Frase, la llamáis? ¡Pardiez! No conozco la frase; pero mantendré con mi espada que esa palabra es una palabra militar y digna de todo respeto. ¡Se acomoda! Esto es, cuando un hombre, como se dice... se acomoda, o cuando se encuentra en un estado en que, puede decirse, que... se acomoda; lo que es una cosa excelente.

(Entra Falstaff).

TRIVIAL. — Justísimo; pero ved, he aquí al buen Sir John. Dadme vuestra buena mano, dadme la buena y excelente mano de vuestra señoría. Por mi alma, tenéis un soberbio aspecto y lleváis los años admirablemente; bienvenido, buen Sir John.

FALSTAFF. — Eucantado de veros en buena salud, mi querido señor Roberto Trivial... El señor Carta-Segura, creo?

TRIVIAL. — No, Sir John; es mi primo Silencio, mi compañero de comisión.

FALSTAFF. — Querido Silencio, os sienta muy bien ese empleo de paz.

SILENCIO. — Bienvenida Vuestra Señoría.

FALSTAFF. — ¡Ouf! ¡Hace un tiempo muy caluroso! Caballeros, ¿me habéis encontrado aquí una media docena de hombres aptos para el servicio?

TRIVIAL. — Por mi fe que sí, señor. ¿Queréis sentaros?

FALSTAFF. — Os ruego que los hagáis ver.

TRIVIAL. — ¿Dónde está la lista? ¿Dónde está la lista? ¿Dónde está la lista? A ver, a ver; eso es, eso es. ¡Pardiez, aquí está, señor... Rodolfo Mohoso! Que todos se presenten a medida que les llame. Que ninguno falte, que ninguno falte. A ver, ¿dónde está Mohoso?

MOHOSO. — Aquí, con vuestro permiso.

TRIVIAL. — ¿Qué os parece, Sir John? Un mocetón bien plantado, joven, fuerte y de buena familia.

FALSTAFF. — ¿Te llamas Mohoso?

MOHOSO. — Sí, con vuestro permiso.

FALSTAFF. — Entonces hay que hacerte servir pronto.

TRIVIAL. — ¡Ha! ¡ha! ¡ha! Excelente palabra de honor. ¡Lo que está mohoso hay que emplearlo pronto! ¡Eso es particularmente excelente! Bien dicho, Sir John, por mi fe; muy bien dicho.

FALSTAFF. — (*A Trivial*). Apuntadlo.

MOHOSO. — Ya me han pinchado bastante (1); bien podíais dejarme en paz. Mi vieja patrona va a desesperarse, sin tener quien le haga la labranza y las bajas faenas. No necesitabais apuntarme: hay otros hombres más a propósito que yo para marchar.

FALSTAFF. — ¡Vamos, silencio, Mohoso! Partiréis, Mohoso, ya es tiempo que seais utilizado.

MOHOSO. — ¡Aniquilado! (2).

TRIVIAL. — Silencio, patán, silencio. Pasad a este lado. ¿Sabéis dónde estáis? A los otros, Sir John. ¡A ver... Simón Sombra!

FALSTAFF. — Pardiez, dadme ese para sentarme debajo. Ese parece ser un soldado fresco.

TRIVIAL. — ¿Dónde está Sombra?

SOMBRA. — Aquí, señor.

FALSTAFF. — Sombra, ¿de quién eres hijo?

SOMBRA. — Hijo de mi madre, señor.

FALSTAFF. — ¡Hijo de tu madre! Es muy probable. Y la sombra de tu padre; así, el hijo de la hembra es la sombra del macho. ¡Es el caso frecuente, en verdad, porque el padre pone tan poco de su parte!

(1) *To prick*, apuntar y pinchar, amén de una docena más de significados.

(2) *Spent* tiene los dos significados.

TRIVIAL. — ¿Os conviene, Sir John?

FALSTAFF. — Sombra servirá para el verano; apuntadlo. Tenemos muchas sombras para llenar el libro de revista.

TRIVIAL. — ¡Tomás Verruga!

FALSTAFF. — ¿Dónde está?

VERRUGA. — Aquí, señor.

FALSTAFF. — ¿Te llamas Verruga?

VERRUGA. — Sí, señor.

FALSTAFF. — Eres una verruga bien andrajosa.

TRIVIAL. — ¿Lo apunto, Sir John?

FALSTAFF. — Sería superfluo, porque tiene el equipo sobre la espalda y toda la máquina reposa sobre alfileres; no le apuntéis.

TRIVIAL. — ¡Ha! ¡ha! ¡ha! Como gustéis, señor, como gustéis. ¡Os felicito! ¡Francisco Enclenque!

ENCLENQUE. — Aquí estoy, señor.

FALSTAFF. — ¿Qué oficio tienes, Enclenque?

ENCLENQUE. — Sastre para mujeres, señor.

TRIVIAL. — ¿Debo apuntarle, señor?

FALSTAFF. — Podéis hacerlo; pero si hubiera sido sastre para hombres, es él quien os hubiera dado puntadas (1). ¿Harás tantos agujeros en las filas enemigas como has hecho en las sayas mujeriles?

ENCLENQUE. — Haré lo que pueda, señor; no podéis pedirme más.

FALSTAFF. — ¡Bien dicho, buen sastre femenino! ¡Bien dicho, valiente Enclenque! Serás tan valeroso como el palomo enfurecido o el ratón más magnánimo; apuntad bien al sastre de mujeres, mae-se Trivial; marcadle bien.

ENCLENQUE. — Habría deseado que Verruga partiera también, señor.

(1) Vuelve el retruécano sobre *to prick*.

FALSTAFF. — Habría deseado que fueses sastre para hombres; así podrías haberlo corregido y arreglarlo como para partir. No puedo hacer simple soldado un hombre que tiene a la espalda un escuadrón tan numeroso. Eso debe bastarte, pujante Enclenque.

ENCLENQUE. — Bastará, señor.

FALSTAFF. — Muchísimas gracias, reverendo Enclenque. ¿Cuál sigue?

TRIVIAL. — Pedro Becerro, de la pradera.

FALSTAFF. — Pues a ver ese becerro.

BECCERRO. — Aquí está, señor.

FALSTAFF. — ¡Vive Dios! He ahí un mocetón bien plantado. Apuntarme ese becerro hasta que muja.

BECCERRO. — ¡Ah, milord! Mi buen lord capitán...

FALSTAFF. — ¿Cómo, no te han apuntado todavía y ya estás mugiendo?

BECCERRO. — ¡Oh, milord, soy un hombre enfermo, señor.

FALSTAFF. — ¿Qué enfermedad tienes?

BECCERRO. — Un j... resfriado, señor; una tos que he pescado a fuerza de repicar por los asuntos del rey, el día de su coronamiento.

FALSTAFF. — Bueno, irás a la guerra de bata colchada; ya te quitaremos tu resfriado y nos arreglaremos de manera a que tus amigos repiquen por tí. ¿Están todos aquí?

TRIVIAL. — Hay dos más que han sido citados con exceso del número que os corresponde; sólo debéis tomar cuatro aquí, señor. Y ahora, os ruego que comáis conmigo.

FALSTAFF. — Vamos, quiero beber un trago con vos, pero no puedo quedarme a comer. Encantado de haber tenido el placer de veros, maese Trivial.

TRIVIAL. — ¡Oh, Sir John! ¿Os acordáis cuando pasamos toda la noche en el molino de viento del prado de San Jorge?

FALSTAFF. — No hablemos ya de eso, querido maese Trivial, no hablemos de eso.

TRIVIAL. — ¡Ah, fué una noche alegre! ¿Y Juana Faena-de-Noche vive aún?

FALSTAFF. — Vive, maese Trivial.

TRIVIAL. — No podía separárseme.

FALSTAFF. — ¡Qué había de poder! Siempre decía que no podía pasar a maese Trivial.

TRIVIAL. — ¡Por la misa, cómo sabía hacerla rabiarse! Era entonces una real hembra. ¿Se conserva bien?

FALSTAFF. — Una conserva, maese Trivial (1).

TRIVIAL. — Sí, tiene que ser vieja; no puede menos que serlo; ciertamente, es vieja; tuvo a Robín Faena-de-Noche, del viejo Faena-de-Noche, antes que yo fuera a San Clemente.

SILENCIO. — Hace de eso cincuenta y cinco años.

TRIVIAL. — ¡Ah, primo Silencio! ¡Si hubierais visto lo que este caballero y yo hemos visto! ¿Digo bien, Sir John?

FALSTAFF. — Hemos oído el toque de media noche, maese Trivial.

TRIVIAL. — Eso sí, eso sí; ¡ah, Sir John, esto sí! Nuestra palabra de orden era: ¡*Hem, muchachos!* Vamos a comer, vamos a comer. ¡Ah, los días que hemos visto! Vamos, vamos.

(Salen Falstaff, Trivial y Silencio).

BECERRO. — Mi buen señor caporal Bardolfo, sed mi amigo y aquí tenéis para vos cuatro Enriques de diez chelines en escudos de Francia. La pura ver-

(1) T. Doth She *hold* her own well?—F. *Old, old master Shallow.*

dad es que me gustaría tanto ser ahorcado como partir; no es que, por mi parte, se me importe nada; pero me siento sin gana y, por mi parte, preferiría quedarme con mis amigos; sin eso, por mi parte, personalmente, no se me importaría nada.

BARDOLFO. — Vamos, pasad a este lado.

MOHOSO. — Mi buen caporal capitán, por la salud de mi vieja patrona, sed también mi amigo; no tendrá nadie a su lado para ayudarla, cuando yo me vaya; es vieja y no puede hacer nada; tendréis cuarenta chelines, señor.

BARDOLFO. — Vamos, pasad también a este lado.

ENCLENQUE. — Por mi alma que me es indiferente. Un hombre no puede morir más que una vez. Debemos a Dios una muerte; nunca tendré el alma ruín; si ese es mi destino, sea; si no lo es, sea. Nadie es demasiado bueno para servir a su príncipe; suceda lo que suceda, el que muere este año, queda libre para el año próximo.

BARDOLFO. — Bien dicho; eres hombre de corazón.

ENCLENQUE. — Por mi fe, no tendré el alma ruín.

(Vuelven Falstaff, Trivial y Silencio).

FALSTAFF. — Veamos, señor. ¿Cuáles son los hombres que debo llevar?

TRIVIAL. — Los cuatro que elijáis.

BARDOLFO. — (*Bajo, a Falstaff*). Señor, una palabra... Tengo tres libras por dejar libres a Mohoso y Becerro.

FALSTAFF. — Comprendido; está bien.

TRIVIAL. — Vamos, Sir John, ¿cuáles elegís?

FALSTAFF. — Elegid por mí.

TRIVIAL. — ¡Pardiez! Mohoso, Becerro, Enclenque y Sombra.

FALSTAFF. — Mohoso y Becerro... Vos, Mohoso, quedaos en vuestra casa, porque ya no sois apto para el servicio. En cuanto a vos, Becerro, quedaos hasta que os hagáis apto para el mismo. No quiero ninguno de los dos.

TRIVIAL. — Sir John, Sir John, no os perjudiquéis vos mismo; son esos los hombres más sólidos y desearía serviros con lo mejor.

FALSTAFF. — ¿Queréis enseñarme, maese Trivial, a elegir un hombre? ¿Acaso me preocupo de los miembros, del vigor, de la estatura, del tamaño y de la corpulencia exterior de un hombre? Dadme el espíritu, maese Trivial. Aquí tenéis a Verruga: veis qué mezquina apariencia tiene; pues os cargará y descargará su arma tan pronto como el martillo de un estafiador; le veréis ir y venir con la misma rapidez que el mozo que llena los jarros de cerveza. Y ese mismo tipo de media cara, Sombra, ese es un hombre; no presenta blanco al enemigo. Lo mismo valdría que apuntara al filo de un cortaplumas. Y para una retirada, ¡con qué ligereza este Enlenque, sastre de mujeres, sabrá correr! ¡Oh, dadme esos hombres de deshecho y descartadme los elegidos! Pon un arcabuz en manos de Verruga, Bardolfo.

BARDOLFO. — Toma, Verruga. ¡Apunten! Así, así.

FALSTAFF. — Vamos, manéjame ese arcabuz. Así, muy bien; vamos; bueno, bueno, excelente. Oh, dadme siempre un tirador pequeño, descarnado, viejo, huesoso, pelado. Perfectamente, Verruga; eres un buen chico; toma, aquí tienes seis peniques para ti.

TRIVIAL. — No domina bien ese arte, no lo hace como es debido. Me acuerdo que en el prado de Mile-End (cuando estaba en el colegio de San Clemente), yo hacía entonces el papel de Sir Dagonet en la

pantomima de Arturo (1); había un diablillo de muchacho que os manejaba el arma así, moviéndose para acá, para allá, para adelante, para atrás. ¡*Ra! ¡ta! ¡ta!*, chillaba, y luego ¡*Bounce!* y partía de nuevo y volvía. Nunca veré un demonio semejante.

FALSTAFF. — Estos muchachos servirán, maese Trivial. Dios os guarde, maese Silencio. No usaré muchas palabras con vosotros. Quedad con Dios ambos, señores. Tengo que hacer una docena de millas esta noche. Bardolfo, dad el uniforme a estos soldados.

TRIVIAL. — Sir John, el cielo os bendiga, haga prósperos vuestros negocios y nos envíe la paz! A vuestro regreso, visitad mi casa; renovaremos nuestra vieja relación. Quizás vaya con vos a la Corte.

FALSTAFF. — Mucho me alegraría, maese Trivial.

TRIVIAL. — Vamos, he dicho. Adiós.

(Salen Trivial y Silencio).

FALSTAFF. — Adiós, gentiles caballeros. Adelante, Bardolfo; llévate esos hombres. (*Salen Bardolfo, reclutas, etc.*). A mi vuelta, sondearé estos jueces de paz; veo ya el fondo del juez Trivial. Señor, señor, ¡cuán sujetos estamos nosotros los viejos a ese vicio de la mentira! Este hambriento juez de paz no ha hecho más que charlar sobre las extravagancias de su juventud y las hazañas que lle-

(1) Espectáculo popular del tiempo de Shakespeare, titulado "La muerte de Arturo" y sacado de las crónicas de la Tabla Redonda.

vó a cabo en Turnbull-Street (1); cada tres palabras, una mentira, tributo al auditor, pagado con más exactitud que el del Gran Turco. Le recuerdo en San Clemente, como una de esas figuras hechas después de comer con las cortezas del queso. Cuando estaba desnudo, era, para todo el mundo, como un rábano torcido, terminado por una cabeza fantásticamente tallada con el cuchillo; era tan enjuto, que sus dimensiones habrían sido invisibles para una vista medio confusa; era el verdadero Genio del hambre y, sin embargo, lujurioso como un mono; las p... le llamaban *Mandrágora*; iba siempre a retaguardia de la moda; cantaba a sus sucias hembras las tonadillas que oía silbar a los carreteros, jurando que eran fantasías o nocturnos de su caletre. Y ahora tenemos a esa espada de palo del vicio convertido en caballero; habla tan familiarmente de Juan de Gante, como si hubiera sido su hermano de armas. Juraría que no le ha visto más que una vez, en el campo del torneo, el mismo día que le rajaron la cabeza por haberse metido en el séquito del mariscal. Yo le ví y dije a Juan de Gante que batía su propio nombre (2), porque se le podía meter, con toda su vestimenta, en una piel de anguila; el estuche de un oboe habría sido para él un palacio, un patio; ¡y ahora tiene tierras y ganados! Bien está; estrecharemos relaciones, si vuelvo. Muy mala suerte tendré, si no le convierto en piedra filosofal por partida doble para mi uso

(1) Era una calle de Londres, ocupada por burdeles y tabernas de mala fama.

(2) *Gaunt*, en inglés, significa *flaco*; de ahí el juego de palabras.

propio. Si la pescadilla joven es una buena carnada para el viejo lucio, no veo razón por qué yo siguiendo la ley de la naturaleza, no me le he de tragar. Que la ocasión ayude y hecho está. (*Sale*).

ACTO IV

Escena I

Una selva en el Yorkshire.

(Entran el Arzobispo de York, Mowbray, Hastings y otros).

ARZOBISPO. — ¿Cómo se llama esta selva?

HASTINGS. — Es la selva de Gaultree, con permiso de Vuestra Gracia.

ARZOBISPO. — Detengámonos aquí, señores, y enviad exploradores hacia adelante, para conocer el número de nuestros enemigos.

HASTINGS. — Ya hemos enviado.

ARZOBISPO. — Bien está. Mis amigos, mis hermanos en esta gran empresa, debo haceros saber que he recibido cartas recientes de Northumberland. Su frío contenido, tenor y substancia, es éste: habría deseado estar aquí personalmente, acompañado de fuerzas que estuviesen en relación con su rango, fuerzas que no ha podido reunir; en consecuencia, y para dejar madurar su fortuna naciente, se ha

retirado a Escocia; concluye con ardientes votos por que vuestros esfuerzos puedan dominar el azar y el temible poder de nuestros adversarios.

MOWBRAY. — ¡Así las esperanzas que fundábamos en él caen por tierra y se hacen pedazos!

(Entra un mensajero).

HASTINGS. — Y bien, ¿qué noticias?

MENSAJERO. — Al oeste de esta selva y a una milla escasa, los enemigos avanzan en perfecto orden; por el terreno que ocupan, calculo que su número llega a cerca de treinta mil hombres.

MOWBRAY. — Precisamente la cifra que le suponíamos. Salgamos a su encuentro y afrontémosle en el llano.

(Entra Westmoreland).

ARZOBISPO. — ¿Quién es ese jefe armado de pies a cabeza que se avanza hacia nosotros?

MOWBRAY. — Parece que es milord de Westmoreland.

WESTMORELAND. — Os saludo y os transmito el cordial cumplimiento de nuestro general, lord Juan, duque de Lancaster.

ARZOBISPO. — Hablad sin temor alguno, milord de Westmoreland. ¿Qué motivo os trae?

WESTMORELAND. — Y bien, milord, es a vos que principalmente deben dirigirse mis palabras. Si esta rebelión se avanzara, lógica consigo misma, en multitudes bajas y abyectas, guiada por una juventud sanguinaria, escoltada por el furor y seguida por muehachos y pillos; si, repito, esta maldita conmoción apareciera así en su verdadera, nativa y más propia forma, vos, reverendo padre, y estos nobles señores, no estaríais aquí para vestir las feás for-

mas de la innoble y sangrienta insurrección, con vuestros brillantes honores. Vos, lord Arzobispo, cuya sede se mantiene sobre la paz civil, cuya barba tocó la argentina mano de la paz, cuya ciencia y bellas letras tuvieron la paz por tutor, cuyas blancas vestiduras simbolizan la inocencia, la paloma y el santo espíritu de paz, ¿por qué con tal extravío traducís la palabra de paz, que envuelve tanta gracia, en la áspera y violenta lengua de la guerra, convirtiendo vuestros libros en tumbas, vuestra tinta en sangre, vuestras plumas en lanzas y vuestro lenguaje divino en la trompeta estrepitosa y el clamor de la guerra?

ARZOBISPO. — ¿Por qué razones obro así? Tal es la cuestión, y en breves términos os diré mi objeto. Estamos todos enfermos; los excesos de intemperancia y de lascivia nos han comunicado una fiebre ardiente, que nos reclama sangrarnos. De esa enfermedad fué atacado nuestro último rey, Ricardo, y murió. Pero, mi muy noble lord de Westmoreland, no me considero aquí como médico, y no es como enemigo de la paz que milito en las filas de los hombres armados; antes bien, si me muestro bajo el aspecto temible de la guerra por un momento, es para cuidar los espíritus que sufren, anhelantes de felicidad, y purgar las obstrucciones que comienzan a detener en nuestras venas el curso de la vida. Hablaré más claramente: he pesado imparcialmente y en una justa balanza los males que nuestras armas pueden causar y los males que sufrimos, y he encontrado nuestros sufrimientos más graves que nuestras ofensas. Vemos por qué camino corre la corriente del tiempo y el rudo torrente de las circunstancias nos arranca de nuestra tranquila esfera. Tenemos el resumen de todas nuestras quejas, que mostraremos en adelante en el

momento propicio; le habríamos ya, largo tiempo hace, presentado al rey, sí, con todos nuestros esfuerzos, hubiéramos podido obtener una audiencia. Cuando somos perjudicados y queremos manifestar nuestras quejas, se nos niega el acceso a su persona, por los mismos hombres que nos causaron el mayor perjuicio. Los peligros de los tiempos ha poco transcurridos (cuyo recuerdo está escrito sobre la tierra con sangre aun visible), los ejemplos que cada minuto proporciona (presentes ahora), nos han obligado a cubrirnos de estas armas que tan mal nos van; no para romper la paz ni ninguna de sus ramas, sino para establecer aquí una paz positiva, en la que concurra a la vez el nombre y la realidad.

WESTMORELAND. — ¿Cuándo fueron rechazadas vuestras reclamaciones? ¿En qué habéis sido ofendidos por el rey? ¿Qué par fué sobornado en vuestro perjuicio? ¿Por qué selláis el libro sangriento e ilícito de la fraguada rebelión con un sello divino y consagraís la espada amarga del motín?

ARZOBISPO. — Hago mi querrela personal de los males del Estado, nuestro hermano común, así como de las crueldades ejercidas con mi hermano por la sangre.

WESTMORELAND. — No hay ninguna satisfacción que dar; y si la hay, no os corresponde a vos exigirla.

MOWBRAY. — ¿Y por qué no a él, en parte, así como a todos nosotros que, sufriendo aún de un reciente pasado, vemos el tiempo presente hacer sentir sobre nuestros honores una mano injusta y opresiva?

WESTMORELAND. — ¡Oh! mi buen lord Mowbray, apreciad los tiempos según sus necesidades y entonces diréis en verdad que es el tiempo y no el rey que causa vuestro daño. En cuanto a vos, sin embargo, pareceme que ni el rey ni el tiempo pre-

sente os han dado una pulgada de terreno legítimo para fundar vuestras quejas. ¿No habéis sido reintegrado en todos los feudos del duque de Norfolk, vuestro noble padre de respetada memoria?

MOWBRAY. — ¿Qué había perdido en su honor mi padre, que fuera necesario hacer revivir y reanimar en mí? El rey, que le amaba, se vió obligado, compelido por la razón del Estado, a desterrarle. Luego cuando Enrique Bolingbroke y él, ambos montados y rígidos sobre la silla, relinchando los caballos y provocando la espuela, las lanzas en ristre y la visera calada, los ojos arrojando llamas por entre los intersticios del acero y la sonora trompeta impeliéndolos el uno contra el otro, en el momento, en el momento mismo en que nada podía proteger el pecho de Bolingbroke contra la lanza de mi padre, el rey arrojó su bastón a tierra. Al mismo tiempo arrojó con él su vida, así como la de todos aquellos que, por sentencias o bajo el golpe de la espada, han sucumbido más tarde bajo Bolingbroke.

WESTMORELAND. — Habláis, lord Mowbray, de lo que ignoráis; era entouces el conde de Hereford reputado en Inglaterra como el caballero más valiente. ¿Quién puede decir a cuál de entre ellos habría sonreído la fortuna? Pero, si aun vuestro padre hubiera sido victorioso allí, no habría salido vivo de Coventry, porque todo el país unánimemente le odiaba y todas sus oraciones y todo su amor iban a Hereford, a quien mimaban y bendecían más que al rey, adornándole de todas las gracias... Pero es esta una mera digresión que me aparta de mi propósito. Vengo aquí en nombre del príncipe, nuestro general, a conceder vuestras quejas, a decir de parte de Su Gracia, que consiente en daros audiencia; allí, todas vuestras reclamaciones que

parezcan justas serán atendidas; todo se desvanecerá de lo que pueda hacerlos aparecer como enemigos.

MOWBRAY. — Pero nos ha obligado a imponerle esa oferta, que la política sugiere, no el amor.

WESTMORELAND. — Mowbray, la miráis muy presuntuosamente. Esta oferta nace de la clemencia, no del temor. Porque, ¡mirad!, ahí tenéis nuestro ejército a la vista. Os afirmo bajo mi honor que todos tienen demasiada confianza para dar cabida a un pensamiento de temor. Nuestras filas cuentan con mayor número de nombres ilustres que las vuestras; nuestros soldados son más hábiles en el manejo de las armas; nuestras armaduras son tan fuertes y nuestra causa la mejor; así, la razón impone que nuestros corazones sean tan valientes. No digáis, pues, que nuestra oferta es una imposición.

MOWBRAY. — Bien; en mi opinión, no debemos admitir conferencias.

WESTMORELAND. — Eso sólo prueba la confusión que os causa vuestra ofensa; una conciencia intranquila no admite examen.

HASTINGS. — ¿Tiene el príncipe Juan plenos poderes, tan amplios como la autoridad misma de su padre, para oírnos y determinar en absoluto las condiciones del arreglo?

WESTMORELAND. — Eso está comprendido en su título de general; me sorprende que hagáis tan frívola pregunta.

ARZOBISPO. — Tomad, pues, esta cédula, milord de Westmoreland; ella contiene nuestras quejas generales. Que cada uno de sus artículos reciba reparación; que todos los miembros de nuestra causa, aquí y fuera de aquí, comprometidos en este asunto, sean amnistiados en positiva y debida for-

ma; que la ejecución inmediata de nuestras voluntades, en lo que a nuestros propósitos se refiere, sea consignada. Entonces volveremos a los límites de la obediencia y enlazaremos nuestras fuerzas al brazo de la paz.

WESTMORELAND. — Mostraré esto al general. Si queréis, milord, nos reuniremos a la vista de nuestros ejércitos y allí, si Dios quiere, concluiremos en paz o, sobre el terreno mismo de nuestra discordia, apelaremos a las armas que deben decidirla.

ARZOBISPO. — Así lo haremos, milord.

(Sale Westmoreland).

MOWBRAY. — Una voz íntima me dice que las condiciones de nuestra paz no pueden ser duraderas.

HASTINGS. — No lo temáis; si podemos hacer la paz en los términos tan amplios y tan absolutos que sirven de base a nuestras condiciones, nuestra paz será tan estable como la roca de la montaña.

MOWBRAY. — Sí, pero la opinión que de nosotros se tendrá, será tal que la causa más ligera y el pretexto más infundado, el motivo más trivial, más vano y fútil, recordará al rey nuestra insurrección. Y aun cuando con la fe más leal fuéramos los mártires de nuestro amor por él, seríamos aventados por tan rudo viento, que nuestro grano parecería tan ligero como la paja, y que el buen grano no se separaría del malo.

ARZOBISPO. — No, no, milord; observad esto: el rey está cansado de tantas quejas melindrosas e insignificantes, porque ha reconocido que apagar una sospecha con la muerte, es hacer revivir dos más graves en los herederos vivientes. Y por tanto, quiere limpiar suavemente sus listas y no conservar en su memoria ninguno que pueda recordarle de nuevo sus pérdidas. Porque sabe perfectamente

que no puede extirpar por completo de esta tierra todo lo que le inquieta. Sus adversarios están tan vinculados con sus amigos, que cuando se esfuerza por derribar un enemigo, conmueve y sacude un amigo. Esta tierra es como una mujer insolente que le ha encolerizado hasta amenazarla con pegarla y que, en el momento de hacerlo, le presenta a su hijo, y el castigo más resuelto queda suspendido en el brazo levantado para ejecutarlo.

HASTINGS. — Por lo demás, el rey ha usado todos sus azotes sobre los últimos que le han ofendido, y ahora carece de los instrumentos mismos del castigo. Tanto que su poder, como un león sin garras, puede amenazar, pero no herir.

ARZOBISPO. — Es muy cierto; por tanto, tened por seguro, mi buen lord Mariscal, que si hoy hacemos bien nuestra reconciliación, nuestra paz, semejante a un miembro roto y unido, será más firme que antes de la ruptura.

MOWBRAY. — Que así sea; he aquí milord de Westmoreland que vuelve.

(Entra Westmoreland).

WESTMORELAND. — El príncipe está cerca de aquí. ¿Vuestra Señoría querría encontrarse con Su Gracia a una distancia igual entre ambos ejércitos?

MOWBRAY. — Que Vuestra Gracia de York marche adelante, en nombre del cielo.

ARZOBISPO. — Id vosotros adelante y saludad a Su Gracia; milord, os seguimos. (*Salen*).

Escena II

Otra parte de la selva.

(*Entran, de un lado, Mowbray, el Arzobispo, Hastings y otros; del otro, el Príncipe Juan de Lancaster, Westmoreland y oficiales de su séquito.*)

PRÍNCIPE JUAN. — Bienvenido, primo Mowbray. Buen día, gentil lord Arzobispo y también a vos, lord Hastings y a todos vosotros. Milord de York, érais más grato a la vista cuando vuestro rebaño, reunido por la campana, hacía círculo a vuestro alrededor para oír con reverencia vuestra exposición sobre el sagrado texto, que ahora que os vemos aquí como un hombre de hierro, animando multitud de rebeldes con el ruido del tambor, cambiando la palabra por la espada y la vida por la muerte. El hombre que ocupa el corazón de un monarca y que madura bajo el sol de sus favores, por ligeramente que abuse de la confianza real, cuántas desventuras, ¡ay!, puede causar, a la sombra de tal grandeza! Así ha sido con vos, lord obispo. ¿Quién no oyó hablar del alto puesto que tenáis en los libros de Dios? Érais, para nosotros, el que presidía su parlamento, la imaginada voz de Dios mismo, el verdadero abridor, el intermediario entre la gracia, las santidades del cielo y nuestros rudos trabajos. ¡Oh! ¿Quién no pensará que abusáis de la reverencia de vuestras funciones, empleando la confianza y la gracia del cielo, como un falso favorito hace con el nombre de su príncipe, en actos deshonorosos? Habéis sublevado, con la mentida consagración de Dios, los súbditos de su represen-

tante, mi padre; y es a la vez contra la paz del cielo y contra él que los habéis amotinado.

ARZOBISPO. — Mi buen lord de Lancaster, no me encuentro aquí contra la paz de vuestro padre; pero, como lo he dicho a milord de Westmoreland, es el desorden de los tiempos y el sentimiento general de un peligro común que nos reúne y nos agrupa en esta forma monstruosa para garantizar nuestra seguridad. He enviado a Vuestra Gracia la enumeración y el detalle de nuestras quejas, los que fueron rechazados con desdén por la Corte, lo que dió origen a esta Hydra, hija de la guerra. Pero sus ojos terribles pueden ser adormecidos por el encanto, concediéndonos nuestros justos y legítimos reclamos y la verdadera obediencia, curada de esta locura, caerá humildemente a los pies de la majestad.

MOWBRAY.—Si no, pronto estamos a tentar la fortuna hasta el último hombre.

HASTINGS. — Y aunque sucumbiéramos aquí, tendremos reemplazantes para renovar la empresa; si fracasan, otros les sucederán, y así tomará vida una sucesión de insurrecciones; esta querrela se transmitirá de heredero en heredero, en tanto que en Inglaterra haya generaciones.

PRÍNCIPE JUAN. — Sois muy ligero, Hastings, demasiado ligero, para sondar así la profundidad de los tiempos venideros.

WESTMORELAND. — Quiera vuestra gracia contestarles directamente en qué términos acepta sus proposiciones.

PRÍNCIPE JUAN. — Las acepto todas y las apruebo. Juro aquí, por el honor de mi sangre, que los propósitos de mi padre fueron mal entendidos y que algunos de los que están cerca de él, falsearon frecuentemente su voluntad y su autoridad.

Milord, estos agravios serán prontamente reparados; por mi alma, lo serán. Si os place, devolved vuestras fuerzas a sus condados respectivos, como haremos con las nuestras; y aquí, entre los ejércitos, bebamos juntos amistosamente y abracémonos, para que todos los ojos puedan llevar a sus hogares el testimonio de nuestro restaurado amor y renovada amistad.

ARZOBISPO. — Tomo vuestra palabra de príncipe por esas satisfacciones.

PRÍNCIPE JUAN. — Os lo doy y mantendré mi palabra; en consecuencia, bebo a la salud de vuestra gracia.

HASTINGS. — Id, capitán (*a un oficial*), y llevad al ejército estas noticias de paz; que las tropas sean pagadas y partan; sé que esto les agradará. Apresúrate, capitán.

(Sale el oficial).

ARZOBISPO. — ¡A vos mi noble lord de Westmoreland!

WESTMORELAND. — Correspondo a vuestra gracia. Y, si supierais qué de trabajo me ha dado para conseguir esta paz, beberíais de todo corazón; pero mi amor por vos se hará ver en breve más abiertamente.

ARZOBISPO. — No dudo de vos.

WESTMORELAND. — Eso me contenta; ¡salud a milord, mi gentil primo, Mowbray!

MOWBRAY. — Me deseais salud en el momento oportuno, porque acabo de sentir súbitamente una indisposición.

ARZOBISPO. — Antes de la desgracia, siempre los hombres están alegres, pero la tristeza presagia la felicidad.

WESTMORELAND. — Regocijáos, pues, primo, porque

esa súbita tristeza os permite decir que algo feliz os sucederá mañana.

ARZOBISPO.—Creedme, tengo el humor más que alegre.

MOWBRAY. — Tanto peor, si vuestra máxima es exacta.

(Aclamaciones a lo lejos).

PRÍNCIPE JUAN. — La palabra de paz se ha hecho pública. ¡Oid cómo la aclaman!

MOWBRAY. — Esos vítores habrían sido más gozosos después de una victoria.

ARZOBISPO. — La paz es en sí misma una conquista; porque entonces ambos partidos se someten y ninguno de ellos se pierde.

PRÍNCIPE JUAN. — Id, milord, y licenciad también nuestro ejército.

(Sale Westmoreland).

Y si lo permitís, mi buen lord, nuestras tropas desfilarán ante nosotros, a fin de que veamos con qué clase de hombres habríamos tenido que medirnos.

ARZOBISPO. — Id, buen lord Hastings, que antes de desbandarse, desfilen delante de nosotros.

(Sale Hastings).

PRÍNCIPE JUAN. — Espero, milords, que reposaremos juntos esta noche.

(Vuelve Westmoreland).

Y bien, primo, ¿por qué permanece inmóvil nuestro ejército?

WESTMORELAND. — Los jefes, habiendo recibido de vos la orden de permanecer, no quieren irse antes que les hayáis hablado.

PRÍNCIPE JUAN. — Conoced sus deberes.

(Vuelve Hastings).

HASTINGS. — Milord, nuestro ejército está ya disperso. Como torillos libres del yugo, se han desbandado al Este, Oeste, Norte y Sur; o, como una escuela en licencia, cada uno se precipita a su casa o al sitio de juegos.

WESTMORELAND. — Buena noticia, milord Hastings, por la cual te arresto, traidor, por alta traición. Y vos, lord Arzobispo, y vos, lord Mowbray, os prendo también por traición capital.

MOWBRAY. — ¿Es ese un proceder justo y honorable?

WESTMORELAND. — ¿Vuestro levantamiento lo es?

ARZOBISPO. — ¿Así rompéis la fe jurada?

PRÍNCIPE JUAN. — No te empeñé ninguna; os he prometido corregir los abusos de que os habéis quejado; los que, por mi honor, reformaré con cristiana solicitud. Pero en cuanto a vosotros, rebeldes, gustaréis la recompensa que se debe a la rebelión y a actos como los vuestros. Habéis levantado esas tropas imprudentemente, aturdidamente reunido aquí y dispersado locamente. Que batan nuestros tambores y se persigan las tropas desbandadas. El cielo, no nosotros, ha triunfado sin sangre en este día. Una guardia lleve estos traidores a la muerte, el verdadero lecho donde la traición rinde su último aliento. (*Salen*).

Escena III

Otra parte de la selva.

(Clarines. Movimiento de tropas. Entran Falstaff y Coleville y se encuentran).

FALSTAFF. — ¿Cuál es vuestro nombre, señor? ¿Cuál vuestra condicion? ¿De qué punto sois, os ruego?

COLEVILLE. — Soy caballero, señor, y mi nombre es Coleville del Valle.

FALSTAFF. — Bien, pues; Coleville es vuestro nombre; caballero vuestro rango y vuestro punto el Valle. Coleville será siempre vuestro nombre, traidor vuestro rango, el calabozo vuestro sitio, un sitio bastante profundo, de manera que siempre seréis Coleville del Valle.

COLEVILLE. — ¿No sois sir John Falstaff?

FALSTAFF. — Un hombre que le vale, señor, sea yo quien sea. ¿Os rendís, señor? ¿O debo sudar por vuestra causa? Si llego a sudar, cada gota será una lágrima para tus amigos, que llorarán tu muerte. Por tanto, despierta tu miedo y tiembla e inclínate ante mi clemencia.

COLEVILLE. — Pienso que sois sir John Falstaff y, en ese concepto, me rindo.

FALSTAFF. — Tengo en este vientre mío una cseuela entera de lenguas y ninguna de ellas dice otra palabra más que mi nombre. Si no tuviera más que un vientre común, sería simplemente el muchacho más activo de Europa. ¡Mi panza, mi panza, mi panza me perjudica! Aquí viene nuestro general.

(Entra el Príncipe Juan de Lancaster, Westmoreland y otros).

PRÍNCIPE JUAN.—La furia ha pasado; no vamos más lejos ahora. Tocad llamada, primo Westmoreland.

(Sale Westmoreland).

Y bien, Falstaff, ¿dónde habéis estado todo este tiempo? Siempre llegais cuando todo ha concluído. Por vida mia que todas esas tretas el día menos pensado van a hacer deslizar una plancha de horca bajo vuestros pies.

FALSTAFF. — Seria una lástima, milord, que así no sucediera. Nunca he conocido otra cosa sino censuras y reprensiones como recompensa del valor. ¿Pensais que soy una goiondrina, una flecha o una bala? ¿Tengo, acaso, en mi pobre y vieja movilidad, la rapidez del pensamiento? He corrido hasta aquí con la más extremada prontitud posible; he reventado más de ciento ochenta caballos de posta y aquí mismo, embarrado como estoy, he, en mi puro e inmaculado valor, hecho prisionero a sir John Coleville del Valle, un furiosísimo caballero y valeroso enemigo. ¿Pero qué vale eso? Me vió y se rindió; tanto es que puedo justamente decir como el gran narigón de Roma: vine, vi, vencí.

PRÍNCIPE JUAN. — Debido más a su cortesía que a vuestro valor.

FALSTAFF. — No lo sé; el hecho es que aquí está y aquí os lo entrego. Ruego a vuestra gracia se sirva hacer anotar este acto con el resto de los sucesos del día. Si no, por el cielo, lo haré cantar en una balada especial, con mi propio retrato al frente y Coleville besándome los pies. Si me veo forzado a tomar ese partido, si no aparecéis todos vosotros a mi lado como monedillas doradas de a dos peniques y yo, en el brillante cielo de la fama, eclipsándoos como la luna llena apaga las chispas del fir-

mamento, que parecen cabezas de alfiler a su lado, no creais en la palabra del noble. En consecuencia, dejadme gozar de mis derechos y permitid que el mérito ascienda.

PRÍNCIPE JUAN.—Eres muy pesado para ascender.

FALSTAFF. — Entonces hacedlo brillar.

PRÍNCIPE JUAN. — Es demasiado opaco para brillar.

FALSTAFF. — Haced cualquier cosa, mi buen lord, que me sea favorable, y llamadla como queráis.

PRÍNCIPE JUAN. — ¿Tu nombre es Coleville?

COLEVILLE. — Sí, milord.

PRÍNCIPE JUAN. — Eres un famoso rebelde, Coleville.

FALSTAFF. — Y un famoso súbdito leal le tomó.

COLEVILLE. — No soy, milord, sino lo que son mis superiores, que me condujeron aquí. Si se hubieran dejado guiar por mí, os habría costado más caro vencerlos.

FALSTAFF. — No sé cuánto habría costado; pero tú, como un buen muchacho, te entregaste gratis y te lo agradezco.

(Vuelve Westmoreland).

PRÍNCIPE JUAN. — Y bien, ¿habéis suspendido la persecución?

WESTMORELAND. — Las tropas se retiran y la matanza ha cesado.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Enviad a Coleville, con sus confederados, a York, para ser ejecutado en el acto; Blunt, conducidlos allí y custodiadlos seguramente.

(Salen algunos con Coleville).

Y ahora, señores, apresurémonos a partir para la Corte. Me anuncian que mi padre está gravemente enfermo. Nuestras noticias llegarán antes que nos-

otros a su majestad y vos las llevaréis, primo, para reconfortarlo y nosotros os seguiremos con sobria rapidez.

FALSTAFF. — Os ruego, milord, que me permitáis pasar por el Gloucestershire; cuando lleguéis a la Corte, os suplico, deis buenos informes de mí.

PRÍNCIPE JUAN. — Adiós, Falstaff; en mi calidad, hablaré de vos mejor que lo que merecéis. *(Sale)*.

FALSTAFF. — Desearía tan sólo que tuvieras un poco de espíritu; eso te valdría más que tu ducado. A fe mía, que este muchacho de sangre helada no me quiere; (1) ningún hombre puede hacerle reír; pero eso no es raro, porque no bebe vino. Nunca estos jóvenes reservados llegan a ser algo de provecho, porque la exigua bebida y las numerosas comidas de pescado, les enfría tanto la sangre, que caen en una especie de anemia masculina; luego, cuando se casan, engendran ramerías; por lo general, son estúpidos y cobardes, como lo seríamos muchos de nosotros sin ese estimulante. Un buen jarro de Jerez hace un doble efecto. Me asciende al cerebro, disecca allí todos los tontos, obtusos y agrios vapores que lo rodean, lo hace sagaz, vivo, inventivo, lleno de ligeras, ardientes y deliciosas formas, que, entregadas a la voz (la lengua) que les da vida, se convierten en excelente espíritu. La segunda propiedad de vuestro excelente Jerez es calentar la sangre, la que, antes fría y pesada, deja al hígado blanco y pálido, que es el distintivo de la pusilanimidad y cobardía; pero el Jerez la calienta y la

(1) "Falstaff habla aquí como veterano de la vida. El joven príncipe no le amaba y él desesperaba de alcanzar su cariño, no pudiendo hacerle reír. Los hombres sólo se hacen amigos por la comunidad de los placeres. El que no puede amoldarse hasta la alegría, no se enternecerá jamás hasta la bondad".—(Johnson).

hace correr del interior a todos los extremos. Ilumina la cara que, como un faro, da la señal a todo el resto de este pequeño reino, el hombre, de armarse; entonces toda la milicia vital y los pequeños espíritus internos se forman detrás de su capitán, el corazón, que, grande y soberbio de ese cortejo, se atreve a cualquier empresa valerosa. Y todo ese valor viene del Jerez. Así la ciencia de las armas no es nada sin el vino; porque él la empuja a la acción; la doctrina es una mera mina de oro, custodiada por un demonio, hasta que el vino no emprende con ella y la pone en obra y valor. De ahí viene que el príncipe Harry sea valiente, porque la sangre fría que naturalmente heredó de su padre, semejante a un terreno mezquino, desnudo y estéril, la ha cultivado, abonado, labrado por el excelente hábito de beber en grande, por frecuentes libaciones de fértil Jerez; así es que se ha vuelto muy ardiente y bravo. Si tuviera mil hijos, el principio humano que les enseñaría sería de proscribir toda bebida ligera y dedicarse al buen vino.

(Entra Bardolfo).

¿Qué hay, Bardolfo?

BARDOLFO. — El ejército ha sido licenciado y ha partido.

FALSTAFF. — Déjalo partir. Yo me iré por el Gloucestershire y visitaré allí a maese Roberto Trivial, hidalgo. Ya le he amoldado entre mi índice y pulgar y en breve le pondré mi sello. Vamos. (*Salen*).

Escena IV

WESTMINSTER — *Una sala en el Palacio.*

(*Entran el rey Enrique, Clarence, el príncipe Humphrey, Warwick y otros.*)

REY ENRIQUE. — Ahora, señores, si el cielo da éxito feliz al debate que sangra a nuestras puertas, queremos guiar a nuestra juventud a más altos campos de batalla y no blandir espadas que no estén santificadas. Nuestra armada está preparada, nuestras fuerzas reunidas, nuestros sustitutos durante nuestra ausencia debidamente investidos, todo está en orden y de acuerdo con nuestros deseos. Sólo nos hace falta un poco de fuerza personal y esperamos que esos rebeldes, aún en pie, hayan caído bajo el yugo del gobierno.

WARWICK. — No dudamos que en breve tendrá vuestra majestad ambas satisfacciones.

REY ENRIQUE. — Hijo Humphrey de Gloster, ¿dónde está el príncipe vuestro hermano?

HUMPHREY. — Creo que ha ido a cazar, milord, a Windsor.

REY ENRIQUE. — ¿Quién le acompaña?

HUMPHREY. — No lo sé, milord.

REY ENRIQUE. — ¿No está con él su hermano, Tomás de Clarence?

HUMPHREY. — No, mi buen lord; está aquí presente.

CLARENCE. — ¿Qué desea mi padre y señor?

REY ENRIQUE. — Sólo bien te desea, Tomás de Clarence. ¿Cómo es que no estás con el príncipe tu hermano? El te ama y tú le desatiendes, Tomás. Tienes mejor sitio en su afección que todos sus

hermanos; foméntala, hijo mío. Así podrás, después de mi muerte, llenar el noble oficio de mediador entre su majestad y sus otros hermanos. Por tanto, no le evites, no adormezcas su amor, no pierdas las ventajas de su cariño mostrándote frío o indiferente hacia él. Porque es benevolente cuando se le cultiva; tiene siempre una lágrima para la piedad y la mano generosa como la luz del día para la dulce caridad. Sin embargo, cuando se le exaspera, es de piedra, tan sombrío como el invierno, tan brusco como las lluvias heladas que caen al amanecer. Por lo tanto, debe observarse mucho su temperamento; regáñale por sus faltas, pero hazlo con respeto y cuando te apercibas que su sangre se inclina al contento. Pero, si está mal humorado, dale espacio y suéltale la cuerda, hasta que sus pasiones, como una ballena sobre la arena, se consuman en sus propios esfuerzos. No olvides esto, Tomás, y serás un amparo para tus amigos, el vínculo de oro que mantendrá unidos a tus hermanos, tanto, que el vaso en el que su sangre se confunde, será inatacable al veneno de la sugestión que por fuerza la edad derramará en él, aun cuando ese veneno fuera tan violento como el acónito, tan impetuoso como la pólvora.

CLARENCE. — Cultivaré su cariño con toda mi atención y mi ternura.

REY ENRIQUE. — ¿Por qué no estás ahora en Windsor con él, Tomás?

CLARENCE. — No está allí hoy; come en Londres.

REY ENRIQUE. — ¿Quién le acompaña? ¿Puedes decirme lo?

CLARENCE. — Poins y otros de sus compañeros habituales.

REY ENRIQUE. — Las tierras más ricas son las más invadidas por la mala yerba. Y él, la noble imagen

de mi juventud, está obstruído por ella; es por eso que mi angustia se extiende más allá de la hora de la muerte. Mi corazón llora sangre cuando me figuro por la imaginación los días de extravío, los tiempos corrompidos que veréis cuando yo duerma con mis antepasados. Porque cuando su obstinado desenfreno no tenga sujeción, cuando la cólera y el ardor de la sangre sean sus consejeros, cuando los medios y la prodigalidad se reúnan, ¡oh, con qué alas le arrebatarán sus pasiones a través de peligros amenazadores, hacia la ruina fatal!

WARWICK. — Mi buen lord, miráis demasiado lejos. El príncipe sólo estudia a sus compañeros como una lengua extranjera. Así, para saber un idioma, es necesario haber aprendido las palabras más inmodestas. Una vez que esto se ha conseguido, vuestra alteza sabe que no se las emplea ya y que sólo se las conoce para evitarlas. Así, como a esos términos groseros, el príncipe, ilustrado por el tiempo, rechazará a sus compañeros, cuyo recuerdo, como un patrón, como una medida viva, servirá a su gracia para estimar la conducta de los otros, aprovechando así los errores pasados.

REY ENRIQUE. — Raro es que la abeja abandone el panal que ha dejado en la carroña... ¿Quién viene? ¿Westmoreland?

(Entra Westmoreland).

WESTMORELAND. — ¡Salud a mi soberano! ¡Que nuevas dichas se añadan para él a las que vengo a anunciar! El príncipe Juan, vuestro hijo, besa la mano de vuestra gracia. Mowbray, el obispo Seroop, Hastings y todos, cayeron bajo el rigor de vuestra ley. No hay ya una sola espada rebelde desenvainada y la paz extiende por doquier su ramo de

olivo. Como se obtuvo este triunfo, más despacio podrá vuestra alteza leerlo en este relato completo y detallado.

REY ENRIQUE. — ¡Oh, Westmoreland! ¡Eres el pájaro primaveral que siempre, sobre el anca del invierno, canta el amanecer! Mira, aquí tenemos más noticias.

(Entra Harcourt).

HARCOURT. — ¡El cielo preserve de enemigos a vuestra majestad! ¡Y cuando contra vos se levanten, puedan caer como aquellos de quienes vengo a hablaros! El conde de Northumberland y lord Bardolph, al frente de una numerosa fuerza de ingleses y escoceses, han sido batidos por el Sheriff del Yorkshire. Los detalles y circunstancias de la lucha, están contenidos ampliamente en estos despachos.

REY ENRIQUE. — ¿Por qué esas buenas noticias me causan este mal? ¿Jamás vendrá la Fortuna con sus dos manos llenas y escribirá siempre sus más bellas palabras en sombríos caracteres? Ora da el apetito y no el alimento, como al pobre en plena salud; ora da un festín y retira el apetito, como al rico, que tiene la abundancia y no la goza. Quisiera regocijarme ahora de esas nuevas felices y mi vista se turba, la cabeza me gira. ¡A mí! aproximados, me siento muy mal.

(Se desvaneca).

HUMPHREY. — ¡Animo, majestad!

CLARENCE. — ¡Oh, mi real padre!

WESTMORELAND. — ¡Mi soberano señor, volved en vos, abrid los ojos!

WARWICK. — Paciencia, príncipes; ya sabéis que estos ataques son ordinarios en su alteza. Apartaos de él, dadle aire; pronto volverá en sí.

CLARENCE. — No, no; no puede soportar por mucho tiempo esas congojas. La incesante inquietud y trabajo de su espíritu, han roto el muro que le contiene y la vida sale a través y se le escapa.

HUMPHREY. — El pueblo me alarma, porque ha observado criaturas sin padres, monstruosos partos de la naturaleza. Las estaciones han cambiado de carácter, como si el año, encontrando algunos meses dormidos, los hubiera pasado de un salto.

CLARENCE. — El río ha tenido tres mareas, sin reflujo intermediario; la gente vieja, vetusta crónica del pasado, dice que lo mismo sucedió poco tiempo antes que nuestro bisabuelo Eduardo, cayera enfermo y muriera.

WARWICK. — Hablad bajo, príncipe, porque el rey vuelve en sí.

HUMPHREY. — Esta apoplejía concluirá seguramente con él.

REY ENRIQUE. — Os ruego, sostenedme y llevadme a otra pieza; despacio, os suplico.

(Transportan al Rey a una alcoba, en el fondo de la escena y le colocan sobre un lecho).

Que no se haga ruido, mis buenos amigos; quisiera que una mano dulce y cariñosa susurre un poco de música a mi fatigado espíritu.

WARWICK. — Haced venir los músicos al cuarto contiguo.

REY ENRIQUE. — Poned la corona aquí, sobre la almohada.

CLARENCE. — Sus ojos se hunden y cambia mucho.

WARWICK. — Menos ruido, menos ruido.

(Entra el príncipe Enrique).

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Quién ha visto al duque de Clarence?

CLARENCE. — Aquí estoy, hermano, agobiado de dolor.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Cómo? ¿Lluvia aquí dentro y no fuera? ¿Cómo va el rey?

HUMPHREY. — Excesivamente mal.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¿Conoce ya las buenas noticias? Decídselas.

HUMPHREY. — Es al saberlas que se ha agravado.

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Si está enfermo de alegría, sanará sin médico.

WARWICK. — No tanto ruido, milords; mi buen príncipe, hahlad más bajo. El rey, vuestro padre, se dispone a dormir.

CLARENCE. — Retirémonos a la otra cámara.

WARWICK. — ¿Vuestra gracia se dignará venir con nosotros?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — No; me sentaré aquí y velaré al rey.

(Salen todos, menos el rey y el príncipe Enrique).

¿Por qué la corona reposa allí sobre su almohada, esa inquieta compañera del lecho? ¿Oh espléndida perturbación! ¿Dorada ansiedad, que tienes las puertas del sueño de par en par abiertas a tantas noches agitadas! ¿Duerme con ella ahora! ¿Pero no tan profundamente, no con tanta intensa dulzura como aquel que, con la frente ceñida por un tosco gorro, ronca la noche entera! ¿Oh, majestad! ¿Cuánto oprimes a aquel que te lleva! Lo haces como una rica armadura que, en el calor del día, abraza protegiendo. A las puertas de su aliento, reposa una suave pluma, que no se agita; si respirara, ese blando e imponderable vello se movería. ¿Mi buen

lord! ¡Mi padre! Este sueño es profundo en verdad; es el sueño que ha hecho divorciar a tantos reyes ingleses con esta diadema de oro. Lo que te debo son lágrimas, son las hondas aflicciones de la sangre, que la naturaleza, el amor y la ternura filial te pagarán, padre querido, ampliamente. Lo que me debes tú es esta imperial corona que, como inmediato a tu rango y a tu sangre, me viene por sí misma. Hela aquí puesta: (*coloca la corona sobre su cabeza*) ¡que el cielo la guarde! Que todas las fuerzas del mundo se reúnan en un brazo gigante, no me arrancarán este honor hereditario. La recibí de ti y a los míos la transmitiré, como tú la dejaste. (*Sale*).

REY ENRIQUE. — (*Despertándose*). ¡Warwick! ¡Gloster! ¡Clarence!

(*Vuelve Warwick y los otros*).

CLARENCE. — ¡Llama el rey?

WARWICK. — ¡Qué desea, vuestra majestad? ¡Cómo se encuentra, vuestra gracia?

REY ENRIQUE. — ¡Por qué me habéis dejado solo aquí, milords?

CLARENCE. — Dejamos al príncipe mi hermano aquí, mi señor, quien se encargó de velar por vos.

REY ENRIQUE. — ¡El príncipe de Galles? ¡Dónde está? Dejadme verle. No está aquí.

WARWICK. — Esa puerta está abierta; ha salido en esa dirección.

HUMPHREY. — No ha pasado por el cuarto en que estábamos.

REY ENRIQUE. — ¡Dónde está la corona? ¡Quién la ha tomado de mi cabecera?

WARWICK. — Cuando nos retiramos, mi señor, la dejamos aquí.

REY ENRIQUE. — El príncipe la habrá tomado; id en su busca. ¿Tiene tal prisa que confunde mi sueño con mi muerte? Encontradle, milord de Warwick, y traedle aquí en el acto.

(Sale Warwick).

Esa conducta de su parte se une a la enfermedad para acelerar mi fin. ¡ Ved, hijos, cómo sois! ¡ Cuán pronto la naturaleza cae en la rebelión, cuando el oro es su objetivo! Para eso los padres, insensatamente inquietos, han roto su sueño con las preocupaciones, su cerebro por los cuidados, sus huesos por la labor! ¡ Para eso han engrosado y apilado impuros montones de oro extrañamente adquiridos! ¡ Para eso se han preocupado de educar a sus hijos en las artes y en los ejercicios de la guerra! Tal como las abejas, tomando a cada flor su dulce savia, con los muslos cargados de cera y la boca de miel, llevamos nuestro tesoro a la colmena, y, como a las abejas, se nos mata por nuestro trabajo. Ese amargo desencanto premia la previsión del padre expirante.

(Vuelve Warwick).

Y bien, ¿ dónde está el que no puede esperar hasta que su aliada la enfermedad concluya conmigo?

WARWICK. — Milord, he encontrado al príncipe en la cámara contigua, regando con tiernas lágrimas su dulce rostro, en tal actitud de profunda pena, que la tiranía, que sólo con sangre se desaltera, habría al verle, lavado su espada en lágrimas de piedad.

REY ENRIQUE. — ¿ Pero por qué ha tomado la corona?

(Vuelve el Príncipe Enrique).

¡ Ah! helo aquí. Acércate, Harry. Alejaos de esta cámara; dejadnos solos.

(Salen Clarence, Humphrey, Lords etc.).

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Nunca creí oír ya vuestra voz!

REY ENRIQUE. — Esa idea era hija de tu deseo, Harry, tardó demasiado cerca de ti y te canso. ¿Tienes tal hambre de mi trono vacío, que quieres violentamente investirme de mis dignidades, antes que la hora madure? ¡Oh, loca juventud! ¡Aspirar a la grandeza que debe abrumarte! Espera tan sólo un momento; porque la nube de mi poder está sostenida por tan debil viento, que pronto caerá: mi día se oscurece. Has estado aquello que, dentro de pocas horas, era tuyo sin delito. En la hora de mi muerte, has puesto el sello a mis previsiones. En vida me has probado que no me amabas y quieres que muera con esa convicción. Encubres mil puñales en tus pensamientos, que has afilado sobre tu corazón de piedra, para herir la última media hora de mi vida. ¡Cómo! ¿No puedes tolerarme una media hora más? Ve, pues, a cavar tú mismo mi tumba y ordena a las alegres campanas que suenen a tus oídos, que estás coronado, no que estoy muerto. ¡Que todas las lágrimas que regarían mi féretro, sean gotas de bálsamo para santificar tu cabeza! Arroja mis restos al polvo del olvido, da a los gusanos aquel que te dió la vida. Expulsa a mis servidores, auula mis decretos, porque la hora ha llegado de escarnecer el orden. Enrique V ha sido coronado: ¡arriba la Locura! ¡Abajo la real grandeza! ¡Vosotros todos, sabios consejeros, atrás! Y ahora acudid a la Corte de Inglaterra, de todas las regiones, frívolas abejas! ¡Ahora, vecinas contreras, purgaos de vuestra escoria! ¿Tenéis algún rufián que jure, beba, baile, pase la noche en jarana, robe, asesine y cometa los más viejos crímenes de la manera más nueva? Sed felices, ya no os incomodará más: ¡Inglaterra va a cubrir con un doble

dorado su triple infamia! (1) Inglaterra le dará empleo, honor, poder; porque el quinto Enrique arranca a la Licencia domada el bozal de la represión y la perra salvaje va a clavar su diente en la inocencia. ¡Oh, mi pobre reino, enfermo de las luchas intestinas! Si mis cuidados no han podido preservarte del desastre, ¿qué será de ti cuando sea el desastre quien te cuide? ¡De nuevo te convertirás en un desierto, poblado por los lobos, tus antiguos habitantes!

PRÍNCIPE ENRIQUE. — (*Arrodillándose*). Perdonadme, mi señor, pero si las lágrimas no hubieran detenido mi palabra, me habría anticipado a esos duros y acerbos reproches, antes que vuestro dolor hubiera hablado, antes que tan lejos hubiera llegado. He aquí vuestra corona: que aquel que lleva la corona inmortal, os la guarde largo tiempo. Si de otra manera la estimo, que como vuestro honor y vuestra gloria, que jamás me levante de esta postura obediente (que mi espíritu profundamente leal y respetuoso me sugiere) como el homenaje visible de su sumisión. El cielo me es testigo que, cuando aquí llegué y encontré sin aliento a vuestra majestad, un frío mortal penetró mi corazón. Si finjo, pueda morir en mi presente desvarío y no vivir bastante para mostrar al mundo incrédulo el noble cambio que me había propuesto! Habiéndome acercado para miraros, creyendoos muerto (casi muerto yo mismo), ¡oh!, mi soberano, pensando que lo estabais, hablé a la corona como si pudiera oirme y así la vituperé: *Los cuidados que causas, aniquilaron el cuerpo de mi padre. Así, tú del mejor oro,*

(1) *England shall double gild his treble gilt.* La abstracción del espíritu de Shakespeare por el juego de palabras, va hasta usar ese trivial recurso en este momento solemne y en medio de tanta soberana belleza.

eres el oro peor. Otro de menos ley que tú, es más precioso, porque bajo la forma de medicina, preserva la vida humana; pero tú, más fino, más lleno de honores, más renombrado, devoras al que te lleva! como con un enemigo que, a mi vista, hubiera asesinado a mi padre: querella de buen heredero. Fue así, mi real soberano, que acusando a la corona, la puse sobre mi cabeza para medirme con ella. Pero si ha llegado a infestar de gozo mi alma o a inflar de orgullo mi corazón, si el menor espíritu de rebelión o de vanidad me ha hecho acoger el poder que simboliza con la menor afección de bienvenida, ¡que el cielo la aleje para siempre de mi cabeza y me convierta en el más miserable de los vasallos que con reverencia y pavor se arrodillaban ante ella!

REY ENRIQUE. — ¡Oh, hijo mío! El cielo te inspiró la idea de tomarla para que pudieras acrecentar el amor de tu padre, abogando tan cuerdamente en tu excusa. Acércate, Harry, siéntate cerca de mi lecho y oye mis consejos, los últimos, creo, que proferiré. El cielo conoce, hijo mío, por qué sendas extraviadas, por qué caminos tortuosos e indirectos, alcancé esta corona; yo mismo sé cuán laboriosamente se fijó sobre mi cabeza. Sobre la tuya descenderá más tranquilamente, con mayor respeto de la opinión, más firme, porque toda la mancha de la adquisición bajará conmigo a la tumba. Aparecía en mí, sólo como un honor arrancado con violenta mano y muchos hombres vivían para echarme en cara haberla ganado con su asistencia. De ahí las querellas diarias y los sangrientos trastornos de una paz ilusoria. Tú has visto con qué peligro he arrojado esas amenazas insolentes, porque todo mi reino no ha sido sino el drama en que se ha desenvuelto ese argumento. Pero ahora mi muerte

cambia la situación, porque lo que en mí fué una adquisición, te llega por un camino más digno, porque obtienes la diadema por sucesión. Sin embargo, aunque tú te establecerás con mayor firmeza de la que yo podía alcanzar, no tendrás solidez suficiente mientras persistan las quejas aún vivaces. Todos mis amigos, de los que debes hacer tus amigos, sólo desde hace poco perdieron sus garras y sus dientes; elevado primeramente por su ruda asistencia, temí luego ser derribado por su poder. Para evitarlo, les hice pedazos: tenía ahora el proyecto de conducir el resto a Tierra Santa, temiendo que el reposo y la inacción no les aconsejasen examinar de cerca mi autoridad. Así, pues, Harry, que ese sea tu sistema, ocupar esos espíritus inquietos, en guerras extranjeras, de manera que su actividad, ejercitada lejos de aquí, pueda borrar la memoria de los primeros días. Más te diría, pero mis pulmones están de tal modo fatigados, que ya no tengo fuerza para hablar. ¡Que Dios me perdone cómo alcancé la corona y permita que puedas tú vivir en paz con ella!

PRÍNCIPE ENRIQUE. — Mi gracioso señor, la habéis ganado, llevado, conservado y me la dais; así, mi posesión es completa y legítima: con una energía superior a la común, la defenderé contra el mundo entero.

(Entran el Príncipe Juan de Lancaster, Warwick, Iores, etc.).

REY ENRIQUE. — Mirad, mirad, ahí viene mi Juan de Lancaster.

PRÍNCIPE JUAN. — ¡Salud, paz y prosperidad a mi real padre!

REY ENRIQUE. — Me traes la prosperidad y la paz, hijo Juan; pero la salud ¡ay! volóse sobre sus alas

juveniles de este tronco seco y marchito. Ya lo ves; mi tarea en este mundo toca a su fin. ¿Dónde está milord de Warwick?

PRÍNCIPE ENRIQUE. — ¡Milord de Warwick!

REY ENRIQUE. — ¿La cámara en la que me desvanecí por primera vez, tiene algún nombre particular?

WARWICK. — La llaman Jerusalém, mi noble señor.

REY ENRIQUE. — ¡Dios sea alabado! Es allí donde debe concluir mi vida. Se me ha profetizado hace muchos años que no moriría si no en Jerusalém; había creído por error que sería en Tierra Santa. Pero llevadme a esa cámara; quiero reposar allí; en esa Jerusalém morirá Enrique. (*Salen*).

ACTO V

Escena I

GLoucestershire. — *Un cuarto en la casa del Juez Trivial.*

(*Entran Trivial, Falstaff, Bardolfo y el Paje.*)

TRIVIAL. — ¡Vive Dios, señor mío, que no os iréis esta noche! Vamos, Davy, ¿vienes?

FALSTAFF. — Es necesario que me excuséis, maese Trivial.

TRIVIAL. — No os excusaré; no seréis excusado; no se admitirán excusas; no hay excusa que valga; no seréis excusado... ¡Y bien, Davy!

(*Entra Davy.*)

DAVY. — Aquí estoy, señor.

TRIVIAL. — Davy, Davy, Davy... A ver, Davy, a ver... ¡Ya, eso es! William, el cocinero... decidle que venga. Sir John, no seréis excusado.

DAVY. — ¡Ay, señor! esas órdenes no pueden ser ejecutadas; ¿una vez más, señor, sembraremos de trigo la tierra del cercado?

TRIVIAL. — De trigo rojo, Davy... Pero en cuanto a William, el cocinero... ¿No hay pichones tiernos?

DAVY. — Sí, señor. He aquí ahora la cuenta del herrero por herraduras y hierros de arado.

TRIVIAL. — Que se examine y se pague... Sir Joha, no seréis excusado.

DAVY. — Señor, el cubo necesita absolutamente un anillo nuevo... Además, señor, ¿pensáis retener algo sobre el sueldo de William, por el saco que perdió el otro día en la feria de Kinckey?

TRIVIAL. — Debe responder de él... Algunos pichones, Davy, un par de gallinas de patas cortas, un cuarto de carnero y algunas pequeñas fruslerías bien sabrosas... Avisa a William el cocinero.

DAVY. — ¿El hombre de guerra se quedará aquí toda la noche, señor?

TRIVIAL. — Sí, Davy. Quiero tratarle bien. Un amigo en la Corte vale más que un penique en el bolsillo. Trata a esos hombres bien, Davy, porque son bribones de cuenta y pueden difamarnos.

DAVY. — No más, sin embargo, que lo que se les difama a ellos mismos.

TRIVIAL. — Bien encontrado, Davy. Ahora, a tu quehacer.

DAVY. — Os ruego, señor, que apoyéis a Williams Visor, de Wincot, contra Clement Perkes de la Colina.

TRIVIAL. — Hay muchas quejas, Davy, contra ese Visor; ese Visor es un pillo de cuenta, según sé.

DAVY. — Concedo a vuestro honor que es un pillo; pero no obstante, señor, no quiera Dios que a un pillo pueda faltarle apoyo, cuando un amigo lo pide. Un hombre de bien, señor, puede hablar por sí mismo; no así un pillo. He servido con fidelidad a vuestro honor desde hace ocho años y si no puedo una o dos veces por mes, sacar adelante a un pille

contra un hombre honrado, tengo bien poco crédito con vuestro honor. Ese pillo es un amigo honrado para mí; así, ruego a vuestro honor que lo favorezca.

TRIVIAL. — Vamos, bien está; no le sucederá nada malo. A tu quehacer, Davy.

(Davy sale).

¿Dónde estáis, sir John? Vamos, sacaos las botas. Dadme vuestra mano, maese Bardolfo.

BARDOLFO. — Me alegro de ver a vuestro honor.

TRIVIAL. — Te lo agradezco de todo corazón, gentil maese Bardolfo. (*Al paje*). Bienvenido, mi gran muchacho. Vamos, sir John. (*Sale Trivial*).

FALSTAFF. — Ya os sigo, mi buen maese Roberto. Bardolfo, cuida de los caballos. (*Salen Bardolfo y el paje*).

Si me dividieran en varios pedazos, haría cuatro docenas de báculos de ermita barbudo, como Trivial. Es una cosa maravillosa observar la completa conexión que existe entre el espíritu de sus servidores y el suyo. Ellos, a fuerza de observarle, han tomado el aire de jueces reblandecidos; él, conversando con ellos, el de un criado de juez. Sus espíritus están tan estrechamente unidos por el comercio social constante, que marchan todos en manada, como gansos silvestres. Si quisiera obtener algún favor de maese Trivial, adularía a sus gentes, afirmandoles que hacen uno con su amo; si de sus gentes, lisonjearía a maese Trivial, asegurándole que ningún hombre tiene más imperio sobre sus servidores. Es un hecho que tanto el espíritu como la imbecilidad se contagian en los hombres, de uno a otro; por tanto, hay que preocuparse de las compañías. Tendré tema suficiente, con este Trivial, para tener al príncipe Harry en continua risa durante

seis modas (que comprenden cuatro términos (1) o dos acciones por deudas) y reira así sin *intervalos*. Es enorme el efecto que hace una mentira, sostenida por un juramento ligero y una broma, dicha con aire serio, sobre un muchacho a quien nunca han dolido las espaldas! ¡Oh, le veréis reir hasta que su cara se ponga como una capa mojada y puesta de través!

TRIVIAL. — (*Dentro*). ¡Sir John!

FALSTAFF. — Voy allá, maese Trivial, voy allá.

(Sale).

Escena II

WESTMINSTER. — *Una sala en palacio.*

(Entran Warwick y el lord Justicia Mayor).

WARWICK. — Y bien, milord gran juez, ¿dónde vais?

LORD JUSTICIA. — ¿Cómo está el rey?

WARWICK. — Excesivamente bien; todas sus penas han concluído.

LORD JUSTICIA. — ¿No ha muerto, espero?

WARWICK. — Ha recorrido el camino de la naturaleza y para nosotros ya no vive.

LORD JUSTICIA. — Hubiera querido que su majestad me llevara consigo; los servicios que fielmente le presté durante su vida, me dejan expuesto a todo género de vejámenes.

(1) Períodos de sesiones de los tribunales.

WARWICK. — A la verdad, me parece que el joven rey no os tiene mucho cariño.

LORD JUSTICIA. — No lo ignoro; me he preparado a hacer frente a las circunstancias, que no pueden ser más horribles para mí que lo que mi imaginación me las representa.

(Entran el Príncipe Juan, Príncipe Humphrey, Clarence, Westmoreland y otros).

WARWICK. — Aquí viene la angustiada descendencia del muerto Enrique. ¡Oh, si el Enrique vivo tuviera el temple del menos favorecido de esos tres caballeros! ¡Cuántos nobles conservarían entonces sus puestos, que ahora tendrán que arriar pabellón ante hombres de la más vil especie!

LORD JUSTICIA. — ¡Ay! ¡Temo que todo sea trastornado!

PRÍNCIPE JUAN. — Buen día, primo Warwick.

HUMPHREY Y CLARENCE. — Buen día, primo.

PRÍNCIPE JUAN. — Nos encontramos como hombres que han olvidado el habla.

WARWICK. — La recordamos; pero nuestro argumento es demasiado penoso para admitir mucha plática.

PRÍNCIPE JUAN. — Bien, que la paz sea con aquel que nos ha sumido en la tristeza.

LORD JUSTICIA. — Que la paz sea con nosotros y nos preserve de mayor tristeza.

HUMPHREY. — ¡Oh, mi buen lord! Habéis perdido un amigo seguramente; me atrevería a jurar que no es fingida la tristeza de vuestra cara; es sincera.

PRÍNCIPE JUAN. — Aunque ningún hombre está seguro de la suerte que le espera, vos estáis en una fría expectativa. Eso me entristece en extremo; quisiera que no fuera así.

CLARENCE. — Ahora tendréis que tratar bien a sir John Falstaff, nadando así contra la corriente de vuestro carácter.

LORD JUSTICIA. — Mis buenos príncipes, lo que he hecho lo he hecho honorablemente, guiado por la imparcial dirección de mi conciencia; nunca me veréis solicitar remisión por medio de indignos manejos. Si la verdad y la recta inocencia me fallan, iré a encontrar a mi señor el rey muerto y le diré quién me envió a reuirmme con él.

WARWICK. — He aquí el príncipe que viene.

(Entra el Rey Enrique V).

LORD JUSTICIA. — ¡Buen día y que Dios guarde a vuestra majestad!

REY ENRIQUE V. — Este nuevo y esplendoroso adorno, la majestad, no me es tan cómodo como pensáis. Hermanos, mezcláis algún temor a vuestra tristeza; esta es la corte de Inglaterra y no de Turquía; no sucede un Amurat a un Amurat, sino un Enrique a un Enrique. No obstante, estad tristes, mis buenos hermanos, porque, a decir verdad, eso os sienta bien. Lleváis el duelo de tan soberana manera, que quiero arraigar profundamente esa moda y llevarla en mi corazón. Estad, pues, tristes; pero no habléis de esa tristeza, mis buenos hermanos, sino como de una carga que pesa por igual sobre todos nosotros. En cuanto a mí, podéis estar seguro, seré a la vez vuestro padre y vuestro hermano. Dadme vuestro amor, yo os daré mi solicitud. Llorad al Enrique muerto; también le lloraré yo. Pero vive un Enrique que convertirá esas lágrimas en otras tantas horas de alegría.

LOS PRÍNCIPES. — No esperamos otra cosa de Vuestra Majestad.

REY ENRIQUE V. — Me miráis todos de extraña manera; (*al lord Justicia*) sobre todo vos. Estáis seguro, pienso, que no os tengo afecto.

LORD JUSTICIA. — Estoy seguro, si se me juzga recatadamente, que Vuestra Majestad no tiene justo motivo de odiarme.

REY ENRIQUE V. — ¡No, eh! ¿Cómo puede un príncipe, llamado como yo a tan altos destinos, olvidar las graves indignidades que me habéis hecho sufrir? ¡Cómo! ¿Regañar, censurar y enviar rudamente a la prisión al heredero inmediato de la corona? ¿Eso es sencillo? ¿Puede eso ser lavado en el Leteo y olvidado?

LORD JUSTICIA. — Representaba entonces la persona de vuestro padre, y la imagen de su poder estaba en mí. En la administración de justicia estaba yo encargado del interés público, cuando plugo a Vuestra Alteza olvidar mi dignidad, la majestad y el poder de la ley y la justicia, la imagen del rey que yo representaba, llegando hasta pegarme sobre mi sitial mismo de juez. Entonces, como contra un ofensor de vuestro padre, hice uso enérgico de mi autoridad y os hice arrestar. Si el acto era vituperable, debéis resignaros, ahora que lleváis la diadema, a ver un hijo burlarse de vuestros decretos, a arrancar la justicia de vuestro augusto tribunal, cegar por tierra la ley y embotar la espada que guarda la paz y la seguridad de vuestra persona, qué digo, a desdeñar vuestra real imagen y mostrarse de vuestros actos hechos por un segundo vos mismo. Interrogad vuestra real inteligencia, haced vuestro el caso, sed ahora el padre y suponed el hijo; oid que vuestra dignidad ha sido de esa manera profanada, ved vuestras leyes más formidables tan aturdidamente escarnecidas, figuraos vos mismo así despreciado por un hijo e imaginadme

entonces a mí, tomando vuestro partido y, en uso de vuestra autoridad, reduciendo vuestro hijo dignamente al silencio. Después de ese frío examen, sentenciadme y, como sois rey, declarad, en esa calidad, lo que haya hecho que menoscabe mi puesto, mi persona o a la soberanía de mi señor.

REY ENRIQUE. — Estáis en la verdad, juez, y pesáis muy bien las cosas. Conservad, pues, la balanza y la espada. Deseo que vuestros honores se acrecienten hasta que viváis bastante para ver un hijo mío ofenderos y obedeceros como lo he hecho. Pueda yo también vivir para repetir las palabras de mi padre: *Feliz soy en tener un servidor tan enérgico para tener el valor de hacer justicia en mi propio hijo y no menos feliz en tener un hijo que así entregue su grandeza al brazo de la justicia.* Me habéis hecho arrestar; por eso coloco en vuestras manos la inmaculada espada que estáis habituado a llevar, con esta recomendación: que la uséis con el mismo enérgico, justo e imparcial espíritu con que lo habéis hecho contra mí. He aquí mi mano; seréis un padre para mi juventud; mi voz hará oír aquello que insinúeis a mi oído y sujetaré humildemente mis propósitos a la sabia dirección de vuestra experiencia. Y vosotros todos, príncipes, creedme, os lo ruego. Mi padre ha llevado consigo a la tumba mis desenfrenos, porque es allí que reposan mis afecciones. Yo sobrevivo con su reposado espíritu, para burlarme de la expectativa del mundo, para frustrar las profecías, para destruir la carcomida sentencia que me ha condenado según mis apariencias. En mí, la ola de la sangre ha rodado hasta ahora locamente en vanidad; ahora se vuelve y refluye hacia el mar, donde va a confundirse en el dominio de las olas y correr en adelante en la calma de la majestad. Convoquemos ahora nuestra

alta corte del parlamento y elijamos de tal manera los miembros del noble consejo, que el gran cuerpo de nuestra nación pueda marchar en el mismo rango que los países mejor gobernados; que la guerra o la paz, o ambas a la vez, sean para nosotros cosas familiares y conocidas, (*al lord Justicia*). En lo que, padre, tendréis la alta mano. Hecha nuestra coronación, reuniremos, como lo he recordado antes, todos nuestros estados y — si Dios suscribe a mis buenas intenciones — ningún príncipe, ningún par, tendrá justa causa para desear que el cielo abrevie de un solo día la afortunada vida de Enrique. (*Salen*).

Escena III

GLOUCESTERSHIRE.—*El jardín de la casa de Trivial.*

(*Entran Falstaff, Silencio, Bardolfo, el paje y Davy*).

TRIVIAL. — Bien, ahora veréis mi huerta, y hajo una glorieta comeremos una manzana esperiega que yo he injertado con mi propia mano, con un plato de anís y otras cosillas; vamos, primo Silencio, y luego a la cama.

FALSTAFF. — Vive Dios que tenéis aquí una buena habitación y rica.

TRIVIAL. — Improductiva, improductiva, improductiva; parásitos todos, parásitos todos, Sir John... ¡Bah! El aire es bueno; sirve, Davy, sirve, Davy. Bien, Davy.

FALSTAFF. — Este Davy os sirve para muchos usos; es vuestro criado y vuestro labrador.

TRIVIAL. — Es un buen criado, un excelente criado, Sir John... ¡Por la misa! He bebido demasiado vino en la cena... ¡Un buen criado! Ahora sentaos, ahora sentaos; venid, primo.

SILENCIO. — Por mi fe, no haremos:

Más que comer y banquetear (cantando)
Y agradecer al cielo el año feliz;
Cuando la carne está barata y las hembras caras
Y que los robustos muchachos andan rondando
Tan alegremente
Y por siempre alegremente.

FALSTAFF. — ¡He ahí un carácter alegre! ¡Buen maese Silencio, una copa al instante a vuestra salud!

TRIVIAL. — Servid vino a maese Bardolfo, Davy.

DAVY. — Mi dulce señor, sentaos; (*haciendo sentar a Bardolfo y al paje a otra mesa*). Soy con vosotros al momento, dulcísimo señor. Maese Paje, buen maese Paje, sentaos: ¡que aproveche! Lo que os falta en comida, lo tendremos en bebida. Pero nos excusaréis; la buena intención es todo.

TRIVIAL. — ¡Alegría, maese Bardolfo! ¡Y vos allá, soldadillo, alegría!

SILENCIO. — (Cantando):

Alegría, alegría, mi mujer es como todas;
Las mujeres son bribonas, tanto grandes como pe-
[queñas,
Hay alegría en la sala, cuando las barbas ondean,
¡Bienvenida la alegre carnestolenda!

FALSTAFF. — Nunca hubiera pensado que maese Silencio fuera un hombre de esos bríos.

SILENCIO. — ¡Quién, yo? Más de una vez he estado chispo.

(Vuelve Davy).

DAVY. — (*Colocando un plato delante de Bardolfo*). He aquí un plato de manzanas para vos.

TRIVIAL. — ¡Davy!

DAVY. — ¿Señor? (*a Bardolfo*). En seguida soy con vos. (*a Trivial*). ¿Una copa de vino, señor?

SILENCIO. — (Cantando):

Una copa de vino, que sea vino fino,

¡Yo bebo a mi querida!

¡Un corazón alegre vive mucho tiempo!

FALSTAFF. — ¡Bien dicho, maese Silencio!

SILENCIO. — Debemos estar alegres; ahora viene la dulce hora de la noche.

FALSTAFF. — ¡Salud y larga vida, maese Silencio!

SILENCIO. — (Cantando):

Llenad la copa y pasádmela;

Os correspondo hasta una milla más allá.

TRIVIAL. — Honesto Bardolfo, bienvenido. Si tienes necesidad de algo y no lo pides, el diablo te lleve. (*Al paje*). Bienvenido, briboncillo; tú también, bienvenido, a fe mía. Quiero beber a maese Bardolfo y a todos los alegres muchachos (1) de Londres.

DAVY. — Espero ver Londres una vez antes de morir.

BARDOLFO. — Si puedo veros allí, Davy...

TRIVIAL. — ¡Por la misa! ¿Os beberéis una pinta juntos, heim? ¿No es así, maese Bardolfo?

BARDOLFO. — Sí, señor, en un jarro de cuatro pintas.

TRIVIAL. — Gracias; el pillo no te soltará; tendrá firme; es de buena sangre.

BARDOLFO. — Yo tampoco le soltaré, señor.

TRIVIAL. — Bien, eso es hablar como un rey. No os privéis de nada y estad alegres. (*Lllaman*). Mira quién está a la puerta; ¡hola! ¿Quién llama?

(Sale Davy).

(1) En el texto, *cavalerocs*.

FALSTAFF. — (*A Silencio, que ha bebido un largo trago*). Así, ahora me habéis correspondido.

SILENCIO. — (Cantando):

*Correspóndeme
Y hazme caballero,
¡Samingo!
¿No es así?*

FALSTAFF. — Eso es.

SILENCIO. — ¿Es así? Confesad entonces que un hombre viejo sirve para algo.

(Vuelve Davy).

DAVY. — Con el permiso de Vuestra Señoría, es un Pistola que trae noticias de la Corte.

FALSTAFF. — ¿De la Corte? ¡Que entre!

(Entra Pistola).

¿Qué hay de nuevo, Pistola?

PISTOLA. — ¡Dios os guarde, Sir John!

FALSTAFF. — ¿Qué viento te ha empujado por aquí, Pistola?

PISTOLA. — No es el mal viento que nunca empuja al bueno... Dulce caballero, eres ahora uno de los más grandes personajes del reino.

SILENCIO. — Por Nuestra Señora, ereo que lo es; después del bueno de Puf de Barson, sin embargo.

PISTOLA. — ¿Puf? ¡Al diablo Puf, follón, villano y eobarde! ¡Sir John, soy tu Pistola, soy tu amigo y a rienda suelta he corrido hasta ti y te traigo las noticias más afortunadas y gozosas de sucesos de oro, nuevas del mayor precio!

FALSTAFF. — Te ruego, suéltalas como un humilde mortal.

PISTOLA. — ¡El diablo se lleve este mundo y sus humildes mortales! ¡Hablo del Africa y de sus placeres de oro!

FALSTAFF. — Oh, vil caballero asirio, ¿qué noticias traes? ¡Di la verdad al rey Cophetua!

SILENCIO. — (Cantando):

Y Robin Hood, Escarlata y Juan.

PISTOLA. — ¿Corresponde a los perros sarnosos contestar a los hijos del Helicón? ¿Es permitido mostrarse de las buenas noticias? Si es así, ¡oh Pistola, oculta tu cabeza en el regazo de las Furias!

TRIVIAL. — Honesto caballero, no entiendo jota de lo que decís.

PISTOLA. — Entonces, deplóralo.

TRIVIAL. — Perdonadme, señor. Si traéis, señor, noticias de la Corte, pienso que no hay más que dos caminos: o decir las o callarlas. Ejercicio, señor, por el rey, alguna autoridad.

PISTOLA. — ¿Por qué rey, andrajoso? Habla o maere.

TRIVIAL. — Por el rey Enrique.

PISTOLA. — ¿Enrique IV o V?

TRIVIAL. — Enrique IV.

PISTOLA. — ¡Al diablo tu oficio! Sir John, tu tierno corderillo, es ahora rey; Enrique V es el hombre. Digo la verdad. Si Pistola miente, hazme esto: la higa, como a un fanfarrón español.

FALSTAFF. — ¿Cómo? ¿El viejo rey ha muerto?

PISTOLA. — Como un clavo en una puerta; lo que afirmo es exacto.

FALSTAFF. — ¡En marcha, Bardolfo! Ensilla mi caballo. Maese Roberto Trivial, elige el empleo que quieras en el país; tuyo es. Pistola, quiero agobiar-te de dignidades.

BARDOLFO. — ¡Oh, día feliz! ¡No daría mi fortuna por un título de caballero!

PISTOLA. — ¿Qué tal? ¡Traigo buenas noticias!

FALSTAFF. — Llevad a la cama a maese Silencio. Maese Trivial, milord Trivial, sé lo que quieras; yo soy el proveedor de la fortuna. Ponte las botas;

galoparemos toda la noche. ¡Oh, suave Pistola! ¡En marcha, Bardolfo! (*Sale Bardolfo*). Ven, Pistola, cuéntame todo y, además, piensa en lo que puede convenirte. Las botas, las botas, maese Trivial. Sé que el joven rey languidece por mi ausencia. Tomemos los primeros caballos que encontremos; las leyes de Inglaterra están a mis órdenes. Felices aquellos que han sido mis amigos, y ¡ay de mi lord Justicia Mayor!

PISTOLA. — ¡Que los viles buitres le devoren los pulmones. *Dónde está la vida que antaño llevaba*, dicen; y bien, hela aquí. ¡Bienvenidos estos gratos días! (*Salen*).

Escena IV

LONDRES — Una calle.

(*Entran alguaciles arrastrando a mistress Quickly y a Dorotea Rompe-Sábana*).

HOSTELERA. — No, infame bribón; aun a costa de mi vida, quisiera verte ahorcado. Me has dislocado el hombro.

1.^{er} ALGUACIL. — Los constables me la han entregado y se llevará una azotaina en regla, se lo garantizo. Ultimamente ha habido uno o dos hombres muertos por su causa.

DOROTEA. — Mientes, maldito corchete, mientes. Oye-me; quiero decirte, maldecido canalla con cara de tripa, que si el hijo que llevo nace antes de tiempo, más te hubiera valido golpear a tu madre, villano con rostro de papel.

HOSTELERA. — ¡Oh, señor! ¡Si Sir John estuviera aquí! ¡Habría hecho que este día fuera sangriento para alguno! ¡Pero ruego a Dios que el fruto de sus entrañas aborte!

1.^{er} ALGUACIL. — Si eso sucede, necesitaréis hasta doce almohadillas; por ahora no tenéis más que once (1). Vamos, os ordeno a ambas que me sigáis, porque el hombre que habéis golpeado Pistola y vos, ha muerto.

DOROTEA. — Te diré, cara de incensario; te haré azotar en regla, infame mosca azul (2), veruugo tísico. Si no te hago dar una azotaina, renuncio para siempre a las faldas.

1.^{er} ALGUACIL. — ¡Vamos, caballero errante hembra, en marcha!

HOSTELERA. — ¡Oh! ¡Que la fuerza aplaste así al derecho! Está bien; después de la pena, el placer.

DOROTEA. — Vamos, villano, vamos; llevadme a un juez.

HOSTELERA. — ¡Sí, vamos, sabueso hambriento!

DOROTEA. — ¡Espectro! ¡Osamenta!

HOSTELERA. — ¡Esqueleto!

DOROTEA. — ¡Anda, perro flaco, degradado!

1.^{er} ALGUACIL. — Perfectamente. (*Salen*).

Escena V

Una plaza cerca de la abadía de Westminster.

(*Entran dos grooms y cubren el suelo con esteras*).

1.^{er} GROOM. — ¡Más esteras, más esteras!

(1) Alusión a los embarazos fingidos.

(2) Alusión al traje de los alguaciles.

2.º GROOM. — Las trompetas han tocado dos veces.

1.º GROOM. — Serán las dos antes que vuelvan de la coronación. Despachemos, despachemos.

(Los grooms salen).

(Entran Falstaff, Trivial, Pistola, Bardolfo y el paje).

FALSTAFF. — Colocaos cerca de mí, maese Roberto Trivial; haré que el rey os distinga. Le guiñaré el ojo así que llegue, y observad qué cara va a ponerme.

PISTOLA. — Dios bendiga tus pulmones, buen caballero.

FALSTAFF. — Ven aquí, Pistola; colócate detrás de mí. (A Trivial). ¡Oh! si hubiera tenido tiempo de mandar hacer libreas nuevas, habría gastado en ellas las mil libras que me habéis prestado. Pero no importa; esta pobre apariencia conviene más. Le hará comprender mi celo por verle.

TRIVIAL. — Así lo creo.

FALSTAFF. — Hará ver el calor de mi afecto.

TRIVIAL. — Así lo creo.

FALSTAFF. — Mi devoción.

TRIVIAL. — Así lo creo, así lo creo.

FALSTAFF. — Revelará que he estado a caballo todo el día y toda la noche, sin deliberar, sin acordarme de nada, sin tiempo ni paciencia para mudarme.

TRIVIAL. — Es bien cierto.

FALSTAFF. — Y que he venido a colocarme aquí maculado aún por el viaje, sudando del desco de verle, no pensando en otra cosa, olvidando todo otro asunto, como si no tuviera otra cosa que hacer en el mundo, sino verle.

PISTOLA. — *Es semper idem*, porque *absque hoc nihil est*. Eso está en regla.

TRIVIAL. — Así es, ciertamente.

PISTOLA. — Mi caballero, voy a inflamar tu noble hígado y hacerte encolerizar. Tu Dorotea, Helena de tus nobles pensamientos, está en un inmundo calabozo, en una infecta prisión, adonde la han arrasado las más villanas y sucias manos. Levanta de su antro de ébano la vengadora serpiente de la feroz Alectro, porque Dorotea está en el violín. Pistola sólo habla la verdad.

(Aclamación en el interior y toques de trompeta).

FALSTAFF. — Yo la libentaré.

PISTOLA. — He ahí los rugidos del mar y el brillante sonar de las trompetas.

(Entran el Rey con su séquito, en el cual se ve al Justicia Mayor).

FALSTAFF. — ¡Dios salve a tu Gracia, rey Hal, mi real Hal!

PISTOLA. — ¡Los cielos te guarden y te preserven, muy augusto vástago de la fama!

FALSTAFF. — ¡Dios te salve, muchacho querido!

REY ENRIQUE V. — Milord Justicia, hablad a ese insensato.

LORD JUSTICIA. — ¡Estáis en vuestro sentido? ¡Sabéis lo qué decís?

FALSTAFF. — ¡Mi rey! ¡Mi Júpiter! ¡Es a ti a quien hablo, mi corazón!

REY ENRIQUE V. — No te conozco, anciano. Ve a tus oraciones. ¡Qué mal sientan los cabellos blancos a un loco y a un bufón! Largo tiempo he soñado con un hombre de esa especie, tan hinchado por la orgía, tan viejo y tan profano. Pero, despierto, he despreciado mi sueño. En adelante, amengua tu cuerpo y aumenta tu virtud; abandona la glotonería; sabe que la tumba se abre para ti tres veces

más ancha que para el resto de los hombres. No me contestes con una bufonada. No presumas que soy lo que fuí; porque el cielo lo sabe y el mundo se apercibirá, que he despojado en mí el antiguo hombre y que otro tanto haré con aquellos que fueron mis compañeros. Cuando oigas que soy lo que fuí, acércateme y serás lo que fuistes, el tutor y el incitador de mis excesos. Hasta entonces, te destierro, bajo pena de muerte, como he hecho con el resto de mis corruptores; y te prohibo permanecer a menos de diez millas de mi persona. En cuanto a medios de subsistencia, yo los proveeré, para que la falta de recursos no te empuje al mal; y si sabemos que os habéis reformado, entonces, de acuerdo con vuestras facultades y méritos, os ocuparemos. (*El lord Justicia*). Encargaos, milord, de hacer cumplir nuestras órdenes. Adelante.

(Salen el Rey y su séquito).

FALSTAFF. — Maese Trivial, os debo mil libras.

TRIVIAL. — ¡Ay, sí! Sir John, os ruego me permitáis llevármelas a casa.

FALSTAFF. — Dificilmente podrá ser, maese Trivial; no os apesadumbréis por esto; pronto me hará llamar en privado; ya comprenderéis que esto lo hace por la galería. No temáis por vuestro ascenso; aun seré el hombre que os hará grande.

TRIVIAL. — No alcanzo a comprender cómo, a menos que me deis vuestra casaca y me rellenéis de paja. Os ruego, Sir John, devolvedme al menos quinientas de mis mil libras.

FALSTAFF. — Caballero, mantendré mi palabra; lo que habéis oído, no es más que un color.

TRIVIAL. — Temo que moriréis con ese color, Sir John.

FALSTAFF. — No temáis los colores y veníos a comer conmigo. Vamos, teniente Pistola; vamos, Bardolfo; seré llamado antes de la noche.

(Vuelven el Príncipe Juan, el lord Justicia Mayor, oficiales, etc.).

LORD JUSTICIA — Vamos, llevad a Sir John Falstaff a la prisión de Fleet-Street, y con él a todos sus compañeros.

FALSTAFF. — Milord, milord...

LORD JUSTICIA. — No puedo hablar ahora; en breve os oiré. Llevadles.

PISTOLA. — *Si fortuna me tormenta, esperanza me contenta.*

(Salen Falstaff, Trivial, Pistola, Baldolfo, el paje y los oficiales).

PRÍNCIPE JUAN. — Me gusta esa hermosa conducta del rey; entiende que sus compañeros habituales sean dignamente auxiliados; pero todos son destruidos hasta que sus hábitos parezcan al mundo más cuerdos y decorosos.

LORD JUSTICIA. — Así es.

PRÍNCIPE JUAN. — El rey ha convocado su parlamento, milord.

LORD JUSTICIA. — En efecto.

PRÍNCIPE JUAN. — Apostaría que, antes de concluir el año, llevaremos nuestras armas nacionales y ardor nativo hasta Francia. He oído cantar eso a un pájaro y me ha parecido que su música agradaba al rey. Vamos, ¿venís? (Salen).

EPILOGO

Dicho por un bailarín

Primero, mi temor; luego, mi reverencia; último, mi discurso. Mi temor, es vuestro desagrado; mi reverencia, mi homenaje; y mi discurso, mi disculpa. Si ahora esperáis un buen discurso, estoy perdido; porque lo que tengo que decir, es de mi propia cosecha; y lo que debo decir será, a la verdad, en mi propio perjuicio. Pero al grano y a la buena ventura... Sabréis, pues (como bien lo sabéis), que me encontraba aquí al final de una pieza desgraciada, para pedir os paciencia para ella y prometeros una mejor. Pensaba, a la verdad, cumplir mi promesa con ésta; pero, si como una mala operación no tiene éxito, quiebro, y vosotros, mis amables acreedores, perdéis. Prometí que aquí estaría, y aquí entrego mi persona a vuestra merced. Rebajad vuestro crédito y os pagaré una parte, haciéndoos promesas infinitas, como lo hacen muchos deudores.

Si mi lengua no alcanza a induciros a darme carta de pago, ¿queréis que ponga en juego mis piernas? Pero sería pagar en moneda demasiado ligera, compensar mi deuda con cabriolas. Una conciencia sana debe dar todas las satisfacciones posibles, y así quie-

re hacerlo. Todas las gentiles damas aquí presentes, me han perdonado; si los caballeros no lo hacen, entonces los caballeros no concuerdan con las damas, lo que nunca fué visto en una reunión como ésta.

Una palabra más, os suplico. Si no estáis hartos de carne gorda, vuestro humilde autor continuará la historia, en la que seguirá figurando Sir John y os hará reir con la hermosa Catalina de Francia; donde, tanto como puedo saberlo, Falstaff morirá de un sudor resumido, a menos que no le hayáis ya inmolido por una injusta opinión; porque Oldcastle murió como un mártir y éste no es el mismo hombre. Mi lengua está fatigada; cuando mis piernas lo estén también, os desearé las buenas noches; así, doblo la rodilla ante vosotros; pero, a la verdad, para rogar por la reina (1).

(1) Casi todas las antiguas piezas conclufan por una oración por el rey y por la reina, con la fórmula: *vivant rex et regina*.

FIN



INDICE

	Págs.
Miguel Cané	4

A la memoria de Aristóbulo del Valle	7
Introducción	9

ENRIQUE IV

PRIMERA PARTE

Acto I	53
Acto II	73
Acto III	107
Acto IV	131
Acto V	145

SEGUNDA PARTE

Prólogo	171
Acto I	173
Acto II	195
Acto III	227
Acto IV	245
Acto V	277
Epílogo	297

Impreso en los Talleres Gráficos
: : de L. J. ROSSO y Cia. : :

Revista de Filosofía

CULTURA - CIENCIAS - EDUCACIÓN

Publicación bimestral dirigida por JOSE INGENIEROS

APARECE EN VOLÚMENES DE 150 A 200 PÁGINAS

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica. No edita artículos literarios, políticos, históricos ni forenses.

Desea imprimir unidad de expresión al naciente pensamiento argentino, continuando la orientación cultural de Rivadavia, Echeverría, Alberdi y Sarmiento.

Ha publicado artículos de *Florentino Ameghino, José M. Ramos Mejía, Agustín Álvarez, Joaquín V. González, Rodolfo Rivarola, Angel Gallardo, Pedro N. Arata, Jorge Duclout, Carlos O. Bunge, Francisco de Veyga, J. Alfredo Ferreyra, Víctor Mercante, Julio Mendez, Enrique Martínez Paz, Gregorio Araoz Alfaro, Carlos Ameghino, Alvaro Melián Lafinur, Cristóbal M. Hicken, Lucas Ayarragaray, Rodolfo Senet, Alberto Williams, Carlos Sánchez Viamonte, Aberto E. Castez, Raquel Camaña, José Oliva, Eduardo Acevedo, Julio Barrera Lynch, Martín Doello Jurado, Salvador Debenedetti, Juan W. Gez, Ricardo Rojas, Maximio S. Victoria, Alfredo Colmo, Alicia Moreau, Emilio Zuccarini, Augusto Bunge, Vicente D. Sierra, Raúl A. Orgaz, Teodoro Becú, Ramón Melgar, Julio Cruz Ghio, Nerio A. Rojas, A. Alberto Palcos, José M. Monner Sans, etc., etc.*

Las personas estudiosas que deseen recibir la REVISTA deben remitir el exiguo importe de la suscripción anual estrictamente reducido a los gastos tipográficos y postales. En esa forma simplificarán la tarea administrativa.

Suscripción anual: 10 \$ m/n.

Exterior, anual: 5 \$ oro.

Administración: Casa Vaccaro — Avenida de Mayo 638

BUENOS AIRES